

Despertar del Maestro



Teófilo Sánchez


Ediciones
Uleam

Despertar del Maestro

Teófilo Sánchez



A mi amado maestro Gedeón, que cada día me enseña el verdadero significado de la maravilla de estar vivo y el descubrimiento de mí mismo. Que las páginas de este libro y las de tu vida te llenen de conocimiento y de aventuras extraordinarias.



Universidad Laica Eloy Alfaro de Manabí

Ciudadela universitaria vía circunvalación (Manta)

www.uleam.edu.ec

Dr. Marcos Zambrano Zambrano, PhD.

Rector

Dr. Pedro Quijije Anchundia, PhD.

Vicerrector Académico

Dra. Jackeline Terranova Ruiz, PhD.

Vicerrectora de Investigación, Vinculación y Postgrado

Lcdo. Klever Delgado Reyes, Mag.

Dirección de Investigación, Publicaciones y Servicios Bibliográficos

Despertar del Maestro

Teófilo Sánchez

Edición: Primera. Agosto de 2024. Publicación digital

ISBN: 978-9942-7234-9-9

Trabajo de edición y revisión de texto: Mag. Alexis Cuzme Espinales

Diagramación, edición de estilo y diseño de portada: Mag. José Márquez Rodríguez

Imagen de portada: Adobe Firefly

Una producción de la Universidad Laica Eloy Alfaro de Manabí, registrada en la Cámara Ecuatoriana del Libro.

Prohibida su venta.

Sitio Web: www.uleam.edu.ec

Correo institucional: diist@uleam.edu.ec

Teléfonos: 2 623 026 Ext. 255

Prólogo.....	6
Capítulo 1 Encuentro Casual.....	12
Capítulo 2 Despertar de la Conciencia.....	27
Capítulo 3 Caminos entrelazados	41
Capítulo 4 ¿Qué pasa si lo que crees que es no es?	58
Capítulo 5 Revelaciones	74
Capítulo 6 ¿Qué pasa si lo que crees que es si es?	93
Capítulo 7 El beneficio del perdón.....	112
Capítulo 8 Igual te vas a morir	131
Capítulo 9 Libre albedrío	155
Capítulo 10 Todo es perfecto como es	173
Epílogo.....	189
El autor	192

Prólogo

Imagina conocer a un ser con un nivel de conciencia diferente al tuyo, que no solo desafíe tus percepciones de la realidad, sino que te encamine hacia nuevas formas de entender el mundo y a ti mismo. Este ser te introduce a conceptos complejos de una manera que puedes asimilar fácilmente, impulsándote a encontrar tu propio camino, más que señalarte uno.

La sincronicidad, la serendipia, el Kairós —cualquiera que sea el nombre que prefieras— son manifestaciones de esos momentos cotidianos donde podríamos, si estuviéramos atentos, reconocer la belleza intrínseca de la vida. Sin embargo, a menudo nos enredamos en la cotidianidad, en "problemas" autoimpuestos que nos desvían de apreciar la simpleza y plenitud de existir, de estar vivo.

Convertidos en seres meticulosamente moldeados por normativas sociales aceptadas, muchos de nosotros vivimos sin cuestionar, como si estuviéramos en una rueda de hámster: corriendo perpetuamente, pero sin avanzar realmente. Nos convencemos de que estamos viviendo, cuando en realidad, solo estamos sobreviviendo.

Haz una pausa. Despierta.

Mi historia me permitió conocer a un ser con un nivel de conciencia distinta, al que llamé amigo, y que me hizo despertar.

Despertar es mirar más allá de los espejismos que nos rodean y que llamamos realidad, liberarse de los patrones mentales que nos mantienen atrapados y descubrir el potencial ilimitado que reside en cada uno de nosotros. No es necesario percibirse distinto o aislado o ser alguien aburrido o excéntrico. Con una combinación de humor, sabiduría y paciencia, podemos explorar las profundidades de la conciencia y descubrir que la realidad es solo un reflejo de nuestras creencias más profundas.

La mayoría de las personas viven atrapadas en el "juego exterior", persiguiendo metas, dinero, poder o aprobación, mientras ignoran que el verdadero cambio comienza en el "juego interior".

"No vas a ganar el juego exterior si no has ganado el juego interior".

La clave está en sintonizar con nuestro ser auténtico, descubrir nuestras pasiones y liberar nuestro potencial creativo. El miedo, la duda y las creencias limitantes nos impiden alcanzar la grandeza.

Aprendí que nuestras creencias mentales influyen en nuestra realidad física, incluso en nuestra salud, que nuestras emociones son guías poderosas para descubrir lo que necesitamos sanar, y que la espiritualidad nos conecta con un propósito más profundo.

Cuestionar las normas y expectativas impuestas por la sociedad podría ser una forma de iniciar. La trampa del "tener que" y "debería" nos convierte en esclavos de los deseos ajenos. "Deberías tener un buen trabajo", "Tienes que casarte", "Deberías comprar una casa". Pero ¿qué hay de lo que realmente deseamos? Nos olvidamos de preguntarnos qué nos llena, qué nos apasiona.

Haz una pausa. Despierta.

La verdadera libertad radica en la capacidad de elegir nuestra respuesta ante cualquier circunstancia. Aunque no siempre logremos cambiar los eventos externos, siempre podemos elegir nuestra actitud, enfoque y acción. Mi amigo solía hablar del "lienzo en blanco" de la vida, donde cada elección es un trazo que define nuestra obra maestra.

Muchas veces esperamos a alguien, un ser especial, un mesías, un avatar que nos enseñe o que nos guíe para poder depositar en él nuestra fe y la convicción de que todo va a ser distinto. ¿Quieres un Maestro? Pues mira a tus lados: tu familia, tus padres, tus hijos, tus amigos, tus mascotas, la gente de la calle, los que te sirven el café o te lavan el auto, la naturaleza en su extensión, las cosas materiales que te rodean, incluso las que no posees y deseas. Con el nivel de conciencia adecuado, descubrirás valiosos aprendizajes en ellos y un maestro en cada ser y cada momento.

Todos tenemos un maestro interior, esa voz que nos guía hacia el propósito de nuestra vida. Mi amigo me ayudó a descubrir al maestro dentro de mí. Me desafió a liberarme de mis propias cadenas mentales, de las creencias limitantes, y a elegir un camino de autenticidad y creatividad, desde el cuestionamiento infinito a lo establecido por las normas que hemos decidido acatar.

Este libro es un viaje hacia el despertar del maestro en cada uno de nosotros. Mi amigo dijo alguna vez: "Nunca se trata de mí, sino de ti, y en cada ser humano es lo

mismo". Cada uno tiene la capacidad de convertirse en su propio maestro, de guiarse hacia una vida plena y significativa.

A lo largo de estas páginas, encontrarás reflexiones, historias y enseñanzas que mi amigo compartió conmigo en su viaje. Pero más allá de eso, encontrarás un llamado a despertar, a mirar más allá de las ilusiones, a romper las cadenas mentales y crear un camino único hacia la realización personal.

El lienzo sigue siendo tuyo, aún hay trazos que hacer en tu historia de vida y la elección es tuya. Incluso decidir leer este libro o decidir no hacerlo van a marcar una diferencia en tu futuro o en tu pasado inclusive. Así que, haz una pausa toma la decisión ahora.

¡Despierta!

Para volver esto más sencillo, te dejo una parábola que mi amigo me contó mientras tomábamos agua arremados a un árbol, estábamos cerca de Naranjal, esto me lo dijo antes de experimentar mi mayor sensación de libertad a lo largo de mi historia de mi vida:

En un vasto jardín, donde la luz del sol acariciaba las hojas verdes y el rocío refrescaba las flores, vivía una colonia de escarabajos que pasaba sus días recogiendo hojas secas para llevarlas a sus madrigueras bajo tierra. Los escarabajos vivían en perfecta sincronía, repitiendo los mismos patrones cada día, pues eso era lo que conocían de la vida. Trabajaban incansablemente para llenar sus madrigueras con las hojas que creían indispensables para su existencia y no se atrevían a caminar más allá de las raíces majestuosas del frondoso árbol que estaba junto a su madriguera.

"Es peligroso alejarse", dijo uno de los escarabajos mayores.

Entre ellos, había un joven escarabajo llamado Taro, que, aunque cumplía con su tarea diaria, sentía un vacío ante la repetitiva naturaleza de su existencia. Un día, mientras reconocía una hoja especialmente grande, se detuvo a observar cómo una mariposa se posaba en una flor cercana, las alas de la mariposa, desplegadas en un vibrante espectáculo de colores, despertaron en él un profundo anhelo por explorar más allá de las limitaciones impuestas por su comunidad. Taro, fascinado, pensó: "¿Cómo sería volar tan libremente por el cielo? ¿Quién le habrá enseñado a volar a ese ser tan hermoso? ¿Sería posible para un ser como yo volar?" Pero inmediatamente desechó la idea, pues sabía que los escarabajos no vuelan, o al menos eso era lo que

todos decían, esta instrucción había sido cultivada por generaciones y enseñada por los escarabajos mayores.

A pesar de las dudas, Taro no podía dejar de pensar en el vuelo, así que decidió intentarlo. Un buen día, luego de pensarlo mucho, se subió a una roca, desplegó sus pequeñas alas, cerró sus ojos y saltó. Cayó de inmediato al suelo, rodando entre la maleza.

"¡Ridículo!", pensó. "¿Cómo podría un escarabajo volar?"

Pero una chispa se había encendido en él, un deseo imparable, así que, con una determinación inquebrantable, intentó una y otra vez, día tras día, a pesar de las burlas de los demás escarabajos.

"¿Quién te crees que eres?", le decían. "Recoge tus hojas como todos nosotros y deja de soñar", le decía el escarabajo mayor. "Pierdes el tiempo y les das ideas inservibles a los demás".

Taro no desistió. Se alejó de la colonia para practicar y evitar los juicios de los suyos, se alejó hasta el extremo más lejano de la raíz más larga y encontró una pequeña colina desde la cual lanzarse. Extendió sus alas, saltó con fuerza, y por un breve instante, sintió el aire bajo su cuerpo, elevándolo más alto de lo que él creía posible. Pero luego cayó de nuevo, rodando por la ladera hasta el suelo.

"Tal vez los demás tienen razón", pensó, sintiendo las heridas y el cansancio en su cuerpo. Pero al mirar hacia el cielo, vio a la mariposa, voló sobre su cabeza, y su deseo se volvió a despertar.

La colonia estaba cansada de la actitud de Taro, cada vez recogía menos hojas.

Al día siguiente, Taro regresó a la colina y lo intentó de nuevo. Una y otra vez. Día tras día. Hasta que, un día, justo cuando el sol se asomaba sobre el horizonte, desplegó sus alas, saltó, y esta vez, el aire lo sostuvo. El pequeño escarabajo voló por primera vez.

Voló sobre el jardín, observando las madrigueras desde arriba, sintiendo la brisa en su cuerpo y el sol iluminando su camino. Voló tan alto que llegó hasta el borde del jardín, donde nunca había estado antes y de lo que los escarabajos no hablaban porque desconocían lo vasto del lugar. Vio un mundo que nunca había visto pero que lo seguía en sus sueños, lleno de campos verdes, árboles altos y flores de todos los colores.

Algunos camaradas lo vieron en el cielo.

Cuando regresó, los otros escarabajos se asombraron.

"¿Cómo lo lograste?", le preguntaron. "No es posible que un escarabajo vuele".

"Con perseverancia y deseo, todo es posible", respondió Taro. "Solo deben abrir sus alas y creer".

"Hay cosas increíbles más allá de nuestras limitaciones", gritaba Taro emocionado.

"Basta", dijo el alcalde escarabajo, el escarabajo más grande y antiguo, considerado a su vez el más sabio "Lo que has visto no es más que una ilusión, una fantasía, nuestra vida se extiende desde nuestra madriguera hasta las raíces de este inmenso árbol y es todo lo que necesitamos saber".

La mayoría de los escarabajos regresaron a trabajar guardando hojas, criticando a Taro, otros, unos pocos, se emocionaron al escuchar las palabras de Taro y algunos de esos intentaron volar también, pero rápidamente abandonaron el intento, volviendo a su rutina diaria de recoger hojas secas.

Taro se experimentó solo.

Volaba hacia el sol cada día, explorando nuevos horizontes y disfrutando de la libertad que le ofrecían sus alas, cada vez más lejos, alejándose de su colonia como ningún escarabajo lo había hecho antes y aunque al principio alejarse le causaba temor, cada vez sentía que era parte de su naturaleza, hasta que un buen día voló tan alto que se posó junto a la mariposa que había despertado su curiosidad.

"Quiero aprender más e ir más lejos", dijo Taro.

"Todo a su ritmo y a su momento", le dijo la mariposa. "Pero observa con atención", dijo señalando el horizonte. "¿Qué ves?".

Taro alzó la vista y divisó cientos de bichos volando y un campo que se extendía hacia el infinito.

"No estoy solo y hay mucho que recorrer y aprender", dijo.

"Aprendes rápido, sígueme", concluyó la mariposa. Y alzó su vuelo, invitando a Taro a unírsele.

Taro regresó una última mirada nostálgica a su madriguera, pensó en los suyos y luego se soltó al vacío para volar junto a la mariposa dejando todo lo que creía limitarlo atrás.

La historia de Taro es un poderoso recordatorio de que, a menudo, el verdadero crecimiento comienza cuando nos atrevemos a desafiar las convenciones. Cada uno de nosotros puede encontrarse recogiendo hojas secas, siguiendo caminos trazados

por otros, limitados por las raíces de los árboles que no nos atrevemos a cruzar. Sin embargo, el vuelo de Taro hacia lo desconocido no es solo un acto de rebelión, es un acto de fe en las propias alas.

Es fácil volver a la rutina diaria, donde todo es predecible y seguro. Pero ¿cuánto de lo que podría ser nuestra vida estamos dejando de explorar? ¿Cuántos de nosotros nos conformamos con la seguridad en lugar de perseguir la libertad que ofrece el cielo abierto?

Taro no solo voló; él nos invitó a todos a cuestionar nuestras limitaciones autoimpuestas y a considerar que podríamos estar destinados a más de lo que nuestros entornos o nuestras tradiciones sugieren. Al final, aunque voló solo, su viaje nos enseña que no siempre se trata de convencer a otros para que se unan a nuestra travesía, sino de tener el coraje para realizarla, incluso si debemos hacerlo solos.

Hoy, mientras reflexiono sobre su historia, entiendo que mi propio despertar fue similar. Aprendí que no necesito un maestro exterior cuando hay tantos maestros a mi alrededor, en cada experiencia y en cada interacción. Taro me enseñó que el verdadero maestro reside dentro, guiándonos hacia nuestro propio y único vuelo.

Y así, mientras continúo mi propio viaje, sé que no estoy solo. Al igual que Taro, todos nosotros estamos rodeados de infinitas posibilidades, esperando que despleguemos nuestras alas y nos atrevamos a volar hacia lo desconocido y lo deseado.

Capítulo 1 Encuentro Casual

Alex se encontraba sentado en su pequeña oficina de la universidad, observando con orgullo una placa que conmemoraba sus 10 años como docente universitario. La oficina estaba ubicada en uno de los pisos superiores de una estructura moderna e imponente que dominaba el paisaje, contrastando con las pequeñas casas que se esparcían alrededor. Desde su ventana, podía ver el majestuoso río Guayas, cuyo flujo constante hacia los astilleros reflejaba el dinamismo de la ciudad. Los buques y las grúas en la distancia se movían al ritmo de una coreografía mecánica, proyectando una sensación de progreso y actividad incesante.

Repasando mentalmente su trayectoria, varios momentos significativos surgían en su memoria, llenándolo de una profunda satisfacción. Cada estudiante que había guiado y cada proyecto que había supervisado se entrelazaban en un tapiz de logros y desafíos superados, reafirmando su pasión por la enseñanza y su compromiso con el crecimiento académico de sus alumnos.

Cerrando los ojos por un momento, dejó que el recuerdo de un estudiante agradecido llenara su mente. Recordaba claramente aquella tarde en la que Daniel, un joven de 24 años, había llegado a su oficina con una expresión de confusión y frustración.

“Profesor Alex, estoy realmente perdido con este concepto de análisis financiero”, admitió Daniel, dejando caer sus libros sobre el escritorio con un suspiro de derrota.

Con una sonrisa tranquilizadora, Alex se sentó frente a él. Durante las siguientes horas, se sumergieron en una explicación detallada del análisis financiero, desglosando cada componente y aclarando todas las dudas que Daniel tenía. Mientras Alex hablaba, su voz calmada y segura iba deshaciendo los nudos de incompreensión en la mente de Daniel.

A medida que avanzaban, los ojos de Daniel se iluminaban con comprensión. La confusión que inicialmente nublaba su mirada se fue disipando, reemplazada por destellos de entendimiento y alivio. Cada explicación ofrecida por Alex era como una pieza de un rompecabezas encajando perfectamente en su lugar, reconstruyendo la confianza de Daniel paso a paso.

Finalmente, cuando todo quedó claro, Daniel miró a Alex con una gratitud palpable en sus ojos.

“¡Profesor Alex, no puedo agradecerle lo suficiente! Esta explicación ha sido increíblemente útil. Estoy seguro de que me ayudará a destacar en mi nuevo empleo”, exclamó Daniel, con una sonrisa radiante.

Alex se sintió profundamente satisfecho al ver el progreso de su estudiante. “Estoy aquí para ayudarte en lo que necesites, Daniel. Siempre puedes contar conmigo”, respondió con sinceridad.

La gratitud en los ojos de Daniel y sus palabras de agradecimiento resonaron en la mente de Alex, recordándole por qué ama la enseñanza y cómo su dedicación puede marcar una diferencia significativa en la vida de sus alumnos.

La oficina, situada en el salón docente, era un pequeño cubículo compartido que ofrecía poco espacio para la privacidad. El mobiliario, básico: un escritorio de madera desgastada, una silla giratoria que rechinaba con el uso constante y una estantería repleta de libros de administración y economía, junto con carpetas de informes. La decoración se limitaba a algunos pósters educativos y diplomas enmarcados en las paredes beige.

A pesar del inmenso calor en el exterior, el aire acondicionado generaba una corriente excesivamente fría, Alex apenas notaba la temperatura, sumergido en la planificación de clases y la reflexión sobre su carrera. El sonido constante de una impresora cercana llenaba el aire, recordándole la incesante actividad y el movimiento en la universidad.

Mientras tanto, sus compañeros de oficina, sentados en los cubículos adyacentes, conversaban animadamente sobre reformas educativas y horarios de clase. Las voces se mezclaban en un murmullo constante, creando un ambiente bullicioso pero familiar que Alex por su propia serenidad, había aprendido a ignorar a lo largo de los años.

El olor reconfortante del café flotaba en el aire, cortesía de la cafetera que Alex había traído a la oficina para compartir con sus colegas. Este aroma tentador se mezclaba con el zumbido de la impresora y las conversaciones animadas, creando una atmósfera acogedora y familiar en medio del ajetreo del salón docente.

Alex se sumergió nuevamente en sus recuerdos, transportándose a aquel día, hace tres años, en los pasillos de la universidad, cuando una joven estudiante llamada María entró con una expresión de frustración y desánimo. Sus ojos reflejaban dudas y una pizca de desesperanza.

"Profesor Alex, estoy realmente perdida. No sé si esto vale la pena", confesó María con voz temblorosa, dejando escapar un suspiro de derrota.

Alex la observó con compasión, reconociendo la lucha interna que estaba experimentando. "María, entiendo que puede ser difícil en momentos como este ver el valor del estudio y el aprendizaje. Pero quiero que sepas que estás aquí por una razón. El estudio puede abrirte puertas y proporcionarte las herramientas para construir el futuro que deseas", le aseguró con sinceridad.

A lo largo de la conversación, Alex no solo se dedicó a explicarle sobre la parte académica a María, sino que también compartió con ella algunos consejos de vida que había aprendido a lo largo de los años. Le recordó la importancia de la perseverancia, la confianza en sí misma y la búsqueda constante del crecimiento personal.

Con cada explicación y cada consejo, los ojos de María se iluminaban con comprensión y esperanza. Finalmente, cuando todo quedó claro y las dudas se disiparon, María miró a Alex con gratitud y determinación.

"Profesor Alex, no sé cómo agradecerte. Esta conversación ha sido un verdadero punto de inflexión para mí. Me has dado no solo conocimientos académicos, sino también la confianza y la motivación para seguir adelante. Prometo hacer mi mejor esfuerzo y no rendirme", declaró María con determinación en su voz, una sonrisa iluminando su rostro.

Alex la miró con orgullo y satisfacción. "Estoy aquí para apoyarte en cada paso del camino, María. Recuerda que eres más fuerte de lo que crees y que siempre tienes el poder de cambiar tu destino", le recordó, ofreciéndole una sonrisa alentadora.

El recuerdo de María, con sus ojos brillantes de gratitud y su determinación renovada, resonaba en la mente de Alex, reafirmando su pasión por la enseñanza y el impacto positivo que puede tener en la vida de sus estudiantes.

Mientras reflexionaba sobre esto, mantenía la mirada fija en la pantalla de su computadora, esperando pacientemente que se cargara su correo electrónico. El sonido de los teclados y el zumbido de las conversaciones de sus compañeros de oficina creaban un ambiente bullicioso a su alrededor.

Con un suspiro de frustración, se preguntaba por qué aún no había recibido el esperado distributivo con el horario y los cursos que dictaría en el nuevo semestre. Había estado revisando su correo constantemente durante los últimos días, ansioso

por conocer sus responsabilidades académicas para los próximos meses y no obtenía notificación alguna.

Su mirada se posó sobre un pequeño certificado en su escritorio y sus pensamientos se desviaron hacia la última "Casa Abierta" de la universidad, un día en el que el sol brillaba intensamente en el campus. Alex estaba frente al impresionante stand que él y sus alumnos habían preparado con esmero, sintiéndose emocionado y orgulloso por el resultado de meses de arduo trabajo.

El stand, decorado con carteles coloridos, destacaba un innovador dispositivo tecnológico diseñado por sus estudiantes como parte de su proyecto de marketing. La mesa estaba cubierta con folletos y una pantalla reproducía un video promocional elaborado con gran destreza.

A medida que los visitantes se acercaban, Alex percibía la curiosidad e interés en sus rostros. El producto, desarrollado por un equipo de tres estudiantes apasionados por el marketing y la creatividad, capturaba la atención de todos. Recordaba las largas horas de trabajo invertidas en el proyecto, desde la investigación de mercado hasta la fabricación del producto, enfrentando cada desafío con determinación y entusiasmo.

La colaboración y el trabajo en equipo de sus alumnos, superando diferencias y complementándose, había sido lo más impresionante. Al final del día, cuando se anunciaron los ganadores, no hubo sorpresas: el proyecto de marketing liderado por Alex y sus alumnos se llevó el primer lugar. Fue un momento de celebración y alegría compartida, en el que Alex se sintió inmensamente orgulloso de haber guiado a sus alumnos hacia el éxito y de ser testigo de su crecimiento profesional.

Ese día quedó grabado en su memoria como un recordatorio del poder de la colaboración, la creatividad y el trabajo en equipo, y como una prueba tangible de que el esfuerzo y la dedicación siempre valen la pena.

La tranquilidad de Alex se veía empañada por una nube de tristeza al recordar su reciente divorcio. Los primeros años de su matrimonio habían sido llenos de amor y compañerismo, donde cada día parecía una nueva aventura. Sin embargo, con el tiempo, las pequeñas diferencias se transformaron en grietas insalvables. Las discusiones se volvieron más frecuentes, y lo que antes eran diferencias de opinión manejables se convirtieron en puntos de conflicto constantes.

Recordaba con cariño las tardes compartidas, los viajes espontáneos y las risas compartidas en la cocina mientras preparaban la cena juntos. Esos momentos de felicidad ahora le parecían lejanas memorias de una vida que ya no existía. La ruptura no fue abrupta; fue un proceso lento y doloroso, una serie de situaciones acumuladas que eventualmente los llevó a aceptar que era mejor seguir caminos separados.

Alex se sentía melancólico al darse cuenta de que, en algún momento, las diferencias entre él y su esposa se volvieron insuperables. La decisión de divorciarse fue mutua, pero eso no hizo que el proceso fuera menos doloroso.

Mientras esperaba el horario de clases para el próximo semestre, el teléfono sonó. Era Recursos Humanos, notificándole sobre su despido. Aturdido y sin saber qué hacer, Alex salió de su oficina, caminando por las concurridas calles de la ciudad, sumido en sus pensamientos.

Después de vagar sin rumbo, se encontró frente a una acogedora cafetería. Actuando por instinto, entró y ordenó un café americano sin azúcar. El camarero le entregó el café en una taza de color blanco y verde, ofreciendo una sensación cálida pero no quemante al tacto. La luz del local se filtraba a través de la ventana, creando un ambiente acogedor que realzaba la experiencia de degustar la bebida. El aroma del café recién preparado llenaba el aire, brindando a Alex un momento de reconfortante familiaridad. Con el primer sorbo, experimentó una sensación sublime, donde el amargor del café se mezclaba armoniosamente con la suavidad del líquido, deleitando su paladar con un sabor intenso y satisfactorio.

"Veo que tomas el café sin azúcar, igual que yo", comentó el desconocido con una sonrisa, iniciando así una conversación inesperada. Este hombre, de mediana edad, vestía de manera semiformal, sin pretensiones de destacar. Su apariencia transmitía una quietud y paz palpables, con una mirada penetrante y unas grandes pestañas que enmarcaban unos ojos profundos. Sus espesas cejas añadían carácter a su rostro, dando la impresión de alguien que no se preocupaba por la opinión de los demás y que prefería la tranquilidad a los tumultos. Aunque podría pasar desapercibido fácilmente, algo en él llamaba la atención, y más de una persona se detenía a mirarlo. Sin embargo, para Alex, ese hombre, al que luego conocería a detalle, era solo un desconocido más en la cafetería y no merecía mayor atención.

Alex exhaló un suspiro, como si quisiera evitar iniciar una conversación, pero luego, con un tono condescendiente, comentó: "Me encanta el café, y debo decir que este está excepcionalmente bueno". El hombre, que hasta entonces era un extraño, al escuchar estas palabras, centró su mirada en Alex de manera penetrante, casi como si pudiera escudriñar su alma con la mirada. Sin embargo, en lugar de generar incomodidad, la intensa mirada sobre él despertó la atención de Alex de una manera inusual. Había algo en esa mirada, una especie de alegría oculta, fácil de percibir cuando se le miraba directamente a los ojos. Esta sensación y pensamiento impulsaron a Alex a iniciar una conversación. Su naturaleza reflexiva y lógica lo llevaba a considerarse todo lo contrario de ingenuo, sino más bien se consideraba perspicaz y creía que su juicio sobre la persona frente a él era acertado.

Después de examinar detenidamente al hombre frente a él, Alex finalmente decidió romper el silencio y preguntar: "¿Quién eres y por qué estás sentado en esta mesa?", dando un profundo trago a su café, queriendo restarle importancia a su pregunta, pero intrigado ya en algunos niveles por la presencia frente a él.

Entonces, con una clara comodidad y totalmente distendido, el desconocido tomó la iniciativa: "Tal vez eso lo deberías responder tú", espetó, "Quién eres y...", antes de que termine la pregunta, Alex, ligeramente incómodo, lo interrumpió: "Yo te lo he preguntado primero". Alex dejó su café sobre la mesa y centró su mirada en la persona frente a él, sin perder la compostura y con una amplia sonrisa el desconocido le respondió con calma: "Soy Gedeón, Gedeón Saza. Estaba sentado en esta mesa antes que tú, solo me levanté a dejar la bandeja y pretendía seguir leyendo mi libro". En las manos de Gedeón había un libro, el cual había tomado hace solo 5 segundos de la mesa y que Alex no había visto hasta ese momento; era de portada aterciopelada, en un azul intenso, con letras doradas que marcaban una sola palabra: 'MAESTRO'. La tipografía del nombre le recordaba a Gedeón un libro llamado 'Caligrafía Palmer', que pretendía mejorar su escritura cuando era niño.

Mientras observaba el libro que capturaba su atención, Alex se sintió deslumbrado por la palabra en letras doradas, especialmente por ser docente; la palabra 'Maestro' resonaba en su cabeza con un significado especial. Un poco avergonzado por haberse sentado en la mesa sin verificar si estaba ocupada, decidió disculparse y presentarse. "Mi nombre es Alex Tesa. Te pido disculpas por haberme sentado en tu mesa, pero estoy atravesando un par de problemas en mi vida y he

perdido un poco la concentración sobre mi entorno", explicó Alex con sinceridad. "Es más, aunque conozco el lugar, no recuerdo exactamente cómo he llegado. Se podría decir que he venido casi en automático y de forma inconsciente hasta este lugar. Si deseas que me retire, lo haré sin ningún inconveniente", agregó, mientras tomaba la taza de café, preparándose para levantarse.

"No es necesario", interrumpió Gedeón con suavidad, colocando su libro sobre la mesa de tal manera que su dedo parecía intencionalmente resaltar la palabra 'Maestro' en la cubierta. "En realidad, prefiero tener esta conversación que seguir con mi lectura. Además, creo que esta es la quinta vez que leo este libro", dijo con una sonrisa amable.

Aunque inicialmente cohibido, Alex se encontró sorprendentemente cómodo ante la presencia de Gedeón, atraído por su calma y manera de expresarse. Gedeón, con esa mirada profunda que parecía capturar la esencia de quien tenía enfrente, volvió a enfocarse en Alex, preguntando con un interés que parecía genuino: "¿Qué 'problemas' de vida estás experimentando en este momento?", aunque al pronunciar la palabra "problema", un sutil dejo de ironía se hizo notorio.

Alex, aunque inicialmente reticente a la interacción con un desconocido, no pudo evitar notar el tono ligeramente irónico que Gedeón había utilizado al mencionar la palabra "problema". Sin que le molestara de manera significativa, la curiosidad lo picó. "De alguna forma, ¿te parecen graciosos mis problemas?" preguntó, con una mezcla de asombro y una leve sonrisa que no sabía bien de dónde provenía.

Gedeón, manteniendo su apariencia de confianza y con una mirada serena que parecía sostener todo el peso del mundo sin esfuerzo, simplemente sonriendo. Era un gesto que, lejos de parecer condescendiente, invitaba a la confianza y a la apertura.

Alex, sintiéndose un poco más relajado, pero aún con la guardia ligeramente levantada, tomó un gran sorbo de su café, como si necesitara el líquido ámbar para armarse de valor. "Es lo que me gana por conversar con extraños", murmuró casi para sí mismo, aunque lo suficientemente alto como para que Gedeón lo escuchara.

Lejos de retractarse, Gedeón se inclinó hacia adelante, reduciendo la distancia entre ellos, un movimiento que en el contexto de la cafetería tranquila y semiiluminada parecía acortar el mundo a solo su mesa. "Cuéntame, Alex. ¿Cuáles

son tus problemas?" dijo con una voz que llevaba un peso de sinceridad y un interés genuino.

El momento estaba cargado de una intimidad inesperada, el ruido de fondo se desvanecía, dejando a Alex y Gedeón en una burbuja de conexión momentánea. La pregunta de Gedeón, simple pero profunda, parecía abrir un espacio seguro para el desahogo y la reflexión. En ese instante, la cafetería no era solo un lugar de encuentro casual, sino un escenario donde las vidas se cruzaban y las historias comenzaban a entrelazarse, todo ello bajo la atenta mirada de un atardecer que se despedía,

"Mis problemas", dijo Alex, elevando ligeramente la voz, no por el deseo de ser escuchado por los demás, sino como un reflejo de la intensidad de sus emociones. "Te voy a decir cuáles son mis problemas. Hace poco tiempo me acabo de divorciar y, aunque seguramente yo ocasioné mi divorcio, es algo que estoy terminando de asimilar".

Tomó una pausa, un suspiro casi imperceptible escapando de sus labios antes de continuar. "Y hace unos minutos, me acaban de despedir de mi trabajo. Mi trabajo como docente universitario, un trabajo que amaba y al que me entregué con devoción durante 10 años..."

El ambiente de la cafetería, con su murmullo de fondo y el ocasional tintinear de tazas y platos, parecía envolver la confesión de Alex, otorgándole un matiz de intimidad inesperada. Gedeón, aún sin salir de su semblante sereno y con una calma que contrastaba con la turbulencia emocional de Alex, se acomodó en su silla y, con un gesto simple pero lleno de intención, se pasó la mano por el cabello, manteniendo su mirada fija en su interlocutor.

A su alrededor, el mundo seguía adelante, pero en su mesa, el tiempo parecía detenerse, suspendido en el intercambio de palabras y miradas que tejían un vínculo inesperado.

"Los problemas, mi querido Alex, no existen", afirmó Gedeón con una voz serena que parecía resonar con la tranquilidad del espacio que los rodeaba. Alex, impulsado por un instinto de refutación, se preparó para interrumpir, pero Gedeón, con una suave pero firme seña de su mano, le indicó que guardara silencio. Era un gesto sutil, pero en él había una autoridad tranquila que invitaba a la reflexión en lugar de la resistencia.

"Es muy común que la gente piense que tiene problemas. Pero el gran problema es que piensen que los problemas existen", continuó Gedeón, con sus ojos profundos y tranquilos fijos en Alex. "Los problemas no existen", reiteró, con una certeza que parecía emanar de una fuente de sabiduría profunda.

Alex, a pesar de la resistencia inicial, se encontró cautivado, no solo por las palabras de Gedeón, sino también por su presencia. Gedeón, con su postura relajada pero atenta, irradiaba una calma que era casi tangible. Su cabello, ligeramente desordenado por el gesto anterior, enmarcaba un rostro donde cada línea parecía contar una historia de paciencia y entendimiento. La luz suave de la cafetería jugaba en sus rasgos, destacando una expresión de amabilidad y fortaleza.

"Entonces, ¿cómo te has de referir a lo que te estoy contando en este momento?", interrumpió Alex, su curiosidad ahora encendida por la perspectiva inusual que Gedeón ofrecía. Era evidente en su expresión, una mezcla de escepticismo y apertura, el dilema emocional en el que se encontraba.

Gedeón apartó su libro, ese objeto misterioso que había sido el preludio de su encuentro, y se inclinó ligeramente hacia adelante, cerrando nuevamente la distancia entre ellos. "¿Estás dispuesto a considerar lo que te voy a decir?", preguntó, su voz baja pero clara en el ambiente tranquilo de la cafetería. Hizo una pausa, dándole a Alex el espacio para procesar la pregunta. "Si la respuesta es no, entonces no tiene sentido que continuemos conversando. Si la respuesta es sí, abre tu mente".

La pausa que siguió fue cargada de expectativa. Alex, con el ceño fruncido, mostraba las señales de alguien que se encontraba en la encrucijada de sus propias percepciones. La lucha interna era evidente en su mirada, donde la incertidumbre y la posibilidad de una nueva comprensión luchaban por dominar.

"Sí", dijo Alex finalmente, con un suspiro que pareció desvanecerse parte de la tensión acumulada. Sus ojos, llenos de una mezcla de duda y esperanza, se fijaron en Gedeón, buscando alguna claridad en medio de la tormenta que había sido su vida últimamente.

"Escucha con atención", comenzó Gedeón, su voz un refugio de calma en el ambiente bullicioso de la cafetería. "Las palabras tienen un inmenso poder sobre tu ser. Hay varios libros que hablan de esto, uno en especial, el más vendido en el mundo, dice que 'el verbo se hizo carne'. Esto se refiere a cómo las palabras se vuelven realidad en algún nivel".

Alex inclinado, intrigado a pesar de sí mismo. "Las palabras que usas para describir tu situación de vida generan tu realidad. Y la palabra 'problema' genera para ti..."

"Problemas", interrumpió Alex, captando la idea.

"Es correcto", afirmó Gedeón con una sonrisa de satisfacción. "En algún nivel, es correcto porque estás ordenando a tu cerebro creer que tienes un problema, cuando el problema en realidad no existe".

"Pero lo que me ocurre es real", insistió Alex, una arruga marcando su frente.

"No digo que sea falso", continuó Gedeón, sin perder su compostura. "Sin embargo, no son 'problemas'. La palabra 'problema' crea un contexto negativo que te relaciona de forma negativa tanto a ti como a la situación por la que estás pasando".

"¿Entonces cómo debería referirme a lo que me estás contando en este momento?" preguntó Alex, la curiosidad en él se incrementaba. "¿Les llamo 'oportunidades'?"

"No necesariamente", respondió Gedeón, inclinándose hacia atrás. "Eso podría poner un contexto positivo en algo que, de hecho, puede estar causándote dolor. No vamos a crear necesariamente un extremo opuesto".

"Entonces, ¿cómo debería referirme a ellos?", insistió Alex, con el ceño fruncido en concentración.

"Evitemos asignarles un contexto negativo o positivo. ¿Qué término neutral se te ocurre?", propuso Gedeón, invitando a Alex a profundizar en su reflexión.

Alex se quedó pensativo, su mirada perdida en el vapor que se elevaba de su taza de café. "No sé... Siempre los he llamado 'problemas'..."

"Piensa más allá", animó Gedeón, una pausa cargada de emoción entre ellos.

Después de un momento de 10 segundos que pareció extenderse más, lleno de reflexión, Alex finalmente habló, su voz baja pero firme. "¿Situaciones?"

Gedeón ampliamente satisfecho, su rostro denotaba aprobación. "Situaciones", repitió. "Ese es un buen comienzo. Un término neutral que no predispone la situación hacia un resultado emocional específico".

"Circunstancias, hechos, momentos", continuó Gedeón, su voz tranquila pero firme, capturando la atención completa de Alex. "Son palabras que no generan contextos positivos o negativos; son de carácter neutro. Y cuando estás en un estado

neutro, resulta más sencillo tomar decisiones con respecto a lo que te está ocurriendo".

Alex, su interés claramente despertado por esta nueva perspectiva, frunció ligeramente el ceño. "Explícame mejor", pidió, su curiosidad superando cualquier reticencia anterior.

"Eso te costará una taza de café y tal vez algún bocadillo", bromeó Gedeón, con una sonrisa ligera que suavizaba la gravedad de sus palabras.

"Claro", respondió Alex, alzando la mano para llamar la atención de un mesero. La cotidianidad de este gesto, en contraste con la profundidad de su conversación, le dio a Alex un momento de respiro, una breve pausa en su viaje introspectivo.

"Explícame a qué te refieres con 'neutro'", pidió Alex una vez que su orden fue tomada, volviendo su enfoque completo hacia Gedeón.

"A la forma en que te relacionas emocionalmente con lo que te está ocurriendo", explicó Gedeón, apoyando sus codos sobre la mesa y entrelazando los dedos. "Aunque lo que voy a decir a veces no resulta sencillo de entender. Abre tu mente, despierta..."

Alex sugirió, hizo una seña con las cejas autorizando seguir la conversación, a pesar de la advertencia de Gedeón sobre la complejidad de la idea.

"Verás, Alex, cuando etiquetas algo como un 'problema', inmediatamente te posicionas en un estado de resistencia hacia ese algo. Estás, de forma inconsciente, preparándote para una lucha, para un conflicto. Esto no solo aumenta tu estrés, sino que también nubla tu capacidad de ver soluciones claras".

Gedeón hizo una pausa, asegurándose de que Alex seguía conectado con la conversación.

"Por otro lado, si abordas la misma situación desde un punto de vista 'neutro', como un hecho o una circunstancia, reduce ese estado de conflicto interno. Te permite observar el escenario con mayor claridad y, por ende, tomar decisiones más informadas y menos emocionales".

La explicación de Gedeón resonó con Alex, que encontró en estas palabras un eco de sus propios pensamientos confusos y dispersos. Había algo reconfortante y, a la vez, revolucionario al considerar sus desafíos no como obstáculos insuperables, sino simplemente como partes de su vida que requerían atención y acción.

"Entonces, ¿me estás diciendo que la forma en que elijo ver las cosas puede cambiar mi experiencia de ellas?" preguntó Alex, su voz reflejando una mezcla de escepticismo y esperanza.

"Exactamente", confirmó Gedeón, con un sentimiento. "La percepción juega un papel crucial en nuestra experiencia de vida. Cambiar esa percepción de 'problema' a 'circunstancia' o 'hecho' puede no alterar la realidad externa de inmediato, pero sí puede transformar tu realidad interna, la forma en que te manejas o actúas frente a lo que te ocurre".

El mesero llegó con sus pedidos, colocando una taza de café y un pequeño plato con bocadillos frente a ellos. Este breve interludio les dio a ambos un momento para digerir la conversación, un punto de inflexión en el cual Alex comenzaba a ver un destello de luz en medio de la oscuridad de sus recientes tribulaciones.

"La externalidad, mi querido Alex", dijo Gedeón, con una expresión que mezclaba familiaridad y sabiduría, haciendo que Alex se inclinara intuitivamente hacia adelante, como atraído por la gravedad de sus palabras. "Eso que tú llamas realidad siempre dependerá de cómo lo estás viendo, o cómo lo estás interpretando, o cómo lo estás distinguiendo", aseguró Gedeón, con una convicción que resonaba más allá de las paredes de la cafetería.

Un suspiro escapó de Alex, reflejo de su mente que luchaba por abrazar plenamente el concepto que Gedeón presentaba. Era como si cada palabra despejara un poco la neblina, pero también revelara capas más profundas de complejidad.

"Te voy a hablar de una palabra particular", continuó Gedeón, captando por completo la atención de Alex. "Algunos se refieren a esta palabra de distintas formas o con diferentes denominaciones. Yo prefiero llamarle 'paradigma'. Otros le dicen 'creencias limitantes', aunque no necesariamente lo son. Otros le llaman 'idea', 'pensamiento', 'razonamiento', o incluso 'percepción'. Sin que ninguna esté correcta o incorrecta, yo prefiero referirme a esto con la palabra 'paradigma'. ¿Has escuchado acerca de esta palabra y su significado?"

Alex asintió lentamente, su mente tratando de conectar los puntos. "He escuchado el término, sí, pero nunca lo he profundizado realmente. ¿Estás diciendo que mi realidad es, de alguna manera, una construcción basada en mis propios paradigmas?"

"Exactamente", afirmó Gedeón, con una sonrisa que indicaba su satisfacción por la comprensión de Alex. "Un paradigma es como un marco a través del cual interpretas el mundo. Es una lente que colorea tus percepciones, tus creencias, y tus acciones. Y lo más interesante es que estos paradigmas pueden cambiar".

La revelación parecía colarse en Alex como los primeros rayos de sol tras una noche oscura. La idea de que podría tener algún control sobre la lente a través de la cual veía su mundo era tanto liberadora como intimidante.

"Entonces, si cambio mi paradigma..." comenzó Alex, su voz teñida de una mezcla de esperanza y hesitación.

"Entonces cambias tu realidad", completó Gedeón, asintiendo. "O, más precisamente, cambias la forma en que experimentas tu realidad. No es un proceso instantáneo ni siempre fácil, pero es posible. Y todo comienza con la conciencia de esos paradigmas, el reconocimiento de que existen y que tienen un impacto profundo en tu vida".

El ambiente de la cafetería, con sus conversaciones suaves y el aroma a café, parecía darles peso a las palabras de Gedeón, anclándolas en el aire entre ellos. Para Alex, este momento se sentía como un despertar, una invitación a explorar las profundidades de su propia mente y las posibilidades que yacían más allá de sus paradigmas actuales.

"¿Cómo empiezo?" preguntó Alex, su voz más firme ahora, reflejo de una determinación recién encontrada.

"Observación y reflexión", respondió Gedeón. "Comienza por observarte a ti mismo, tus reacciones, tus pensamientos, tus creencias. Pregúntate por qué ves las cosas de la manera en que lo haces. Y luego, poco a poco, empieza a cuestionar esos paradigmas. ¿Te sirven? ¿Te limitan? ¿Hay otras formas de ver la situación?"

La conversación fluyó entre ellos como el café en sus tazas: estimulante. Y mientras la noche se cernía sobre la ciudad, en aquella mesa de la cafetería y los bocadillos se terminaban, Alex se encontraba al borde de un nuevo comienzo, armado con la comprensión de que sus paradigmas no eran inamovibles, y que el cambio, aunque desafiante, estaba al alcance de su mano.

La cafetería, con su ambiente ahora lleno de susurros y la melancolía del atardecer que se desvanecía en el horizonte, se convirtió en testigo de un momento de introspección y revelación. Mientras Alex contemplaba el libro titulado "Maestro",

un silencio reflexivo se extendió entre ellos, un espacio para que las palabras recién compartidas resonaran en el aire.

Gedeón, disfrutando tranquilamente de su panecillo y los últimos vestigios de café en su taza, parecía completamente en paz consigo mismo y con el mundo que lo rodeaba. La pregunta de Alex rompió el silencio, su voz teñida de incertidumbre y exploración. "¿De dónde vienen mis paradigmas? ¿Por qué los tengo en primer lugar? ¿Quién los puso allí? ¿Los paradigmas son necesariamente malos?"

La mirada de Gedeón regresó a Alex, y con un gesto lleno de una ternura comprensiva, reconoció la sed de conocimiento en los ojos de su interlocutor. "Realmente te interesa saber más sobre estos temas", dijo Gedeón, no como una pregunta, sino como una afirmación de lo evidente.

"Claro..." asintió Alex, moviendo la cabeza afirmativamente, su curiosidad despertada por la conversación que apenas comenzaba a desplegarse.

"Tengo un par de cosas que hacer", señaló Gedeón, preparándose para introducir una propuesta. "Si estás interesado en saber cómo los paradigmas llegan a ti, acompáñame. Solo recuerda estas palabras: todo lo que te voy a decir es totalmente cierto y todo lo que te voy a decir es totalmente falso, una falacia. Toma aquello en lo que veas valor y deja ir todo aquello que creas que no es cierto".

Con estas palabras, Gedeón invitó a Alex a un viaje de descubrimiento, uno que desafiaría sus percepciones y abriría nuevas puertas de comprensión. Tomando el último sorbo de su café y limpiándose las manos con una servilleta, Gedeón sostuvo la mirada de Alex, buscando en sus ojos la decisión de emprender este camino.

"¿A dónde vas?" preguntó Alex, su voz estaba mezclada de su curiosidad con un toque de ansiedad.

"Solo acompáñame", fue la respuesta de Gedeón, sencilla pero llena de promesa.

Con una mezcla de duda y nerviosismo, pero impulsado por un deseo profundo de entender, Alex accedió. "Vamos, quiero saber más".

Gedeón se levantó, tomó su libro, hizo un gesto a Alex, y salió de la cafetería. Alex, movido por una curiosidad inmensa y el anhelo de respuestas, se apresuró a pagar la cuenta y seguir a quien, hasta hace unos momentos, no era más que un extraño.

Al cruzar el umbral de la cafetería, Alex se detuvo, el frío aire de la tarde rozando su rostro como un presagio. Los últimos rayos de sol se deslizaban por el horizonte, tiñendo el cielo de tonos índigo y carmesí, una mezcla de final y comienzo que

reflejaba el tumulto en su corazón. ¿Estoy realmente listo para lo que viene?, se preguntó, sintiendo el peso de su vida tal como la conocía deslizándose entre sus dedos como granos de arena.

Gedeón, a unos pasos de distancia, parecía una figura casi mítica contra el crepúsculo, su silueta borrosa por la luz que moría. "El primer paso es siempre el más difícil, pero también el más revelador", dijo Gedeón, sin mirar atrás, como si leyera los pensamientos de Alex. "¿Estás dispuesto a cuestionar lo que crees saber sobre ti mismo y el mundo?"

Este desafío resonó en Alex, un eco de su propia lucha interna. Con un suspiro, sintió una determinación naciente, impulsada no por la certeza, sino por la necesidad de hallar respuestas a preguntas que apenas comenzaba a formular. Aferrándose a esa frágil determinación como a un faro en la tormenta, dio un paso hacia adelante, cruzando la línea invisible que separaba su temor por sus ansias de conocimiento.

"Vamos pues", respondió, su voz más firme de lo que esperaba.

Gedeón asintió, y juntos se adentraron en la creciente oscuridad, dejando atrás la luz de la cafetería. La puerta se cerró con un suave clic, un sonido final que marcaba el fin de un capítulo de la vida de Alex y el comienzo de otro.

Mientras seguían el camino iluminado solo por la luz intermitente de las farolas, Alex no podía evitar pensar que cada paso lo alejaba más de quien había sido y lo acercaba a algo distinto, la calle con sus luces comenzando a parpadear en la distancia, se convirtió en el escenario de un encuentro casual y un viaje inesperado. En el fondo, una pregunta comenzaba a tomar forma, clara y persistente: ¿Qué es lo que realmente busco?

Capítulo 2 Despertar de la Conciencia

Bajo el vasto cielo estrellado de Guayaquil, Alex caminaba junto a Gedeón, envueltos ambos en un manto de silencio que se extendía a lo largo de las calles iluminadas por farolas temblorosas. Este camino desconocido parecía dibujar una frontera entre su pasado reciente —marcado por el dolor de un despido y el eco de un matrimonio desmoronado— y el umbral de nuevas revelaciones. En esta quietud compartida, Alex hallaba una compañía tan inquietante como reveladora. Sin palabras, solo el eco de sus pasos en la acera marcaba el ritmo de su marcha hacia lo desconocido.

A medida que se adentraban en la noche, Alex sentía cómo se ampliaba la brecha entre su vida anterior y el presente, arrastrando consigo un impulso creciente por romper el silencio. Recordaba con claridad la facilidad de su conversación con Gedeón en la cafetería, cómo sus palabras habían ofrecido un breve respiro a sus tormentas internas. Sin embargo, ahora, en la solemnidad de la noche, Gedeón parecía sumergido en reflexiones que solo él podía descifrar.

Alex ensayaba mentalmente preguntas, buscando respuestas que anhelaba, pero una pausa involuntaria lo detenía cada vez. La serenidad en el avance de Gedeón imponía un silencio que Alex temía interrumpir. ¿Qué derecho tengo de perturbar esta calma?, se debatía internamente, su mente un torbellino entre la necesidad de comprensión y el respeto por el espacio contemplativo que Gedeón había elegido.

La distancia recorrida no solo lo alejaba físicamente de su antigua vida, sino que también iluminaba la figura de Gedeón como un faro de guía a través de sus propias sombras. ¿Quién es este hombre que he decidido seguir con apenas conocer?, se preguntaba Alex, fascinado por la presencia casi tangible de Gedeón que sugería que su silencio era un lienzo de significados profundos, esperando ser descubiertos.

Cada intento de Alex por iniciar una conversación se veía sofocado al contemplar la figura de Gedeón, reafirmando su decisión de mantenerse en silencio. Comenzaba a entender que, quizás, en este silencio había lecciones esperando ser aprendidas, verdades que solo podían ser reveladas en la quietud.

Mientras su matrimonio desvanecido y el fracaso profesional se entrelazaban con la oscuridad de la noche, una comprensión emergía dentro de Alex: había sido, en cierto modo, el arquitecto de su propio infortunio. Esta revelación no venía con

respuestas, sino con más preguntas sobre el camino que ahora emprendía, un camino que esperaba, le llevaría hacia una luz de entendimiento y transformación.

El silencio entre Alex y Gedeón tejía una densa red de reflexiones, Alex se dejaba llevar por recuerdos de un pasado reciente, marcando el inicio de su caída. Recordó aquel primer encuentro con Elena, compañera de la universidad, cuya inteligencia y empatía resonaron en su momento de mayor vulnerabilidad. Inocentes charlas sobre educación y sueños compartidos dieron paso a confidencias íntimas y encuentros fuera del trabajo, desembocando en un romance que, en el fondo, Alex sabía erróneo, aunque no tuviera la fuerza o la voluntad para resistirse.

Este desliz, esta traición hacia su esposa, ensombreció no solo su conciencia, sino que precipitó el colapso de su matrimonio. ¿Fue acaso la soledad percibida o el egoísmo lo que me guió a tal error?, se cuestionaba, sintiendo el peso de sus elecciones como cadenas que aprisionaban su corazón.

Paralelamente, su entorno profesional mostraba fisuras. Rememoró el día en que Roberto, el coordinador de área, insinuó, con un tono cargado de implicaciones, que debía favorecer a una estudiante en particular —sobrina de Marcelo, director de carrera, y conocido por sus expectativas de favores no éticos para asegurar el éxito de sus allegados—. La decisión de Alex de mantenerse íntegro, rechazando la sugerencia, lo marginó aún más dentro de la facultad. La frialdad en el trato de sus superiores se intensificó, alejándolo de oportunidades y proyectos significativos.

"¿Acaso mi integridad me convirtió en un marginado?", reflexionaba en la quietud de la noche. Su resistencia a comprometer sus principios, noble en apariencia, se teñía ahora de matices más complejos. Esta postura, combinada con el desmoronamiento de su vida personal, había generado una tormenta perfecta, aislándolo no solo de su familia sino también de potenciales aliados en su ámbito laboral.

Pero una duda más perturbadora se abría camino en su introspección: ¿Mi rechazo a la corrupción fue verdaderamente un acto de ética, o estuvo motivado por mi ego y vanidad? Esta incertidumbre, tenaz y corrosiva, lo seguía como una sombra reticente a disiparse. Alex empezaba a reconocer que su afán por mantenerse puro frente a dilemas morales podría haber sido en realidad un engaño personal, un velo de autojustificación que ocultaba verdaderas motivaciones más egoístas.

¿Era acaso mi 'integridad' una máscara para mi orgullo? se cuestionaba. La posibilidad de que su negativa a ceder ante las peticiones poco éticas de sus superiores no fuera una batalla por la moral, sino un reflejo de su deseo de sentirse superior, de diferenciarse no por convicciones genuinas sino por una vanidad disfrazada, lo perturbaba profundamente.

Este nuevo entendimiento no ofrecía consuelo, sino un espejo ante el cual sus acciones pasadas requerían una revisión más crítica, una valoración no solo de sus elecciones externas sino de las motivaciones ocultas que las impulsaron. La decisión de mantenerse alejado de la corrupción, aunque aparentemente noble, se teñía ahora de matices de egoísmo y autocomplacencia.

Alex, de vez en cuando, desviaba su mirada hacia Gedeón, sumido en el intento de entender la enigmática aura que lo rodeaba. La sensación de conocerlo de algún lugar, o tal vez de otro tiempo, incluso llegó a pensar quien sabe porque en conocerlo de otra vida, estas ideas revoloteaban en su cabeza, ideas elusivas, como recuerdos que se desvanecen al amanecer. Pero era el libro de color azul y hojas de filo dorado en manos de Gedeón que, a pesar de su tamaño, emanaba una profundidad insospechada, suscitando una cascada de interrogantes en la mente de Alex cada vez que sus ojos lo captaban.

La caminata los llevó por las arterias de la ciudad, cada giro y cada calle revelando fragmentos de una Guayaquil adormecida. Y entonces, tras quince minutos que a Alex le parecieron suspendidos fuera del tiempo, se detuvieron frente a uno de los colegios privados más imponentes de la ciudad. El reloj marcaba quince minutos antes de las siete, y el cielo, ahora un lienzo de azules oscuros contemplaba su llegada.

Un letrero colocado estratégicamente en el hall principal del colegio captó la atención de Alex: *"Despertar de la Conciencia: Ganar el Juego Interior para Ganar el Juego Exterior"*, anunciaba, presentando a Gedeón Saza como el orador de la noche. La fotografía adjunta mostraba a Gedeón con un atuendo formal, su rostro se veía serio y reflexivo, contrastando notablemente con el hombre afable que Alex había encontrado en la cafetería. Esa expresión circunspecta, tan diferente a la calidez de su presencia física, aportaba una nueva dimensión a su carácter.

El reconocimiento impactó en Alex no tanto como una sorpresa, sino como un eco de un recuerdo distante. Unos tres años atrás, se había encontrado en una sala llena

de asistentes, escuchando a Gedeón hablar sobre superación y éxito. Sin embargo, en aquel momento, su atención se veía constantemente socavada por las distracciones y las tensiones que Elena, su compañera de entonces, generaba. Gedeón, a pesar de su presencia en el estrado, había pasado casi inadvertido para Alex, cuya mente estaba laberínticamente enredada en sus propios dilemas. Pero ahora, ante la visión del letrado, los recuerdos de esa conferencia resurgían con sorprendente claridad en su memoria.

La conferencia a punto de comenzar se dirigía a un público muy específico: los 280 docentes del colegio, congregados para una sesión especial en el auditorio principal. La colocación cuidadosa del letrado y su mensaje no solo destacaban la relevancia del evento, sino que también subrayaban el prestigio de Gedeón Saza como conferencista y líder de pensamiento dentro de este contexto educativo de élite.

Al llegar al colegio, Gedeón se inclinó discretamente hacia una persona al umbral del auditorio, susurrándole algo que Alex no logró captar. Era evidente la exclusividad del evento, y aunque Alex se sintió un intruso en ese instante, la gestión silenciosa de Gedeón aseguró su entrada. Mientras avanzaban hacia el interior, Alex notó un cambio en Gedeón; sobre su camisa blanca ahora descansaba un saco sport de lana azul. Esta adición no hacía sino acentuar un aire de distinción, una mezcla perfecta de formalidad e informalidad que le permitía destacar con naturalidad entre los académicos congregados.

El auditorio era un espacio que respiraba elegancia, con sus pisos de madera pulida que reflejaban tenues luces y paredes revestidas del mismo material cálido, que amplificaba la acústica de la sala. Butacas alineadas en armoniosa simetría apuntaban hacia un estrado igualmente imponente, preparado para la ocasión.

El rector del colegio, un hombre de presencia augusta tomó la palabra. Su voz, cargada de un respeto reverente, llenó el auditorio al hablar sobre el honor que significaba acoger a un ponente de la talla de Gedeón. Mientras lo presentaban, Gedeón, con un gesto casi inconsciente, apretó ligeramente el libro que había sido su constante acompañante y lo deslizó en el bolsillo exterior derecho de su saco. La parte superior del libro, de un azul que casi se fusionaba con el tono del saco, asomaba sutilmente, como un secreto apenas guardado.

En ese momento, la expectativa en el auditorio era palpable, un silencio expectante se cernía sobre los asistentes, todos atentos a la figura de Gedeón que, ahora en el centro del estrado, se preparaba para compartir sus conocimientos y experiencias. Alex, sentado entre el público, sentía cómo la anticipación crecía dentro de él. La transformación en la apariencia de Gedeón, la solemnidad del evento, y el ambiente acogedor pero imponente del auditorio, todo contribuía a la sensación de que estaba a punto de ser testigo de algo trascendental.

"No siempre me hacen sentir cómodo las presentaciones tan elocuentes sobre mí", inició Gedeón, sus palabras flotaban en el aire, tiñendo la atmósfera de una honestidad sin pretensiones, haciendo referencia a la introducción realizada por el rector. Alex, afortunadamente, había conseguido un asiento en primera fila, no muy lejos de Gedeón y al lado de las figuras más prominentes del colegio. Al echar un vistazo panorámico, girando ligeramente la cabeza, quedó impresionado por la vista del auditorio repleto, todas las miradas, cargadas de expectativa, fijas en Gedeón.

La solemnidad del momento pareció tomar un giro inesperado cuando Gedeón prosiguió: "Hoy estoy aquí para dictar una charla sobre los niveles de conciencia del ser". La atención de la audiencia se intensificó, cada palabra de Gedeón era seguida con un silencio reverente. "Lo que voy a decir no busca generar el agrado de nadie, ni tampoco el desagrado. Si, mientras hablo, encuentras algo de agrado, es bienvenido. Si no te agrado, es igualmente bienvenido". Aunque pronunciadas con un tono neutro, estas palabras resonaron con un desafío sutil, claramente alejándose del guion esperado. Un murmullo suave pero palpable se extendió entre la audiencia, una mezcla de sorpresa y contemplación.

Alex, aunque no se sentía personalmente aludido por las palabras de Gedeón, experimentó una ola de vergüenza por reflejo. La franqueza de Gedeón, su disposición a abordar temas de conciencia y ser sin buscar aprobación, contrastaba fuertemente con la propia tendencia de Alex a medir sus palabras y acciones según la percepción de los demás. En ese instante, sentado entre la élite académica del colegio, Alex comenzó a sentir el peso de su propia búsqueda interior, un eco de la valentía que Gedeón mostraba al enfrentar a su audiencia.

A pesar de la tensión inicial que sus palabras habían provocado, Gedeón, con una maestría innata, lograba capturar la atención de todos en el auditorio. Se dispuso a hablar sobre lo que denominaba la "Triada Cognitiva": pensamiento, emoción y

acción. "Piensas, experimentas emocionalmente y entonces actúas", explicó, enlazando estos conceptos con la idea de paradigma de manera casi poética.

Para ilustrar su punto, Gedeón invitó a dos asistentes a compartir su interpretación de lo que "paradigma" significaba para ellos. El primero, un profesor de ciencias describió el paradigma como "un modelo o patrón en la ciencia que establece un marco de referencia para la investigación". El segundo, una joven profesora de literatura, lo interpretó como "la lente cultural a través de la cual interpretamos el mundo".

"Interesantes perspectivas", concedió Gedeón con una sonrisa. "Y aunque cada una enfoca aspectos distintos, al final, todo se reduce a una sola palabra: pensamiento".

Luego, Gedeón cambió el curso de su charla hacia las emociones. Pidió a otros dos voluntarios nombrar las cuatro emociones básicas mientras él las anotaba en una pizarra digital proyectada sobre el escenario. Con la colaboración del público, se identificaron: alegría, tristeza, ira y miedo.

"Permítanme añadir una más", dijo Gedeón, marcando una pausa dramática antes de escribir "amor". "Aunque muchos la consideran un estado emocional más complejo, me gusta incluirla por su capacidad para transformar nuestro pensamiento y, por ende, nuestra acción".

La audiencia, inicialmente sorprendida por el giro inesperado de la charla, comenzaba a sumergirse en las reflexiones propuestas por Gedeón. La forma en que hilaba pensamiento, emoción y acción, alentaba a todos a revisar sus propios paradigmas internos, desafiándolos a considerar cómo estas dimensiones influían en cada aspecto de sus vidas.

Para Alex, cada palabra de Gedeón resonaba profundamente, incitándolo a examinar las estructuras de su propio pensamiento y cómo estas habían moldeado su realidad. La inclusión del amor como un componente crucial en la dinámica de la triada cognitiva le ofrecía una perspectiva renovadora, un contrapunto al análisis puramente racional de su situación.

"Ahora... ¿qué es la realidad?" Gedeón lanzó la pregunta al auditorio, su voz serena pero cargada de curiosidad genuina.

"Todo lo que nos rodea", respondió con confianza un docente desde el fondo, "todo es real".

"¿Para quién?", replicó Gedeón, instigando una reflexión más profunda.

"Para todos", continuó el mismo profesor, algo seguro de su argumento.

"Allí es donde discrepo", Gedeón intervino suavemente. "La realidad depende de los paradigmas que has acumulado a lo largo de tu vida. Son ellos los que colorean eso que tú denominas 'realidad'".

"Yo aquí veo una silla", insistió el docente, señalando una butaca frente a él, impaciente.

"Porque alguien plantó en tu mente el concepto, la idea, el paradigma de 'silla'", afirmó Gedeón con convicción.

La conversación escaló un poco cuando el profesor, entre risas dispersas de los presentes, retó: "Debes ser algo torpe si no ves una silla aquí".

Alex, atrapado en la tensión del momento, sintió nuevamente el calor del rubor en sus mejillas, inseguro de cómo Gedeón manejaría el desafío.

"Imagina", continuó Gedeón, manteniendo una serenidad que contrastaba con la creciente tensión, "que nunca te hubieran explicado qué es una silla y, a lo largo de tu vida, nadie menciona nada al respecto. Luego, estás aquí, delante de mí, y yo te pido que me pases la silla", hizo una pausa, señalando la butaca frente al profesor, "¿Qué me pasarías?".

El docente, mostrando una chispa de duda, admitió, "En ese caso, no lo sé... Le preguntaría a alguien o incluso a ti qué es lo que me estás pidiendo pasar".

"Y el objeto que yo he llamado 'silla', ¿estaría presente?", inquirió Gedeón con un tono que invitaba a la reflexión.

"Sí", concedió el profesor, su seguridad inicial disminuyendo.

"Entonces, hasta que alguien no te confirme que el objeto frente a ti es una silla, no sabrías exactamente qué pasarme, ¿verdad?". Gedeón dejó que la pregunta se asentara entre los presentes, provocando un murmullo en el auditorio.

"Escuchen", Gedeón capturó de nuevo la total atención de su audiencia. "No niego que la externalidad exista per se, pero son tus paradigmas, esos modelos mentales que has construido a lo largo de tu vida, los que le dan sentido a todo lo que te rodea en tu existencia".

Tomando un momento para profundizar en la influencia de los paradigmas en la percepción de la realidad, Gedeón planteó una analogía más humana y compleja: "Imaginen a una persona que, desde su niñez, solo ha conocido el desamor y el

rechazo, que nunca sintió una muestra genuina de afecto. A lo largo de su vida, esta persona vive con la convicción de que nadie es capaz de amarla o de ser amada. Entonces, en un futuro, cuando alguien se acerque con verdadero amor, ¿será capaz de reconocerlo? ¿Cómo afectarán sus paradigmas previos a su capacidad de aceptar y devolver ese amor?".

Este punto resonó en el silencio que siguió, mientras Gedeón añadía, "Como bien señaló Jean-Paul Sartre, estamos condenados a ser libres; somos responsables de darle sentido a nuestras vidas a través de nuestras elecciones y percepciones. En este caso, nuestros paradigmas definen nuestra realidad, y aunque la externalidad existe, son nuestras interpretaciones de ella las que realmente moldean nuestra existencia".

Gedeón concluyó su discurso con un mensaje empoderador: "Tus paradigmas, tus pensamientos, crean lo que deseas. Tu cerebro es una herramienta poderosa que puedes entrenar. Y la ventaja de los paradigmas es que, siendo pensamientos, siempre puedes optar por pensar de manera diferente".

Los docentes, ahora completamente inmersos en la charla, tomaban notas ávidamente, capturando las palabras de Gedeón, que invitaban no solo a reflexionar sino también a actuar sobre la propia percepción de la realidad.

Gedeón continuó tejiendo su argumento con la maestría de un orador nato, ahora enlazando la discusión de los paradigmas con la Triada Cognitiva. "No solo tus paradigmas, o lo que crees sobre la externalidad, depende de tus pensamientos. Desde ese punto de vista, la realidad como entidad única y absoluta no existe. Existen realidades consensuadas cuando ambos compartimos un concepto y lo volvemos real para nosotros en ese instante. Pero hasta que no estemos seguros de que un tercero comparte nuestra definición sobre un acto o algo, entonces, estrictamente hablando, la realidad como tal no existe".

Al introducir las emociones en la ecuación, planteó: "¿Percibes la realidad de la misma manera dependiendo de la emoción que experimentas?".

Desde el público, una voz cercana al docente que había interrumpido antes lanzó un desafío: "Yo creería que sí, que, si yo considero algo como realidad, sin importar el estado emocional en el que me encuentre, seguiré viéndolo de la misma forma".

Gedeón, sin perder la calma, comenzó a caminar por el escenario con deliberación, como evocando sabiduría ancestral. Dirigiéndose al desafío con un

gesto de la mano, propuso: "Vamos a suponer lo siguiente. Imagina que estás en un estado de ira, una ira que se magnifica hasta convertirse en furia. Estás frente a tu computadora, quizás en la oficina o en casa, golpeando las teclas con vehemencia, como si el teclado fuera el culpable de tu estrés. Entonces, alguien que te aprecia — podría ser un colega, un ser querido, tu pareja, tu madre, tu hijo — te observa en este estado y, queriendo calmar tu tormento, se acerca con un vaso de agua. ¿Cómo interpretas este gesto en medio de una ira tan profunda que hasta la ropa te incomoda?".

El docente interrumpió nuevamente: "Pues lo vería como lo que es, un gesto amable", afirmó con seguridad.

La reacción del auditorio fue instantánea; voces se alzaron tanto a favor como en contra de su afirmación, generando un tumulto de opiniones.

Con un gesto sereno, Gedeón pidió silencio. "No lo verías como crees que es", corrigió suavemente, "porque en un estado emocional de ira extrema, podrías percibirlo como una intromisión o incluso un desafío. En cambio, si estuvieras experimentando felicidad, ese mismo gesto se interpretaría como un acto de gentileza. Por tanto, nuestra percepción de la realidad se ve distorsionada por nuestros propios estados emocionales".

Este intercambio dejó al auditorio en reflexión. Gedeón había ilustrado con claridad cómo los estados emocionales pueden alterar drásticamente nuestra interpretación de los eventos, sugiriendo que nuestra "realidad" es, en gran medida, una construcción interna influenciada por nuestro estado emocional y mental en cualquier momento dado.

Este diálogo, rico en matices y perspectivas, no solo desafiaba las nociones preconcebidas de los asistentes sobre la realidad, sino que también invitaba a Alex y al resto del auditorio a reconsiderar cómo sus propios paradigmas y emociones moldean su comprensión del mundo.

A medida que Gedeón exploraba los niveles de conciencia y la percepción del mundo, su habilidad para capturar y mantener la atención del público era innegable. Incluso ante las voces divergentes, su serenidad no flaqueaba. Alex, a diferencia, se encontraba inmerso en sus propios nervios, absorbido completamente por la elocuencia y profundidad de Gedeón. Sin apoyarse en notas ni diapositivas, Gedeón

fluía a través de la charla, como si las palabras brotaran de una fuente de sabiduría interna, preparada siempre para enfrentar las dudas y cuestionamientos del público.

Sobre la pizarra digital, las palabras clave —"paradigma", "conciencia", "emociones", "realidad"— se entrelazaban con diagramas explicativos, delineados con la misma calma con la que Gedeón abordaba cada tema. Su voz llenaba el espacio, clara y audible para todos.

Al concluir, Gedeón compartió una reflexión que resonaría en Alex profundamente: "Nuestros paradigmas son el filtro a través del cual percibimos la realidad, pero no necesariamente son buenos o malos. Yo prefiero llamarlos funcionales o no funcionales. Un paradigma es funcional cuando te acercas a la vida que afirmas querer, y no funcional cuando te aleja de ella. A veces, sin embargo, no nos damos cuenta de que un paradigma es no funcional. Nos aferramos a él como si fuera la única realidad, negándonos a contrastarlo, a pesar de que nos aleje de la vida que conscientemente decimos querer".

Aquí, Gedeón se detuvo, su mirada recorriendo el auditorio antes de centrarla en un punto en el espacio, como si visualizara la situación que estaba a punto de describir: "Imaginamos a alguien que dice desear una relación basada en el amor, respeto y fidelidad. Sin embargo, en el presente, sus acciones demuestran todo lo contrario: actos de deshonestidad, de infidelidad, de falta de respeto hacia su pareja. Estas acciones van en contra de todo aquello que proclama querer para su futuro. Es un claro ejemplo de un paradigma, un comportamiento, no funcional en acción, un deseo expresado que choca con la realidad de las acciones presentes".

El ejemplo resonó en el silencio que siguió, y Alex sintió un escalofrío al reconocer en esas palabras la descripción precisa del colapso de su propio matrimonio.

"¿Qué pasa si lo que crees que es, no es?", continuó Gedeón, instando a la audiencia a la reflexión. "Cuestiona todo, incluso lo que hoy he compartido, lo que lees, lo que tus padres te enseñaron, lo que los medios muestran. Todo son paradigmas, visiones del mundo que has elegido aceptar, consciente o inconscientemente. Como señaló Jean-Paul Sartre, 'el hombre no es otra cosa que lo que se hace con lo que hicieron del él' y en ese sentido no es, ni siquiera el lenguaje que hablas te pertenece, es el que te enseñaron a hablar. Y, añadiendo a Thomas Kuhn, nuestras 'estructuras científicas' o paradigmas son susceptibles de cambio, desafiando así nuestra percepción de la realidad".

Tras casi tres horas, Gedeón concluyó: "Mi nombre es Gedeón y estoy seguro de que nos volveremos a ver. Muchas gracias". Las palabras finales, cargadas de una promesa futura, provocaron un aplauso estruendoso. Alex, partícipe del reconocimiento colectivo, se levantó para aplaudir, sintiendo un cambio interno impulsado por la charla. Las palabras de Gedeón sobre las relaciones y paradigmas funcionales versus no funcionales no solo iluminaron su comprensión de lo que había ido mal en su matrimonio, sino que también lo guiaron hacia una reflexión más profunda sobre sus propias acciones y deseos.

Cuando la charla concluyó y el aplauso final se desvanecía en el aire cargado del auditorio, Gedeón descendió del escenario con la gracia de quien ha realizado este acto incontables veces. Se dirigió hacia el rector, extendió su mano en un gesto de agradecimiento, sus palabras un susurro inaudible de cortesía y gratitud que se mezcló con el murmullo residual de la audiencia, aún procesando las revelaciones de la noche.

Mientras algunos asistentes comenzaban a dispersarse, un grupo pequeño pero insistente rodeaba a Gedeón, teléfonos en mano, ansiosos por capturar un momento junto al orador que había desafiado sus percepciones. Gedeón, con una sonrisa amable pero firme, declinaba cada solicitud de selfies, su negativa envuelta en la diplomacia de quien está acostumbrado a tales interacciones. Solo accedió a posar para la foto oficial junto al rector y un pequeño grupo de organizadores, asumiendo una pose que, a ojos de Alex, lo transformaba sutilmente, proyectando la misma imagen enigmática y ligeramente distante que había notado en la pancarta que anunciaba la charla.

Alex observaba desde la distancia, su curiosidad agudizada por la actitud de Gedeón respecto a las fotos. Los más persistentes en sus solicitudes son precisamente aquellos que, durante la charla, se habían mostrado abiertamente escépticos o en desacuerdo con las ideas presentadas. Sus expresiones, una mezcla de admiración y reticencia, reflejaban la complejidad de sus emociones: desafiados por Gedeón, aún deseaban llevarse un pedazo de esa experiencia, aunque fuera a través de la lente de un smartphone.

En la puerta del auditorio, Alex se reunió con Gedeón. El contraste entre el bullicio del interior y la tranquilidad del pasillo es palpable. Gedeón, ahora liberado del

centro de atención, parecía aún más sereno, casi aliviado. Su mirada se cruzó con la de Alex, una invitación silenciosa a dejar atrás el clamor del evento.

"Es curioso", comenta Alex, rompiendo el silencio entre ellos, "cómo algunos de los más críticos son los que más insistían en una foto contigo".

Gedeón asintió, su sonrisa llevaba un matiz de comprensión. "A veces, la disonancia entre nuestras creencias y lo que experimentamos nos lleva a buscar una conexión, aunque sea superficial. Una foto, un recuerdo tangible, se convierte en un puente entre dos mundos: el que conocemos y el que acabamos de descubrir". La reflexión de Gedeón resonó en el pasillo vacío, añadiendo otra capa a la noche de aprendizaje.

Mientras avanzaban por los pasillos silenciosos del colegio, la figura de Gedeón se perfilaba bajo la tenue luz, marcando el camino hacia la salida. Alex, aún procesando la intensidad de la charla, no podía evitar sentir que las palabras de Gedeón sobre la infidelidad y los deseos contrapuestos habían sido, de alguna manera, dirigidas a él. Armándose de valor, decidió confrontar esos pensamientos que bullían en su interior.

"Te referías a mí cuando hablabas de la infidelidad presente que se opone al futuro deseado de una relación de pareja en paz y fidelidad...", dijo Alex, su voz cargada de una mezcla de pregunta y reclamo.

Gedeón se detuvo, volviéndose hacia Alex con una mirada que irradiaba comprensión y paciencia. "No he hablado de ti en ningún momento", respondió con la calma de quien está acostumbrado a ser malinterpretado.

"Pero...", intentó interrumpir Alex, buscando en las palabras de Gedeón alguna señal de que, efectivamente, había sido el foco de esa parte de la charla.

Gedeón, sin embargo, continuó como si la objeción de Alex no hubiera sido pronunciada. "Presta atención. Si bien eres importante para el universo, para el mundo, para mí... pero no tan importante. No siempre se trata de ti".

Las palabras de Gedeón resonaron en Alex con una claridad desconcertante. El "para mí" especialmente lo dejó meditando sobre cómo alguien a quien acababa de conocer podía considerarlo importante. "He presentado un concepto general, y tú has elegido identificarte con él. Mi intención al evitar mirarte directamente no era otra que resguardar tu susceptibilidad. Lo discutido esta noche aplica a muchos, estoy seguro de ello, pero recuerda: nada de lo que expreso es personal. No conozco

a cada uno de los presentes a nivel individual; simplemente expongo ideas que resonarán con algunos y no tanto con otros. A menudo, es el ego el que reclama palabras ajenas, buscando hallar en ellas una importancia personal".

La claridad y serenidad con la que Gedeón articulaba sus pensamientos capturaban a Alex, quien lo escuchaba absorto, cada palabra un hilo que tejía complejas reflexiones en su mente.

Continuaron su camino hacia la puerta del colegio, y mientras se acercaban al final de su encuentro esa noche, Alex reflexionaba sobre las palabras de Gedeón. La idea de despedirse surgía acompañada de una sensación agri dulce; había encontrado en Gedeón un guía inesperado, un espejo donde verse reflejado y cuestionado. El silencio entre ellos ya no era incómodo, sino un espacio compartido de contemplación, un puente hacia un entendimiento más profundo de sí mismo y del intrincado tejido de la realidad que lo rodeaba.

Al acercarse a la puerta del colegio, la transición de un mundo a otro quedaba marcada por una estructura imponente. La puerta, una pieza moderna de vidrio y aluminio, brillaba bajo las farolas de la calle, creando un contraste vivo con el entorno urbano que se extendía más allá. Alex, aún envuelto en sus pensamientos, se detuvo junto a Gedeón, dudando sobre cómo proceder.

"¿Estás pensando en despedirte?", preguntó Gedeón, su sonrisa fácil y sincera iluminando el momento. La pregunta, tan directa, tomó por sorpresa a Alex, quien solo pudo murmurar en respuesta.

"Pues, eh...", comenzó Alex, la incertidumbre evidente en su voz.

Gedeón, con una paciencia casi paternal, lo interrumpió. "En el café, dijiste que me acompañarías. La charla, ¿te pareció interesante?".

"Sí, fue... sublime", admitió Alex, sinceramente cautivado por lo que había escuchado.

"La invitación no era solo para esta charla. Tengo un ciclo de charlas por todo el país... Tú vendrás conmigo", declaró Gedeón, su tono era amable pero firme.

Alex intentó protestar, mencionando compromisos y asuntos pendientes. "Tengo cosas que hacer, asuntos pendientes..."

"Te divorciaste hace 9 meses y acabas de perder tu trabajo. No tienes 'pendientes', pero sí tienes elecciones", cortó Gedeón, su voz llevaba un peso que hacía parecer cada palabra incontestable.

La resistencia inicial de Alex comenzó a desvanecerse ante la lógica ineludible de Gedeón. "Pero ¿a dónde vamos? No tengo ropa..."

"Te puedo prestar ropa. Me hospedo en una suite con dos cuartos", aseguró Gedeón, resolviendo prácticamente cada preocupación de Alex antes de que pudiera expresarla. "Hoy vamos a descansar. Mañana salimos a la bella ciudad de Loja".

Con la misma certeza con la que hablaba, Gedeón detuvo un taxi justo al momento de terminar su última palabra. Su rostro reflejaba una alegría contenida, como si hubiera conquistado una pequeña pero significativa victoria. Alex, aún entre la confusión y la fascinación, subió al taxi. Mientras el vehículo se alejaba, sus pensamientos oscilaban entre sus recientes desventuras y la curiosidad ardiente sobre lo que Gedeón podría enseñarle. Tal vez, reflexionó Alex, todo lo que Gedeón había hablado estaba encerrado en ese enigmático libro de portada azul y tal vez Gedeón no era más que un farsante que simplemente leía un texto.

Y así, con la ciudad desvaneciéndose en la noche detrás de ellos, Alex se encontraba al borde de una nueva realidad, preguntándose si dentro de las páginas en blanco de su propio futuro podría encontrar las respuestas que tanto buscaba. Quizás, en la compañía de Gedeón, estaba a punto de descubrir que los mapas para navegar la vida se dibujan no con certezas, sino con las preguntas que nos atrevemos a formular. Y en ese momento de duda y anticipación, el viaje hacia Loja se convertía en mucho más que un simple desplazamiento: era el próximo capítulo en la búsqueda de Alex por entender el verdadero significado de su existencia.

Capítulo 3 Caminos entrelazados

Con las primeras luces del amanecer filtrándose a través de las cortinas, Alex se encontraba en su habitación del hotel, una suite en el norte de Guayaquil que desbordaba lujo y confort. Este hotel, de cinco estrellas, era un oasis de tranquilidad y sofisticación en medio de la bulliciosa ciudad. Mientras guardaba sus últimas pertenencias en una pequeña maleta, no pudo evitar asomarse por la ventana para admirar el amanecer, reflejo de nuevos comienzos.

Al bajar, Gedeón ya lo esperaba en el lobby, vestido con una camisa blanca impecable y un pantalón celeste que complementaba su aire distinguido. Su semblante reflejaba una noche de descanso reparador; su presencia era, como siempre, un remanso de calma.

Juntos, salieron del hotel y se dirigieron hacia el vehículo de Gedeón, un SUV tipo Jeep de color blanco. A pesar de sus aparentes diez años, el coche brillaba como si acabara de salir del concesionario, sus superficies limpias y relucientes bajo el sol matutino. Alex no pudo evitar detenerse un momento para admirarlo, reflexionando sobre la paradoja de la antigüedad y la flamante condición del auto.

Gedeón, tomando asiento tras el volante, colocó el misterioso libro azul sobre el panel del vehículo, justo encima de la radio, un gesto que Alex observó con curiosidad. Aunque este detalle parecía menor, para Alex se estaba convirtiendo en un símbolo de la profundidad y el misterio que rodeaba a su nuevo mentor.

Ya en el camino, Alex, revisando el mapa en su propio celular, comentó: "Según el GPS, llegar a Loja nos tomará unas siete horas, más la parada para almorzar". Gedeón, ya conduciendo y con las gafas de sol puestas, le respondió con una sonrisa, como anticipando las profundas conversaciones que tendrían en el viaje.

Gedeón miró a Alex y lanzó una pregunta al aire, casi como si fuera el prelude de una lección más profunda: "Alex, ¿crees en el azar, en que las cosas ocurren de forma aleatoria, o piensas que existe algún tipo de orden en el aparente caos del universo?".

Alex se quedó pensando un momento antes de responder. "Bueno, hay muchas cosas que parecen suceder por azar y que probablemente no tienen mayor importancia", dijo, un poco inseguro de dónde Gedeón quería llegar con esta pregunta.

Gedeón entonces, con esa sonrisa que parecía conocer secretos inconfesables, inquirió: "¿Crees entonces que fue cosa del azar que nos encontráramos en aquel café?".

Alex asintió, aunque su gesto era el de alguien que está de acuerdo, pero al mismo tiempo no está completamente seguro. Fue entonces cuando Gedeón, mirando la carretera con atención, pero claramente disfrutando de este diálogo, sentenció de manera que parecía cerrar cualquier debate: "Escucha bien, Alex. Nada es por azar".

Mientras el vehículo serpenteaba por las carreteras que conectan Guayaquil con Loja, Gedeón, con una sonrisa enigmática, aprovechó el interés de Alex para profundizar en el tema. "Considera, por ejemplo, lo que dijo Albert Einstein: 'Dios no juega a los dados con el universo.' Einstein creía en un cosmos ordenado, donde todo tiene una explicación, incluso si aún no podemos comprenderla completamente. Esto significa que, en la vastedad del universo, donde las estrellas nacen y mueren, todo sigue un patrón predecible, una ley natural. Entonces, ¿cómo podríamos nosotros, siendo parte de este mismo universo, ser el resultado del azar?".

Alex escuchaba atentamente, tratando de asimilar esta idea. Gedeón continuó: "Ahora, pensemos en lo que Carl Jung propuso con la sincronicidad. Él sugería que existen coincidencias significativas en la vida que no pueden explicarse por causas y efectos tradicionales. Esto no significa que el azar no exista, sino que, detrás de lo que consideramos 'casualidades', puede haber un orden o propósito que no entendemos completamente. Como si el universo tuviera su manera de guiarnos a través de señales y coincidencias que, solo al mirar hacia atrás, comprendemos su importancia".

Para hacerlo aún más comprensible para Alex, Gedeón recurrió a una analogía simple: "Imagina que estás viendo un hormiguero desde arriba. Al principio, parece que las hormigas se mueven de manera aleatoria. Pero si observas con atención, notarás que todas siguen un camino, un orden. Lo que parece azar desde nuestra perspectiva es, en realidad, parte de un diseño mayor que las hormigas conocen instintivamente. Lo mismo sucede con nosotros en el universo. Puede que no siempre veamos el camino o el patrón, pero eso no significa que no esté allí".

Alex asintió, reflexionando sobre estas palabras. La idea de que su encuentro con Gedeón y todo lo que había sucedido desde entonces pudiera tener un propósito más profundo empezaba a resonar en él. "Entonces, lo que estás diciendo es que, aunque

no siempre entendamos por qué suceden las cosas, hay una razón detrás de todo, ¿una especie de diseño o propósito universal?".

"Algo así como tú lo dices", confirmó Gedeón, satisfecho con la comprensión de Alex. "Y reconocer eso, puede cambiar la forma en que vemos la vida, las 'coincidencias' y nuestras decisiones. Todo está interconectado en este tejido maravilloso y misterioso que es el universo".

Gedeón, notando la inquietud creciente en Alex sobre la predestinación y el libre albedrío, ralentizó el vehículo al aproximarse a una curva panorámica, ofreciendo una vista que parecía un lienzo pintado de montañas y cielos. Alex, con una voz cargada de genuina perplejidad y desafío, planteó su duda: "Entonces, si todo está escrito o predestinado, ¿para qué nos sirve el libre albedrío?".

"Imagina que estás en un río con una canoa", comenzó Gedeón, eligiendo cuidadosamente sus palabras para ilustrar un concepto complejo de una manera accesible. "El río, con su curso definido, es como el destino. Fluye de una manera determinada, hacia un punto específico. Pero tú, en tu canoa, tienes los remos. Puedes decidir cómo navegar, a qué velocidad, y en algunos casos, incluso desviarte hacia pequeños afluentes".

"El río seguirá fluyendo, eso es cierto, y hay ciertos límites en dónde puedes ir, pero dentro de ese curso, tus decisiones cuentan. El libre albedrío y la predestinación coexisten. No todo está escrito en piedra, pero tampoco estamos completamente a la deriva".

Gedeón hizo una pausa, pasaban justo por el puente encima de río Cañar, la pausa permitía que Alex absorbiera la analogía antes de continuar. "Ahora, piensa en los filósofos estoicos, como Epicteto. Él diría que hay cosas que están bajo nuestro control y otras que no. Nuestras opiniones, deseos, y lo que evitamos están bajo nuestro control. En cambio, lo que está fuera de nuestro control incluye el cuerpo que tenemos, la riqueza, la reputación y el estatus social. Los estoicos creían que la felicidad se encuentra en aceptar este hecho, enfocándonos en lo que podemos cambiar y dejando de lado lo que no".

"Por lo tanto, aunque parece que el destino tiene un curso, cómo respondemos a él, cómo vivimos nuestras vidas día a día, está en nuestras manos. No todo está predestinado en el sentido de que nuestras acciones y decisiones no importen. Al

contrario, nuestras elecciones tienen un poder enorme, y a través de ellas, tejemos el patrón de nuestras vidas dentro del gran tapiz del destino".

Alex asintió, reflexionando sobre esta perspectiva. La idea de que podía navegar dentro de los límites del destino, que sus decisiones y cómo reaccionaba a las circunstancias de la vida tenían un significado, le daba una sensación de agencia y propósito.

"Entonces, aunque nuestro destino pueda tener un curso, la forma en que lo vivimos, cómo elegimos reaccionar ante lo que nos sucede, eso es nuestro propio viaje, ¿cierto?", preguntó Alex, buscando claridad.

"Concuerdo contigo", confirmó Gedeón, una sonrisa complacida adornando su rostro. "Esa es la belleza de la vida. A pesar de los ríos y caminos predeterminados, cada viaje es único, moldeado por nuestras propias manos y corazones".

Gedeón miró a Alex, y su voz adquirió un tono suave pero firme, como si estuviera a punto de revelar un secreto antiguo. "Piensa en la vida como un gran tejido, donde cada hilo tiene su lugar y su razón de ser. A veces, cuando miramos solo un fragmento de cerca, todo parece un caos, hilos sueltos sin conexión aparente. Pero cuando damos un paso atrás, comenzamos a ver el patrón, cómo cada hilo contribuye a un diseño mayor".

"Los antiguos filósofos griegos, como Heráclito, nos enseñaron que todo está en flujo, que nada permanece quieto. Esto no significa que todo sea caótico, sino que hay un orden en el cambio, un patrón que podemos empezar a entender solo cuando aceptamos que el cambio es constante. Así, aunque parezca que eventos en nuestras vidas ocurren 'por azar', en realidad son parte de este flujo constante, piezas de un rompecabezas mucho más grande".

"En tu caso, Alex, los eventos recientes en tu vida —nuestro encuentro en el café, tu despido, tu divorcio— pueden parecer aleatorios o desafortunados cuando los miras individualmente. Pero si los ves como parte de un camino que te está llevando a algo nuevo, entonces comienzas a ver la conexión entre ellos. No porque estaban predestinados a suceder de una manera fatalista, sino porque cada uno te prepara para lo que sigue. Te están llevando hacia un aprendizaje, hacia una nueva versión de ti".

Alex asintió, comenzando a comprender. "Entonces, lo que dices es que, aunque no siempre podamos ver el porqué de las cosas en el momento que suceden, hay una

especie de... dirección o propósito detrás de ellas. Y nuestra tarea es, quizás, encontrar la manera de darles sentido".

"Exactamente," confirmó Gedeón, con un gesto de aprobación. "La vida es una serie de eventos interconectados, aunque no siempre sea claro cómo. Nuestra tarea es vivirla, aprender de lo que nos sucede y seguir, con los ojos abiertos a las lecciones que nos ofrece".

Esta explicación, arraigada en conceptos filosóficos pero presentada de manera sencilla y accesible, ofrecía a Alex no solo consuelo, sino también una nueva perspectiva sobre los cambios en su vida. Aunque las respuestas exactas a sus preguntas aún estuvieran fuera de alcance, la idea de que había un orden subyacente en lo que parecía ser el caos, le daba un sentido de propósito renovado en su búsqueda personal.

A medida que el SUV blanco de Gedeón se alejaba del Guayas y se adentraba en la serenidad de los paisajes del Azuay, el ambiente dentro del vehículo se tornaba cada vez más introspectivo. La carretera, un hilo que zigzagueaba entre montañas y valles, servía de escenario perfecto para la profundización de su conversación.

"¿Siempre tienes que citar a otras personas?", preguntó Alex, su voz mezclada con curiosidad y con un leve escepticismo. "¿No serán esos paradigmas de ellos o las creencias de ellos las que tú tomas como una realidad absoluta?".

Gedeón, con una mirada contemplativa hacia el camino que se desplegaba frente a ellos, respondió sin apartar la vista de la carretera. "Componemos nuestras historias y nuestros cuentos de paradigmas tomados de los demás. En la charla del colegio, hablé sobre los paradigmas funcionales y los no funcionales. Tú eres libre de escoger los pensamientos e ideologías que son funcionales para tu forma de ver o percibir el mundo. Yo solo te he recordado a algunos autores con cuyos conceptos o ideas yo resueno".

Como si la mención de autores despertara una nueva curiosidad, Alex añadió, señalando el libro azul que descansaba sobre el panel del coche, justo encima de la radio: "Como el autor del libro que tienes encima de la radio de tu carro".

Con una sonrisa que insinuaba una mezcla de acuerdo y diversión, Gedeón asintió. "Conjugo totalmente con el autor de ese libro. Aunque a veces", —hizo un gesto circular al lado de su cabeza, sugiriendo locura con una leve comicidad— "me parece que está un poco loco".

A medida que el vehículo comenzaba a subir por las sinuosas carreteras que conducen al Parque Nacional El Cajas, las curvas se hacían más pronunciadas, cada giro revelaba vistas cada vez más impresionantes de las montañas que se vestían de verde intenso y neblinas caprichosas. "Hacia el Parque Nacional El Cajas", anunció Gedeón, su voz llevando un tono de anticipación. "La entrada al Cajas es subir muchas montañas en carretera. Es un camino lleno de curvas y vistas que cortan el aliento, donde la naturaleza muestra su magnificencia sin reservas". Le decía a Alex casi gritando, envuelto en una extraña emoción.

Mientras el auto ascendía, la conversación fluía entre la filosofía y la admiración por el paisaje que los rodeaba. Cada curva en la carretera parecía ser una metáfora de los giros inesperados de la vida, y cada montaña que superaban, un recordatorio de los desafíos y las bellezas que se encuentran en el camino de cada individuo. Gedeón y Alex, en su viaje hacia el corazón del Cajas, encontraban en el paisaje un reflejo de su propia búsqueda interior, un viaje a través de las complejidades del destino, el azar y la elección personal.

A medida que el vehículo de Gedeón recorría la majestuosidad del Parque Nacional El Cajas, con sus paisajes adornados por poblaciones de llamas y conejos que jugueteaban entre la vegetación, una sugerencia inesperada de almorzar cambió el curso de su viaje. Gedeón, con la familiaridad de quien conoce bien el área, dirigió el vehículo hacia un camino lateral izquierdo, casi donde terminaba el parque, alejándose ligeramente de la ruta principal. El destino era una pintoresca casita que parecía haberse detenido en el tiempo, construida con ladrillos colorados que resaltaban vivamente contra el paisaje predominante verde y gris.

El exterior de la casita, con su arquitectura tradicional y techo de tejas, contrastaba con la modernidad del coche en el que habían llegado. A pesar del aire frío y el ambiente montañoso que caracterizaba el Cajas, al cruzar el umbral de la casita, les recibía un calor reconfortante, acogedor, una bienvenida a los viajeros.

Dentro, la atmósfera era de una calidez casi mística, con escasa iluminación que daba al lugar un aire de intimidad y recogimiento. Decoraciones rústicas y elementos ganaderos adornaban las paredes, testimoniando la vida y las tradiciones de las personas que habitan estas alturas. Lo que más llamaba la atención de Alex no eran solo las decoraciones, sino también un letrero que anunciaba ceremonias de

ayahuasca, sugiriendo que este lugar era no solo un sitio de paso, sino también de profundas experiencias espirituales.

Gedeón, conduciendo la experiencia como quien regresa a un lugar familiar, eligió una mesa situada bajo una impresionante cúpula decorada con imágenes de ángeles y querubines, un detalle que agregaba un toque celestial al entorno rústico, la presencia de unos pocos comensales en medio de la inmensidad del salón evocaba mejores tiempos para el restaurante.

Una vez acomodados, una joven mesera, no mayor de quince años, se acercó con una sonrisa tímida para tomar su pedido. Gedeón, haciendo de guía culinario, recomendó a Alex probar la especialidad de la casa: locro de papa con queso y medio aguacate, un plato que prometía ser tan reconfortante como el ambiente que los rodeaba.

Alex, intrigado por la recomendación y el lugar en sí, no pudo evitar comentar, "Este lugar tiene un encanto especial, ¿verdad? Es como estar en otro mundo".

Gedeón, con un asentimiento, respondió, "Sí, es un lugar lleno de historias y tradiciones. Y la comida aquí tiene el sabor auténtico, algo difícil de encontrar en la ciudad".

Entre bocados del delicioso locro, la conversación fluyó naturalmente, desde impresiones sobre el restaurante hasta reflexiones más profundas inspiradas por el entorno. "¿Crees que lugares como este, con tanta historia y espiritualidad, pueden cambiar a las personas?", preguntó Alex, movido por la curiosidad y el ambiente peculiar del lugar.

Gedeón, pausando un momento para considerar la pregunta, contestó, "Cada lugar, cada experiencia, tiene el potencial de transformarnos, dependiendo de cómo la vivamos. Aquí, rodeados de naturaleza y tradición, es fácil sentirse más conectado con uno mismo y con el universo".

En el acogedor y algo místico ambiente del restaurante, donde la luz tenue y los ecos de tradiciones pasadas creaban una atmósfera de otro mundo, Alex y Gedeón disfrutaban de su conversación y del locro, cuando la paz se vio interrumpida por la llegada de un individuo que contrastaba visiblemente con el entorno. Vestido con ropas desgastadas y apoyándose en una muleta improvisada, el hombre, que no aparentaba más de treinta años, pero cuya mirada reflejaba una vida de penurias, avanzó hacia ellos con paso inseguro.

Con la pierna recogida en un gesto de dolor y una mirada que oscilaba entre la súplica y la vergüenza, el hombre se detuvo ante la mesa de Alex y Gedeón. Sus palabras, apenas un susurro tembloroso, pedían algo de caridad para poder continuar su camino.

Alex, cuya expresión se endureció ante la petición, no ocultó su disgusto. Con un gesto de rechazo, casi instintivo, se negó a ofrecer cualquier tipo de ayuda, convencido de que se trataba de otro más de esos casos de personas que, en lugar de trabajar, optaban por fingir condiciones para despertar la compasión ajena. El hombre, tras un momento de vacilación, se retiró hacia el umbral de la puerta donde, resignado, se sentó en el suelo, su figura se oscureció a contraluz, pareciendo encogerse aún más.

Gedeón, que hasta ese momento había hecho como si no notara la tensa interacción, terminó su comida en silencio. Alex, aún con el sabor amargo de la situación, esperaba algún comentario de su acompañante, pero solo recibió un silencio curioso. Fue entonces cuando, sin previo aviso, Gedeón se levantó y se dirigió hacia el hombre en el umbral.

Desde su asiento, Alex solo podía observar las siluetas de ambos, la conversación le era inaudible, pero la escena hablaba por sí sola. Gedeón, con un gesto de genuina preocupación, se inclinaba hacia el hombre, quien, en respuesta, parecía derrumbarse aún más bajo el peso de sus circunstancias. Una conversación, un abrazo, un gesto de consuelo, y de repente, el hombre se levantó, sus lágrimas brillando incluso a la escasa luz del restaurante. Tomó lo poco que tenía y, con un último agradecimiento mudo miró hacia Alex y luego a Gedeón, caminando de forma normal abandonó el lugar.

Al regresar a la mesa, Gedeón encontró a un Alex que, inflado por un sentimiento de justificación, no tardó en expresar su perspectiva. "Viste, era solo un estafador", dijo Alex, convencido de haber tenido la razón desde el principio. Sin embargo, la reacción de Gedeón no fue la esperada. Por primera vez, Alex vio en el rostro de su mentor una sombra de enojo, una desilusión que lo tomó por sorpresa.

"¿Por qué siempre tienes que juzgar a los demás sin siquiera darles una oportunidad?" reprochó Gedeón, su tono contenía una mezcla de tristeza y reprimenda. "Probablemente no tengas la razón".

Las palabras de Gedeón resonaron en Alex con una fuerza inesperada, dejándolo sin respuesta. La certeza con la que había emitido su juicio se desvanecía, reemplazada por una duda incómoda sobre su propia capacidad de empatía y comprensión.

La comida concluyó en un silencio reflexivo, con ambos hombres perdidos en sus pensamientos. La experiencia en el restaurante, con su decoración que hablaba de una vida sencilla y de conexión con la tierra, y el encuentro con el hombre del umbral, se convirtió en un espejo donde Alex comenzó a cuestionar no solo sus percepciones sobre los demás, sino también las bases sobre las cuales construía sus juicios.

Después de un almuerzo que dejó cierta tensión en el aire, Alex propuso visitar el mirador cercano, buscando suavizar el ambiente con la tranquilidad y belleza natural del Cajas. Cruzaron caminando la carretera y retrocedieron unos 600 metros hasta un espacio donde la naturaleza se revelaba en todo su esplendor. El mirador, adornado con árboles frondosos y rocas que invitaban a sentarse, incluía también un improvisado parqueadero, indicio de su popularidad entre visitantes y locales.

Al asomarse a la baranda, un vasto panorama de montañas y valles se desplegaba ante ellos, un mosaico de tonalidades verdes que se extendía hasta perderse en el horizonte. La vista era simplemente espectacular: montañas majestuosas elevándose hacia el cielo, valles que se sumergían suavemente, cubiertos por una densa vegetación que cambiaba de color con el desplazamiento del sol. El fresco aroma de tierra mojada y pino, característico del Cajas, llenaba el aire, invocando un sentido de renovación espiritual.

El ambiente se enriquecía con el suave trinar de los pájaros y el ocasional susurro del viento entre las ramas, creando una serenata natural. Era un entorno que, naturalmente, inducía a la calma y la introspección, proporcionando un refugio contra la tensión previa del almuerzo.

En medio de esta paz, Alex buscó iniciar un nuevo tema de conversación, una oportunidad para conocer mejor a su enigmático acompañante. "He visto que das charlas", mencionó, su interés evidente. "¿Es eso suficiente para vivir de manera tranquila?".

"Sí", respondió Gedeón, su mirada perdida en la distancia. "Me alcanza para vivir". Un destello de complicidad en su mirada. "Hay charlas que cobro y otras que no",

reveló, añadiendo con un tono juguetón. "Depende de a quién y dónde. Las que no cobro son a menudo las mejor pagadas".

¿Tienes una casa?" preguntó Alex, intrigado por la aparente simplicidad con la que Gedeón encaraba la vida.

Gedeón asintió. "Tengo una casa en Guayaquil, pero prefiero hospedarme donde me inviten, o donde me paguen el hospedaje", explicó con un toque de humor en su voz. "Es una forma interesante de vivir", reflexionó Alex, admirando la perspectiva de Gedeón sobre la vida. Sin embargo, la tranquila conversación fue súbitamente interrumpida por la llegada de un grupo de personas. Entre susurros y comentarios se hablaba de una curación milagrosa. "Él ha sido", murmuraban algunos, mientras otros añadían: "Ha curado a Manuel, quien llevaba más de dos años sin poder caminar". Gedeón fue señalado como el artífice de tal milagro.

Entre la multitud, Manuel destacaba, su rostro bañado en gratitud, apuntando hacia Gedeón como el causante de su recuperación. La confirmación de este evento extraordinario generó un coro de asombro y admiración entre los presentes.

Al aproximarse la multitud, Alex sintió una oleada de nerviosismo que lo impulsó a retroceder, encontrando refugio en el extremo más alejado del grupo. Desde esta posición, observaba, un tanto abrumado, cómo las personas se congregaban alrededor de Gedeón. La situación, tan inesperada como intensa, lo hizo considerar brevemente la posibilidad de huir. Sin embargo, algo lo mantuvo en su lugar, una mezcla de curiosidad y un inesperado sentido de lealtad hacia Gedeón.

La serenidad con la que Gedeón enfrentó la multitud fue notable. Con un gesto tranquilo, invitó a todos a sentarse en el pasto, instaurando un ambiente de calma colectiva. A pesar de la distancia, Alex percibía cada palabra de Gedeón con una claridad sorprendente, lo escuchaba como si estuviera en primera fila.

"Si supieran el poder de cada palabra que dicen, pensarían dos veces antes de decirla", inició Gedeón, captando la atención de todos. Prosiguió hablando del poder generador de las palabras y su capacidad para manifestar realidades, en un discurso que fluía con la naturalidad de un río.

"Cada palabra es una semilla que plantamos en la realidad; pueden ser semillas de esperanza o de discordia. ¿Qué tipo de semillas eligen plantar con sus palabras?". Esta reflexión de Gedeón instó a la audiencia, y especialmente a Alex, a reflexionar sobre el impacto de sus expresiones en el mundo.

"Al hablar, no solo describimos nuestra realidad, sino que invitamos a esa realidad a tomar forma. Nuestras palabras dibujan los contornos del mundo en que deseamos vivir", continuó Gedeón, enfatizando la responsabilidad inherente en la elección de nuestras palabras.

"El verdadero poder de la palabra yace en su capacidad para conectar, transformar y sanar. Una palabra puede ser el bálsamo o el empujón que alguien necesita. Nunca subestimen el impacto de sus palabras en los demás y en ustedes mismos".

Mientras Gedeón continuaba su charla, la llegada de nuevos espectadores, lugareños y turistas que parqueaban sus autos en el mirador, incrementaba el número de personas reunidas alrededor. A pesar del creciente frío y el viento que susurraba historias antiguas a través de los valles del Cajas, el calor humano y la atención enfocada en Gedeón creaban una burbuja de calidez y conexión.

"Consideren el efecto placebo", comenzó Gedeón, utilizando un tono que invitaba a la reflexión. "Es un fenómeno bien documentado en la medicina que demuestra el poder de nuestras expectativas y creencias sobre nuestra salud física. Cuando creemos firmemente en la eficacia de un tratamiento, incluso si es solo una pastilla de azúcar, podemos experimentar mejoras reales en nuestra salud".

"Hay estudios", continuó, "que han mostrado cómo las palabras de un médico, llenas de esperanza y confianza, pueden influir significativamente en la recuperación de un paciente. No es mágico, es la ciencia detrás de nuestras creencias y cómo interactúan con nuestro cuerpo. Nuestras palabras, las promesas que nos hacemos a nosotros mismos y a los demás, tienen el poder de alterar nuestro estado físico".

Gedeón hizo una pausa, permitiendo que sus palabras se asentaran entre los presentes, antes de concluir: "Así que, cuando hablamos de salud, de recuperación, o incluso de enfermedad, debemos ser conscientes de las palabras que elegimos. No solo transmiten información, sino que también pueden ser catalizadores de cambio. Podemos, en cierto modo, 'hablar' hacia nuestra propia sanación. Por eso es crucial rodearnos de palabras y pensamientos que alimenten nuestra salud y bienestar".

El silencio que siguió reflejaba la contemplación colectiva, mientras el viento continuaba danzando entre las montañas, quizás susurrando su propio acuerdo con las palabras de Gedeón.

Mientras Gedeón concluía su discurso sobre el poder de las palabras, la tranquilidad del momento se vio interrumpida por exclamaciones entusiastas de la multitud. "¡Pero tú lo has curado!" gritó alguien, señalando a Gedeón con una mezcla de asombro y admiración. "¡Tú has curado a Manuel! Él no podía caminar, había visitado médicos sin obtener mejoría".

Gedeón, con una serenidad inquebrantable, se dirigió hacia la persona que había hablado. "Yo no lo he curado. Manuel ha hecho todo", explicó, captando la atención de todos los presentes. "Solo conversé con él, lo apoyé a recordar que aún tiene razones para caminar y que su destino no debería estar definido por su dolencia. Manuel ha sacado sus propias conclusiones y ha decidido caminar por sí mismo".

Manuel, ahora en medio de la multitud y un poco avergonzado por la atención, inclinado asentía con la cabeza mientras Gedeón continuaba: "No tengo el poder de curar ni de hacer caminar a alguien que ha sido considerado inválido. Lo que hice fue ayudar a Manuel a reconocer su propio poder".

Las palabras de Gedeón resonaron tanto para el público como para Alex. A pesar de las explicaciones, algunos murmullos persistían, sugiriendo que Gedeón era un ser especial. Cerrando la charla, Gedeón compartió una última reflexión impactante:

"Recuerden siempre, amigos, que el mayor poder que poseemos no reside en actos extraordinarios o milagros externos, sino en las palabras que elegimos y la fe que depositamos en ellas. Cada uno de ustedes tiene dentro de un poder inconmensurable: el poder de transformar su realidad a través de su voz, sus pensamientos y sus creencias. No subestimen nunca la fuerza de una palabra positiva, de un pensamiento constructivo, porque, en ellos, radica la verdadera magia de la vida".

Este mensaje dejó un profundo impacto en todos los presentes, marcando un respetuoso silencio y mientras cada uno reflexionaba sobre el verdadero significado de sus palabras. Alex, aún nervioso y situado al final del grupo, pensaba en como las enseñanzas de Gedeón comenzaban a cambiar su percepción del mundo y de sí mismo.

Mientras las personas se dispersaban lentamente, conversando animadamente sobre las profundas enseñanzas de Gedeón, una voz se elevó por encima del murmullo. "Maestro, ¿le gustaría quedarse en mi casa esta noche? Sería un honor

para nosotros hospedarlo", ofreció un hombre de mediana edad, con una expresión de genuina admiración y respeto hacia Gedeón.

Gedeón, tras una breve pausa, le agradeció con una cortesía que no dejaba dudas de su aprecio por el gesto. Sin embargo, declinó la invitación con una serenidad que parecía emanar de su comprensión del flujo de la vida. "Aprecio mucho tu generosidad, pero hemos decidido continuar nuestro viaje", respondió, señalando sutilmente hacia Alex.

Gedeón y Alex se encaminaron entonces hacia el vehículo, la mirada de Gedeón perdida en el horizonte, como contemplando el largo camino que aún tenían por delante. "Pero... ¿Qué ha sido eso?" preguntó Alex, su mente aún trataba de procesar la cascada de eventos que acababan de vivir. "¿En realidad tú lo curaste? ¿Obraste un milagro?".

Gedeón le lanzó una mirada de infinita paciencia, como si estuviera acostumbrado a este tipo de interrogantes. "¿No escuchaste lo que acabo de decir? Ha sido él mismo quien se ha curado. Yo no soy milagroso", explicó Gedeón, con una calma que se derivaba de una profunda sabiduría sobre la naturaleza humana. "El hecho de que vea la realidad de una forma distinta a la tuya no significa que haga milagros. Esas son tus palabras, no las mías".

Al llegar al SUV, Gedeón entregó las llaves a Alex, en un gesto que simbolizaba tanto confianza como un deseo de compartir la responsabilidad del momento. "Maneja tú", dijo, su voz firme pero gentil.

"Pero te han invitado a quedarte", insistió Alex, aún confundido, mientras encendía el vehículo.

"He decidido no hacerlo", explicó Gedeón, su mirada perdida en algún punto lejano, reflexivo. "Cuando me quedo mucho tiempo en un lugar, las personas comienzan a atribuirme poderes que no poseo. Comienzan a verme como alguien capaz de obrar milagros, cuando en realidad, cada persona tiene el poder dentro de sí para superar sus propias circunstancias".

Gedeón hizo una pausa, sus palabras parecían llenas de un profundo entendimiento sobre la condición humana. "No es que no desee colaborar, pero cada uno debe caminar su propio camino. Y nosotros... tenemos nuestro propio viaje que continuar".

Con esas palabras, Alex puso el vehículo en marcha, dejando atrás el parque y el tumulto de emociones y revelaciones del día. Dirigiéndose hacia Cuenca, el camino ante ellos se desdoblaba, prometiendo más descubrimientos y aprendizajes en el viaje que compartían. La decisión de continuar adelante, a pesar de la invitación a detenerse, reflejaba la esencia de su búsqueda: un viaje hacia el autoconocimiento, guiado por el entendimiento de que, en última instancia, cada ser humano es artífice de su propia curación y destino.

Al llegar a Cuenca, Alex y Gedeón fueron recibidos por la peculiar belleza de la ciudad, donde los edificios modernos se fusionan armoniosamente con la tradición. Se dirigieron a un hotel recomendado por Alex, situado cerca del emblemático Puente Roto, un lugar que combinaba el encanto histórico de Cuenca con la promesa de descanso tras un día lleno de revelaciones y emociones.

Para su sorpresa, la ciudad los recibió con los hoteles casi al máximo de su capacidad. La única habitación disponible es una doble, lo que los llevó a compartir el espacio.

Ya en la habitación, mientras se preparaban para descansar, la atmósfera estaba impregnada de una serenidad que invitaba a la reflexión. Es entonces cuando Alex, movido por un impulso de ligereza tras la profundidad de sus experiencias, hizo un comentario que capturó la esencia del día:

"Sabes, Gedeón, después de todo lo ocurrido hoy, he llegado a pensar que tal vez deberíamos iniciar un negocio juntos. Podrías ser el curador y yo el gerente. Claro, siempre y cuando no tengas que curarme a mí primero", bromeaba Alex, intentando aligerar el ambiente con un toque de humor.

Gedeón, sorprendido por el comentario, no pudo evitar soltar una carcajada, apreciando la inocencia y el intento de Alex de encontrar humor incluso en las situaciones más inusitadas. "Alex, tu capacidad para encontrar la ligereza incluso después de un día como hoy es algo que realmente aprecio", respondió Gedeón.

En la quietud de la habitación, con las luces ya apagadas y el único sonido siendo el ocasional crujir de la estructura antigua del edificio, la conversación entre Alex y Gedeón se volvió inesperadamente profunda. Estaban acostados en camas separadas, contemplando el techo oscuro, cada uno sumido en sus propios pensamientos hasta que las palabras de Gedeón rompieron el silencio, añadiendo un aura de misterio a la atmósfera ya cargada de reflexiones del día.

"Eres tan gracioso y, a veces, inocente, como la primera vez que te conocí", dijo Gedeón con un tono suave, pero lleno de una calidez que resonaba en la penumbra.

Alex, sorprendido, tardó un momento en responder. "¿Hace tres años, en esa conferencia? Lo siento, en realidad no te presté mucha atención. No tenía idea de que te habías fijado en mí".

"No, no te conozco de hace tres años, Alex. Te conozco de hace seis ciclos vitales", corrigió Gedeón, su voz tan clara y tranquila como si estuviera hablando de un hecho cotidiano.

"¿Seis ciclos vitales?", repitió Alex, la sorpresa y curiosidad elevando su voz a pesar de su intento por mantenerse calmado. "¿Quieres decir... hace seis vidas?".

"Así es", confirmó Gedeón, su afirmación flotando en el aire como un eco de tiempos remotos. "Y sabes, no siempre te llamas Alex. Ni siempre eres hombre. Pero hay algo que siempre eres, sin importar la época o el espacio vital en donde nos encontramos".

"¿Y qué es eso que siempre soy?", preguntó Alex, la asombrosa revelación borrando cualquier vestigio de sueño que pudiera tener.

"Siempre eres docente o profesor", dijo Gedeón, su voz teñida de un respeto profundo. "Siempre buscas enseñar cualquier tema o cosa a los demás. Es como si llevaras el conocimiento y la enseñanza en el alma, más allá de cualquier vida que vivas".

"Dime más, por favor, cuéntame de mis otras vidas", insistió Alex, su mente girando a mil por hora tratando de asimilar la magnitud de las palabras de Gedeón.

Gedeón hizo una pausa, respirando profundamente, casi como si pudiera sentir el peso de milenios en su pecho. "Será otro día, Alex. Ahora mismo, estoy muy cansado", concluyó, su voz mostraba un raro atisbo de vulnerabilidad.

El cuarto, envuelto en una penumbra reconfortante, parecía contener la respiración, como si las paredes mismas estuvieran absortas en la conversación. Los dos hombres, acostados y enfrentando la inmensidad del cielo nocturno más allá de sus ventanas, estaban ahora unidos no solo por las experiencias del día, sino por la intrincada red de vidas pasadas que Gedeón acababa de revelar.

Alex se quedó despierto mucho tiempo después de que los suaves respiros de Gedeón indicaran que había caído en el sueño, contemplando las sombras que

danzaban en el techo y reflexionando sobre la idea de las vidas pasadas, su mente turbada por las posibilidades infinitas que esto implicaba.

En la tranquilidad de la noche, con el eco de las revelaciones de Gedeón aún resonando en su mente, Alex se sumergió lentamente en el sueño. Lo que comenzó como un sueño difuso y sin forma pronto se convirtió en una serie de visiones vividas, un caleidoscopio de experiencias que entrelazan sus recuerdos más recientes con hilos de vidas pasadas que nunca supo que tenía.

Se vi a sí mismo en un aula antigua, rodeado de tablillas de arcilla y pergaminos, enseñando a jóvenes ávidos de conocimiento bajo la cálida luz del sol que se filtra a través de las ventanas. Sintió una profunda satisfacción en esta vida, una paz que había olvidado que era posible.

La escena cambió abruptamente, y ahora se encontraba de pie en el umbral de un hogar que reconoce como el suyo, pero que al mismo tiempo le es completamente ajeno. Su exesposa y él intercambian palabras duras, un eco distorsionado de su reciente divorcio, pero en este sueño, las palabras llevaban consigo una comprensión más profunda de sus acciones y sus consecuencias.

La visión se desvaneció, y Alex se vi caminando por las calles de una ciudad bulliciosa, su rostro reflejando la desolación de haber sido despedido. Pero en lugar de sentirse perdido, cada paso lo llenaba de una sensación de propósito, como si cada adversidad fuera un peldaño hacia una comprensión mayor.

De repente, se encontró en un espacio indefinido, a momentos recordaba la cafetería y a momentos no, el lugar se percibía rodeado por la presencia calmante de Gedeón, que le hablaba no con palabras, sino a través de un entendimiento silencioso que trascendía el lenguaje. Gedeón le mostró cómo cada vida, cada experiencia, es un hilo en el tapiz del universo, interconectado e infinitamente complejo. Alex vio cómo sus vidas pasadas, su divorcio, su despido, incluso su encuentro fortuito en el café, todos llevaban una lección, un propósito en el gran esquema de las cosas.

Y justo cuando el sueño alcanzaba su clímax, una visión de Loja se materializaba ante él, prometiendo revelaciones aún más profundas. Gedeón le aseguraba que el viaje apenas comenzaba, que hay verdades que aún están por ser descubiertas, conocimientos que cambiarán no solo la percepción de sí mismo, sino de todo lo que existe.

Sin embargo, justo antes de despertar, la visión se tornó oscura. Un presagio de sombra se cernió sobre Gedeón, una sensación inquietante de que una desgracia está por ocurrir. A pesar de la calidez y la luz que lo habían acompañado a lo largo del sueño, le llegó este final abrupto y sombrío que dejó a Alex con un nudo en el estómago.

Alex despertó al amanecer, la habitación bañada en una luz dorada que prometía un nuevo día lleno de posibilidades. Se sintió renovado, con una comprensión más profunda de su lugar en el mundo y una sed insaciable por aprender y crecer. Mientras se levantaba de la cama, sabía que el día que tenían por delante, con su charla en Loja, marcaría el próximo capítulo de su extraordinario viaje.

El sueño, lejos de ser solo una amalgama de memorias y fantasías, se ha convertido en una brújula, señalando hacia un destino repleto de descubrimientos y transformaciones. Sin embargo, la ominosa sombra que se cernió sobre Gedeón en los últimos momentos de su sueño impregna su corazón con una mezcla de anticipación y temor.

Capítulo 4 ¿Qué pasa si lo que crees que es no es?

El amanecer en Cuenca bañaba la habitación con una luz suave y dorada, un nuevo día se desplegaba ante Alex, quien se encontraba en un estado de agitación interna. La noche anterior había sido inquieta, marcada por un sueño intensamente vívido que lo había dejado sintiéndose desorientado y cargado de presagios oscuros. Al abrir los ojos, notó de inmediato la ausencia de Gedeón. La cama vecina estaba meticulosamente hecha, sin rastro de su enigmático compañero de viaje, excepto por una nota dejada en la mesita de noche. "Te espero en el restaurante para el desayuno. Gedeón".

Con el peso del sueño nocturno aún resonando en su mente, especialmente la imagen ominosa que envolvía a Gedeón, Alex se dirigió al restaurante del hotel. Encontró a Gedeón sumido en la lectura de su enigmático libro, quien cerró el volumen con serenidad para recibirlo.

"Buenos días, Alex. ¿Cómo amaneciste?", preguntó Gedeón, percibiendo algo diferente en el ánimo de su joven amigo. La usual chispa de curiosidad de Alex parecía opacada por una sombra de pensamientos profundos y no dichos.

Inhalando profundamente, Alex decidió abrirse. "Gedeón, tuve un sueño anoche... uno que me ha dejado bastante inquieto. No sé si debería preocuparme por ello o si es solo mi mente jugándome trucos", compartió, su voz cargada de duda y conflicto interno.

Gedeón lo miró con una mezcla de comprensión y seriedad. "Los sueños, Alex, a menudo son el reflejo de nuestro subconsciente tratando de comunicarnos mensajes que, en estado de vigilia, no logramos descifrar. Pueden ser manifestaciones de nuestros miedos, deseos, o incluso premoniciones de lo que está por venir. Sin embargo, es importante recordar que no todos los sueños llevan un mensaje claro. A veces, son solo el resultado de nuestras experiencias diarias mezclándose en el teatro de la mente".

Haciendo una pausa, Gedeón continuó con una leve sonrisa, intentando aliviar la preocupación de Alex y restándole importancia al tema del sueño. "Pero, no permitamos que la sombra de un sueño afecte el día que tenemos por delante. Hemos compartido dos días llenos de conversaciones y experiencias; dime, ¿qué has aprendido en este tiempo que crees que pueda ser valioso para tu vida?".

Mientras el aroma del café recién hecho llenaba el espacio entre ellos, Alex se encontró reflexionando en voz alta sobre su reciente despido, intentando vincular este evento disruptivo con las enseñanzas que Gedeón había compartido con él durante su viaje. Revolvió pensativamente su motepillo antes de responder. "Sabes, al principio, verme sin trabajo me pareció una injusticia, un golpe de mala suerte. Pero recordando tus palabras, he empezado a verlo como una oportunidad disfrazada", confesó Alex, mirando su taza de café como si en ella pudiera encontrar las respuestas que buscaba. "Me has enseñado que cada desafío, cada cambio, es una invitación a crecer, a replantear mi camino. Y aunque me siento desorientado, también siento que hay una libertad en esto, una libertad para redescubrir quién soy y lo que realmente quiero hacer".

Gedeón escuchaba con atención, asintiendo con una sonrisa de entendimiento. Antes de que pudiera responder, Alex cambió de tono, su voz se tornó más sombría al abordar el tema de su divorcio. "Y luego está Laura... Me he dado cuenta de que mi parte en nuestro divorcio fue mucho más grande de lo que quería admitir. Mis decisiones, mis acciones... o la falta de ellas, llevaron a eso. Me duele aún aceptarlo, pero es verdad, me duele en muchas formas el reconocer que tuve la culpa. Y es una lección difícil, pero valiosa", admitió, evitando la mirada de Gedeón, como si confesarlo en voz alta hiciera que el hecho fuera aún más real.

Gedeón, tras un momento de silencio respetuoso, finalmente habló, su voz era suave, pero portaba un peso de sabiduría. "Alex, lo que estás experimentando es el dolor y al mismo tiempo, la belleza del crecimiento personal. El reconocimiento de tus errores y asumir la responsabilidad de tus acciones es el primer paso hacia un verdadero cambio. Cada experiencia, buena o mala, te ofrece lecciones valiosas. Lo importante es lo que decides hacer con esas lecciones".

Al haber escuchado también la admisión de culpa por parte de Alex, Gedeón se inclinó ligeramente hacia adelante, asegurándose de captar completamente la atención de su compañero. "Alex, entiendo que te sientas responsable por lo sucedido, tanto en tu matrimonio como en tu trabajo. La culpa, en su justa medida, puede ser un poderoso catalizador para el cambio personal y la reflexión. Sin embargo, dejada sin control, puede convertirse en una carga que obstaculiza tu crecimiento en lugar de fomentarlo", comenzó Gedeón, su voz llevaba un tono sereno pero firme.

"Hay una distinción importante que hacer entre sentirse responsable de tus acciones y quedarte atrapado en la culpa. La responsabilidad implica reconocer tu papel en los eventos pasados y usar esa comprensión para tomar decisiones más conscientes en el futuro. La culpa, por otro lado, te mantiene atado al pasado, reviviendo constantemente esos momentos en un ciclo sin fin de 'qué hubiera pasado si'. Es como llevar una mochila llena de piedras; cada piedra representa un momento de arrepentimiento, y mientras más tiempo la cargues, más te pesará, limitando tus movimientos hacia el futuro", explicó Gedeón, usando la analogía para ilustrar su punto.

"Podrías estar usando la culpa como una forma de auto-castigo, una respuesta a por actuar en contra de tus propios valores y principios. Pero es crucial recordar que somos seres en constante evolución. Lo que hiciste en el pasado no define quién eres hoy, ni quién puedes llegar a ser. Los estoicos nos enseñan que debemos enfocarnos en lo que podemos controlar y aceptar lo que no podemos. Y aunque no podemos cambiar el pasado, sí tenemos el poder de cambiar cómo respondemos a él, despierta.", agregó, buscando conectar con Alex a un nivel más profundo.

"Piénsalo así, Alex: cada experiencia, incluso aquellas de las que te sientes culpable, te han llevado a este punto de tu vida, donde estás abierto a aprender y crecer de maneras que antes no habías considerado. En lugar de dejarte anclar por la culpa, úsala como un trampolín hacia una comprensión más profunda de ti mismo y hacia la construcción de un futuro que refleje más auténticamente quién eres", concluyó Gedeón, ofreciendo a Alex no solo una perspectiva para aliviar su carga emocional sino también un camino hacia la redención personal.

"Tu despido, tu divorcio... Son partes de tu historia, sí, pero no definen tu futuro. Son, de hecho, puntos de inflexión, momentos que te invitan a cuestionarte y, eventualmente, a encontrar un nuevo camino que esté más alineado con tu verdadero yo", continuó Gedeón, asegurándose de que Alex lo mirara a los ojos, buscando un entendimiento más profundo en su mirada.

Al salir del restaurante, la frescura del aire matutino en Cuenca envolvía todo a su alrededor, augurando un día lleno de posibilidades y aprendizajes. Gedeón, con su característica serenidad, se dirigió hacia Alex con una petición suave pero firme: "Alex, ¿podrías conducir hacia Loja? Mi charla en la Universidad de Loja no es hasta

las 2 de la tarde, y son apenas las 8 de la mañana. Tenemos tiempo de sobra para llegar, incluso si decidimos tomarlo con calma".

Esta solicitud de Gedeón no solo significaba confiar en Alex la tarea de manejar el coche blanco que habían utilizado en su viaje, sino también simbolizaba un gesto de confianza en la creciente amistad entre ellos. Con un leve asentimiento, Alex aceptó, consciente del tiempo suficiente que tenían por delante y de la importancia del evento en Loja.

Mientras abandonaban el refugio cálido y atemporal del hotel, Alex se encontraba al volante, el vehículo que brillaba bajo el sol matutino, reflejando la luz parecía irradiar una energía propia. A su lado, Gedeón, vestido con un pantalón azul y una camisa rosa que le daba un aire relajado pero elegante, se acomodaba para el viaje. Colgado detrás del asiento, un saco de pana color café con cuadros negros casi imperceptibles, añadiría un toque de formalidad discreta a su atuendo. Gedeón se colocó sus gafas, abriendo el libro azul titulado "Maestro" que llevaba consigo, sumergiéndose en su lectura mientras Alex iniciaba el trayecto hacia Loja.

La carretera se extendía ante ellos, serpenteando a través del paisaje ecuatoriano, cada curva revelando nuevas vistas de valles y montañas bañadas por la luz dorada de la mañana. La cabina del coche, impecablemente limpia y ordenada, era un pequeño santuario de tranquilidad en movimiento, un contraste marcado con la complejidad de las emociones y pensamientos que fluían entre los dos hombres.

Alex, mientras conducía, no podía evitar que su mente volviera una y otra vez a la conversación sobre la culpa. La perspectiva de Gedeón, que distinguía entre asumir responsabilidad y quedarse atrapado en la culpa, resonaba en él con una profundidad inesperada. Había algo en la serenidad con la que Gedeón abordaba temas tan complejos que inspiraba a Alex a reconsiderar cómo había estado manejando sus propias luchas internas.

Impulsado por un deseo de profundizar en este tema, Alex buscó retomar la conversación. "Gedeón, has dicho que asumir la responsabilidad es diferente a quedarse atrapado en la culpa. Pero ¿cómo haces esa distinción en la práctica? ¿Cómo sabes cuándo has cruzado la línea de ser consciente de tus acciones a castigarte a ti mismo por ellas?", preguntó Alex, su voz reflejaba la urgencia de su búsqueda por comprensión.

Gedeón, sin levantar la mirada de su libro, consideró la pregunta durante un momento antes de responder. "Es una cuestión de perspectiva, Alex. La responsabilidad te empodera para hacer cambios, mientras que la culpa te paraliza. Cuando asumes la responsabilidad, lo haces con la intención de aprender y crecer. La culpa, en cambio, a menudo viene acompañada de un diálogo interno negativo que no ofrece salida ni solución. Es aprender a escuchar ese diálogo y transformarlo lo que marca la diferencia".

A medida que se acercaban a Loja, el tiempo parecía dilatarse, dándole a Alex el espacio necesario para reflexionar sobre su pasado, sus decisiones y, lo más importante, sobre el camino que le esperaba. Este viaje, que comenzó como una fuga de su vida en Guayaquil, se estaba transformando en una travesía hacia la redención personal, con cada kilómetro recorrido llevándolo más cerca no solo de Loja, sino de una nueva forma de ver y vivir su vida.

La curiosidad de Alex hacia el libro de Gedeón crecía a medida que el paisaje desfilaba por la ventana, una mezcla de admiración y misterio rodeaba ese objeto tan consultado por su compañero. Sin embargo, a pesar de su interés, no lograba discernir el contenido del libro desde su posición, captando apenas destellos de texto y las notas marginales de Gedeón. Estos apuntes, a menudo acompañados por dibujos de formas abstractas o símbolos que Alex no podía comprender, añadían un nivel adicional de enigma al libro y a su propietario.

Aunque la tentación de preguntar sobre el libro era fuerte, Alex sintió que interrumpir la concentración de Gedeón sería una intrusión. Había momentos en que Gedeón parecía sumergirse tan completamente en su lectura, que el mundo exterior desaparecía para él. Alex optó por respetar ese espacio, manteniendo su atención en la carretera que se extendía frente a ellos.

El camino de Cuenca a Loja se desenrollaba como un tapiz de verde esmeralda, interrumpido ocasionalmente por el destello plateado de un río o el contorno lejano de una montaña. La carretera, flanqueada por vastos campos y colinas onduladas, ofrecía vistas que capturaban la esencia del paisaje ecuatoriano. El aire fresco que entraba por las ventanas llevaba consigo el aroma de la tierra y el sutil perfume de las flores silvestres, un recordatorio constante de la belleza natural que rodeaba su viaje.

La proximidad de Loja se anunciaba con la aparición de pequeñas aldeas y campos cultivados, signos de la presencia humana en armonía con el entorno natural. Los techos de teja roja de las casas dispersas entre los campos de cultivo y las áreas de bosque daban la bienvenida a los viajeros, recordándoles la riqueza cultural que coexistía con la belleza natural de la región.

Finalmente, la silueta de Loja comenzó a delinearse en el horizonte, marcando el final de su viaje por carretera y el comienzo de un nuevo capítulo en su aventura. La ciudad de Loja, conocida por su rica historia, su música y su vibrante vida cultural, esperaba con promesas de nuevos aprendizajes y experiencias. Mientras Alex y Gedeón se preparaban para entrar en la ciudad, el libro de Gedeón yacía ya guardado en uno de los bolsillos del saco color café, Alex mantenía un sentido de expectativa y anticipación por lo que estaba por venir.

Al ingresar en la vibrante ciudad de Loja, la energía cambiaba perceptiblemente. A medida que se acercaban a la plaza principal, un punto de reunión acordado con el encargado de la charla, un hombre se les aproximó con un entusiasmo contagioso. Se presentó como Ricardo, ofreciendo un cálido y efusivo abrazo a Gedeón, una bienvenida que hablaba de la profunda amistad y el respeto mutuo entre ellos.

"¡Gedeón, amigo, qué alegría tenerte de vuelta en Loja!", exclamó Ricardo, su sonrisa amplia iluminando su rostro. La plaza, con su entorno cuidadosamente conservado, sus jardines meticulosamente mantenidos y el sonido ambiental de la fuente central, servía como telón de fondo perfecto para este reencuentro.

Mientras se dirigían a un restaurante local para almorzar y discutir los últimos detalles de la charla, Ricardo se volvió hacia Alex, buscándolo en la conversación. "Tenemos todo listo para tu charla, Gedeón. Esperamos a unas 800 personas en la universidad, tanto presencialmente como en línea, aunque inicialmente estaba dirigida de forma exclusiva a docentes nos hemos tomado el atrevimiento de incluir al personal administrativo en el público. La última vez que nos visitaste, dejaste una huella imborrable. La gente todavía habla de esas noches de conversación, risas y, claro, unas cuantas copas".

Alex, escuchando, no pudo evitar sentirse un tanto ajeno a la conexión evidente entre Gedeón y Ricardo. La mención de visitas pasadas y la fácil camaradería entre los dos hombres le hacían cuestionarse sobre los muchos capítulos desconocidos en la vida de Gedeón.

Al llegar a la Universidad de Loja, fueron recibidos por el rector y un pequeño grupo de profesores y estudiantes. Gedeón, con su saco de color café casualmente colgado del brazo y el misterioso libro azul en mano, irradiaba una presencia que parecía atraer la atención y el respeto de todos los presentes. Alex observó, impresionado y un poco abrumador, el alto grado de estimación en que Gedeón era tenido en este entorno académico.

La universidad, con su arquitectura que mezclaba elementos modernos y tradicionales, se erigía como un bastión del conocimiento y la cultura en la ciudad. Mientras se adentraban en el campus, el libro de Gedeón capturó de nueva cuenta la atención de Alex, quien no pudo dejar de preguntarse sobre los secretos que contenía y el papel que jugaría en la jornada que tenían por delante.

Mientras Gedeón y Alex avanzaban por los pasillos de la Universidad de Loja, el ambiente académico se palpaba en cada rincón, desde las voces amortiguadas de estudiantes discutiendo temas de sus clases hasta los murmullos de profesores sumidos en sus propias reflexiones. Al llegar al auditorio, Alex notó una pancarta imponente, mucho más grande que la que había visto en Guayaquil, anunciando la charla de Gedeón *“Despertar de la Conciencia: Ganar el Juego Interior para Ganar el Juego Exterior”*. La foto de Gedeón, bañada por la luz natural que se colaba a través de los ventanales, llamó poderosamente su atención; algo en ella le resultaba incongruentemente familiar, pero al mismo tiempo, distinto.

Mientras seguía a Gedeón y al grupo de académicos, una duda comenzó a formarse en su mente. La imagen en la pancarta, aunque sin duda era de Gedeón, mostraba a alguien cuyas facciones, bajo la iluminación directa, parecían ligeramente alteradas. No era solo la pose o la expresión; era como si la persona en la fotografía compartiera la esencia de Gedeón, pero desde una perspectiva sutilmente distinta.

El rector de la universidad, un hombre de unos 60 años, con el pelo canoso peinado meticulosamente hacia atrás, encabezaba el grupo. Vestido con un traje formal impecable que denotaba su posición y la solemnidad del evento, saludaba a Gedeón con un respeto que trascendía lo académico, reflejando una admiración y estimación personal. El resto del comité organizador, igualmente ataviado con trajes y vestidos formales, siguió el protocolo universitario, añadiendo una atmósfera de expectativa y formalidad al evento.

Fue en ese momento, justo cuando Gedeón se colocó su saco café, que Alex notó el cambio. Las facciones de Gedeón parecían ajustarse, tornándose más afines a la imagen proyectada en la pancarta. Era un cambio sutil, casi imperceptible para un observador casual, pero para Alex, que había comenzado a conocer a Gedeón más allá de las apariencias, el efecto era desconcertante. Parecía como si Gedeón poseyera la habilidad de alterar su apariencia a voluntad, al menos en la percepción de aquellos a su alrededor.

La revelación de esta capacidad latente en Gedeón añadía una capa de misterio a su ya enigmática personalidad. Alex se preguntaba hasta qué punto este podía influir en la manera en que Gedeón interactuaba con el mundo, y qué otras habilidades no habían aún descubierto.

Mientras Gedeón tomaba su lugar en el podio y el auditorio lleno de profesores y visitantes se acomodaba en expectante silencio, Alex se sentó en el puesto que Gedeón le había reservado en primera fila. Su mente, sin embargo, no estaba en la charla que estaba por comenzar, sino en las implicaciones de lo que acababa de presenciar. ¿Quién era realmente Gedeón, y cuánto más había detrás del hombre que había comenzado a considerar su amigo?

La atmósfera en el auditorio de la Universidad de Loja era de palpable expectación. La impaciencia de la audiencia, una mezcla de académicos y público en general era un claro indicativo del impacto que Gedeón había logrado en su última visita. Alex, ubicado en primera fila, observaba con atención, casi hipnotizado por la presencia de Gedeón, el escenario, más grande que el del colegio donde había dado su charla anterior.

Gedeón comenzó su presentación con una pregunta que resonó profundamente en Alex: "¿Qué pasa si lo que crees que es, no es?". La pregunta se sintió personal, casi como si Gedeón se la estuviera haciendo a alguien particular en el público, a pesar de dirigirse a toda la audiencia. Mientras Gedeón hablaba, dos cámaras de televisión grababan cada movimiento y se transmitía en vivo en diferentes redes sociales, Alex no pudo evitar notar la naturalidad con la que Gedeón manejaba la charla y cómo su imagen dominaba el escenario.

Gedeón continuó hablando de los paradigmas, introduciendo el tema con la mención de una conversación reciente con un amigo sobre las fuentes de paradigmas, haciendo referencia a la conversación sostenida con Alex en la cafetería.

"Las tres fuentes primarias de paradigmas", comenzó Gedeón, "son, en primer lugar y con una importancia impactante en el desarrollo del ser humano como adulto, papá y mamá o las personas que hicieron de papá y mamá en la vida del individuo".

La audiencia escuchaba atentamente, absorbida por las palabras de Gedeón. Las reacciones en redes sociales reflejaban el impacto de sus palabras; comentarios y debates se multiplicaban conforme la charla se transmitía en vivo. "¡Increíble reflexión sobre el impacto de nuestros padres en nuestros paradigmas! #CharlaGedeónLoja", podía leerse en uno de los comentarios que aparecían en la pantalla gigante detrás de Gedeón.

Gedeón enfatizó la responsabilidad de influir positivamente en los niños y jóvenes, señalando que entre los 0 y los 7 años, se aprende el 93% de los paradigmas que regirán la vida adulta. "Si tienes un niño en este rango de edad, debes comprender la importancia de su aprendizaje. Y si conoces a alguien cuyos paradigmas no consideras funcionales para el futuro del niño, es crucial limitar su influencia".

Gedeón continuó su charla, enfocándose en el impacto del entorno cercano en la formación de paradigmas. "Entre los 8 y los 17 años", explicó con una voz clara y persuasiva, "nuestro entorno cercano, como la escuela, el barrio, y nuestros amigos y familiares, juegan un papel crucial en moldear nuestras percepciones y creencias. Es un período en el que somos especialmente susceptibles a las influencias externas, absorbiendo ideas y actitudes que pueden durar toda la vida".

La audiencia, cautivada, asentía y murmuraba en acuerdo. Algunos padres se miraban entre sí, reflexionando sobre el entorno que estaban proporcionando a sus hijos, mientras que los jóvenes en la sala parecían contemplar sus propias experiencias de vida a través de esta nueva lente.

En las redes sociales, los comentarios reflejaban una mezcla de revelaciones personales y compromisos de cambio. "Nunca me di cuenta de cuánto me han afectado mis amigos en mi manera de ver el mundo", escribía alguien en el chat de la transmisión en vivo. Otro comentaba: "Tengo que prestar más atención al entorno de mi hija. Gracias, Gedeón, por abrirme los ojos".

Gedeón hizo una pausa antes de continuar, asegurándose de que su mensaje estaba siendo absorbido. "Si tienes la oportunidad de influir en el entorno de alguien en esta etapa crítica de su vida, hazlo. Cambiar el entorno cercano para fomentar el

desarrollo de paradigmas positivos y constructivos puede ser una de las intervenciones más significativas que podemos hacer por nuestros jóvenes".

La sala se llenó de un silencio observador mientras las palabras de Gedeón resonaban. Los padres reflexionaban sobre cómo podrían modificar los entornos de sus hijos para mejor, mientras que los educadores pensaban en las implicaciones para sus métodos de enseñanza.

"Finalmente", concluyó Gedeón, dirigiendo su mirada a la audiencia más amplia de adultos, "la sociedad en general es nuestra tercera fuente primaria de paradigmas a partir de los 18 años en adelante. En este punto, somos más autónomos, pero aun así "Estamos influenciados por las normas, valores y creencias predominantes en nuestra sociedad. Es vital entonces que, como individuos y como colectivo, trabajemos hacia una sociedad que promueva paradigmas que beneficien el bienestar común, la comprensión y el crecimiento personal".

Los comentarios en las redes sociales explotaban en alabanzas y promesas de acción. "Vamos a ser el cambio que queremos ver", decía uno. "Es hora de reevaluar y ajustar nuestros paradigmas para un futuro mejor", proclamaba otro.

Mientras Gedeón compartía sus reflexiones sobre los paradigmas, se acercó a la pizarra dispuesta en el escenario del auditorio de la Universidad de Loja, captando la atención plena de todos. Con un marcador en mano, comenzó a dibujar el primer cuadrante de un plano cartesiano, etiquetando el eje horizontal como el tiempo. Luego, trazó la curva de la función $f(x)=1/x$, un gesto que pareció invitar a la audiencia académica a unirse a él en un ejercicio de pensamiento visual.

"Como pueden ver ustedes que conocen más de matemáticas que yo, lo que acabo de hablar sobre la adopción de paradigmas, se parece a esto", explicó Gedeón, señalando la función que había dibujado. "La función $f(x)$ representa el conocimiento. Se convierte en una asíntota con respecto al eje del tiempo. Esto significa que, teóricamente, mientras más tiempo de vida tienes, cada vez te permites aprender menos".

Gedeón marcó un segmento en el eje del tiempo hasta $x=7$ años y trazó una línea desde el eje horizontal hasta la curva, luego sombree el área encerrada entre los ejes, la curva y la línea recién trazada. "Aquí se encuentra el 97% de los paradigmas de los que hablábamos. La particularidad es que la gran mayoría se almacena no en el

consciente, sino en el subconsciente. A veces, ni siquiera notas que una idea fue implantada en tu cabeza".

Continuó su explicación, señalando cómo la función se aproximaba más al eje del tiempo a medida que avanzaba hacia el infinito. "La función permanece como una asíntota al eje del tiempo. ¿Hasta cuándo?", preguntó Gedeón, invitando a la participación de la audiencia.

"Hasta que mueres", gritó un docente de matemáticas entre el público, lo que provocó risas y murmullos. Gedeón sonrió irónicamente, "O quizás no", dijo, lanzando una mirada cómplice hacia Alex. "¿Conocen el testimonio de alguien que haya muerto y que les asegure que luego de la muerte se deja de aprender?".

"Pues aún no he muerto", bromeó otro docente. Las risas del público y los comentarios en redes no cesaban. La integración de conceptos matemáticos para explicar la naturaleza del aprendizaje y la adquisición de paradigmas fue una estrategia inesperada que intrigó y capturó a su audiencia. La pantalla detrás de él mostraba un flujo constante de comentarios y debates en redes sociales, evidenciando el impacto de su charla. La mención implícita a la posibilidad de aprender más allá de la muerte, y su mirada cómplice hacia Alex, añadieron capas de misterio y anticipación a lo que vendría.

En ese momento, el auditorio estaba completamente absorto en las palabras de Gedeón, cada persona reflexionando sobre sus propios paradigmas y la apertura hacia el aprendizaje a lo largo de la vida. La forma en que Gedeón había logrado entrelazar conceptos de matemáticas con la introspección personal había transformado la charla en una experiencia memorable para todos los presentes.

El reloj avanzaba, pero en el auditorio de la Universidad, el tiempo parecía haber sido detenido. Gedeón, continuaba su disertación sobre paradigmas y la percepción de la realidad. A diferencia de la charla en el colegio, su enfoque no era confrontativo; más bien, su sonrisa y la fluidez con la que conducía la conversación invitaban a una reflexión profunda sin imponer juicios.

Para concluir su charla, Gedeón abordó el tema del ego y su papel en la defensa de nuestros paradigmas. "Tu ego", explicó, "vive para defender tus paradigmas o ideas. Cuando varios paradigmas refuerzan a un paradigma central, lo transforman en un metaprograma. Un metaprograma es lo que percibes como una verdad

absoluta, incuestionable. Y cuando alguien desafía uno de tus metaprogramas, tu ego reacciona, defendiéndolo a capa y espada".

El auditorio se animó con comentarios y debates. "¿Cuál debe ser el tamaño del ego?", se preguntaba entre los asistentes, provocando una ola de respuestas divergentes y discusiones apasionadas tanto en la sala como en las redes sociales, donde la charla se transmitía en vivo. "Grande", sugerían algunos; "Pequeño", proponían otros; y entre las respuestas, se colaba el análisis y la reflexión.

Gedeón, escuchando las diversas opiniones, intervino con claridad. "Ni grande ni pequeño", dijo, dirigiéndose a todos y a ninguno en particular. "El tamaño del ego debe ser adaptable al contexto. En algunos momentos, un ego 'grande' puede ser funcional; en otros, contraproducente. Lo mismo aplica para un ego 'pequeño'. Los paradigmas, o metaprogramas, no son intrínsecamente buenos o malos, funcionales o no. La elección de mantenerlos o transformarlos recae en ti".

La sala quedó en silencio, procesando las palabras de Gedeón. El rector y los asistentes se mantenían reflexionando sobre la profundidad de su mensaje. Minutos después, Gedeón concluyó su charla con una presentación personal que resonó en cada persona presente. "Mi nombre es Gedeón Saza, gracias por regalarme algo tanpreciado como lo es el tiempo, y estoy seguro de que nos veremos más adelante, hermanos".

Los aplausos inundaron el auditorio, un reconocimiento espontáneo a la charla inspiradora que acababan de presenciar. Mientras Gedeón descendía del podio, declinando amablemente solicitudes adicionales de fotos, Alex reflexionaba sobre el impacto de sus palabras, no solo había ampliado su comprensión de los temas discutidos, sino que también había profundizado su aprecio por la complejidad y la profundidad de Gedeón como pensador y como amigo.

Después de la intensa tarde de reflexiones y aprendizajes compartidos en la charla, Gedeón y Alex se encontraban caminando por la calle Lourdes, una de las vías más emblemáticas cerca de la Plaza de la Independencia en Loja. Esta calle, conocida por su ambiente tranquilo y sus edificaciones que hablan de la rica historia de la ciudad, se ve adornada por faroles que, al caer la tarde, comienzan a proyectar una luz cálida sobre los adoquines, creando un escenario perfecto para la contemplación y la conversación.

Mientras caminaban, Alex compartía con Gedeón lo que más le había cautivado de la charla. "Lo que dijiste sobre los metaprogramas y cómo nuestro ego defiende ciertas verdades como absolutas... eso me hizo pensar mucho. Me pregunto cuántos de mis propios metaprogramas estoy defendiendo sin siquiera darme cuenta", reflexionaba Alex, visiblemente intrigado por la profundidad de las ideas presentadas.

En las paredes de las casas y a lo largo de la calle, cuadros de la Virgen María en sus diversas advocaciones decoraban el espacio, cada uno contando una historia única y reflejando la devoción de la ciudad. El suelo adoquinado, los faroles antiguos y los diseños coloridos de la calle creaban un ambiente acogedor y lleno de tradición.

En medio de su diálogo, algo inesperado captó su atención. Frente a una de las pintorescas casas de la calle, un niño de unos ocho años mostraba una resistencia notable a la insistencia de su abuelo, quien le animaba a acariciar a un cachorrito que, con entusiasmo, movía la cola frente a ellos. La escena era irónica: mientras el abuelo mostraba una sonrisa portentosa, el niño se echaba hacia atrás, casi con desesperación, rechazando la idea de acercarse al animal.

Ante la inquietante escena, Alex se acercó al abuelo para indagar más sobre el notable temor de su nieto hacia los perros. Mientras tanto, Gedeón se arrodilló, creando un espacio de confianza y apertura con el niño e inició una conversación con él, el señor compartía con Alex que Carlitos, desde siempre, había manifestado un rechazo inexplicable hacia estos animales. Alex escuchaba atentamente, buscando en la conversación pistas que explicaran el cambio abrupto de actitud del niño.

De repente, para sorpresa de todos, Carlitos se lanzó a jugar con el cachorro con una alegría y un desenfado que contradecían todas las expectativas. "Pero ¿qué ha hecho? ¿Cómo lo ha logrado?", preguntaba el abuelo a Gedeón, su voz teñida de asombro y desconcierto. "Es imposible para Carlitos siquiera acercarse a un perro sin mostrar signos de terror". Decía el abuelo de Carlos con voz entrecortada por el hecho que presenciaba.

Gedeón, con una sonrisa tranquila, se acercó para hablar con el abuelo, pero Alex notó cómo, con astucia, desvió el tema de conversación. La curiosidad, sin embargo, superó a Alex, y se acercó al niño, quien ahora se mostraba completamente absorto en el juego con el cachorro.

"¿Qué te ha dicho mi amigo? ¿Por qué perdiste el miedo al perro?", preguntó Alex, su voz cargada de curiosidad y un leve temblor. El niño vaciló un momento, sus ojos encontrándose con los de Alex con una profundidad inusual para su edad. Luego, con una seriedad que parecía desentonar con su juventud, respondió: "Me ha dicho que en una vida pasada unos perros me atacaron hasta la muerte, pero que eso no necesariamente va a volver a pasar. Que fue alguien quien les dio la orden a esos perros y que debería animarme a superar mi miedo y me recordó que antes de ese incidente yo amaba a los perros", dijo el niño con total inocencia en sus palabras.

Un escalofrío recorrió la espalda de Alex al escuchar las palabras del niño. Volteó a mirar a Gedeón, quien conversaba animadamente con el abuelo de Carlitos, como si nada extraordinario hubiera sucedido. En ese instante, Alex no pudo evitar preguntarse sobre la verdadera naturaleza de Gedeón, sobre sus capacidades y sobre el profundo y misterioso conocimiento que parecía poseer.

La plaza de la Independencia, con la calle Lourdes como testigo, se convirtió en el escenario de un momento que desafió la comprensión de Alex, un momento que marcaría un punto de inflexión en su percepción no solo de Gedeón, sino de la misma realidad.

El crepúsculo teñía la ciudad de Loja con tonos cálidos mientras Alex y Gedeón caminaban en silencio por la calle Lourdes, después de presenciar el inesperado cambio en Carlitos. La revelación del niño sobre su miedo y la intervención de Gedeón había dejado a Alex sumido en reflexiones profundas, cuestionando la verdadera naturaleza y habilidades de su enigmático compañero. Aunque Gedeón se mostraba despreocupado, la mente de Alex estaba turbada, girando en torno a la posibilidad de que Gedeón fuera algo más que un simple viajero con una habilidad especial para conectar con las personas.

"Vamos a descansar. Mañana salimos hacia la ciudad de Machala donde me han programado dictar otra conferencia", dijo Gedeón con una voz calmada que intentaba disipar la tensión. Alex asintió mecánicamente, pero sus pensamientos seguían enredados en los eventos del día. Mientras caminaban hacia el lugar donde se hospedarían, el silencio entre ellos se hacía más profundo, con Alex apenas respondiendo y Gedeón respetando su espacio, percibiendo su reticencia a hablar. La pregunta ¿Qué pasa si lo que crees que es no es? Revoloteaba en la cabeza de Alex.

Esa noche, en la soledad de su habitación, Alex repasaba los momentos vividos desde que había conocido a Gedeón en la cafetería. Cada evento, cada palabra y cada acción de Gedeón parecían ahora estar envueltos en un velo de misterio y duda. Exhausto y confundido, finalmente cayó en un sueño profundo que no tardó en convertirse en un viaje onírico revelador.

En el profundo abismo del sueño, Alex se vio transportado a una versión nostálgica y romántica de su vida pasada. Caminaba por calles adoquinadas bajo cielos azules, en ciudades que mezclaban lo familiar con un fantástico pasado. A su lado, Gedeón, como un compañero de antiguas aventuras, compartía risas y conversaciones que resonaban con ecos de sabiduría y camaradería. Estas conversaciones, aunque pertenecientes a un tiempo y espacio indefinidos, rememoraban los mejores recuerdos de Alex con su exesposa, viajes a costas distantes donde las risas llenaban el aire salino y los atardeceres se fundían en espacios de paz. Recordaba con cariño cómo exploraban juntos, descubriendo mundos tanto exteriores como los ocultos en los rincones de sus almas y las enseñanzas que cada acto le había dejado.

En el ámbito laboral, los recuerdos de su enseñanza surgían vívidos y cálidos, pero pertenecían entre otras épocas hasta su último trabajo mezclando vidas pasadas con la presente. Veía las caras curiosas de sus alumnos, sus pequeños triunfos en el aula que se celebraban con aplausos espontáneos y palabras de aliento. Estos momentos destacaban, recordándole por qué amaba enseñar, el poder transformador de la educación y el impacto duradero en las vidas de sus estudiantes.

Sin embargo, el tono del sueño comenzó a cambiar. El escenario se oscureció, y las calles luminosas dieron paso a un campo nebuloso. Alex se encontraba en medio de una lucha intensa y caótica, donde figuras sombrías se entrecruzaban con destellos de conflicto buscando a Gedeón. Entre estas sombras, distinguía a Gedeón y a sí mismo, enfrentándose, contra adversarios indistintos que parecían surgir del suelo mismo. Las voces susurraban no solo desventuras y calamidades, sino que gritaban algún tipo de advertencias: "Está volviendo a ocurrir", "Va a volver a pasar", "Siempre ocurre así". La lucha parecía personal, una batalla para el alma que trascendía el tiempo y el espacio.

Alex percibía una conexión profunda con Gedeón y deseaba luchar junto a él, como si su destino estuviera intrínsecamente ligado al de su misterioso compañero.

A pesar de la violencia de la confrontación, había un sentimiento subyacente de que esta lucha tenía un propósito oculto, una lección que debía ser aprendida y entendida antes de despertar.

Agitado y con el corazón palpitante, Alex emergió del sueño, encontrándose en la quietud de su habitación. Las imágenes del sueño todavía vibraban en su mente, llenas de simbolismo y preguntas sin respuesta. Mientras se levantaba para prepararse para el viaje a Machala, se preguntaba qué verdades esperaban ser descubiertas en su próximo encuentro con Gedeón. La incertidumbre de su relación y los misterios aún sin resolver lo instaban a seguir adelante, impulsado por una mezcla de temor y fascinación por lo que el futuro podría revelar.

Capítulo 5 Revelaciones

La mañana en Loja había despertado con una mezcla de frescura y promesa, el aire aún portaba el rocío nocturno que se desvanecía lentamente bajo los primeros rayos del sol. El Hotel Casa Lojana, conocido por su elegancia discreta y su encanto colonial, albergaba en su restaurante a Gedeón y Alex, quienes se encontraban sentados frente a frente en una mesa junto a la ventana. El restaurante, con sus paredes adornadas con tapices que retrataban escenas de la historia local y su mobiliario de madera tallada, ofrecía una vista privilegiada de los jardines del hotel, donde las flores comenzaban a abrirse bajo el sol matutino.

La mesa mostraba un desayuno atípico hasta ahora. A diferencia de sus encuentros anteriores, siempre habían elegido el mismo plato de comida, esta vez Alex había optado por algo diferente, decantándose por tigrillo lojano, que contrastaba con su habitual elección equivalente. Gedeón, por su parte, disfrutaba de su habitual café acompañado de un tamal. La elección de Alex no solo reflejaba independencia en su elección, sino también el estado de alerta y desconfianza que lo había invadido desde el día anterior.

Gedeón, con su eterna postura de serenidad, observaba a Alex mientras este evitaba su mirada, concentrándose en su plato con una intensidad poco común. El silencio entre ellos era palpable, un cambio marcado respecto a sus conversaciones usualmente fluidas y llenas de descubrimientos. Gedeón, notando la tensión, pero decidiendo no forzar la conversación, optó por un enfoque más sutil.

Al terminar el desayuno, Gedeón propuso suavemente: "Alex, ¿te gustaría manejar esta mañana?" Su voz era calmada, intentando tender un puente sobre la distancia emocional que Alex había erigido. Alex asintió con un gesto casi imperceptible, su acuerdo llegaba sin palabras, aceptando la llave que Gedeón le extendía.

Salieron del hotel bajo un cielo que prometía despejarse por completo, el aire fresco de la mañana llenaba sus pulmones con cada respiración. El SUV blanco impecable, los esperaba en el frente, reflejando los primeros rayos de sol que se colaban entre las nubes dispersas. Alex tomó asiento tras el volante, y mientras ajustaba los espejos y el asiento, Gedeón decidió aprovechar el silencio para revisar su libro, un gesto ya familiar para ambos, pero que esa mañana parecía cargado de un significado adicional.

El todoterreno avanzaba suavemente, saliendo del refugio tranquilo del hotel hacia las carreteras onduladas que los llevaban a través de la pintoresca ruta hacia Machala. Mientras el paisaje cambiaba, pasando de los tonos suaves del amanecer a las vívidas tonalidades de un día soleado, Alex no podía evitar que los pensamientos sobre la posibilidad de que Gedeón fuera un farsante invadieran su mente. De reojo, veía a Gedeón inmerso en su libro, una imagen de calma que contrastaba fuertemente con la creciente ansiedad de Alex.

El vehículo atravesaba valles donde pequeñas casas salpicaban el paisaje rural, y campos de cultivo desplegaban un tapiz de verdes intensos bajo el cielo azul. "¿Qué haces?" preguntó Alex, rompiendo el prolongado silencio con su voz cargada de tensión, apenas contenida.

"Leo mi libro", respondió Gedeón, en tono sereno, sin apartar la vista de la página.

"No me refiero a eso", interrumpió Alex, su voz tensa, mientras su mirada se desviaba hacia un cartel que anunciaba la proximidad de Catamayo. "Me refiero a lo que hiciste con Manuel y con Carlitos..."

"Ya te lo había dicho", respondió Gedeón con su infinita calma, sin apartar la vista de su libro.

Gedeón preguntó de repente, "¿Qué tal tu sueño de ayer?" Su tono indicaba una comprensión más profunda de los eventos nocturnos de Alex, como si conociera lo soñado.

Alex, sorprendido y a la defensiva por la precisión de la pregunta, tardó en responder. "¿Cómo lo sabes? ¿Cómo sabes lo que he soñado?" su voz llevaba un temblor de desconcierto y una demanda de explicaciones.

Gedeón suspira levemente, esta vez elevando su mirada para encontrarse con los ojos inquietos de Alex. "Yo he diseñado parte de él", comenzó, sus palabras flotaban en el aire del coche, se oían pesadas con implicaciones. "Para poder darte más detalles sobre nuestra relación, cómo estamos relacionados".

Las palabras de Gedeón golpearon a Alex con la fuerza de una revelación. Sin pensar, detuvo el auto al borde de la carretera, el vehículo se detuvo bruscamente mientras el polvo se asentaba alrededor de ellos, y el mundo exterior parecía esperar la continuación de su conversación.

"Llegó el momento", dijo Alex, su voz elevada por la urgencia, "de que me digas quién eres y cómo me encontraste. ¿Qué tanta información hay en el libro en el que

estás leyendo? Dime de las vidas pasadas, de lo que hiciste con Manuel y con Carlitos... Quiero la verdad ahora".

El silencio que siguió fue un testigo mudo de las emociones crudas que flotaban en el aire, mientras el paisaje continuaba desplegándose con indiferencia, el sol brillando sobre los campos y las colinas, ajeno a las turbulencias humanas dentro del SUV estacionado.

Con la mirada penetrante de Gedeón fijada en la suya, Alex sintió aquel escalofrío inconfundible que le recorría la columna vertebral. Era una mirada que parecía atravesarlo, una ventana directa a su alma, revelando secretos aún no completamente entendidos por él mismo. La intensidad en esos ojos imbuía una mezcla de temor y fascinación, colocando a Alex al filo de una revelación que podría cambiarlo todo.

"Está bien", concedió Gedeón al fin, su voz llevaba un tono aparentemente despreocupado que contrastaba con la gravedad del momento. Hizo un gesto casual, como si intentara restablecer importancia a la pesada atmósfera que se cernía entre ellos. "El 'ahora', como tú lo llamas, ha llegado. Mereces algunas explicaciones, y estoy dispuesto a dártelas. Algunas mientras viajamos y las restantes después de la charla en Machala. Pero por favor, pon el coche en marcha; no deseo llegar tarde".

El corazón de Alex palpitaba con una mezcla de nerviosismo y anticipación. Mientras sus manos volvían a posicionarse sobre el volante, un torrente de dudas lo asaltaba. ¿Era realmente prudente cuestionar a un ser como Gedeón? ¿Se había precipitado una vez más al emitir juicios sobre él? Estos pensamientos turbaban su mente.

Con el vehículo ya en movimiento, Alex trató de mantener la calma, aunque su voz revelaba un leve temblor cuando dijo: "Está bien, empieza".

El SUV se reincorporó suavemente a la carretera. El paisaje alrededor comenzaba a transformarse; la carretera se fundía entre colinas y pequeñas montañas, el verdor de la vegetación se intensificaba por el ascenso del sol en el cielo.

Gedeón, ahora con la vista fija en el horizonte, parecía recoger sus pensamientos antes de comenzar a hablar. "Nuestra conexión trasciende lo que podrías interpretar como mera casualidad o coincidencia", empezó, su voz calmada y mesurada, pero con un timbre que exigía atención completa. "Lo que te revelé sobre las vidas

pasadas no es simplemente una creencia mía; es una realidad que hemos observado y experimentado directamente".

Gedeón miró fijamente a Alex mientras hablaba, observando cuidadosamente sus reacciones. "No soy diferente a ti, ni a nadie en este lugar, en esta era, o en este mundo. Soy un ser humano que ha alcanzado un nivel de conciencia distinto, un nivel que todos pueden alcanzar", explicó con calma, asegurándose de que cada palabra resonara claramente en la cabina del vehículo. Hizo una breve pausa, permitiendo que Alex absorbiera la idea antes de continuar. "Sin embargo, alcanzar este nivel de conciencia no me hace mejor ni peor, ni bueno ni malo, ni correcto o incorrecto. Simplemente me hace distinto. Una de las cualidades de este nivel es poder recordar ciclos vitales anteriores con la misma claridad con que tú recuerdas lo que vivimos ayer".

Alex escuchaba, visiblemente estupefacto. Parte de él, impulsada por su naturaleza lógica y racional, rechazaba las afirmaciones de Gedeón, mientras otra parte, quizás más intuitiva, sentía que había algo de verdad en sus palabras. La carretera desfilaba ante ellos, un mosaico de campos y cielos que parecían enmarcar perfectamente la revelación de Gedeón.

"Veámoslo de esta manera", continuó Gedeón, notando la mezcla de escepticismo y curiosidad en la mirada de Alex. "Cada ciclo de vida tiene como finalidad el aprendizaje. No es un concepto ajeno a ninguna cultura o filosofía. Piensa en las enseñanzas del budismo, por ejemplo, donde se habla de la reencarnación como un proceso continuo de aprendizaje y crecimiento espiritual hasta alcanzar el nirvana, la liberación del sufrimiento y del ciclo continuo de renacimientos".

Alex avanza lentamente, procesando la información. Aunque no completamente convencido, comenzó a ver un hilo de conexión en las palabras de Gedeón.

"En cada vida, nos enfrentamos a diferentes desafíos y situaciones que están diseñadas, de cierta forma, para enseñarnos algo vital para nuestra evolución como almas. Lo que aprendemos en una vida, lo llevamos a la siguiente, acumulando sabiduría y experiencia. Esto no es simplemente recordar vidas pasadas como se recuerdan los hechos de ayer, sino más bien comprender las lecciones aprendidas a lo largo de múltiples existencias".

El vehículo continuaba su camino, el sol, ahora más alto en el cielo, iluminaba el interior del SUV, destacando el semblante serio pero sereno de Gedeón.

"¿Y cómo se relaciona esto con nosotros, con nuestro encuentro?", preguntó Alex, su voz cargada de una mezcla de duda y esperanza.

Gedeón suena levemente, como si esperara la pregunta. "Nuestro encuentro no fue casualidad, Alex. Nos hemos encontrado en otras vidas, y en cada una de ellas, hemos aprendido algo el uno del otro. Mi llegada a tu vida en este momento particular no es un accidente; está alineada con ciertos aprendizajes pendientes".

"¿Aprendizajes pendientes?" preguntó Alex sin saber si era adecuado interrumpir el soliloquio de Gedeón, "¿Estás aquí para enseñarme algo?" continuó. En el momento en que Alex interrumpió la reflexión de Gedeón, el SUV fue sacudido por el sonido estridente de una bocina. Un auto los adelantó rápidamente, su conductor lanzó una mirada de frustración hacia ellos. Alex, sorprendido, giró el volante con un movimiento abrupto, permitiendo que el otro vehículo pasara y regresando su atención a la carretera.

Gedeón, sin embargo, no parecía alterado por el incidente. Su mirada permanecía fija en el horizonte, como si pudiese ver más allá de las palabras que fluían entre ellos. "Sí", dijo finalmente, "estoy aquí contigo, y sin duda aprenderás algo. Pero estoy más interesado en lo que yo aprenderé contigo" un espacio de reflexión profunda coexistía con estas palabras.

Alex frunció el ceño, aumentando su confusión. "¿Yo enseñarte algo a ti? ¿Qué podría enseñarte?", preguntó rápidamente, sus palabras casi tropezando unas con otras. "No logro recordar qué hice hace quince días con claridad, no soy el mejor tomando decisiones y tampoco el ser humano más ético. ¿Qué podría alguien como yo enseñarle a alguien como tú?".

Gedeón respiró ligeramente antes de responder. "Soy responsable de lo que digo y tú de lo que escuchas. No estamos aquí para enseñarnos nada, sino para aprender el uno del otro".

El gesto de confusión y escepticismo en el rostro de Alex se profundizó. "De todas formas, no sé qué podrías aprender de mí", replicó. Luego, movido por una curiosidad que parecía superar su desconcierto inicial, preguntó: "¿Eres el único con ese nivel de conciencia?".

La carcajada de Gedeón resonó en el espacio confinado del SUV, rompiendo momentáneamente la tensión del momento. "Claramente no lo soy, mi hermano", dijo, aún con una sonrisa en su rostro. "Existen seres cuya alma ha trascendido más

allá de niveles que incluso a mí se me hace difícil entender. Conozco al menos a doscientas personas en este mundo y en esta época que tienen niveles de conciencia similares al mío".

El SUV seguía su camino a través de los paisajes cada vez más rurales en su viaje hacia Machala, la risa de Gedeón agudizó aún más la curiosidad de Alex. Mientras el sol se elevaba, bañando el campo con su luz dorada, se sentía cada vez más sumergido en un mar de dudas y revelaciones. Sus manos, frías y tensas sobre el volante, reflejaban la agitación interna que las palabras de Gedeón habían desencadenado. El aire dentro del vehículo se cargaba de una intensidad palpable, casi como si el mismo tiempo hubiera decidido contener el aliento.

"No eres el único, pero ¿cómo hemos coincidido? ¿Me has estado buscando?", preguntó Alex, su voz ligeramente temblorosa, marcada por una mezcla de incredulidad y curiosidad urgente. Las palabras salían de él de manera casi automática, como si una parte de él necesitara las respuestas más que el aire que respiraba.

Gedeón, colocando el libro azul sobre sus piernas, dedicó un momento para mirar directamente a Alex, ofreciéndole toda su atención. "Antes de encontrarme contigo", comenzó, su voz calmada y seria, "hace unos quince años, un ser 'evolucionado' en consciencia me instruyó que en este ciclo vital te buscara nuevamente, pues tengo aprendizajes pendientes contigo. No sabía exactamente dónde comenzar..."

Mientras hablaba, Gedeón gesticulaba con sus manos, marcando cada palabra con un movimiento deliberado que enfatizaba la profundidad de su relato. "En otras vidas, hemos coincidido de muchas maneras casuales y te he reconocido al instante, pero en este ciclo vital no lo habíamos hecho. Y entonces, cuando no se me ocurría como encontrarte, en medio de una de mis meditaciones, me vino la claridad: la mejor forma de encontrarte sería a través de tu rol de siempre, como docente o profesor. Así que pasé los últimos años dando charlas a docentes en escuelas y colegios por todo el país con la esperanza de cruzarme contigo. Y finalmente, aquel día en la cafetería, cuando te sentaste en mi mesa, reconocí de inmediato el ser, el alma, el ente detrás de tu apariencia física, reconocí aquello que es más que Alex Tesa".

Alex escuchaba, cada palabra de Gedeón resonando con una fuerza que parecía sacudir los cimientos de su entendimiento del mundo. Su corazón latía con fuerza,

eco de la turbulencia que sus pensamientos azotaban dentro de su mente. Los paradigmas que lo habían gobernado hasta ese día chocaban con las nuevas revelaciones, gritándole que todo era una fantasía, un sueño del que necesitaba despertar.

Pero algo dentro de él, una voz suave y persistente, susurraba que había verdad en las palabras de Gedeón, que algo fundamental y transformador estaba revelándose ante sus ojos.

El paisaje pasaba desapercibido, un mero fondo para el tema que se desenvolvía dentro del SUV. Los campos verdes y los cielos azules se fundían en un borrón que reflejaba la confusión y la maravilla.

El SUV se deslizaba a través de la carretera, cada curva acercándolos un poco más a Machala, y con cada kilómetro, Alex se sentía más arrastrado hacia una realidad que había parecido imposible hasta ese momento. "Entonces, no fue una coincidencia, fue algo planeado", murmuró, más para sí mismo que para Gedeón.

Gedeón le dirigió una mirada tierna, llena de una sabiduría y serenidad que parecían insondables. "Sí y no", respondió suavemente, "pasé esos 15 años viviendo mi vida, sumergiéndome en actividades que elevan mi conciencia y al mismo tiempo, te buscaba. No fue hasta ese momento en la cafetería que logré reconocerte. No era el momento adecuado para revelarte más, no hasta ahora".

A medida que se acercaban a Machala, el tiempo parecía distorsionarse, acelerándose y ralentizándose al ritmo de su conversación. Alex reflexionaba, repasando las palabras de Gedeón y recordando cada evento desde que sus caminos se habían cruzado.

Gedeón continuó, introduciendo un concepto que parecía sacado de un cuento antiguo, pero resonaba con profundidad en el contexto de sus revelaciones. "En mis diferentes ciclos vitales, hay un paradigma que considero bastante, es conocido como el 'hilo rojo del destino'. Según este, las personas destinadas a encontrarse están unidas por un hilo rojo invisible que puede estirarse o enredarse, pero nunca romperse".

"Este hilo", explicó Gedeón, "Conecta a las almas más allá del tiempo y del espacio, asegurando que, no importa lo que suceda, estas almas se encontrarán en algún punto" añadió. "En el budismo, este concepto se refleja en la idea de que todo lo que

sucede tiene un propósito. Nuestros encuentros en diferentes vidas no son aleatorios; son oportunidades para aprender y crecer juntos".

"Podemos encontrarnos como amigos, hermanos, pareja, como padre e hijo o incluso como dos degustadores de café amargo", dijo Gedeón, mientras una sonrisa leve se dibujaba en su rostro al expandir el universo de posibilidades entre ellos. "Cada reencuentro, cada rol que asumimos, lleva consigo sus propios aprendizajes. Y si aún nos queda algo por aprender el uno del otro, el hilo rojo del destino asegurará que nuestros caminos se entrelacen nuevamente". Gedeón se pasó la mano por el cabello y exhaló un suspiro profundo, reflexionando antes de continuar. "Solo cuando hayamos agotado todos los aprendizajes necesarios entre nosotros, es probable que dejemos de reencontrarnos en futuros ciclos vitales. Entonces, nuestras almas se abrirán a nuevas conexiones, encontrando y ayudando a otros seres en su camino hacia la evolución, o aprendiendo de aquellos que nos pueden guiar hacia una comprensión más profunda de la 'realidad'".

Alex escuchaba, absorbido por la idea de un destino tan intrincadamente tejido con las vidas de otros. La conversación le permitía ver su propia vida desde una perspectiva completamente diferente, una en la que cada encuentro y cada despedida tenía un significado más profundo, una parte de un diseño mucho más grande.

Gedeón ajustó su posición en el asiento, mirando directamente a Alex mientras el paisaje seguía desfilando por la ventana. "Imagina, Alex, que cada vida que vivimos es una oportunidad de aprender para nuestro desarrollo espiritual", su voz baja y reflexiva. "En ciertas terapias, como las exploradas en estudios de psiquiatría, se ha observado que pacientes al ser hipnotizados, recuerdan vidas pasadas donde enfrentaron situaciones que directamente afectan sus miedos o problemas actuales".

"Esto no es casualidad, ni simple coincidencia", continuó Gedeón, sus ojos fijos en el camino, pero claramente enfocado en la conversación. Sus manos se movieron con un gesto de apertura, como si estuviera mostrando a Alex un texto invisible en el aire entre ellos. "En cierto modo, lo que sugieren estos estudios y experiencias es que nuestra alma no olvida. Todo lo aprendido, cada emoción y cada conflicto, se almacena en una memoria más profunda, accesible solo bajo ciertas circunstancias o con el nivel de conciencia adecuado. Y aquí estamos, tú y yo, en este ciclo vital,

posiblemente porque aún hay asuntos que debemos explorar juntos, aprendizajes que nos ayudarán a ambos a evolucionar".

El vehículo avanzaba hacia Machala, y con cada kilómetro, el paisaje exterior se transformaba. Las imágenes fugaces del entorno pasaban tan rápidamente como las preguntas que surgían en la mente de Alex. Cada revelación de Gedeón parecía desatar un torbellino de nuevas incógnitas que Alex ansiaba desentrañar.

"¿Cuántos ciclos vitales has vivido hasta ahora?" preguntó Alex, su voz teñida de una mezcla de escepticismo y asombro. "¿En cada uno de ellos nos hemos encontrado, es así?".

Gedeón fijó su mirada en el horizonte que desaparecía detrás del cristal, un gesto que precedía a la serenidad de su respuesta. "Recuerdo al menos quince ciclos vitales," dijo, impregnando cada palabra con una tranquilidad que parecía pesar en el aire. "Aunque eso no necesariamente implica que sean los únicos que he experimentado. Al alcanzar cierto nivel de conciencia, comenzarás a recordar algunos de ellos, y con el tiempo, quizás todos. Aún no he llegado a ese punto; mi camino de ascensión continúa".

La conversación se intensificaba, tornándose profundamente personal a medida que se aproximaban a su destino. Consciente del tiempo que se agotaba rápidamente, Alex se debatía entre indagar sobre los enigmáticos sueños que lo habían perturbado las dos últimas noches o interrogar sobre el libro que desde su primer encuentro había capturado su atención. Finalmente, decidió seguir su curiosidad más inmediata.

"¿Quién te dio ese libro?" preguntó Alex, sorprendiéndose el mismo por lo que había escogido preguntar y señalando el libro azul sobre las piernas de Gedeón. "¿Contiene todos los conocimientos de los que hablas?... ¿Quién es su autor?".

La sonrisa de Gedeón, cálida y llena de un conocimiento enigmático, iluminó su rostro. "Estaba esperando que me hicieras esa pregunta. Es interesante, porque en cada ciclo vital, en algún momento, siempre me la haces", reveló con un tono que resonaba con una familiaridad casi eterna.

El SUV se aproximaba a la Plaza Colón el destino en la ciudad de Machala, y mientras el GPS marcaba que solo restaban quince minutos, Gedeón, con la precisión teatral de quien ha ensayado su movimiento, abrió la guantera y extrajo una copia del libro azul. Brillante y nuevo, el libro parecía una réplica exacta del que había

estado leyendo. La curiosidad inundó a Alex, dándole una sensación casi etérea, como si flotara en la anticipación de los secretos que aquel volumen pudiera revelar.

En un semáforo en rojo, mientras el coche se detenía, el deseo de descubrir el contenido del libro se hizo irresistible. Alex, movido por un impulso, tomó el libro de las manos de Gedeón. Se preguntaba si, siendo un texto destinado para seres evolucionados, podría comprender las enseñanzas o ejercicios que sus páginas albergaban.

Al abrirlo en la primera página, Alex encontró solo el blanco de la hoja mirándolo de vuelta. Pasó a la segunda con rapidez, y luego, azorado, comenzó a hojear al azar. Cada página que veía estaba igualmente en blanco, sin un solo rasgo de tinta. La confusión se apoderó de él, y con una mezcla de frustración y decepción, levantó la vista hacia Gedeón. "¿De qué se trata esto? ¿Es acaso una broma?".

Gedeón, aún sonriendo tranquilamente, respondió: "Como quisiera que lo recordaras... Hace seis ciclos vitales fuiste tú quien me propuso la idea del libro". Las palabras de Gedeón flotaron en el aire con un peso que parecía llenar el coche, más audible incluso que las bocinas de los autos detrás de ellos, que comenzaron a sonar insistente y estridentemente. El semáforo había cambiado a verde hace ya algunos segundos, y la impaciencia de los demás conductores crecía.

Alex, aún sosteniendo el libro en sus manos, sintió cómo la realidad de la situación se asentaba. El libro en blanco no era una burla, podía ser un espejo de las posibilidades infinitas que su propio crecimiento espiritual lograría desbloquear. La revelación de que él mismo había sido parte de su creación en otra vida añadía una capa de profundidad a su búsqueda personal y a su conexión con Gedeón.

Mientras la conversación alcanzaba un punto álgido. "Pero he visto tu libro con notas y gráficos..." señaló Alex, su curiosidad ahora mezclada con un asombro creciente.

"Es correcto", confirmó Gedeón, su voz reflejando una serenidad cultivada a través de innumerables ciclos de vida. "Son mis notas personales. Escribo todo aquello que percibo que me ayuda en mi camino de aprendizaje y evolución. Mantengo este libro siempre cerca y cada vez que ocurre algo que me hace olvidar quién soy o qué quiero lograr, lo repaso". Hizo una pausa, permitiendo que cada palabra se asentara en el espacio entre ellos. "Son mis propios paradigmas, mis ideas, fortaleciendo y fomentando mi desarrollo personal. Si considero necesario

romper un paradigma y crear uno nuevo que genere una realidad diferente, lo escribo, lo analizo y extraigo su valor".

Antes de continuar, Gedeón observó a Alex, quien absorbía cada detalle. "Antes lo mantenía todo en mi mente. Fuiste tú quien me sugirió que lo escribiera".

"¿Y me hiciste caso?", preguntó Alex, una chispa de recuerdo titilando en sus ojos.

"Claro", asintió Gedeón con una sonrisa apreciativa. "Me pareció una idea funcional, así que la adopté. Pero no te detuviste ahí. En ese ciclo vital, habíamos pasado ya varias experiencias juntos y habíamos examinado en detalle lo que Carl Jung denominó luego 'sincronicidad', o lo que comúnmente se llama serendipia. Con una fuerte creencia en esto, me sugeriste que este libro se debía llenar de una forma particular".

Gedeón hizo una pausa, asegurándose de capturar la atención total de Alex, quien parecía cada vez más conectado con la memoria de esa otra vida. "Me dijiste que abriera el libro al azar en cualquier página, que escribiera o detallara el aprendizaje con letras o dibujos, y que solo cuando al abrirlo al azar encontraré la página llena, lo abriera en otra para seguir nutriéndolo".

Alex escuchaba, su expresión cambiaba gradualmente a una de reconocimiento, como si las palabras de Gedeón desataran ecos de una memoria antigua. "Y de la misma manera, creyendo en la serendipia, me dijiste que cuando quisiera consultar el libro, lo abriera de forma aleatoria. Afirmaste que la respuesta exacta a lo que necesitaba estaría allí, presente ante mí".

El recuerdo de esas palabras parecía resonar dentro de Alex, suscitando una profunda resonancia emocional. Sentía una mezcla de asombro y una creciente aceptación de que las experiencias relatadas por Gedeón podrían no solo ser reales, sino que también formaban parte de su propio viaje espiritual. Casi podía sentir cómo las capas de escepticismo comenzaban a desvanecerse, reemplazadas por una sensación de conexión intrínseca con el ser que tenía enfrente.

"Puedo ver tu libro", dijo Alex, una mezcla de curiosidad y frustración en su voz al no entender completamente el juego enigmático de los libros en blanco.

Gedeón sonrió, una risa suave escapó de sus labios antes de responder, "No", dijo, aún sonriendo. "Has sido tú mismo quien me ha dicho que cada uno debe generar su propio aprendizaje".

De repente, de alguna parte de su chaqueta, Gedeón extrajo un bolígrafo de un llamativo color rojo y se lo extendió hacia Alex. La sorpresa se dibujó en el rostro de Alex al ver el objeto aparecer como por arte de magia.

"¿Por qué rojo?" preguntó Alex, tomando el bolígrafo, pero mirándolo con cierta sospecha, como si el color pudiese cambiar el peso de las palabras que estaba a punto de escribir.

"¿Y por qué no?" replicó Gedeón con un tono juguetón, claramente disfrutando el pequeño desafío intelectual que había planteado. "Es simplemente un juego para romper el paradigma de la escritura con ese color, la gente le da peso al color con el que escriben y el rojo les genera resistencia a algunos, cuando estés listo, empieza a hacer tus primeras anotaciones".

Alex sostuvo el bolígrafo, sintiendo el peso de la decisión en sus manos. "¿Y qué se supone que debo escribir?", preguntó, aún dudoso, mirando el libro en blanco que ahora reposaba sobre sus rodillas.

"Lo que pienses que debes escribir", respondió Gedeón, su voz calmada pero firme. "Escribe sobre tus dudas, tus pensamientos, lo que has aprendido hoy, lo que esperas aprender. Escribe preguntas, o tal vez respuestas que crees conocer. Este libro es ahora tu compañero de viaje en esta exploración".

Alex abrió el libro en una página al azar, la blancura prístina del papel brillaba bajo la luz del sol que se filtraba a través de la ventana del auto, otorgando un resplandor casi místico a la hoja. Sosteniendo el bolígrafo rojo, se detuvo para reflexionar, pensando en las palabras de Gedeón y en el viaje espiritual que, sin él saberlo, había comenzado mucho antes de su encuentro actual. A pesar del impulso de comenzar a escribir, se resistió; sentía que su primera entrada en aquel libro debía ser el resultado de una revelación profunda y significativa.

Finalmente, llegaron a la Plaza Colón. Ambos descendieron hacia lo que parecía ser un antiguo barco en miniatura. Allí, Rodrigo y Daniela, una pareja de esposos, esperaban a Gedeón. El encuentro fue cálido, lleno de abrazos y carcajadas. Gedeón presentó a Alex de manera cortés, y pronto comenzaron a caminar alrededor de la plaza.

La Plaza Colón, desplegaba su encanto con un diseño que evocaba la época colonial. Las tres pérgolas, rodeadas de áreas verdes y una zona de cafetería, se extendían a lo largo del espacio, complementadas por la Rosa de los Cuatro Vientos

en el centro. La superficie de porcelanato brillaba bajo el sol de la tarde, y las palmeras y plantas ornamentales añadían un toque de naturaleza al entorno urbano. Un túnel de agua con luces cromáticas de colores vibraba en un espectáculo visual encantador.

Mientras caminaban, Gedeón y sus amigos compartían risas y anécdotas de una noche pasada llena de bailes y licor. “Recuerdo cuando intentaste bailar salsa, Gedeón, y terminaste inventando un nuevo paso”, bromeó Rodrigo con una risotada. Daniela, con una sonrisa igualmente luminosa, añadió, “Esa noche fue increíble, ¡tienes que unirte a nosotros la próxima vez, Alex!”.

Alex, aunque había sido introducido cortésmente, se sentía un poco al margen. Escuchar sobre las enseñanzas de Gedeón era de esperarse, pero la naturalidad con la que sus amigos hablaban de su lado más humano y festivo lo desconcertaba. Caminando un paso detrás, observaba la pileta con la alegoría de las tres carabelas de Cristóbal Colón. “¿Es apropiado que alguien que se considera evolucionado participe en actividades tan mundanas como beber y bailar?”, se preguntaba internamente.

Mientras Gedeón y sus amigos recordaban sus divertidos encuentros, Alex no podía evitar sentir un atisbo de celos. No solo era el cálido recibimiento que Gedeón había tenido, sino también la fácil camaradería y las risas compartidas que lo hacían sentir aún más distante. Las dudas sobre la verdadera naturaleza de Gedeón crecían en su mente, oscilando entre la admiración por su sabiduría y la sospecha de su autenticidad.

“A veces olvidamos que, aunque nuestro camino es de crecimiento, también debemos celebrar la vida y disfrutar cada momento con alegría”, explicaba Gedeón a la pareja de esposos, como si leyera la mente de Alex. Su voz, suave y reflexiva, parecía tratar de tender un puente hacia él. “No es la abstinencia de placeres lo que nos eleva, sino el balance y la capacidad de vivir plenamente en cada experiencia”.

Las palabras de Gedeón resonaban con Alex, pero una parte de él luchaba por aceptar esa visión. Mientras seguían su paseo, el contraste entre el desarrollo espiritual que Gedeón promovía y su participación en festividades mundanas creaba un mar de confusión en Alex, cuyas respuestas aún parecían tan distantes como las carabelas navegando en la fuente.

Después de un agradable paseo por la Plaza Colón, Rodrigo y Daniela, con gestos amigables y expresiones llenas de anticipación, guiaron a Gedeón y Alex hacia su próximo destino. La conversación fluía con facilidad, entre anécdotas compartidas y detalles sobre la próxima charla que Gedeón estaba programado para dar.

El colegio al que se dirigían no era un lugar cualquiera en Machala; se trataba de uno de los establecimientos educativos más emblemáticos de la ciudad, conocido por su rica historia y su compromiso con la excelencia educativa. Mientras caminaban, Daniela explicó que la charla se realizaría en el patio central del colegio, un espacio amplio rodeado por antiguos edificios de arquitectura colonial que resonaban con las voces de generaciones de estudiantes.

“Este lugar siempre ha sido un centro de aprendizaje y discusión, perfecto para el tipo de diálogo que Gedeón fomenta”, comentó Rodrigo con un tono de orgullo, gesto que fue recibido con una sonrisa comprensiva por parte de Gedeón.

La atmósfera en el patio central del colegio era menos formal que en las charlas anteriores a las que Alex había asistido, pero la presencia de Gedeón en el escenario, vestido con un pantalón azul, una camisa blanca y un saco gris, imponía un aura de distinción que parecía transformarlo en otro ser, Alex ya estaba de alguna forma acostumbrado a esta forma de transmutación. Alrededor del patio, cerca de 500 personas entre docentes, padres de familia e invitados se habían congregado, formando un círculo completo alrededor de Gedeón, lo que le daba a la reunión un toque más íntimo y participativo.

Alex se sentía desconectado del entusiasmo general. Sostenía el libro en blanco entre sus manos, jugueteando con el bolígrafo rojo que Gedeón le había dado. Su mente no estaba tanto en las palabras que Gedeón compartía con la audiencia, aunque el tono apasionado de su voz seguía filtrándose en sus reflexiones. En lugar de ello, Alex estaba inmerso en una batalla interna, un tumulto de emociones y pensamientos que lo asaltaban sin cesar.

Cada palabra que Gedeón había pronunciado en el viaje, cada idea que transmitía parecía desafiar los cimientos de lo que Alex había considerado real y cierto hasta entonces. La discusión sobre los ciclos vitales, el destino interconectado, y la serendipia de las almas, resonaban en su cabeza, provocando un torbellino de dudas y revelaciones que lo abrumaban. Alex comenzaba a cuestionar no solo sus creencias anteriores, sino también la naturaleza de la realidad misma y su lugar en ella.

Mientras Gedeón le había hablado de la importancia de aprender de cada experiencia y de cómo cada ciclo vital era una oportunidad para crecer espiritualmente, Alex reflexionaba sobre sus propias experiencias. Las enseñanzas de Gedeón, aunque perturbadoras, empezaban a hacer eco en su interior, resonando con preguntas sin respuesta que había albergado en lo profundo de su ser.

"¿Y si todo lo que he vivido hasta ahora es simplemente la preparación para algo más grande? ¿Y si mis encuentros, mis desafíos, y hasta mis fracasos, han sido diseñados para llevarme a un entendimiento más profundo de mí mismo y del universo?", se preguntaba Alex. El libro en blanco parecía simbolizar su estado actual: una página lista para ser escrita, abierta a nuevas interpretaciones y significados.

La idea de que él podría tener un papel activo en la redacción de su propia historia espiritual, como sugirió Gedeón, era a la vez aterradora y liberadora. Alex pensaba que estaba al borde de una transformación, que cada duda y cada pensamiento que ahora jugaba en su mente eran los primeros trazos en el lienzo en blanco de su destino.

La batalla interna en Alex era palpable. Mientras lidiaba con estas nuevas ideas, también sentía una resistencia, un deseo de aferrarse a lo que conocía y encontraba cómodo. Sin embargo, la presencia de Gedeón y las experiencias compartidas durante su viaje juntos estaban empezando a abrir brechas en las murallas que había construido alrededor de su percepción del mundo.

A medida que la charla de Gedeón avanzaba, Alex sabía que estaba en un punto de inflexión. La decisión de abrirse completamente a estas nuevas ideas, de permitirse explorar estos caminos espirituales menos transitados, podría significar el verdadero aprendizaje.

Mientras las palabras de Gedeón resonaban en su mente, Alex se encontraba en un momento de profunda introspección. La discusión sobre los ciclos vitales y las conexiones que trascienden nuestras vidas ordinarias había abierto en él una ventana a nuevas posibilidades y perspectivas. En ese instante, frente a las páginas en blanco del libro que Gedeón le había dado, sintió el peso de su propia historia y el papel que podía jugar en la reescritura de su destino espiritual.

Tomando el bolígrafo rojo, Alex abrió el libro casi por la mitad. El sonido del crujir de las páginas nuevas pareció llenar el espacio con una promesa de comienzos

nuevos. Se detuvo un momento, bolígrafo en mano, contemplando la blancura inmaculada del papel que le devolvía la mirada. Las palabras de Gedeón sobre el aprendizaje continuo y las conexiones eternas le dieron la inspiración que necesitaba para su primer trazo solemne.

Decidió dibujar el símbolo del infinito, un ocho acostado, que siempre había resonado con él como un emblema de la eternidad. Pero este no sería un simple símbolo del infinito. En cada bucle del infinito, añadió pequeños nodos, representando cada encuentro significativo en su vida, cada lección aprendida y cada alma con la que había resonado, su exesposa, sus padres, sus hermanos, sus amigos, con un nodo especial y más grande que representaba a Gedeón, justo en la intersección del símbolo infinito, marcando su influencia transformadora en su viaje.

Junto al dibujo, Alex escribió: "Nada ocurre por azar, cada encuentro es un hilo en el eterno tejido de nuestro ser, enlazando pasado, presente y futuro en un ciclo continuo de aprendizaje y descubrimiento". Esta frase encapsulaba la revelación que había experimentado a través de sus interacciones con Gedeón.

Al completar el dibujo y la inscripción, Alex se detuvo para reflexionar. La sencillez del símbolo y la profundidad de la frase le permitieron ver su propia vida desde una nueva perspectiva. No era solo un espectador de su vida sino un creador activo en el lienzo del universo. Cada decisión, cada encuentro, cada error y cada éxito eran parte de un diseño mucho más grande, interconectado y orquestado por hilos invisibles de destino y elección.

Este momento de escritura en el libro se convirtió para Alex no solo en un acto de afirmación personal, sino también en una aceptación de la complejidad y la belleza de la vida. La idea de que podría influir en su camino espiritual, utilizando las enseñanzas de Gedeón como guía, pero también confiando en su propia intuición y experiencia, le brindó un sentido de poder y propósito que nunca había sentido.

Con el libro ahora marcado con su primer trazo significativo, Alex sintió como si hubiera colocado la primera piedra en la construcción de un nuevo camino espiritual. Este acto simbolizaba su disposición a abrazar los ciclos de aprendizaje y evolución, un compromiso con el crecimiento continuo que, esperaba, lo llevaría a través de muchas más páginas de descubrimiento y entendimiento, no solo en este ciclo vital, sino en muchos más por venir.

"Mi nombre es Gedeón Saza y estoy seguro de que nos veremos pronto, hermanos". Las palabras resonaron en el aire con un tono de certeza y misterio, recapturando la atención de Alex, que se había sumergido en sus propias reflexiones y dudas durante la mayor parte de la disertación.

A medida que el público comenzaba a dispersarse, muchos se acercaron para expresar su gratitud o para pedir una foto con Gedeón. Sin embargo, Alex observó de nuevo esa reticencia por parte de Gedeón a participar en cualquier toma fotográfica que no fuera oficialmente parte del evento. Tras un breve intercambio con los organizadores y asegurarse de que todo estaba en orden, Gedeón se despidió con una cordialidad que no dejaba espacio para más interacciones personales.

Rodrigo y Daniela, los esposos organizadores del evento, se acercaron con una invitación para continuar la velada en un ambiente más relajado, quizás cenar algo y luego dirigirse a un bar local. Sin embargo, Gedeón, con una mirada hacia Alex, declinó amablemente la oferta. "Agradezco mucho su hospitalidad y la energía maravillosa de esta tarde, pero creo que tanto Alex como yo necesitamos descansar y procesar todo lo que hemos compartido hoy", explicó con una sonrisa que, aunque cálida, dejaba clara su decisión.

Con un gesto discreto, indicó a Alex que era momento de retirarse. Alex, aún procesando la nueva perspectiva que había empezado a adoptar sobre su propia vida y las enseñanzas de Gedeón, asintió, comprendiendo la necesidad de un espacio de descanso.

Caminaron en silencio hacia el automóvil, dejando atrás el bullicio del colegio y los últimos grupos de personas que aún comentaban sobre la charla. La noche se había asentado sobre la ciudad, y el aire fresco parecía invitar a una introspección aún más profunda.

Al llegar al hotel, Gedeón y Alex se dirigieron cada uno a sus respectivos cuartos. Mientras caminaban por el pasillo, Gedeón, con una mirada de conocimiento profundo, rompió el silencio que se había instalado entre ellos. "Noté durante mi charla que ya realizaste la primera anotación en tu libro", comentó suavemente.

Un buen humor había tomado a Alex desde que escribió en su libro, y aunque estaba callado, la sonrisa no se despegaba de su rostro. "Está bien", respondió finalmente, "quizás más adelante te comente lo que tengo en mis apuntes". Gedeón sonrió de manera amplia.

Mientras se despedían en el pasillo del hotel, Alex bromeó, aún sonriendo, "Me debes la explicación acerca de tu diseño de mis sueños".

"Te la debo", replicó Gedeón con una sonrisa cómplice, sus ojos brillando con un atisbo de misterio.

"Por favor, no lo hagas esta noche de nuevo, no intervengas en mis sueños" agregó Alex, con una sonrisa.

"No lo haré", aseguró Gedeón, y cada uno entró a su habitación.

El sueño de Alex se transformó en una experiencia sensorial rica y vívida. Se encontraba inicialmente en una antigua ciudad de Oriente Medio, rodeado por el bullicio de un mercado abarrotado. El aire estaba impregnado de olores a especias y hierbas frescas, y los sonidos de las conversaciones en idiomas distintos pero que Alex entendía con facilidad, mezclados con el tintineo de monedas y el ruido de los artesanos trabajando el metal, llenaban el ambiente. Aquí, Alex se veía a sí mismo como un joven aprendiz en un taller de tejidos, donde cada hilo que tejía le enseñaba la paciencia y la importancia del detalle meticuloso. La lección era clara: cada pequeño paso contribuye al diseño más grande, una metáfora de su vida actual donde cada experiencia tenía un propósito que conformaba su ser.

La escena cambió suavemente, y Alex se encontró en una villa europea durante el Renacimiento. Paseaba por jardines elaboradamente diseñados, donde cada camino de piedra y cada arbusto recortado meticulosamente reflejaban un orden y una armonía que resonaban con su búsqueda interna de equilibrio. En esta vida, era un filósofo, discutiendo y debatiendo en los salones con otros pensadores, aprendiendo que el diálogo y el intercambio de ideas eran cruciales para el crecimiento personal y colectivo. La luz suave de las lámparas de aceite iluminaba sus noches de estudio y conversación, y el aroma a pergamino y tinta fresca llenaba el aire.

En ambos escenarios, la voz de Gedeón resonaba, a veces como un mentor, otras como un eco en su mente. "Cada vida es un capítulo de aprendizaje, Alex", decía la voz, "Soñar es una forma de recordar".

Rodeado por una luz suave y envolvente, Alex permanecía plácidamente dormido en su habitación de hotel, inmerso en este viaje a través del tiempo y del espacio. Cada lección aprendida en sus sueños se sintió intensamente real, como si las fibras de su ser se entrelazaran con las experiencias de vidas pasadas.

Este raro estado de serenidad y aprendizaje profundo llenaba a Alex de una sensación de satisfacción y propósito, una confirmación de que su vida actual era solo una parte de un viaje mucho más grande, un camino de evolución espiritual que continuaba desplegándose ante él.

Capítulo 6 ¿Qué pasa si lo que crees que es si es?

En la fresca mañana de Machala, Alex despertó con un vigor renovado, ansioso por sumergirse en nuevas experiencias y aprendizajes. Su ejemplar del libro 'Maestro' había pasado a ser un símbolo de sabiduría aún por descubrir, y estaba decidido a llenarlo con sus propias reflexiones. Movidó por su entusiasmo, se levantó antes que Gedeón y se dirigió al restaurante del hotel, el desayuno se había convertido en su momento de encuentro matutino. Entre las paredes decoradas con motivos culturales de la ciudad y grandes ventanales que dejaban pasar la suave luz del amanecer, Alex pidió un desayuno generoso para ambos: bistec de carne con verde majado y una taza enorme de café.

Mientras esperaba, Alex se deleitaba con los colores del amanecer reflejados en el mobiliario del restaurante, donde los tonos azules de los ventanales le hacían experimentar paz y dicha interna. El aire estaba impregnado del aroma a café recién hecho y a plátano cocido, mezclándose con el olor más sutil y dulzón de las frutas dispuestas en un cuenco sobre la mesa, añadiendo un toque de frescura y color al desayuno. Las naranjas, papayas y piñas, cortadas meticulosamente, brillaban con sus jugosos colores vibrantes.

Cuando Gedeón llegó al restaurante, la sorpresa se dibujó en su rostro al ver a Alex ya instalado y con todo preparado. No era común que Alex madrugara más que él, y esta pequeña transformación en su rutina matinal le arrancó una sonrisa genuina.

"Veo que hoy has tomado la delantera, Alex. Gracias por el desayuno", dijo Gedeón con un tono de aprecio y ligera sorpresa. Su mirada recorrió la mesa, observando no solo los platos de comida sino también el arreglo de frutas.

El sabor del bistec se complementaba perfectamente con la textura suave del verde majado, creando un balance gustativo que revitalizaba. El café, oscuro y fuerte, añadía el toque final de vigor a la mañana, estimulando sus sentidos y preparándolos para las discusiones y aprendizajes que les esperaban.

El ambiente en el restaurante era tranquilo, con el suave murmullo de otros huéspedes y el ocasional tintineo de cubiertos y platos. Este inicio de día no solo marcaba un cambio en la dinámica habitual entre ellos, sino que también reflejaba

el entusiasmo y la disposición de Alex para abrazar las nuevas experiencias que Gedeón le ofrecía.

Mientras compartían el desayuno, Alex, aunque entusiasmado, no sabía cómo iniciar la conversación sobre su nuevo compromiso con el aprendizaje. Rompiendo el silencio, dijo: "Estoy dispuesto y comprometido a aprender". Gedeón, mirándolo con una sonrisa de satisfacción, respondió: "No sabes cómo me alegra escuchar eso, Alex".

Alex colocó su tomo del libro sobre la mesa, el cual, bajo la luz del sol, emitía un brillo azul intenso que parecía encapsular un universo de posibilidades. Observando la reacción de Gedeón, Alex se animó a profundizar más en su nuevo rol y preguntó, con una mezcla de respeto y curiosidad, "Ok, de acuerdo. ¿Debería llamarte entonces maestro?".

Gedeón hizo una mueca sutil, un gesto irreflexivo que desvelaba su desacuerdo. "No me llames así. Aunque lo tolero, no me parece la forma más simpática de referirse a alguien, al menos no como tú lo estás haciendo".

Desconcertado por la respuesta, Alex insistió, señalando el libro, "pero el libro. El libro se llama 'Maestro'".

Gedeón lo miró fijamente y explicó: "Has sido tú el que decidió ponerle ese nombre al libro, Alex. Fue durante nuestro primer ciclo vital, cuando propusiste la idea de crear este libro. Dijiste que 'Maestro', como título único, era la forma perfecta de encapsular su esencia, ya que reflejaba el autoaprendizaje experimental traducido en frases, dibujos, ideas y letras".

En este momento, Gedeón hizo una pausa, permitiendo que sus palabras se asentaran. "Verás, Alex, 'Maestro' no se refiere a una persona que simplemente imparte conocimiento; se trata más bien de cualquier experiencia, persona o incluso objeto, como este libro, que actúa como apoyo para el aprendizaje. En nuestra relación, ambos somos aprendices y, a su vez, maestros uno del otro. Es un flujo constante de dar y recibir, de enseñar y aprender".

La explicación de Gedeón añadió una capa de profundidad a la palabra "maestro", situándola en el corazón de una filosofía de intercambio y crecimiento mutuo.

Gedeón continuó, su voz suave pero firme, impregnada de la sabiduría acumulada a lo largo de sus ciclos vitales: "El ser humano, por naturaleza, busca guías o iluminados que le indiquen el camino. Sin embargo, cada uno de nosotros posee una

capacidad intrínseca para aprender y evolucionar, siempre que empecemos a cuestionar las premisas implantadas en nosotros desde la infancia".

Tomando un breve respiro, Gedeón miró a Alex con una expresión seria y compasiva, mientras hacia los platos a un lado despejando el camino entre ellos. "Piensa en la inocencia con la que un niño abraza sus sueños. Cuando eras pequeño y decías que querías ser cantante, policía, astronauta o incluso superhéroe, lo veías como algo totalmente alcanzable. En esos momentos, el mundo de posibilidades era infinito, tu imaginación no conocía límites. Pero, gradualmente, las figuras adultas a tu alrededor, papá y mamá o quienes hicieron de ellos, comenzaron a moldear tus percepciones con su amor, aunque también limitados por sus propias experiencias y miedos, empezaron a sembrar semillas de duda y limitación".

Gedeón hizo una pausa, asegurándose de que cada palabra calara en Alex. "Esas primeras 'no posibilidades' que nos plantan, configuran nuestro camino hacia la adultez. El niño que soñaba con libertad de forma natural, poco a poco, reemplaza sus aspiraciones por metas más 'normales' y conforme ese niño va creciendo, se decanta por anhelos socialmente aceptados: un empleo seguro, un título académico, una casa, un coche, una pareja ... Los sueños grandiosos se desvanecen, reemplazados por aspiraciones que reflejan más las expectativas sociales que los verdaderos deseos del corazón y bloquean su capacidad de aprendizaje natural y su comprensión libre de la realidad".

La voz de Gedeón se suavizó, infundiendo en sus palabras una mezcla de melancolía y esperanza. "Este proceso de 'normalización' no es accidental. Es el resultado de un sistema que perpetúa paradigmas y expectativas diseñadas para mantener un orden, pero que frecuentemente limita el potencial humano de explorar y alcanzar lo extraordinario. Cada uno de nosotros, en algún punto de nuestra vida, debe decidir si seguirá el camino trazado por otros o si se atreverá a redescubrir esos sueños de la infancia y transformarlos en una nueva realidad".

Gedeón se inclinó hacia adelante, clavando sus ojos en los de Alex, transmitiendo la urgencia de su mensaje. "Este aprendizaje no es solo sobre adquirir conocimientos nuevos; es sobre desaprender las barreras que hemos aceptado sin cuestionar. En cada ciclo vital que he experimentado, he visto cómo las almas libres no son aquellas que simplemente acumulan conocimientos, sino las que se atreven a cuestionar, a soñar y a redefinir lo que parece imposible".

Con una sonrisa, Gedeón dijo: "Todos somos maestros y estudiantes en este viaje de la vida. Aprender de cada ser, cada experiencia, cada error, nos acerca más a nuestra verdadera esencia. Y en esa búsqueda, no hay maestros, solo compañeros de viaje, explorando juntos los misterios de la existencia y expandiendo las fronteras de lo que creíamos posible".

Alex tomó su último sorbo de café y miró a Gedeón con una mezcla de curiosidad y confusión. "Entonces, ¿De quiénes debes aprender? ¿Debo buscar otras personas como tú, con tus poderes?" preguntó, buscando claridad.

Gedeón lo miró a los ojos, esta vez con una expresión de desconcierto que rápidamente se transformó en una mirada comprensiva. "Parece que no he sido claro", le dijo, su voz suave pero firme. "Yo no tengo poderes, tengo habilidades que tú también podrías desarrollar, que cualquiera podría desarrollar. Y no necesitas buscar personas como yo. Cuando alcances cierto nivel de conciencia, te das cuenta de que puedes aprender de todos los seres que te rodean. Desde la persona más sabia que encuentres en este ciclo vital, hasta el niño más pequeño, e incluso de los animales y la naturaleza".

Gedeón hizo una pausa para asegurarse de que Alex absorbiera la información. "Abre tu mente y despierta, las posibilidades infinitas te rodean", continuó. "Puedes aprender de todos y de todo, todo el tiempo. En cada interacción, en cada momento y experiencia, hay una lección que aprender, si estás dispuesto a verla".

"Observa cómo las plantas se inclinan hacia la luz, cómo los animales se adaptan instintivamente a su entorno", sugirió Gedeón, extendiendo sus manos en un gesto que invitaba a Alex a considerar el mundo natural como un maestro. "Hay sabiduría en sus acciones, en su simple existencia, si miras con atención, puedes aplicar esto a tu propia vida".

"Y no olvides", añadió, "que el aprendizaje no siempre viene de la alegría y el éxito. A menudo, nuestras lecciones más profundas surgen de la adversidad y el desafío. Cada situación difícil que manejas, cada acto que cometes tiene el potencial de enseñarte algo crítico sobre ti mismo y sobre el mundo que te rodea".

Con un tono más animado, Gedeón concluyó: "En lugar de buscar maestros o héroes, considera el mundo como el aula más grande. Sé un eterno estudiante, siempre curioso, siempre dispuesto a aprender. Esta es la verdadera esencia de vivir conscientemente. Al elevar tu propia conciencia, te abrirás a las innumerables

oportunidades de aprendizaje que la vida te ofrece cada día, Despierta a esa realidad, y encontrarás que el maestro más grande ya reside dentro de ti".

Esta explicación buscaba no solo proporcionar una nueva perspectiva a Alex, sino también empoderarlo a ver el mundo y sus experiencias diarias como oportunidades constantes de crecimiento y descubrimiento.

Luego de la intensa conversación con Gedeón, Alex, lleno de inspiración y emocionado, abrió su libro en una página aleatoria. Con un sentimiento de claridad recién descubierto, tomó su bolígrafo rojo y escribió con firmeza:

"Cada ser y cada situación en nuestra vida es un maestro disfrazado, revelando que el aprendizaje es infinito y omnipresente, no confinado a las aulas tradicionales ni a figuras de autoridad".

Luego en la parte de debajo de la hoja, con su corazón aún palpitante por las palabras de Gedeón, continuó:

"En el camino de la vida, somos tanto estudiantes como maestros en cada paso; cada interacción es una lección en potencia, invitándonos a desaprender las barreras y redescubrir las posibilidades infinitas de nuestra existencia".

Mientras Alex plasmaba estas reflexiones, Gedeón terminaba su desayuno tranquilamente, observando con una sonrisa sutil el entusiasmo con el que Alex se comprometía con su propio proceso de aprendizaje y autodescubrimiento.

Terminado el desayuno, Gedeón se inclinó hacia adelante con una sonrisa intrigante, su voz bajando a un tono más confidencial. "Nuestro destino es Manta, en la provincia de Manabí, tenemos una charla el lunes", anunció, observando atentamente la reacción de Alex.

Mientras recogían sus cosas luego del desayuno, Gedeón lanzó una vez más la propuesta que se había convertido en un ritual entre ellos. "¿Te gustaría manejar hoy?" preguntó, esperando quizás una respuesta diferente esta vez.

Alex, aún con el bolígrafo en mano después de tomar notas en su libro 'Maestro', miró a Gedeón con una determinación renovada. "Quiero tener las manos libres para poder seguir tomando nota de todo aquello en lo que vea valor", respondió, su voz cargada de un fervor por capturar cada aprendizaje que pudiera surgir en su camino.

Gedeón asintió con un gesto de complicidad y aprobación, un brillo de orgullo en sus ojos. "Entendido", dijo simplemente, recogiendo las llaves del coche de la mesa. Con un breve asentimiento, ambos se levantaron de la mesa y salieron del restaurante.

La mañana se había despejado completamente, y el sol bañaba las calles con una luz vibrante que prometía un día lleno de nuevas experiencias. Caminaron juntos hasta el estacionamiento donde los esperaba su vehículo.

Gedeón se instaló en el asiento del conductor mientras Alex ajustaba su asiento de copiloto, colocando su libro y bolígrafo encima del tablero del vehículo, un lugar fácilmente accesible.

El vehículo se deslizó suavemente fuera del estacionamiento del hotel y tomó la carretera. A medida que la ciudad de Machala empezaba a quedar atrás, el paisaje cambiaba gradualmente, ofreciendo vistas de campos extensos y ocasionales colinas que adornaban la ruta.

El silencio en el coche era cómodo, lleno de una anticipación tácita. Gedeón, concentrado en la carretera, le permitió a Alex el espacio para reflexionar, solo interrumpido ocasionalmente por la suave música de fondo que Gedeón habían elegido para acompañar su viaje. Este momento no solo marcaba el inicio físico hacia un nuevo destino sino también simbolizaba el continuo viaje de descubrimiento que ambos compartían.

Mientras Gedeón manejaba con tranquilidad por la carretera, Alex se sentaba al lado, sumido en un mar de pensamientos que fluían como el paisaje que pasaba por su ventana. A cada kilómetro que avanzaban, reflexionaba sobre los cambios profundos que había experimentado en los últimos días, notando cómo estas experiencias alteraban no solo su comprensión del mundo, sino también su percepción de sí mismo.

A medida que los campos y los pequeños pueblos se deslizaban por su lado, Alex comenzó a verlos como metáforas de su propio cambio interno: cada paisaje era temporal, cambiante y vital, como los estados de su mente y espíritu. Se preguntaba sobre la fluidez de su propia identidad, cómo las ideas que había aceptado sin cuestionar formaban la base de sus limitaciones autoimpuestas.

El viaje con Gedeón había abierto una puerta a un mundo donde la percepción y la realidad eran maleables, y Alex se daba cuenta de que su mayor aprendizaje no

venía inscrito en las páginas de ningún libro, sino de la habilidad de observar y reflexionar en el momento presente. Apreciaba más profundamente cómo cada momento de su vida, cada crisis y cada triunfo, eran en realidad oportunidades disfrazadas para crecer y expandir su comprensión de la vida.

Con esta realización, sintió una oleada de gratitud hacia Gedeón, no por ser una guía infalible, sino por ser el catalizador que le permitió ver la luz propia de su espíritu. Decidió que, más que llenar las páginas de su libro con palabras, lo importante era vivir las enseñanzas, haciéndolas parte de su ser.

Mientras la carretera desplegaba paisajes que cambiaban con cada kilómetro recorrido, el silencio cómodo dentro del SUV fue repentinamente interrumpido por el sonido de un teléfono celular. Alex, que estaba sumergido en sus pensamientos y reflexiones, se sobresaltó ligeramente; no había notado antes que Gedeón utilizara un celular. Con un movimiento fluido y natural, Gedeón activó el altavoz del vehículo para contestar la llamada.

Voz en el teléfono: 您好，您找到Alex了吗？

(Hola, ¿has encontrado a Alex?)

Gedeón: 是的，感谢您的关心。

(Sí, gracias por tu preocupación.)

Voz en el teléfono: 记住，这一生中您与他有待完成的学习。

(Recuerda, en esta vida tienes aprendizajes pendientes con él)

Gedeón: 我记得，我们很快会见面的。

(Lo tengo presente, nos veremos pronto)

Tras cerrar la llamada, Gedeón volvió su atención a la carretera. Alex, aún sorprendido, no pudo evitar expresar su asombro. Aunque había trabajado con chinos años atrás y reconocía el idioma, lo que realmente le había impactado era escuchar su propio nombre en la conversación.

"¿Desde cuándo sabes hablar chino?" preguntó Alex, no solo por curiosidad sino también buscando entender más sobre la enigmática llamada.

Gedeón le lanzó una mirada que mezclaba serenidad con un leve asomo de sonrisa. "Crees que, si hubieras interpelado a un ser evolucionado como Jesús,

Mahoma o Siddhartha en un idioma distinto al nativo, ¿ellos no hubieran entendido?" su tono era suave pero firme. "El idioma que hablas es más una barrera social de lo que crees. Hay formas de comunicación que están más allá de tu entendimiento actual".

"Pero te he oído hablar en chino", insistió Alex, tratando de asimilar la información.

"Sí, es un aprendizaje de un ciclo vital anterior. No siempre nazco en Ecuador", respondió Gedeón con naturalidad, como si hablar de vidas pasadas y habilidades lingüísticas adquiridas en aquel momento ya fuera normal.

"Pero he oído mi nombre", Alex aún necesitaba respuestas, su voz cargada de una mezcla de confusión y urgencia.

Gedeón asintió, "Me ha llamado aquel ser que hace quince años me sugirió que te buscara en este ciclo vital", su respuesta fue lacónica, sin dar más detalles de lo estrictamente necesario.

El SUV blanco avanzaba por la carretera que conducía hacia Naranjal, punto de paso para ir a Manta, reflejando en su superficie los destellos dorados del sol de mediodía. Alex, aún sobresaltado por la enigmática conversación telefónica y las revelaciones de Gedeón, sintió la necesidad repentina de un respiro físico y mental. "Quiero tomar agua", dijo, intentando calmarse con la bebida.

Justo entonces, al borde de la carretera, apareció un vendedor con un pequeño puesto de bebidas refrigeradas. Gedeón, percibiendo la necesidad de su compañero, disminuyó la velocidad y, sin decir palabra, compró dos botellas de agua fría. El gesto, aunque pequeño, no pasó desapercibido para Alex, quien agradeció con un asentimiento, aún perdido en sus pensamientos.

Continuaron su viaje en silencio, cada uno absorto en sus reflexiones, el sonido suave del motor y el ocasional chirrido de las ruedas sobre el asfalto era todo lo que se escuchaba. Tras unos minutos, Alex rompió el silencio. "Detén el carro, quiero estirar las piernas", solicitó, con un tono que reflejaba tanto su deseo de moverse como su necesidad de distanciarse un momento de la intensidad de lo ocurrido cabina.

Gedeón asintió y guió el vehículo hacia el borde de la carretera, deteniéndose en una amplia pradera que se extendía generosa y tranquila bajo el cielo azul. El lugar

era un remanso de paz, con el suave susurro del viento moviendo las hierbas altas y el ocasional canto de algún pájaro invisible.

Bajaron del carro y se dirigieron hacia un árbol solitario, cuya copa proporcionaba una sombra acogedora contra el sol inclemente, Alex llevaba su tomo de 'Maestro' en sus manos. Apoyados contra el tronco rugoso, tomaron sorbos de agua, disfrutando del frescor que recorría sus gargantas y calmaba sus ánimos.

Alex, mirando hacia el horizonte donde la línea del cielo se encontraba con la tierra, reflexionó en voz alta, casi para sí mismo: "En verdad, ¿Todo es posible, todo el tiempo?" Su voz llevaba un tinte de asombro, una mezcla de realización y aceptación de las vastas posibilidades que la vida presentaba.

Gedeón, escuchando atentamente, se limitó a asentir con la cabeza. No necesitaba palabras para comunicar su acuerdo; su silencio era elocuente. Compartían un momento de comprensión mutua, un instante fuera del tiempo donde las revelaciones del día resonaban con claridad entre ellos.

El aire fresco, el suave murmullo de la naturaleza, y la compañía silenciosa pero presente de Gedeón proporcionaron a Alex el espacio para contemplar todo lo aprendido. Allí, bajo la sombra de aquel árbol en medio de la pradera, ambos personajes se permitieron un breve descanso, un momento de paz antes de continuar con su jornada.

Alex, aún abrumado por el despliegue de habilidades poco convencionales de Gedeón, se encontraba a la vez fascinado y reticente. Con el viento soplando suavemente a través de la pradera y el sol comenzando su descenso hacia el horizonte, su mente luchaba con las revelaciones del día. "Aún estoy un poco renuente a creer eso", admitió, mirando hacia el vasto campo que se extendía ante ellos. "He visto muchas cosas que has hecho y he escuchado muchas de las cosas que has dicho, y sí que le encuentro nuevos sentidos a los conceptos que yo mismo tenía acerca de lo que es la vida y la realidad en sí misma. Pero hay cosas que simplemente no son posibles".

Su voz cargaba un matiz de duda, un escepticismo arraigado no solo en su educación y su experiencia previa, sino también en el miedo a aceptar un mundo donde las reglas que había aprendido podrían no aplicarse. Aunque había sido testigo de eventos que desafiaban toda lógica racional, parte de él se resistía a aceptar la posibilidad de que lo imposible pudiera ser real.

Mientras la pradera se extendía frente a ellos, un lienzo de verdes vibrantes bajo el cielo azul inmenso, Alex luchaba con sus dudas, un torbellino de escepticismo y asombro. Gedeón, con una mirada fija en el horizonte, respondió sin apartar la vista de la vasta extensión: "Toda vez que justifiques tus limitaciones, ciertamente las tendrás. Aquello que tú te repites mil veces que no es posible, tu cerebro lo decodificará de esta forma y creará la no posibilidad para ti".

Alex, aún incrédulo, objetó, "Por ejemplo, yo creo que no es posible volar. No me malentiendas. Entiendo que el ser humano tiene artefactos como aviones y aparatos, como drones, para poder volar. Me refiero a volar por sí mismo sin necesidad de ningún tipo de ayuda. Creo que eso no es posible".

Gedeón lo miró entonces nuevamente con una paciencia infinita y dijo: "Lo que voy a hacer en este momento es para que te quede claro que todo es posible todo el tiempo y que empiece tu verdadero camino de transformación". Se puso de pie y ante el asombro de Alex, lentamente empezó a ascender, levitó cerca de 45 centímetros del suelo, flotando como si estuviera de pie sobre un cajón invisible.

"¿Qué estás haciendo?" exclamó Alex.

"Estoy volando", respondió Gedeón serenamente. "Todo es posible, todo el tiempo, siempre que creas que esto es posible".

"Sí, posible para ti, por tu nivel de conciencia", replicó Alex.

"Y posible para ti también", afirmó Gedeón. "El libro más vendido en este mundo dice que si tuvieras fe del tamaño de un grano de mostaza podrías ordenarle a una montaña moverse, podrías obrar cualquier cosa que los demás podrían creer como milagrosa. Tu propio convencimiento de que la realidad se puede doblar o se puede transformar debe ser absoluto". Extendió la mano hacia Alex. "Dame la mano".

Con nerviosismo, Alex aceptó la mano extendida de Gedeón. En contados segundos, también comenzó a flotar a la misma altura que Gedeón. "Lo puedo hacer porque estoy contigo", dijo Alex.

"No", respondió Gedeón, soltándolo. "Lo estás haciendo porque al verme has creído para ti mismo que tienes la capacidad de hacerlo. Y en consecuencia de eso, lo estás haciendo". Gedeón suspiró y luego continuó. "Y aunque creas que estás haciendo lo mismo que yo, no es así, solo te he mostrado que es posible has sido tú el que inventó su propia manera de lograrlo".

Cuando Gedeón intencionalmente soltó la mano de Alex, este último pensó que se caería, pero continuó flotando solo, revoloteando un poco más sobre el campo. La sensación de libertad era abrumadora; se sentía como si cada célula de su cuerpo estuviera aprendiendo a respirar de nuevo, a entender el mundo desde una perspectiva sin barreras.

El campo debajo de ellos era un mosaico de hierbas altas y flores silvestres, el aire fresco lleno del aroma de la tierra y del dulzor floral. Mientras flotaban, Alex sintió una liberación emocionante de sus limitaciones físicas y mentales, un despertar a nuevas posibilidades. Gedeón comenzó a moverse hacia adelante, avanzando sobre el campo, y Alex lo siguió con una mezcla de temor y éxtasis.

"Espero que esto sea suficiente para que empieces a creer en tus propias capacidades", dijo Gedeón mientras se movían.

Finalmente, Gedeón regresó flotando hacia el árbol, se posó en el piso y se sentó tranquilamente, retomando su bebida. Alex, aún en el aire, comenzó a ascender y alejarse, movido por una mezcla de sorpresa y alegría. "¡Tómalo con calma!" le advirtió Gedeón, alzando la voz para hacerse oír.

En respuesta, Alex giró hacia donde Gedeón estaba sentado y, controlando su emoción, empezó a descender lentamente. Cuando sus pies tocaron el suelo, una sonrisa de asombro y satisfacción se esbozó en su rostro. Era la sonrisa de alguien que había visto lo imposible transformarse en posible, de alguien que había roto las cadenas de la incredulidad y el escepticismo.

Este momento, este acto extraordinario de levitación, no solo alteró profundamente la percepción de Alex sobre lo que era factible, sino que también sacudió los cimientos de su comprensión del mundo. Parado ahora firmemente en la tierra, pero con el espíritu aún elevado, Alex sabía que este día marcaría un antes y un después en su vida. Las ideas comenzaron a girar en su mente, desbordantes de posibilidades y listas para ser exploradas y expandidas. Contempló el vasto campo ante él que, al igual que su renovada visión, parecía extenderse sin límites, invitándolo a explorar los infinitos horizontes de su propia evolución.

Después de su impresionante experiencia, Alex, todavía vibrante con una mezcla de asombro y júbilo, caminó hacia donde Gedeón estaba sentado bajo el árbol, su figura relajada contrastando con la euforia de Alex. Con una sonrisa que no lograba

ocultar su emoción, Alex se dejó caer al suelo junto a Gedeón, sacando su libro 'Maestro' de su bolsillo, con manos aún temblorosas por la adrenalina del vuelo.

Abrió el libro por una página al azar, el crujido del papel nuevo resonando nuevamente, esta vez en el tranquilo entorno del campo. Con el bolígrafo en mano, escribió con letras firmes y decididas:

"En el instante en que desafías lo que crees imposible, descubres que los únicos límites que existen son aquellos que aceptas como reales".

La tinta roja sobre la página blanca parecía sellar el compromiso de Alex con su nuevo entendimiento de la realidad.

Mientras Alex se reclinaba contra el árbol, absorbido en el significado de sus propias palabras, Gedeón observaba con una expresión de aprobación. La paz del lugar era casi tangible, con el susurro del viento entre las hojas y el canto lejano de los pájaros. Sin embargo, lo que ninguno de los dos notaba era una figura solitaria a lo lejos, casi oculta entre los matorrales. Esta persona, un transeúnte curioso, había observado toda la escena, inmóvil y en silencio, había capturado el momento del vuelo sin intervenir.

Alex cerró su libro y miró a Gedeón, una curiosidad palpable en su voz. "Sabes, hay algo que me ha dejado intrigado desde que llegamos a Loja y luego a Machala. Las personas que te conocen hablan de las noches de diversión, de fiesta y de baile... Sin embargo, en Machala declinaste una invitación. ¿Por qué?".

Gedeón, que había estado jugando con algunos pedazos de hierba entre sus dedos, dejó de hacerlo y miró a Alex con una sonrisa pensativa. "Creo firmemente que el relax, el ocio, la diversión, o como quieras llamarlo, contribuyen de manera significativa a una vida equilibrada", comenzó, su voz tranquila y reflexiva. "No acepté la invitación en Machala porque me sentía cansado tras el desgaste de dar la charla. Pero tienes razón, aún no hemos festejado juntos".

Con una sonrisa cómplice y el brillo de una idea formándose, Gedeón añadió, "Lo que ha ocurrido hoy, definitivamente, es digno de un festejo. Debemos manifestar una celebración en nuestra vida, el día de hoy".

A medida que Gedeón soltaba las hojas de hierba, su mirada parecía perderse en el horizonte, contemplando un mundo invisible a los ojos de los demás, palpable para él. Su sonrisa se amplió al considerar la pregunta de Alex, y con una chispa de

entusiasmo en los ojos, respondió: "Manifestar, Alex, es crear con intención. Es llevar el deseo de tu mente y corazón al mundo físico a través de tu energía y creencia".

Alex, intrigado y al mismo tiempo inspirado por la revelación, se enderezó, como quien está a punto de descubrir un nuevo capítulo en un libro favorito. "Entonces, ¿estás diciendo que podemos crear nuestras propias experiencias solo con desearlas intensamente?"

"Es correcto en algún nivel", afirmó Gedeón. "No solo podemos cambiar nuestra percepción de la realidad, sino que también tenemos el poder de influir en cómo se desenvuelve. Es una habilidad que todos poseemos, pero que pocos aprenden a utilizar eficazmente. Creer en algo con tanta fuerza que se convierte en una certeza es la clave para manifestarlo".

Con un gesto teatral, Gedeón alzó la mano al aire, como si estuviera escribiendo sus deseos en el cielo. "Hoy, antes de que el día termine, estaremos en medio de una celebración, riendo y bailando, disfrutando del fruto de lo que hemos aprendido. Será un festejo no solo de nuestro viaje, sino también de tus capacidades expandidas".

Alex, con un brillo renovado en sus ojos, sintió una oleada de emoción. Cerró su libro y lo guardó cuidadosamente, sabiendo que este momento merecía su atención completa. "Entonces, hagámoslo. Vamos a manifestar esa celebración. ¡Estoy listo para ver hasta dónde podemos llevar esto!".

El aire parecía vibrar con la energía de la promesa y el potencial. Mientras se ponían de pie, Gedeón y Alex compartían una mirada de entendimiento y anticipación. No solo estaban en el umbral de una celebración, sino también al borde de una comprensión más profunda sobre cómo la intención y el deseo pueden dar forma a la realidad en maneras que nunca habían considerado posibles.

Alex, aún bajo la emoción del descubrimiento reciente de sus capacidades y la realidad extendida, se acomodó en el asiento del copiloto con un sentido de expectación vibrante. Gedeón arrancó el vehículo y anunció que su siguiente parada sería Naranjal, donde esperarían una invitación espontánea para celebrar. La idea parecía descabellada, pero la fe de Alex, ahora fortalecida, no titubeaba.

Mientras avanzaban hacia Naranjal, Gedeón comenzó a explicar el concepto de manifestación, "El primer paso es la Selección", explicó mientras el paisaje pasaba rápidamente por la ventana. "Debes saber exactamente qué es lo que quieres. No

puede ser algo vago. Debe ser claro y definido. En nuestro caso, una celebración espontánea". Alex asintió, procesando cada palabra mientras la carretera se extendía frente a ellos.

"El siguiente paso es la Proyección", dijo Gedeón, enfatizando la importancia de visualizar el deseo como si ya hubiera ocurrido. "Imagina la celebración en detalle, ¿quién está allí, qué música suena, qué sensaciones te trae la experiencia? Esto no es solo fantasear; es construir la realidad en el marco de tu mente".

Luego vino la Expectativa. "Esperar con fe inquebrantable, sin un ápice de duda, como si lo imposible fuera que no sucediera", explicó Gedeón. "Es aquí donde muchas personas fallan. Dudan, y esas dudas son suficientes para desviar la trayectoria de lo que desean".

"Por último, la Recepción", concluyó Gedeón mientras se acercaban a Naranjal. "Debes estar abierto y preparado para recibir lo que has manifestado. Esto significa reconocer la oportunidad cuando se presente y actuar según se requiera".

Gedeón miró a Alex, quien absorbía cada palabra. "Esta noche, cuando celebremos, será una demostración directa de estos principios en acción. Pero lo más importante es entender que esta técnica puede aplicarse a cualquier aspecto de tu vida: desarrollo personal, crecimiento espiritual, logros profesionales... lo que desees".

Alex, movido por las palabras de Gedeón, sintió cómo su entendimiento y su percepción de la realidad se expandían aún más. La idea de que podría influir activamente en su mundo a través de la manifestación no solo le proporcionaba una nueva herramienta para navegar por la vida, sino que también reforzaba su creencia en su propio poder y potencial. Mientras el vehículo seguía su curso hacia Naranjal, Alex se encontraba en un estado de expectación y apertura, listo para poner a prueba su nueva comprensión de la manifestación esa misma noche.

Después de la explicación de Gedeón sobre el proceso de manifestación, Alex, inspirado y reflexivo abrió su libro y escribió:

"La fe es la clave. Manifestar es un arte de alineación total con nuestros deseos más profundos, un compromiso de creer antes de ver. Es fe pura en nuestros sueños".

En un humilde restaurante de Naranjal, Alex y Gedeón disfrutaban de un almuerzo tardío, sumidos en conversaciones sobre la vida y sus intrincadas lecciones. Mientras Alex saboreaba su comida, disfrutando de la tranquilidad del lugar, una voz familiar resonó en el ambiente, llenándolo de emoción repentina.

"¡Profesor Alex! No puedo creer que sea usted", exclamó María, una exestudiante cuya cuyo rostro reflejaba alegría y sorpresa. Alex, sorprendido y halagado por el reconocimiento, sonrió ampliamente. María se acercó con paso rápido, su mirada alternando entre Alex y el hombre a su lado.

"¡Es increíble verte, María! ¿Cómo has estado?" preguntó Alex, levantándose para saludarla con un abrazo. Un destello de orgullo iluminó su rostro al ser reconocido esta vez, en lugar de Gedeón.

"¡Muy bien! Gracias en gran parte a tus consejos aquel día en la universidad. Estaba tan cerca de abandonar todo... pero aquí estoy", dijo María con un brillo de gratitud en sus ojos. "Después de graduarme, me mudé a Naranjal y ahora trabajo en la alcaldía".

Mientras charlaban, la mirada de María se desvió hacia Gedeón, y su expresión se tornó de sorpresa a asombro. "¡Vaya, y estás con el gran Gedeón Saza! He leído mucho sobre ti", dijo dirigiéndose a Gedeón con una mezcla de respeto y admiración.

Gedeón, con una sonrisa modesta, asintió cortésmente. "Es un placer conocerte, María".

María, aún emocionada, prosiguió: "Justo hoy tenemos una gran celebración por las fiestas de Naranjal en la Finca El Mirador. ¿Por qué no vienen conmigo? Sería un honor presentarlos al alcalde y podrían disfrutar de la festividad con nosotros".

Alex intercambió una mirada con Gedeón, quien asintió sutilmente. "Eso suena maravilloso, María. Nos encantaría acompañarte", respondió Alex, entusiasmado por la inesperada invitación que encajaba perfectamente con la manifestación de una celebración que Gedeón había mencionado más temprano en el coche.

Mientras se preparaban para irse, Gedeón le susurró a Alex, "Ves, la manifestación en acción. Tus deseos, alineados con tu fe, tienen el poder de atraer oportunidades".

"Es asombroso... como si el universo conspirara para enseñarnos exactamente lo que necesitamos aprender", reflexionó Alex, impresionado por la sincronía de los eventos.

María los guió fuera del restaurante hacia su vehículo, hablando emocionada sobre lo que podían esperar en la fiesta. "Habrá música, bailes típicos y, por supuesto, mucha comida local. Es una de las mejores formas de conocer Naranjal".

En el camino a la Finca El Mirador, Alex no podía dejar de pensar en cómo los pensamientos y las intenciones, cuando se emiten con convicción y claridad, pueden manifestarse en realidades tangibles y a veces, sorprendentemente oportunas.

La finca era un escenario encantador, casi sacado de un cuento de hadas. El extenso terreno estaba cubierto de césped bien cuidado que se extendía hasta donde alcanzaba la vista, interrumpido solo por senderos empedrados que se extendían a través de la propiedad. Sobre estos caminos, las luces colgaban de largos cables, suspendidas en el aire y proyectando una luz amarilla cálida que bañaba todo en un resplandor acogedor, creando una atmósfera íntima y festiva.

Al fondo, un pequeño lago reflejaba las luces y los sonidos de la fiesta, sus aguas tranquilas actuaban como un espejo para la alegría que se vivía en la orilla. Alrededor del lago, mesas finamente decoradas con manteles blancos y centros de mesa elegantes ofrecían un contraste refinado con la rusticidad natural del entorno. Cada mesa era un pequeño oasis donde los invitados podían sentarse y disfrutar de la velada bajo la carpa de estrellas.

Central en este paisaje idílico, una gran pista de baile invitaba a los asistentes a perderse en la música. De madera pulida y brillante bajo la noche estrellada, la pista estaba siempre llena de parejas girando, risas y pasos de baile compartidos.

Añadiendo un toque de encanto rústico, varios faroles antiguos estaban dispersos alrededor, cada uno arrojando un halo suave de luz que jugaba con las sombras y añadía profundidad a la escena. Las conversaciones y la música llenaban el aire, mezclándose con el ocasional chapoteo suave de un pez que saltaba en el lago, completando la sinfonía de sonidos de una noche perfecta.

El ambiente era electrizante, y Gedeón, claramente alegre, disfrutaba cada momento. Se sentaron cerca de la mesa del alcalde, y Gedeón, con una sonrisa cómplice a Alex, le aseguró que elevaría aún más su manifestación. "Esta noche, el hospedaje será gratis", dijo. Esta declaración parecía tan sólo otro elemento de la mágica noche que se estaba desplegando.

María, radiante y entusiasta, pronto los presentó al alcalde. Alex observaba, fascinado, cómo Gedeón se movía entre los invitados con una facilidad y carisma

natural. Hablaba fluidamente, intercalando bromas que atraían risas y sonrisas genuinas de todos. En momentos, Gedeón se convertía en el alma de la fiesta, alternando entre conversaciones, brindis con vino, y bailes con María y otros asistentes.

Cuando Gedeón regresó a la mesa, después de un animado baile con María, Alex no pudo ocultar su impresión: "Vaya que sabes divertirte", comentó con una mezcla de asombro y admiración.

Gedeón, aún sonriendo por la energía del baile, respondió con una reflexión profunda: "Disfruto de materializar aquello que manifiesto... Las personas no aprecian lo mágico de momentos como este. A menudo, nuestra conciencia o entendimiento no nos permite apreciar la belleza del momento presente. Incluso lo que podría ser considerado inexplicable, pasa como algo 'normal' ante los ojos de quienes no están preparados para verlo".

Luego, con una mirada que destilaba travesura y profundidad, Gedeón añadió: "Por ejemplo, voy a hacer que esta botella de vino sea infinita, una especie de multiplicación del vino. Verás que están tan distraídos que no notarán la naturaleza del acto que tienen frente a ellos. Así pasa en muchos momentos de la vida; lo extraordinario se convierte en ordinario simplemente porque no estamos atentos o porque nuestras expectativas nos ciegan a las verdaderas maravillas".

Tomó una botella de vino que estaba medio llena en su mesa y caminó hacia donde estaba el alcalde y su grupo. Con gracia y un aire de generosidad, comenzó a servir el vino. Alex observó, casi sin creer, que por más que Gedeón servía, el nivel del vino en la botella parecía no disminuir. Las personas alrededor, inmersas en sus conversaciones y risas, no mostraban signo alguno de notar la anomalía.

La luz suave de los farolillos reflejaba destellos en el líquido rojo que fluía incesantemente, cada copa se llenaba con un chorro perfecto que dejaba un aroma a bayas y madera en el aire. Alex, aún procesando la escena, sintió cómo sus viejas creencias se desvanecían, reemplazadas por una aceptación muda de las posibilidades infinitas que Gedeón había prometido.

Este acto, que desafiaba toda lógica, servía como un ejemplo perfecto de lo que Gedeón había estado enseñando a Alex: el mundo está lleno de milagros y magia, pero sólo aquellos que están abiertos y dispuestos a ver más allá de sus preconcepciones y limitaciones mentales pueden realmente experimentar y

apreciar estos fenómenos. Un murmullo bajo que insinuaba el rendimiento de la botella por parte de una sorprendida pareja cercana sugirió que no todos estaban completamente ajenos al hecho.

Mientras la fiesta continuaba en su esplendor, la música y la risa llenaban el aire fresco de la noche. Gedeón hizo una señal a Alex para que se uniera más activamente a la celebración. Alex, que hasta entonces había permanecido algo reservado, decidió soltarse y disfrutar del momento. "No voy a cuestionar lo que está ocurriendo, simplemente voy a disfrutarlo", se dijo a sí mismo mientras se dejaba llevar por la música y la atmósfera festiva.

Con el paso de las horas, la diversión solo aumentó. Entre copas de vino inagotable, bailes y risas, el alcalde, en un momento de cordialidad, preguntó a Gedeón si ya tenían un lugar donde quedarse. Al escuchar que no tenían reservaciones de hotel, el alcalde no dudó en ofrecerles alojamiento. "Tengo un par de habitaciones libres en mi casa, estarían perfectos ahí", ofreció con una generosidad abierta.

Gedeón miró a Alex con una sonrisa cómplice y aceptó la oferta. El vino y la atmósfera de la fiesta habían relajado completamente a Alex, quien se encontraba genuinamente disfrutando de la noche. Justo cuando todo parecía perfecto, un evento inesperado añadió una chispa de asombro a la noche.

En un momento de silencio, cuando la música hizo una breve pausa, una voz se alzó clara y resonante. Un hombre, con expresión de incredulidad mezclada con excitación, se acercó a Alex y gritó: "¡Yo te vi! ¡Tú estabas volando encima del prado a las afueras de Naranjal!" Las cabezas se giraron hacia ellos mientras el hombre continuaba, llamando la atención de sus acompañantes, "¡Les dije que lo había visto!".

La afirmación cayó como un trueno en medio del gentío, y por un instante, todo se detuvo. Alex sintió un escalofrío de desconcierto; aún estaba procesando las lecciones de Gedeón sobre la percepción y las realidades expandidas. Antes de que pudiera formular una respuesta, Gedeón se acercó y lo abrazó de lado. En ese momento, Alex escuchó la voz de Gedeón en su mente, clara y calmada: «Hay momentos para generar el despertar de la conciencia de otro ser, pero este no es uno de esos».

Sin soltar a Alex, Gedeón se dirigió al hombre con una mezcla de seriedad y una pizca de humor. "¿Crees realmente que esta persona estaba volando? Amigo, ni siquiera puede sostenerse en pie después de un vino", dijo, señalando juguetonamente a Alex, cuyo rostro mostraba una ligera sonrisa incómoda. La gente alrededor soltó risas ahogadas, aliviando la tensión del momento.

Lo que viste fue una prueba que estábamos haciendo con unos drones que planeamos usar como espantapájaros en los campos cercanos. Y he encontrado bastante gracioso usar una imagen de mi amigo para esto", continuó Gedeón, su voz elevándose por encima del murmullo de la multitud. Con un guiño cómplice a Alex, añadió, "¡Pero qué modelo para un espantapájaros, eh!" Su risa resonó, sincera y contagiosa, y Alex, captando la señal, se unió con una carcajada.

Los amigos del hombre, entre risas y palmadas en la espalda, comenzaron a tranquilizarlo: "Te dijimos que no era posible, hombre. Solo te confundiste". La atmósfera se relajó completamente cuando el hombre, algo avergonzado pero aliviado, admitió, "Tal vez me equivoqué".

Con el malentendido disipado en risas y el escepticismo atribuido al vino, la fiesta recuperó su ritmo alegre. Gedeón y Alex, finalmente, se retiraron del tumulto festivo y se dirigieron hacia la acogedora casa del alcalde, donde los esperaban un merecido descanso. En el silencio de la noche, mientras se acomodaban en sus respectivas habitaciones, Alex reflexionaba sobre las palabras de Gedeón. Aunque había sido parte de una maniobra para disuadir las sospechas, la experiencia de volar no había sido una ilusión. En su corazón, sabía que las posibilidades del ser humano eran tan vastas como el universo mismo, esperando solo ser exploradas y aceptadas.

Sin embargo, mientras se deslizaba entre las sábanas frescas, un pensamiento persistente invadía la mente de Alex. Las últimas palabras de Gedeón antes de desearle buenas noches resonaban con un eco misterioso: "Mañana, Alex, con tu nueva forma de experimentar la realidad, si tú lo decides, será el momento de manejar tus situaciones personales". Con una sonrisa Gedeón había cerrado su puerta, dejando a Alex en un estado de anticipación mezclado con una pizca de inquietud.

Mientras el sueño comenzaba a envolverlo, Alex no podía evitar sentir que el viaje hacia Naranjal había realmente despertado una nueva forma de percibir la realidad en él y se pensaba listo para los aprendizajes que estaban por venir.

Capítulo 7 El beneficio del perdón

En la quietud del amanecer, Alex se despertó en una habitación que aún retenía el frescor nocturno. El cuarto, amplio y sutilmente adornado, contrastaba con la vivacidad de la noche anterior. Las cortinas de un blanco puro filtraban la luz solar, tiñendo la estancia de un tono dorado suave. Desde su cama, podía oír el distante murmullo de conversaciones y el canto matinal de los pájaros. La resaca le pesaba ligeramente en la cabeza, recordatorio palpable de la festividad que había durado hasta altas horas.

Mirando su reloj, que marcaba las 6:30 a.m., un leve sobresalto lo sacudió al darse cuenta de que el desayuno había empezado. Se levantó, se aseó rápidamente, y optó por vestirse con algo sencillo pero apropiado.

Al salir de la habitación, el frescor del jardín del alcalde lo recibió; era un espacio abierto y acogedor, con un amplio patio que se extendía naturalmente hacia un jardín meticulosamente cuidado. Los primeros rayos del sol se filtraban a través de las hojas de las palmeras, creando patrones de luz y sombra sobre el suelo de piedra.

Gedeón ya estaba sentado en la mesa del desayuno, vestido completamente de blanco, su ropa pareciendo brillar con un halo casi etéreo bajo el sol naciente. La mesa de madera rústica cubierta con manteles de lino crudo, y adornada con un pequeño jarrón central que contenía flores frescas de colores vivos.

Al acercarse, Alex captó el final de la conversación entre Gedeón y el alcalde, quien estaba expresando su admiración por las habilidades de Gedeón como expositor. "María me comentó sobre tus charlas," decía el alcalde, "de lo profundas que pueden llegar a ser y de cómo motivan a crear equipos de trabajo efectivos. Me encantaría que volvieras en un mes para dictar una charla".

Gedeón, aceptó la invitación con un suspiro y una mirada nostálgica, parecía sumido en pensamientos distantes. En ese momento, Alex tomó asiento, interrumpiendo ligeramente el flujo de la conversación con una exclamación jovial. "Vaya que fiesta la de anoche, ¿eh?" dijo, intentando aligerar su tardanza con un toque de humor.

El alcalde sonrió, recordando la noche anterior. "A pesar de todo lo que bebimos, el vino sobró", comentó con una sonrisa, sin saber el pequeño milagro que había ocurrido con la botella.

Gedeón y Alex intercambiaron una mirada cómplice y una sonrisa discreta, compartiendo el secreto de la noche anterior. El desayuno continuó en un tono agradable y distendido, con platos repletos de frutas tropicales, panes recién horneados, y una selección de quesos locales. El aroma del café fuerte se mezclaba con el dulzor de las frutas y el olor terroso del pan.

Al terminar el desayuno, Gedeón agradeció al alcalde por su generosa hospitalidad, y ambos se dirigieron hacia el vehículo. El frescor de la mañana aún llenaba el aire, y el jardín del alcalde brillaba bajo un sol cada vez más alto. El día prometía nuevas aventuras y aprendizajes, mientras se preparaban para continuar su viaje hacia Manta. En el ambiente quedaba un eco de gratitud y una promesa de futuros encuentros.

Subiendo al SUV, Gedeón dijo con una sonrisa amistosa. "Voy a manejar para que puedas tomar todos tus apuntes". Arrancando el motor mientras Alex acomodaba su libro 'Maestro' sobre las piernas. Al lado de la palanca del freno de mano, Alex notó el tomo de Gedeón, y la visión de ambos libros cerca le provocó una inexplicable sensación de paz.

"No voy a cuestionar nada de lo que ocurrió ayer", comenzó Alex, acomodándose en su asiento mientras el vehículo empezaba a moverse, "pero todo me genera una inmensa curiosidad". Su mente aún daba vueltas alrededor de las habilidades que Gedeón había mostrado la noche anterior. "Desde hablar un idioma extranjero con fluidez, manifestar y generar momentos de vida hasta levitar y multiplicar vino, vaya despliegue".

"Quiero saber cuántos ciclos vitales me va a tomar aprender esas habilidades", inquirió, mirando a Gedeón quien se concentraba en la carretera.

Gedeón sonrió, ajustando el espejo retrovisor antes de responder. "Aprender habilidades espirituales no es como aprender a andar en bicicleta", explicó. "No es algo mecánico que se repite hasta memorizarlo. Cada ser evoluciona a su propio ritmo, y lo que aprendes en cada ciclo vital puede ser muy diferente a lo que aprendo yo".

Alex bromeó entonces, intentando aligerar la conversación: "Si todos tuvieran la habilidad de generar vino infinito, la economía se vendría abajo".

Gedeón no captó la broma de inmediato, tomando la oportunidad para profundizar en un tema más serio. "La economía", comenzó, su tono volviéndose más

observador, "es uno de los paradigmas que más ha afectado a la humanidad y su desarrollo. Nos aferramos a sistemas creados que dictan cómo vivimos, qué valoramos y cómo intercambiamos bienes y servicios. Estos sistemas limitan nuestra percepción del valor real y nuestro potencial para la abundancia".

Continuó, mirando brevemente a Alex antes de volver su atención a la carretera. "Piensa en la naturaleza, no tiene economía y aún así, todo fluye en abundancia. Los árboles no cobran por los frutos que ofrecen ni el sol por la energía que proporciona".

Finalizando su discurso con una nota de ironía, añadió: "Además, estos pequeños actos no van a alterar la economía. Dime, ¿cuántas veces hemos puesto gasolina al carro desde que estamos viajando? ¿O cuántas veces lo hemos lavado?" Refiriéndose al impecable estado del vehículo, como si nunca necesitara cuidados.

Alex reflexionó sobre las palabras de Gedeón y por alguna razón que el coche se moviera sin necesidad de repostar gasolina no le llamó la atención. Los paradigmas sociales como la economía realmente parecían obstáculos para el crecimiento espiritual del ser. El mundo se aferraba a estructuras anticuadas que dictaban desde el éxito hasta la forma de interactuar con los recursos del planeta.

La conversación le proporcionó mucho sobre lo que pensar. El coche avanzaba suavemente, y mientras observaba el paisaje que se desplegaba, Alex comenzó a comprender la magnitud de lo que implicaba realmente la evolución espiritual. No se trataba solo de aprender a realizar actos milagrosos, sino de entender y desafiar los límites impuestos por las construcciones humanas.

Con el ruido suave del motor de fondo y el ocasional zumbido de otros vehículos pasando, el viaje se convirtió en un espacio para la introspección. Alex, motivado por la discusión, se sentía más preparado para cuestionar lo que había aceptado como normal y explorar nuevas posibilidades que se abrían en su camino hacia el crecimiento personal y espiritual.

El sol matutino se filtraba a través del parabrisas, bañando el interior del coche con una luz suave que realzaba el azul profundo de la cubierta del libro de Gedeón. Alex, inspirado por la conversación reciente y con un bolígrafo en mano, pasaba las páginas del libro hasta detenerse en una hoja blanca.

Con una expresión de concentración, comenzó a escribir. Sus palabras fluían con claridad y propósito, marcadas por una intención profunda. La primera frase que inscribió fue:

"La economía es un paradigma que limita, no define, nuestra verdadera abundancia".

Luego, después de una breve pausa para contemplar las palabras y asegurarse de que capturaban la esencia de su pensamiento, añadió una segunda reflexión justo debajo de la primera:

"Los límites del crecimiento están en la mente, no en el mundo material".

Cada palabra que plasmaba en el papel era un compromiso con su viaje de autodescubrimiento y un recordatorio de las posibilidades que se desplegaban ante él. Alex se detenía un momento para leer lo que había escrito, dejando que cada frase resonara en su interior. A su lado, Gedeón lanzaba una mirada ocasional hacia el libro, una sonrisa leve curvando sus labios al ver a Alex tan comprometido en su proceso de aprendizaje.

La luz del sol resplandecía cuando Gedeón, con una voz suave pero firme, interrumpió el silencio reflexivo que había envuelto el vehículo. "Hoy es domingo, podríamos hacer una parada técnica en Guayaquil y avanzar hasta Manta el lunes temprano", sugirió, echando un vistazo a Alex.

Alex, sorprendido por la sugerencia repentina, sintió un nudo en el estómago. Su expresión se tensó ligeramente, un reflejo involuntario de las emociones complejas que la idea de detenerse en Guayaquil despertaba en él. Gedeón, observador como siempre, notó el cambio sutil en la postura de Alex y decidió abordar el tema con delicadeza.

"El momento de manejar tus situaciones personales probablemente ha llegado", dijo Gedeón, su tono lleno de comprensión, pero sin perder la firmeza que lo caracterizaba. "Lo mejor es hacer una pausa y que hables con tus seres queridos".

Alex tragó saliva, sintiendo cómo las palabras de Gedeón resonaban con una verdad que había intentado evadir. Sabía que afrontar su pasado reciente era inevitable, especialmente los temas delicados como su divorcio y el despido que había alterado su vida de manera significativa.

"Supongo que tienes razón", respondió finalmente Alex, con una voz que buscaba esconder su nerviosismo. "Es hora de manejar esas situaciones".

Mientras el SUV avanzaba por la carretera hacia el norte, la luz del sol se hacía más intensa, reflejándose en los campos verdes que bordeaban la ruta. Gedeón, manteniendo su mirada en el camino, rompió el silencio que había seguido a la conversación anterior.

"Tenemos por delante un itinerario bastante cargado", comenzó, su voz tranquila contrastando con la seriedad de su anuncio. "Después de Manta, nos dirigiremos hacia Esmeraldas y luego a Quito". Hizo una pausa, permitiendo que Alex asimilase la información.

Alex, que había estado sumido en sus pensamientos, se volvió hacia Gedeón, notando la seriedad en su tono. "¿Y después de Quito?" preguntó, una ligera ansiedad teñida de curiosidad en su voz.

Gedeón sonrió levemente, anticipando la pregunta. "Después de Quito, verás que se abrirán nuevas formas de aprendizaje. Pero el verdadero desafío será para ti". Su mirada se endureció un poco, enfatizando la importancia de sus próximas palabras. "Llegó el momento de poner en acción lo aprendido, tus nuevas distinciones de la vida y la realidad".

Alex asintió, sintiendo el peso de la responsabilidad que esas palabras implicaban. "Acción", murmuró, como si estuviera probando el sabor de la palabra.

"Exactamente", afirmó Gedeón, adoptando un tono más inspirador. "Piensa en esto: el conocimiento sin aplicación es como la fe sin acción; simplemente no produce resultados. Lo crucial es cómo utilizas lo que aprendes, cómo lo integras en tu vida diaria y cómo lo empleas para generar un impacto positivo en ti mismo y en los demás. Eso es lo que te debería importar".

Gedeón notaba cómo la expresión de Alex, que se reflejaba en la ventana, se tornaba cada vez más ensombrecida. La luz que iluminaba sus ojos los últimos días parecía haberse atenuado, y ahora, su mirada se perdía en el paisaje que corría paralelo a sus pensamientos.

Gedeón, con la delicadeza que lo caracterizaba, decidió abordar el cambio que percibía. "Alex, he notado que algo te inquieta. ¿Puedo preguntar qué te ocurre?" Su voz era suave, buscando no ser invasivo, ofreciendo un espacio seguro para compartir.

Alex suspiró profundamente antes de responder. Su voz, cuando finalmente rompió el silencio, llevaba un temblor apenas perceptible. "Hay cosas que aún no he superado, Gedeón. Durante este viaje, con todas las experiencias y aprendizajes, he podido mantenerlas a raya, pero regresar a Guayaquil... significa enfrentar algo que tal vez, en algún nivel, estaba evitando".

La honestidad en sus palabras resonó en el confinado espacio del vehículo. Gedeón avanzaba lentamente, comprendiendo la gravedad de lo que Alex compartía. "Volver a lugares llenos de recuerdos puede ser desafiante", comentó Gedeón, manteniendo su mirada en la carretera mientras ofrecía su apoyo con la voz. "Pero recuerda, cada lugar, cada persona que te ha marcado, es parte de tu camino de crecimiento. Y a veces, desafiar esos lugares es lo que nos permite realmente avanzar".

Alex miró hacia fuera, donde el paisaje seguía desplazándose. "Lo sé", dijo finalmente, "y parte de mí quiere enfrentarlo, dejar atrás esos fantasmas. Pero otra parte... teme lo que pueda encontrar".

"El miedo", dijo Gedeón, "es un maestro en sí mismo. Nos enseña sobre nuestras limitaciones percibidas, sobre nuestras barreras. Pero también nos brinda la oportunidad de superarlas, de demostrarnos a nosotros mismos que somos más fuertes de lo que creemos".

Alex rompió el silencio que se había instalado entre ellos. "Hablamos antes sobre la culpa", comenzó, su voz cargada de una introspección recién descubierta. "Sin embargo, estando lejos, pensé que ya no sentía culpa. Pero mientras más me acercó a Guayaquil, más me cuestiono. Reconozco que fui yo el que originó la situación en mi matrimonio... Y al mismo tiempo, he venido pensando estos días que mi ego pudo haber provocado mi despido en el trabajo. Pienso que lo podía haber hecho distinto".

Gedeón, percibiendo la profundidad del conflicto interno de Alex, se volvió hacia él con una mirada llena de comprensión y ternura. "Hablamos sobre la culpa, sí. Ahora vamos a hablar también de forma profunda sobre el perdón. ¿Qué opinas del perdón?".

"Bueno, yo... pienso que perdonar es necesario, es como liberarte de un peso. Pero, también siento que, si perdono, puede que me vuelvan a fallar. Es como darle a alguien otra oportunidad para que te hiera de nuevo", dijo Alex, su voz mostrando

un claro conflicto entre su deseo de liberarse del resentimiento y el miedo a ser herido nuevamente.

Gedeón, escuchando atentamente, acercándose suavemente antes de responder. "Entiendo tu preocupación, Alex. Es un miedo común pensar que perdonar podría hacernos vulnerables. Pero, permíteme recomendarte otra perspectiva. El perdón no es solo sobre la otra persona, es principalmente por ti. Perdonar no significa olvidar ni justificar lo que pasó. Es liberarte del peso del resentimiento que afecta tu bienestar y tu paz interna".

"Piénsalo así", continuó Gedeón, su voz firme pero gentil, "cuando decide no perdonar, es como si llevaras una mochila llena de piedras en cada paso que das en la vida. Cada piedra representa un evento pasado y el resentimiento asociado a él. Aunque pienses que mantener esas piedras te protegerá de futuros daños, en realidad, solo te hace más pesado el caminar".

Gedeón se acercó con un gesto profundo de entendimiento, "Cuando te aferras al rencor o al odio, a menudo puedes creer que de alguna manera estas castigando a la otra persona. Pero la realidad es que el único que sufre eres tú. El odio y el rencor es un veneno que consumes esperando que enferme o mate a otro".

Luego, Gedeón hizo una pequeña pausa, asegurándose de que Alex estaba verdaderamente receptivo antes de continuar. "La energía que gastas manteniendo esos sentimientos negativos es energía que podrías estar usando para mejorar tu vida, para sanar y para crecer. Cada momento que pasas enojado o resentido es un momento que no estás plenamente vivo".

Mientras conducía a baja velocidad para reforzar su conexión y garantizar que su mensaje fuera absorbido, Gedeón habló con calma. "Vamos a realizar un ejercicio de meditación guiada, una visualización. Acomódate en tu asiento, cierra los ojos y permite que mi voz te guíe. Pondré música suave para crear un ambiente propicio. Te pediré que imagines ciertas escenas; procura visualizarlas tan vívidamente como si fueran reales".

Gedeón ajustó el volumen de una música suave de fondo y observó a Alex mientras este se acomodaba en su asiento, preparándose para la visualización. "Toma una respiración profunda", instruyó Gedeón, y añadió reflexivamente, "Piensa en esto, ¿es o no buen negocio perdonar?" Alex obedeció, cerrando los ojos y relajando su cuerpo gradualmente.

"Ahora, imagina que tienes 7 años, estás en tu escuela. Recuerda tu aula, el patio, lo que llevabas en la lonchera, cómo era tu uniforme. Visualízate sentado en el patio, disfrutando de tu comida". Alex de a poco y ligeramente va sumergiéndose en los recuerdos, su mente recreaba las palabras de Gedeón como una realidad tangible.

"Recuerda ahora ese momento cuando un amigo cogió tu lápiz favorito y no te lo devolvió. Te pensaste engañado, dolido, pensaste que la vida no era justa. Desde esa época, desde antes y hasta ahora la gente te ha fallado de mil maneras, te han destrozado el corazón, ofendido, y mentido".

Alex escuchaba, cada palabra resonando con vivencias pasadas, desde su infancia, juventud hasta su vida adulta recordaba como lo habían afectado emocionalmente. "Muchas veces ha perdonado, otras no. Pero esta falta de perdón te daña, recreas las emociones del pasado. El no perdonar te convierte en víctima y culpable en una historia que tú mismo perpetúas". Las palabras resonaban en la cabeza de Alex.

Gedeón continuó, "Perdonar es un regalo para ti mismo, liberas esas emociones y permites que se disipen. Lo que resistes persiste, lo que aceptas desaparece. Dejar ir rencores es un acto de valentía".

"Ahora piensa en las personas que no has perdonado completamente. Puede que no sientas odio por estas personas, pero si hay alguien con quien piensas que tienes una herida abierta o si piensas que experimentas odio por alguien, trae a tu mente ahora a ese o a esas personas". Alex respiró hondo, su rostro tensándose ligeramente al recordar a cada persona.

Primero vino a su mente Laura, su exesposa. Recordó cómo había experimentado la soledad pese a estar acompañado, un espacio que en más de una ocasión había querido zanjar pero que Laura, desde su posición, parecía ignorar. La separación había sido dolorosa, y Alex no había podido dejar de culparla por su parte de responsabilidad en el desmoronamiento de su matrimonio.

Luego, pensó en Elena, quien fuera su amante. Elena había prometido discreción y apoyo, pero su relación había terminado abruptamente coincidiendo casi con el fin de su matrimonio, dejando a Alex expuesto y vulnerable. La relación clandestina había salido a la luz de manera humillante, causando un escándalo que afectó profundamente su reputación personal.

Por último, Alex recordó a su último jefe, Marcelo. Lo había despedido sin previo aviso, citando diferencias irreconciliables en su visión para el proyecto en el que

trabajaban. Sin embargo, se debió a la negativa de Alex de participar en actos deshonestos. El miedo a la inestabilidad económica y la ira por sentirse menospreciado aún resonaban en su corazón.

Estos recuerdos traían consigo una mezcla de ira reprimida, resentimiento y miedo que Alex había intentado ignorar o suprimir, pero que claramente aún necesitaba enfrentar y procesar.

"Visualiza el rostro de la primera persona. Vas a decirle todo lo que necesitas, le vas a hacer a esta o estas personas todos los reclamos que les quieras hacer, y al final, aunque no lo sientas completamente, dirás: 'A pesar de todo, yo te perdono'". Gedeón pausó, permitiendo que Alex procesara sus emociones.

Antes de que Alex comenzara, Gedeón le instó a reflexionar sobre sus propios errores para prepararse mentalmente para el proceso de perdón. "Antes de que expreses tus reclamos", dijo Gedeón con voz tranquila, "quiero que pienses en las veces que tú también has fallado a los demás. Vamos a hacerlo de una forma sincera y sin juicios. Aquí estás seguro, y nada de lo que reconozcas te será reprochado. Piensa y respóndete a ti mismo: ¿Has mentido alguna vez? ¿Has sido infiel a tus parejas? ¿Has tomado algo que no era tuyo? ¿Te has engañado a ti mismo aceptando creencias o roles que no te corresponden? ¿Has negado a alguien importante para ti con tal de complacer a otros? ¿Tus acciones o palabras han causado conflictos entre otras personas? ¿Alguna vez has sido responsable de una decisión de abortar? ¿Has recurrido a la violencia física en tus relaciones? ¿Has irrespetado a tus seres queridos con tus palabras?". Mientras Gedeón hacía estas preguntas, Alex, con los ojos cerrados, levantaba la mano en señal de admisión a cada fallo, enfrentándose honestamente a sus propias imperfecciones.

"Ahora que has reconocido tus propios errores, piensa en esas personas nuevamente. Exprésales tus sentimientos y, al final, otórgales tu perdón". Profundamente conmovido por el ejercicio, Alex procedió en silencio. En su mente, las figuras de Laura, Elena y Marcelo se materializaron una tras otra. Con cada imagen, Alex repasó en silencio los eventos y las emociones que lo habían herido, y luego, con una renovada comprensión de su propio papel en esos conflictos, les extendió sinceramente su perdón.

Gedeón concluyó la visualización con palabras reflexivas: "Imagina cómo sería nuestra vida sin errores, sin las lecciones que estos nos enseñan. No nos convertimos

en sabios por ser perfectos, sino a través de la experiencia". Mientras Alex absorbía cada palabra, sentía una paz interior, y unas lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas cerradas.

"Ahora, visualízate a ti mismo frente a un espejo. Dite a ti mismo: 'Me perdono por todo el daño que me he causado, por mis iras infundadas, por guardar rencor, por vivir anclado en el pasado. Me perdono'. Date un abrazo imaginario". Siguiendo las instrucciones, Alex formó en su mente una imagen tan vívida de sí mismo que parecía estar frente a otra persona a la que estaba a punto de perdonar. Una lágrima adicional rodó suavemente por la comisura de sus ojos, y se dio un fuerte abrazo a sí mismo.

"Una vez que perdonas a todos, incluido a ti mismo, ya no hay culpables. Cada acción, cada error, es simplemente parte de cómo la vida se manifiesta. Todo es perfecto tal como es". Gedeón observó a Alex, lo animó a tomar una respiración profunda y, con suavidad, le indicó que abriera los ojos lentamente. Al hacerlo, una nueva serenidad brillaba en su mirada.

Este ejercicio no solo permitió a Alex enfrentar y comenzar a sanar sus conflictos internos, sino que también profundizó su entendimiento del perdón como una herramienta esencial para su crecimiento personal y liberación emocional.

Después de abrir lentamente sus ojos, una nueva calma era evidente en el semblante de Alex. Permaneció en silencio durante unos momentos, asimilando las emociones y revelaciones de la visualización. Mientras el sol matutino iluminaba sutilmente el interior del vehículo, Alex alcanzó su libro 'Maestro', que descansaba junto a él, y abrió una página en blanco.

Con una expresión meditativa, tomó su bolígrafo y se detuvo un instante, reflexionando profundamente antes de escribir. Su mano se movía con decisión y claridad, como si cada palabra fuera un paso más hacia su liberación personal. Con cuidado y consideración, plasmó en el papel dos frases que resonaban con su reciente experiencia:

"Soltar el rencor es abrir la puerta a la paz; aferrarse a él, es algo tan tonto como beber veneno esperando que otra persona sufra".

A continuación, en otra página seleccionada al azar escribió:

"Perdonar no altera el pasado, pero expande el horizonte del futuro".

Cerró el libro lentamente, su rostro mostraba una mezcla de alivio y resolución. Estas frases, ahora parte de su libro, servirían como recordatorios de lo que había aprendido y lo que aún debía practicar en su camino hacia el crecimiento personal.

Alex, envuelto en una serenidad recién encontrada, miró a Gedeón con determinación. "Llévame a la casa de Laura, por favor", pidió, introduciendo las coordenadas en el sistema de navegación del vehículo. El viaje transcurrió en silencio, ambos sumidos en sus propios pensamientos mientras la ciudad se desplegaba ante ellos bajo el cálido sol del mediodía.

Al llegar, el aire parecía vibrar con una tensión palpable mientras Alex tocaba la puerta. Laura abrió casi de inmediato, su expresión inicial de sorpresa rápidamente se transformó en una sonrisa cautelosa. "Alex", dijo con un tono que mezclaba sorpresa y cautela. El saludo fue simple pero cálido, como el de viejos amigos que se reencuentran tras una larga separación.

Los invitó a pasar y les ofreció almorzar con ella. La mesa estaba sencillamente adornada, el ambiente casero contrastaba con la formalidad de su último encuentro. Durante el almuerzo, la conversación fue escasa y algo forzada, centrada en trivialidades y comentarios sobre el clima y la comida.

En un momento, Laura, con una mirada inquisitiva, comentó: "Siento que conozco a Gedeón de algún lado". Alex, intentando desviar la atención de cualquier conexión incómoda con su propio pasado, sugirió, "Puede que lo hayas visto en alguna conferencia, es bastante conocido en esos círculos".

Laura asintió, aunque su mirada aún reflejaba dudas. "Es extraño, siento como si lo conociera de algo más personal", insistió, pero luego, viendo la expresión neutral de Gedeón y la ligera tensión en Alex, decidió no insistir. "Debe ser mi imaginación", concluyó, sonriendo levemente.

Gedeón, por su parte, mantuvo un perfil bajo durante la comida, limitándose a intercambiar frases de cortesía y escuchar atentamente. Su presencia era calmada y meditativa, y no se inmiscuía más de lo necesario, permitiendo que el reencuentro entre Alex y Laura se desarrollara de forma natural.

El ambiente en la mesa llevaba un aire de calma tensa, con Laura ocasionalmente lanzando miradas curiosas hacia Gedeón, mientras Alex se esforzaba por mantener la conversación ligera y no adentrarse en temas del pasado. El aire estaba perfumado por el aroma de la comida casera, y los sonidos de la vida cotidiana de la casa proporcionaban un telón de fondo reconfortante a un encuentro que, bajo otras circunstancias, podría haber sido mucho más tenso.

Mientras compartían un postre casero, Laura miró a Alex con una expresión mezcla de preocupación y cariño. "Alex, he estado escuchando las noticias últimamente y parece que la violencia en el país está en aumento", comenzó, sus palabras cargadas de una sinceridad palpable. "Sé que ustedes están viajando mucho últimamente. Por favor, tengan mucho cuidado en la carretera y en los lugares donde se detengan".

Su advertencia colgaba en el aire, marcando un momento de silencio. Gedeón asintió ligeramente, reconociendo la validez de la preocupación sin permitir que perturbara la paz del momento. Alex, por su parte, sintió un escalofrío involuntario, un aviso que resonó con una inquietud que no había admitido ni siquiera a sí mismo.

"Gracias, Laura. Lo tendremos en cuenta", respondió Alex, tratando de mantener la ligereza en su voz. Sin embargo, la advertencia de Laura había sembrado una semilla de alerta que, sin saberlo, incomodó a Gedeón en algún nivel.

Laura asintió, satisfecha con su respuesta, pero aún con una sombra de preocupación en sus ojos. "Solo quiero que estén seguros. Las cosas pueden ser impredecibles, y tú... bueno, eres especial para mí", añadió, permitiendo que un rastro de emociones coloreara sus palabras.

Después del almuerzo, Gedeón se excusó discretamente y se retiró al patio, dejando a Alex y Laura solos en la sala. La luz suave del sol de la tarde se filtraba a través de las cortinas, creando un ambiente cálido que invitaba a la sinceridad.

Alex se tomó un momento para observar a Laura, cuyo rostro mostraba signos del tiempo y las experiencias vividas, pero aún reflejaba la esencia de la mujer que amaba. Con un suspiro lleno de años de reflexión y entendimiento, inició el diálogo necesario para sanar las heridas del pasado.

"Laura, he cargado con el peso de nuestro final durante mucho tiempo. Quisiera decirte cuánto lamento las cosas no dichas, los errores cometidos y el dolor que ambos soportamos", comenzó Alex, su voz cargada de una sinceridad palpable.

Laura lo miró con una serenidad madura, sus ojos revelaban una paz ganada a través de la adversidad. "Alex, la vida me ha enseñado mucho desde que nos separamos. Cada día me siento más plena y agradecida. Fue duro, increíblemente duro al principio, pero ahora puedo decir que te agradezco. Gracias por los momentos compartidos, por los aprendizajes. Te amo también, ya no como mi compañero de vida, sino como a alguien que ha dejado una huella imborrable en mi alma y me ha ayudado a crecer", respondió con voz firme y un brillo de gratitud en sus ojos.

Las palabras de Laura tocaban profundamente a Alex, aliviando años de autculpabilidad y remordimientos. "Es reconfortante escuchar eso, Laura. Yo también he crecido y aprendido mucho sobre mí mismo y la vida. El perdón que nos ofrecemos hoy no es solo por nuestro pasado, sino una bendición para nuestras vidas presentes. Estoy feliz de verte tan realizada y en paz", expresó Alex, mientras las emociones afloraban en su voz.

Instintivamente, ambos se acercaron y se envolvieron en un abrazo, uno que sellaba su perdón mutuo y reconocía su crecimiento personal. Fue un abrazo que sanó viejas heridas, un abrazo que decía más que mil palabras, un abrazo que era un adiós a lo que fue y un reconocimiento a lo que cada uno había llegado a ser.

"Gracias por este momento, Alex. Por tu valentía al enfrentar nuestro pasado y por la paz que traes hoy", murmuró Laura, su voz temblorosa por la emoción.

"Y yo te agradezco, Laura, por todo lo que fuiste y por lo que has contribuido a mi vida. Siempre llevaré un trozo de nuestra historia conmigo, como un tesoro que, aunque nostálgico, me enseña y me fortalece", respondió Alex, las lágrimas bordeando sus ojos mientras la miraba con profundo cariño y respeto.

Así, con corazones más ligeros y un sentimiento de cierre, ambos se dieron cuenta de que este era el verdadero sentido del perdón: un acto no solo de olvido, sino de profunda aceptación y amor por ellos mismos y por el otro.

Mientras Alex y Laura sellaban su reconciliación con un abrazo profundamente emocional dentro de la casa, Gedeón permanecía afuera, sumido en sus propios pensamientos. Desde el jardín, observaba la naturaleza que rodeaba el hogar, permitiéndose un momento de tranquilidad y reflexión personal. No quería interrumpir el importante proceso de cierre que Alex y Laura estaban viviendo.

Laura, aún en el umbral de nuevas revelaciones, insistió con una curiosidad genuina. "Estoy segura de haber visto a Gedeón antes. Su rostro me es tan familiar", comentó, tratando de atar cabos en su memoria.

Alex, con una sonrisa ligera y buscando mantener la atmósfera liviana después de la emotiva conversación, respondió en tono jocoso. "Gedeón tiene ese efecto en las personas, a veces parece conocido para todos", dijo riendo, desviando cualquier conexión más profunda que Laura pudiera estar intuyendo.

Después de agradecer una vez más por la hospitalidad y el momento compartido, Alex se excusó para ir al patio a buscar a Gedeón. Al encontrarlo, le hizo una señal discreta, indicando que era hora de partir. "Vamos a casa de Elena", le dijo en voz baja, preparándose para la siguiente etapa de su viaje de reconciliación y cierre.

Gedeón asintió, comprendiendo la importancia del momento. Ambos se dirigieron hacia el vehículo, listos para enfrentar otro capítulo del pasado de Alex. Con un ambiente de seriedad y propósito, se alejaron de la casa de Laura, dejando atrás viejas heridas y llevando consigo las semillas de un nuevo comienzo.

En el trayecto hacia el lugar donde Elena se encontraba, Alex marcó su número, sintiendo una mezcla de anticipación y nerviosismo. Al otro lado de la línea, la voz de Elena sonó sorprendida pero cordial.

"Hola, Alex, ¿qué tal todo?", preguntó Elena, intentando sonar despreocupada.

"Estoy cerca de donde estás, me gustaría hablar, si tienes un momento", dijo Alex, notando cómo su voz revelaba más ansiedad de la que hubiera querido.

Elena hizo una pausa, considerando la situación. "Estoy en una reunión con algunas amigas, pero claro, ven. Puedes encontrarme en el pórtico en unos minutos", respondió.

Cuando llegaron, Elena ya los esperaba en el pórtico de una elegante casa con vistas a la ciudad. La luz de la tarde bañaba el escenario en tonos dorados y cálidos. Gedeón, comprendiendo la importancia del momento, optó por quedarse en el coche, ofreciendo a Alex la privacidad necesaria para esta conversación.

"Alex, es un placer verte", dijo ella, su voz teñida de una calidez cautelosa, mientras lo invitaba a sentarse a su lado en un banco adornado con cojines suaves.

"Gracias, Elena. Aprecio mucho que me des este momento", comenzó Alex, su tono reflejando una seriedad que resonaba con la profundidad de su reflexión. "He pasado mucho tiempo pensando en nosotros... en todo lo que vivimos y en cómo terminó".

Elena asintió, permitiendo que su mirada se perdiera un instante en el horizonte antes de volver a fijarse en él. "Yo también he reflexionado. Fue un capítulo complicado en nuestras vidas", admitió con un suspiro que parecía liberar recuerdos antiguos.

"Lo sé, y lamento profundamente mis fallos. Siempre debí tratarte con respeto, pero dejé que mis emociones tomaran el control y te fallé, te falte el respeto en más de una ocasión", continuó Alex, haciendo una pausa para recoger sus pensamientos dispersos por la emoción. "Terminamos abruptamente y de maneras que no fueron justas para ninguno. Me dejé llevar por el miedo y la presión, en vez de afrontar los desafíos que enfrentábamos. Traicioné mi compromiso, mi matrimonio, y eso ha pesado sobre mi conciencia constantemente".

Elena, escuchando cada palabra, asintió con una madurez forjada en el crisol de su propia introspección. "Y yo me permití ser parte de algo que sabía que estaba mal, involucrándome contigo, un hombre casado, a pesar de conocer las posibles consecuencias. Nuestras decisiones no solo nos impactaron a nosotros, sino también a los que nos rodeaban".

"Exacto", Alex reconoció, encontrando un consuelo inesperado en la honestidad de Elena. "Pero desde entonces, he aprendido mucho sobre el perdón y cómo gestionar mejor mis emociones y responsabilidades".

Observando el cambio en Alex, un brillo de respeto iluminó los ojos de Elena. "Es bueno saberlo, Alex. Yo también he crecido y cambiado. He enfrentado mis errores y he aprendido a valorar las relaciones y el compromiso de manera diferente".

El aire entre ellos se llenó de un entendimiento profundo, un lazo silencioso que reconocía la transformación personal de ambos.

En un impulso de sinceridad y cierre, ambos se levantaron y se envolvieron en un abrazo cargado de significado. Era un abrazo que sellaba el perdón y el respeto mutuo; un reconocimiento del dolor compartido y de los caminos divergentes que ahora seguían. Mientras se separaban, Elena observó un cambio en el semblante de Alex. Había una nueva luz en su mirada, una serenidad que no había estado presente en los años que compartieron. Era evidente que Alex no solo había cambiado externamente; su crecimiento espiritual resonaba en su presencia, dándole un aire de calma y comprensión que Elena no pudo dejar de notar.

"Te estoy muy agradecido por esta conversación, Elena. Significa mucho para mí poder encontrar este cierre contigo", expresó Alex, su voz vibrante de gratitud genuina.

Con una sonrisa que irradiaba comprensión y aprecio, Elena respondió, "Y yo te agradezco por esta oportunidad. A pesar de todo, siempre valoraré lo que compartimos. Y me alegra ver el hombre en el que te has convertido".

Después de despedirse, Alex caminó hacia el coche donde Gedeón lo esperaba pacientemente. Se alejó con una sensación de alivio profundo y la serenidad de quien ha cerrado un capítulo importante de su vida, listo para avanzar hacia un futuro con nuevas perspectivas y una paz recién descubierta.

Alex, recién sentado en el coche y aún emocionado por el cierre con Elena, mencionó con un tono considerativo, "Supongo que ahora debo llamar a mi exjefe".

Gedeón lo miró con una mezcla de simpatía y orgullo por la madurez que Alex había demostrado con Laura y Elena. Ajustando su cabello con la mano derecha, respondió con calma, "No es necesario. No se trata de que en cada momento le hagas saber a los demás que los has perdonado. No estás obligado a anunciar tu perdón, ni debes proclamar al mundo que eres un 'perdonador'", dijo con una sonrisa.

"Cuando perdonas, lo haces para encontrar paz interior, no para ganar la aprobación de los demás. El verdadero perdón ocurre internamente y busca la paz del individuo que perdona, no necesariamente la reconciliación con quien se ha perdonado. Si tus pensamientos están en paz y generan quietud en tus recuerdos, si te experimentas tranquilo e incluso agradecido por el hecho del pasado, tal como con Laura y Elena, si has soltado la carga y estás parado desde la responsabilidad y la acción, entonces el perdón ya ha cumplido su propósito. No es necesario comunicar que perdonaste".

Añadiendo profundidad a sus palabras, Gedeón continuó, "El filósofo Friedrich Nietzsche una vez dijo: 'La serpiente que no puede desprenderse de su piel perece'. Así también los espíritus que son impedidos de cambiar sus opiniones; cesan de ser espíritu. Al perdonar, no solo dejas ir el pasado, sino que te permites a ti mismo evolucionar más allá de tus antiguas limitaciones".

"Recuerda, Alex, el verdadero perdón es un acto silencioso del corazón. No necesita ser declarado. Es un camino hacia la libertad personal, una forma de deshacerte de las cadenas que atan tu espíritu a los dolores del pasado. Cuando

perdonas verdaderamente, te liberas a ti mismo más que a aquellos a quienes perdonas".

Con estas palabras, Gedeón reafirmó la importancia de un perdón que reside en la transformación interna y personal, no en la validación externa. Alex asintió, reflexionando sobre la sabiduría de las palabras de Gedeón, sintiendo una nueva comprensión del poder y la discreción del perdón.

Gedeón, percibiendo la reflexión en los ojos de Alex, continuó con una voz suave pero firme, "El perdón a los demás es liberador, Alex, pero el perdón a uno mismo es esencial para sanar verdaderamente. Piensa en el perdón a ti mismo como en el cuidado de un jardín. Al igual que las malas hierbas pueden sofocar a las flores sanas si no se eliminan, los resentimientos y culpas internos pueden obstruir tu crecimiento si no los liberas. El perdonarte a ti mismo te permite cuidar ese jardín interior, permitiendo que florezcan nuevas posibilidades".

Alex escuchaba atentamente, asimilando cada palabra. Gedeón continuó, "Es común cargar con el peso de los errores cometidos, ya sea un paso en falso en una relación, una elección errónea en el trabajo, o incluso la forma en que nos hemos tratado a nosotros mismos a lo largo del tiempo. Pero debes entender que cada error es una lección, no una sentencia. Aprender de ellos y avanzar con un nuevo conocimiento, eso es crecimiento".

"Perdonarse no significa que olvidas o ignoras las lecciones aprendidas. Significa que reconoces que ser humano es ser imperfecto, y que estás haciendo lo mejor que puedes con el conocimiento y las herramientas que tienes en ese momento".

"Por último", concluyó Gedeón, mirando profundamente a Alex, "perdonarte a ti mismo te libera para amarte y aceptarte plenamente. Solo entonces, liberado de tus propias cadenas, puedes ofrecer al mundo y a aquellos que te rodean el regalo de un 'tú' completo y en paz, este es el regalo del perdón. Recuerda que una forma de amor propio es el perdón a uno mismo".

El sol ya declinaba, bañando el interior del vehículo con una luz dorada que parecía aprobar el cambio interior que estaba experimentando. Gedeón, notó el cambio en la postura de Alex, relajada y armoniosa.

Reflexionando sobre todo lo sucedido y las enseñanzas recién comprendidas, Alex abrió su libro, tomó su bolígrafo con una determinación renovada y, en una página limpia, escribió con letras firmes y decididas:

"Perdonar es un acto de liberación personal: no es solo excusar los actos de otros o nosotros mismos, es soltar las cargas".

Después de escribir, Alex levantó la vista hacia el camino por delante, sintiendo cómo la frase resonaba profundamente dentro de él, como un eco de su propia transformación y en una nueva página escribió dos frases juntas:

"Aquello que resistes, persiste, es solo aquello que aceptas lo que desaparece".

"Cada detalle de la vida está dispuesto en perfecta armonía; todo es exactamente como debe ser".

Tras la jornada emotiva de reconciliaciones y profundas conversaciones, Alex y Gedeón se encaminaban a descansar. Mientras se aproximaban al departamento de Alex, este lanzó una broma para aligerar el ambiente. "Tengo un pequeño apartamento aquí cerca, con una cama grande y un sofá pequeño. Pero tranquilo, Gedeón, hoy el sofá es todo tuyo", dijo Alex con una sonrisa cómplice.

Gedeón, no perdiendo el ritmo, replicó con una sonrisa juguetona, "Oh, no te preocupes, Alex. Insisto en que tomes la cama. Al fin y al cabo, es bueno que el joven aprenda a ceder a los mayores", su tono era ligero, pero su mirada destellaba con el humor que caracterizaba sus interacciones.

Mientras llegaban al departamento, Alex recordó un detalle que lo había intrigado durante el almuerzo. "Gedeón, Laura parecía realmente empeñada en conocerte, como si te hubiera visto antes... era extraño".

Con una expresión serena, Gedeón asintió antes de revelar un aspecto más de la compleja trama de sus vidas entrelazadas. "En el último ciclo vital, Laura fue mi madre. Tal vez de alguna forma su alma reconoció eso". Explicó con naturalidad, como si comentara algo cotidiano. La revelación podría haber sorprendido a muchos, pero para Alex, que había presenciado innumerables demostraciones de la realidad mística que Gedeón enseñaba, esto era solo otra verdad en el espectro de lo posible.

Llegaron al departamento, y Alex, mostrando hospitalidad, condujo a Gedeón a la habitación con la cama grande. "Aquí puedes descansar", dijo mientras extendía un gesto amable hacia la habitación ordenada.

Gedeón aceptó con una inclinación de cabeza, agradeciendo el gesto. Alex, entonces, se retiró a la sala, preparándose para dormir en el pequeño sofá, reflexionando sobre las revelaciones del día y la constante expansión de su entendimiento sobre el mundo y sus intrincadas conexiones espirituales.

Tras acomodar a Gedeón para la noche, Alex decidió hacer una videollamada con su familia antes de descansar. La pantalla del teléfono iluminó su rostro cansado mientras se conectaba con sus padres y sus tres hermanos. La conversación estuvo llena de la típica jovialidad familiar, entre bromas sobre cómo Alex había desaparecido por unos días sin dar señales de vida y su reciente divorcio.

"Apenas te sales de casa y ya te pierdes, ¿quién sabe dónde o con quién?", bromeó su hermana, provocando risas entre los demás.

Alex, entre sonrisas, trató de explicar su búsqueda actual. "Estoy buscando mi desarrollo personal" dijo,

"¿Te uniste a una secta o qué?" le comentó alegremente su hermano mayor. "No, no es una secta, estoy en un viaje de desarrollo personal, explorando y aprendiendo cosas nuevas". Aseguró con un tono ligero pero sincero.

"¡Oh, claro! El desarrollo personal. ¿Qué sigue, convertirte en gurú?", agregó su padre, continuando con la broma.

Mientras la charla seguía su curso natural de bromas cariñosas y actualizaciones familiares, Alex notó que Gedeón, aunque apartado y sin intención de escuchar, percibía la conversación. Un suspiro nostálgico y profundo escapó de Gedeón, lo suficientemente audible como para que Alex lo escuchara por encima del bullicio familiar en la llamada.

Una vez que la llamada terminó y Alex colgó el teléfono, el peso del día y el cansancio acumulado tomaron su peaje. Sin más, Alex se recostó en el pequeño sofá, y a pesar de no estar en la comodidad de una cama grande, el sueño lo venció rápidamente. La sala quedó en silencio, salvo por la respiración tranquila de un hombre que había encontrado, al menos por esa noche, un lugar para descansar en medio de su viaje de autoconocimiento y transformación espiritual. El viaje que lo esperaba se tejía con hilos de posibilidad y presagios de nuevos aprendizajes.

Capítulo 8 Igual te vas a morir

Aquella mañana de lunes, Alex se levantó cerca de las 7:00 am y se dirigió a la cocina de su apartamento, un espacio pequeño pero funcional, cuyas paredes estaban adornadas con algunos imanes de viaje y fotografías en blanco y negro de paisajes y ciudades que reflejaban el gusto de Alex por viajar. El sol matutino se filtraba a través de una ventana sobre el fregadero, bañando la habitación en una luz suave. Con un suspiro, Alex abrió su refrigerador, que reflejaba las elecciones alimenticias de un hombre divorciado que vive solo: algunas frutas secas, restos de pizza, cerveza, pan y huevos.

Con habilidad, preparó un desayuno, café de pasar lojano, pan tostado y huevos. Mientras tanto, Gedeón, que había salido de la habitación donde había dormido, observó el esfuerzo de Alex y no pudo evitar sonreír. "Parece el desayuno clásico de soltero, ¿eh?" bromeó, apoyándose en el marco de la puerta.

Alex le devolvió la sonrisa, una sonrisa más relajada que aquellas que reflejaba en los primeros días de su convivencia. "Sí, es lo que hay", respondió con una ligereza en su tono que era nueva. "Pero creo que he mejorado en la cocina desde que comenzamos este viaje. Al menos ya no quemé todo".

"Pues te ha quedado un poco quemado de este lado mi pan", bromeó Gedeón.

"Nadie se había quejado de mi exquisito pan quemado", dijo Alex entre risas.

Mientras servían el desayuno en los platos en la pequeña mesa de la cocina. Gedeón observó que la casa tenía un orden particular, mientras los libros estaban meticulosamente ordenados en una pequeña biblioteca, el resto de la casa no corría la misma suerte.

Gedeón, mientras tomaba un sorbo de café, observó a Alex por un momento antes de preguntar: "¿Cómo te sientes esta mañana, después de todo lo que sucedió ayer? Debes haber procesado algunas emociones".

Alex dejó su taza sobre la mesa, sus ojos reflejaban una calma profunda. "Me siento... renovado, de alguna manera. Ayer fue revelador. Hablar con Laura y Elena, pienso que requería esos cierres, me he liberado de pesos que conscientemente no sabía que estaba cargando. Pienso que finalmente estoy aprendiendo a aceptar no solo lo que me ha pasado, sino también lo que soy ahora y eso, es gracias a lo que hemos compartido".

"Es un buen espacio mental para estar", comentó Gedeón, asintiendo con aprobación. "La aceptación es poderosa. No solo cambia cómo te experimentas sobre el pasado, sino cómo manejas el presente y como te proyectas al futuro. Estás haciendo un gran trabajo, Alex".

El desayuno continuó en un ambiente de camaradería y reflexión tranquila, un contraste marcado con las tensiones y desafíos de los días anteriores. Entre bocados de tostadas y sorbos de café, ambos compartían risas y anécdotas ligeras. A medida que terminaban, Alex miró hacia el reloj. "Bueno, deberíamos prepararnos. Manta nos espera, y seguro será un día lleno de nuevas experiencias y aprendizajes".

Una vez en el vehículo, Gedeón tomó el volante mientras Alex se acomodaba con su libro 'Maestro', listo para capturar cualquier idea interesante durante su viaje. La carretera de Guayaquil a Manta se desplegaba ante ellos. El paisaje urbano lentamente iba cediendo paso a vastos campos abiertos bajo un cielo despejado.

Alex, mirando pensativo por la ventana mientras jugaba con el bolígrafo entre sus dedos, rompió el silencio con una pregunta que había estado formulando en su mente. "Gedeón, he estado reflexionando sobre algo curioso. Todos los seres humanos experimentamos momentos que interpretamos como dolorosos en algún punto de nuestras vidas. Pero es fascinante cómo cada persona percibe y reacciona a estos momentos de manera diferente. Por ejemplo, mientras que un divorcio puede ser devastador para uno, para otro puede no ser tan impactante. Lo mismo con la pérdida de objetos materiales; lo que para algunos es un contratiempo menor, para otros puede ser un golpe profundo".

Alex pausó un momento, buscando las palabras correctas antes de continuar. "Me pregunto, ¿por qué crees que sucede esto? ¿Por qué algunas personas parecen usar sus momentos de dolor como trampolines para crecer y mejorar, mientras que otras parecen hundirse en ellos, ya sea consciente o inconscientemente?".

Gedeón mantuvo su vista en la carretera mientras asimilaba la pregunta de Alex. Luego, asintiendo lentamente, respondió con voz reflexiva: "Es una observación profunda, Alex. La forma en que reaccionamos al dolor está influenciada en gran medida por nuestras creencias y experiencias previas. Aquellos que ven los desafíos como oportunidades para aprender y crecer a menudo encuentran maneras de transformar su dolor en una fuerza positiva. Por otro lado, quienes se perciben como

víctimas de sus circunstancias tienden a experimentar el dolor de manera más intensa y prolongada".

Hizo una pausa, mientras adelantaba a un carro delante de ellos. "Lo importante aquí es cómo decides actuar frente a esa circunstancia de vida que denominas dolorosa".

Gedeón lanzó una mirada rápida hacia Alex antes de añadir, con una sonrisa de autocomplacencia: "Pero, a estas alturas, creo que ya tienes la respuesta a tu pregunta".

Mientras avanzaban por la carretera hacia Manta, el paisaje comenzaba a transformarse gradualmente desde la planicie de Guayaquil hacia el verdor ondulado de las colinas. Gedeón mantenía su vista fija en la carretera, ocasionalmente lanzando una mirada a Alex, que se encontraba sentado a su lado, balanceando su bolígrafo rojo entre los dedos. El suave ronroneo del motor llenaba el silencio mientras Alex reflexionaba sobre las palabras de Gedeón.

Alex, algo perplejo, esperaba una respuesta determinante, una enseñanza directa de Gedeón, pero en su lugar encontró un silencio reflexivo. No estaba seguro de qué decir. Finalmente, tomó una respiración profunda y rompió el silencio.

"Dentro de lo que creo" dijo algo nervioso, "Pienso que el momento de dolor es inevitable en la vida de cada ser humano. A lo largo de nuestra historia ocurren cosas que nos hieren física o emocionalmente".

Se detuvo un momento, ordenando sus pensamientos mientras su bolígrafo trazaba algunos garabatos en su libro.

"Complementando con lo que tú me dijiste, el momento de dolor será percibido como tal por el individuo dependiendo de los paradigmas o metaprogramas que fueron puestos en su cerebro desde que nacieron hasta el momento mismo de la ocurrencia de ese dolor. De esta manera, lo que para algunos podría ser absolutamente doloroso, para otros podría ser una nimiedad sencilla de superar".

Gedeón asintió con aprobación, mostrando una sonrisa leve mientras mantenía sus manos firmes en el volante. El paisaje a su alrededor se tornaba cada vez más verde, con árboles y campos bordeando la carretera, mientras el SUV avanzaba por el camino serpenteante.

Alex continuó, su voz ganaba convicción: "No deberíamos despreciar el momento de dolor de nadie, ya que cada persona lo experimenta desde sus propios modelos

mentales. No podemos llegar a entender completamente qué tan doloroso es para cada individuo la historia que nos cuenta. Sin embargo, tomar acción desde el experimentarte responsable, no con la situación, sino contigo mismo, y buscar salir adelante sin importar aquello que has considerado como momento de dolor es lo que marca la diferencia".

Gedeón lanzó una rápida mirada hacia Alex, su rostro reflejaba satisfacción mientras escuchaba. "¿Y cuál es esa diferencia?" preguntó, sabiendo que Alex ya tenía la respuesta en mente.

"Podríamos experimentar la misma situación dolorosa, pero tener desenlaces totalmente opuestos", continuó Alex. "Podríamos hundirnos en el dolor, experimentarnos como fracasados y no lograr nada en la vida, o usar ese momento abrazando nuestro dolor, entendiendo la complejidad de la vida, aprender las lecciones que el momento nos da y usarlo para volvernos mejores seres humanos y lograr lo que queremos en la vida", dijo Alex inspirado.

Gedeón asintió con más vigor, aprobando cada palabra que Alex decía. "¿Cómo lo resumirías en una sola frase?".

Alex quedó pensativo por unos segundos, mirando hacia el horizonte. Los campos verdes pasaban a toda velocidad mientras el sol matutino iluminaba la carretera, creando un juego de luces y sombras sobre el asfalto. De repente, una inspiración pareció iluminar su rostro.

"Todos experimentamos dolor", dijo Alex, pero se detuvo un momento. Luego, miró lo que había estado garabateando en su cuaderno y leyó en voz alta:

"No es lo que te ocurre, es lo que haces con lo que te ocurre lo que genera una diferencia en tu vida".

Gedeón sonrió ampliamente, asintiendo con satisfacción. "Esa es una gran lección, Alex. Y creo que es un excelente punto de partida para que comprendas que la mayoría de las respuestas a tus situaciones de vida residen en ti".

Mientras se acercaban a Manta, Gedeón le sugirió a Alex detenerse en un lugar llamado Sancán, famoso por sus tortillas de yuca, tortillas de maíz y un delicioso café. El lugar estaba repleto de comensales, por lo que tuvieron que estacionar el vehículo unos 200 metros más adelante del lugar donde iban a comer. Al bajarse del vehículo,

el cálido aire manabita les envolvió mientras se dirigían caminando hacia el restaurante.

El local era sencillo, con una estructura de madera y un tejado de hojas de palma. Mesas largas y bancas estaban ocupadas por grupos de personas disfrutando de su comida. El aroma del café fresco y el crujir de las tortillas llenaban el aire. Con dificultad encontraron un lugar disponible en una de las mesas y pidieron una ronda de café y una selección de tortillas.

Alex notó a una familia compartiendo un desayuno cálido, mientras en otra mesa un grupo de trabajadores bromeaban animadamente entre bocados y sorbos de café. Mientras disfrutaba del café y las tortillas, Alex le hizo una observación a Gedeón sobre algo que le había llamado la atención desde la primera charla en Guayaquil.

"He notado que cuando das una charla cambias físicamente y te ves distinto. ¿Es eso una ilusión o realmente hay un cambio?" preguntó Alex, con un tono de duda, aunque estaba seguro de que había un cambio físico.

Gedeón fijó una mirada profunda en Alex antes de responder. "¿Sabías que hay estudios que demuestran que las personas con trastornos de identidad disociativa pueden cambiar físicamente?" hizo una pausa para dejar que Alex procesara la información.

"Un estudio publicado en el Journal of Trauma & Dissociation encontró que las personas con TID pueden experimentar cambios físicos significativos al cambiar de personalidad".

Alex lo miró con curiosidad mientras Gedeón continuaba, "Esta investigación, realizada por el Dr. Richard Kluft, mostró que diferentes personalidades pueden tener distintos ritmos cardíacos y niveles de presión arterial. Incluso algunas tienen variaciones en la agudeza visual".

"¿En serio?" exclamó Alex.

"Así es", asintió Gedeón. "También se descubrió que algunas personalidades son más sensibles a ciertos alérgenos, mientras que otras no lo son. Puede haber cambios físicos notables en el tono muscular, la postura, los gestos e incluso en su fuerza".

"Entonces, ¿es como una forma de adaptación consciente?" preguntó Alex, mientras mordía una tortilla crujiente. Intrigado, Alex frunció el ceño. "¿Y cómo se relaciona eso contigo y tus charlas?".

Gedeón sonrió antes de responder. "Es una habilidad que he adquirido a lo largo de mis ciclos vitales. Las personas con TID creen tanto en la personalidad que asumen que pueden manifestar cambios físicos significativos. En mi caso, no es un trastorno", dijo Gedeón entre risas, "sino una capacidad consciente para ajustar mi aspecto y energía a lo que se requiere en cada momento".

Mientras saboreaban el café y las tortillas, el aire cálido y salado de la costa manabita se mezclaba con el aroma del maíz y la yuca recién cocidos. La mesa estaba salpicada de migas doradas, y el aroma a café fresco se esparcía con cada sorbo.

A pesar de las risas, Alex notó algo que era raro para él hasta ese momento, un gesto de nostalgia en el rostro de Gedeón, con curiosidad en sus ojos, preguntó: "¿Hay alguna razón adicional para generar este cambio en tu apariencia?".

Gedeón se tomó un momento antes de responder, mirando a su alrededor como si buscara las palabras adecuadas en el movimiento de los comensales. Finalmente, fijó su mirada en Alex y, con una voz tranquila, explicó: "Hay una razón adicional, Alex. Ya te lo había mencionado antes. Las personas, cuando perciben un nivel de conciencia distinto o reconocen actos que llaman milagros, generalmente detienen sus propios deseos de aprender. Eso es algo que me genera conflictos, porque considero que cada persona debería forjar su propio camino".

Tomó una pausa para tomar un sorbo de café, y sus ojos se perdieron momentáneamente en el horizonte. "Cada individuo tiene la misma capacidad para desarrollar habilidades que otros podrían considerar extraordinarias, pero que en realidad son más ordinarias de lo que parecen".

Alex asentía mientras escuchaba, su mirada enfocada en Gedeón, intentando absorber cada palabra.

"Es por eso por lo que evito tomarme fotos al terminar mis charlas y me presento con una apariencia distinta para evitar ser reconocido", continuó Gedeón. "Ha habido ocasiones en las que se han formado muchedumbres enteras buscando respuestas absolutas en mis discursos o acciones, multitudes enteras que, al no permitirse desarrollarse a sí mismos, también impiden mi propio crecimiento, esto me ha pasado en varios de mis ciclos vitales y me resulta agobiante".

La expresión de Gedeón se tornó sombría, y un rastro de tristeza o aflicción se dibujó en su rostro. "Quiero que cada persona descubra su potencial, pero a menudo

buscan un mesías o incluso un salvador; alguien les resuelva sus asuntos de forma 'mágica' en lugar de trabajar en y por ellos mismos".

El crujir de las tortillas y el murmullo de las conversaciones a su alrededor llenaron el silencio entre sus palabras. Alex lo miró con empatía, comprendiendo el peso de las expectativas que recaían sobre Gedeón. Mientras las familias reían y los grupos de amigos compartían bromas, Alex reflexionó sobre la profundidad del mensaje de Gedeón.

"Entiendo lo que dices", respondió Alex finalmente, tomando un sorbo de café. "Te resulta frustrante que no quieran encontrar su propio camino".

Gedeón lo miró con una leve sonrisa. "A veces lo es, en cada ocasión busco recordar que cada uno está en su propio proceso de aprendizaje. Algunos avanzan más rápido que otros, y mi papel es solo inspirar, no forzar".

El murmullo del restaurante se desvanecía en el trasfondo mientras ambos estaban sumidos en una conversación profunda.

Inspirado por las palabras de Gedeón, Alex dejó su taza sobre la mesa y lo miró con una mezcla de convicción y respeto. "Gedeón, entiendo tu postura, pero creo que estás subestimando el impacto que puedes tener sin cambiar tu aspecto".

Gedeón lo miró con curiosidad, arqueando una ceja. "¿A qué te refieres, Alex?".

"El valor de lo que percibes como realidad y lo que puedes aportar a los demás no está en ofrecer soluciones inmediatas, sino en el apoyo que puedes brindar como un ser evolucionado. La gente necesita inspiración, alguien que les muestre que hay una forma diferente de vivir y pensar. No necesitas ser su guía personal, pero tu mensaje puede ser la chispa que encienda un cambio".

Gedeón escuchaba atentamente mientras Alex continuaba: "Tu imagen auténtica podría tener un impacto positivo en muchos. Piensa en las redes sociales, que en alguna medida ya has venido usando, en cómo puedes utilizar la radio o la televisión para promover tus pensamientos sobre la realidad. No necesitas contacto físico directo, pero tu mensaje puede llegar a miles de personas que se beneficiarían de escuchar lo que tienes que decir".

Gedeón suspiró, reflexionando sobre las palabras de Alex. La brisa acariciaba su rostro mientras miraba hacia el horizonte, sumido en un pensamiento profundo.

"Entiendo lo que dices, Alex", dijo finalmente, con un tono de consideración. "Pero aún me intranquiliza que muchos se queden atrapados en el deseo de ser salvados en lugar de encontrar su propio camino".

Alex asintió, comprendiendo su preocupación. "Sí, siempre habrá personas que prefieran aferrarse a una figura en lugar de asumir la responsabilidad de sus propias vidas. Pero también habrá muchas otras que se inspirarán para aprender y crecer. Tú les brindarías ese apoyo, no les resolverías sus asuntos, pero sí les ofrecerías una guía valiosa".

Gedeón se quedó en silencio unos momentos, dejando que el aroma a café y maíz lo rodeara mientras meditaba en las palabras de Alex. El bullicio del restaurante, los murmullos y risas de las familias, y el crujir de las tortillas creaban un telón de fondo que contrastaba con la seriedad de su expresión.

"Tal vez tengas razón", dijo finalmente. "Quizá pueda encontrar un equilibrio entre inspirar a las personas sin que se vuelvan dependientes".

Alex sonrió con gratitud, sintiendo que había dado en el clavo. "Tu imagen auténtica tiene un poder que no puedes subestimar, Gedeón. La gente necesita ese modelo de un ser evolucionado, alguien que les recuerde que pueden vivir una vida mejor y más plena".

Gedeón asintió, llevándose la taza de café a los labios. "Tomaré en cuenta tus palabras, Alex. Sin embargo, es importante recordar que cada individuo forja su propio camino y debe asumir la responsabilidad de sus decisiones".

Ambos se sumieron en un silencio reflexivo, permitiendo que el aroma del café y la suave brisa marina los envolvieran mientras degustaban las últimas tortillas y reflexionaban sobre su charla reciente.

Con un suspiro, Gedeón habló después de un momento de reflexión, "Acabas de recordarme que tengo una invitación para participar en una entrevista en una radio en Chone. Podríamos estar allí mañana", dijo con un semblante resignado.

De camino al vehículo, la expresión de incomodidad de Gedeón había despertado la curiosidad de Alex. Desde su perspectiva, parecía un asunto sencillo, pero evidentemente había perturbado la notable calma de Gedeón.

Justo antes de llegar al vehículo, ambos percibieron un olor inconfundible: el olor a muerte. La fuente de aquel hedor era una paloma que yacía en el suelo, aparentemente golpeada por algún objeto. Alex la esquivó cuidadosamente,

intentando no pisarla. Sin embargo, Gedeón se agachó y, tomando tiernamente al animal entre sus manos, lo cubrió completamente con ellas.

Respiró profundamente tres veces sobre el cuerpo inerte, mientras susurraba palabras que Alex no alcanzó a distinguir. Durante esos momentos, el mundo alrededor de ellos pareció detenerse. El sonido del tráfico, las risas de los comensales en el restaurante cercano y el bullicio de la gente desaparecieron, dejando solo el suave murmullo de las palabras de Gedeón.

Cuando finalmente abrió las manos, Alex notó que la paloma se encontraba bien. El animalito regresó una mirada furtiva a Gedeón y alzó vuelo con un suave batir de alas. El olor a muerte se desvaneció tan rápidamente como había llegado.

A pesar de lo que aparentemente había pasado, Alex no se sorprendió. Miró la paloma alejarse, y su único pensamiento fue que esperaba llegar a tener ese nivel de conciencia que le permitiera sanar a los demás como Manuel en Cajas, Carlitos en Loja o la paloma en Sancán.

Gedeón lo miró con una expresión tranquila, como si hubiera escuchado sus pensamientos. "Y algún día lo harás", dijo con voz suave mientras se dirigía al vehículo y lo encendía.

El motor del SUV ronroneó suavemente mientras Gedeón se concentraba en la carretera y Alex se acomodaba en su asiento. Afuera, el paisaje de Sancán se desdibujaba mientras se adentraban nuevamente en la carretera hacia Manta. Alex, aún sumido en el momento vivido con el ave, abrió su libro 'Maestro' y escribió dos frases:

"El verdadero maestro no solo enseña con palabras, sino que inspira con sus acciones".

"En nosotros reside el maestro que nos guía, aprende a escucharlo".

Las palabras resonaron en su mente mientras el SUV avanzaba, y Alex miró por la ventana, perdiéndose en el paisaje verde que rodeaba la carretera. Sintió un profundo agradecimiento por el viaje que había iniciado junto a Gedeón y un deseo de crecer espiritualmente para ser el apoyo de otros.

Al llegar a Manta, el SUV se adentró en el campus de la universidad, donde se había programado la charla de Gedeón, ubicado cerca de la paradisíaca playa "El murciélago". La luz del atardecer iluminaba las palmeras que bordeaban los caminos,

creando sombras alargadas que danzaban sobre las aceras. Al acercarse al auditorio principal, un grupo de personas esperaba ansiosamente.

El primero en recibir a Gedeón fue el rector, un hombre de aspecto duro que bordeaba los 58 años, con una mirada aguda pero una sonrisa cálida que contrarrestaba su porte rígido. Vestía un traje oscuro con una corbata de colores vibrantes que le daba un aire jovial. Abrió los brazos y le dio a Gedeón un abrazo cálido, palmeando su espalda. "¡Bienvenido de nuevo, Gedeón! Es un honor tenerte aquí otra vez", dijo con voz ronca, pero llena de entusiasmo.

"Gracias, Esteban. Es un placer estar aquí de nuevo", respondió Gedeón, devolviendo el abrazo con una sonrisa serena.

El siguiente en saludarlo fue el vicerrector, un hombre elegantemente vestido, con gafas gruesas y un bigote bien cuidado. Su expresión era de alegría genuina mientras estrechaba la mano de Gedeón. "Gedeón, ¡Qué bueno verte! Tu última charla cambió nuestra forma de pensar", dijo emocionado.

"Gracias, Rodrigo. Estoy encantado de volver a compartir con ustedes", respondió Gedeón, sosteniendo su mano por un momento antes de que Rodrigo se apartara.

A medida que avanzaban hacia el auditorio, el grupo fue creciendo. Decanos, subdecanos y otros miembros del personal académico se acercaban a saludar efusivamente a Gedeón con abrazos, apretones de mano y palabras cálidas.

"¡Gedeón, gracias por volver! Tu última charla inspiró a todo nuestro departamento", dijo el decano de Ingeniería, un hombre de complexión robusta con una voz profunda.

"Tu charla sobre el despertar de la conciencia nos motivó a replantearnos nuestras estrategias académicas", añadió la decana de Humanidades, una mujer de cabello corto y gafas finas.

Gedeón respondía con su característica serenidad, devolviendo abrazos y sonrisas mientras agradecía las palabras de cariño y apoyo. Alex, caminando a su lado, observaba la escena con una mezcla de asombro y admiración, notando cómo Gedeón era capaz de conectar con cada persona que lo rodeaba.

El rector los condujo finalmente hacia el salón donde se dictaría la charla. El espacio, diseñado como un anfiteatro, tenía una disposición circular, con una tarima elevada hacia el fondo. Las sillas estaban dispuestas en forma concéntrica, permitiendo que todos los asistentes tuvieran una vista clara del orador. El auditorio,

con su diseño moderno y ventanales amplios que ofrecían vistas al océano, estaba decorado con banderines y estandartes de la universidad. La luz del atardecer que se filtraba a través de las ventanas añadía un resplandor cálido al lugar.

El rector, tomando el micrófono, se dirigió a los asistentes con voz firme. "Bienvenidos, estimados colegas. Hoy tenemos el privilegio de contar nuevamente con la presencia de Gedeón, cuyo mensaje ha inspirado a nuestra comunidad universitaria en más de una ocasión. Por favor, denle una cálida bienvenida".

El auditorio estalló en aplausos mientras Gedeón tomaba el micrófono y se colocaba en el centro de la tarima, saludando con una inclinación de cabeza. "Es un honor estar aquí de nuevo", comenzó, con una voz cálida que resonó en el auditorio. "El desarrollo de la conciencia y la comprensión de nuestra realidad son temas que no solo afectan nuestras vidas individuales, sino que tienen un impacto profundo en nuestras comunidades y en sus alumnos".

El grupo de cerca de 30 personas que llenaba el auditorio lo escuchaba con atención. La charla estaba diseñada de forma exclusiva para el rector, vicerrector, decanos y subdecanos, todos enfocados en cada palabra que pronunciaba. Los elogios de los asistentes, las miradas llenas de respeto y los murmullos de agradecimiento reflejaban el profundo impacto que Gedeón había dejado en sus charlas anteriores.

El salón estaba iluminado con una luz suave, creando un ambiente acogedor y sereno. Gedeón, de pie en el centro del anfiteatro, tenía la atención completa de las cerca de 30 personas que lo rodeaban. Su voz resonaba con firmeza y calidez, cautivando a todos los presentes.

Alex había sido ubicado en la primera fila, una vez más, rodeado de las autoridades de la universidad. A su izquierda, Esteban escuchaba con una mirada de admiración, mientras que, a su derecha, Rodrigo asentía lentamente ante las palabras de Gedeón. Alex noto que no había ningún cambio en el aspecto de Gedeón esta vez.

"El verdadero despertar de la conciencia implica entender que todos somos mucho más parecidos de lo que creemos", comenzó Gedeón, con una voz que irradiaba convicción. "La sociedad está diseñada para crear divisiones entre nosotros: estado social, religión, etnia, orientación sexual, ideología política. Estas

divisiones nos hacen pensar que somos diferentes, pero en el fondo, todos compartimos el mismo deseo de ser felices, de ser aceptados, de ser amados".

Hizo una pausa, dejando que sus palabras se asentaran en el auditorio antes de continuar. "El nivel educativo se ha convertido en otro criterio divisorio. Creemos que aquellos con más educación formal son superiores a los demás, pero el verdadero conocimiento no se mide solo por títulos académicos. Algunos de las personas más influyentes de la historia no tuvieron una educación formal. Podemos aprender de un libro tanto como de la conversación con un campesino".

Algunos de los decanos intercambiaron miradas entre sí, asintiendo lentamente mientras las palabras de Gedeón resonaban en ellos.

"La religión es otro factor que nos separa. Diferentes creencias, diferentes prácticas, y nos enfocamos en las diferencias en lugar de las similitudes. Pero todas las religiones comparten principios fundamentales: amor, compasión, respeto mutuo. Si todos pudiéramos ver más allá de las etiquetas, comprenderíamos que el propósito es el mismo".

Alex observó cómo Gedeón miraba a cada persona en el salón con una mirada penetrante, asegurándose de que cada palabra llegara a su corazón.

Gedeón hizo una pausa y dejó escapar un suspiro. "Si nos viéramos como lo que realmente somos, descubriríamos que las diferencias son solo superficiales. Bajo esas capas de etiquetas, todos compartimos la misma esencia".

Alex escribió con letras grandes en su libro:

"Más allá de las etiquetas, compartimos la misma esencia".

Gedeón se acercó al borde de la tarima y bajó la voz, como si compartiera un secreto con el grupo. "La sociedad nos ha programado para ver diferencias donde no las hay. Pero si cambiamos nuestra perspectiva y comenzamos a vernos como seres humanos primero, nos daremos cuenta de que las divisiones que nos separan son ilusorias".

Esteban asintió con una expresión de profunda reflexión. Rodrigo, tenía los ojos cerrados mientras absorbía cada palabra.

"En última instancia, todos buscamos lo mismo: amar, ser amados y como consecuencia ser felices. Si empezamos a ver a los demás como iguales, como

compañeros en este viaje llamado vida, entonces podremos superar esas divisiones que nos limitan".

Gedeón, tras finalizar su introducción, dejó el micrófono y se acercó al borde de la tarima con una sonrisa tranquila. Su mirada recorrió el auditorio, evaluando el ambiente que había creado, y finalmente propuso con voz firme:

"Ahora, quiero invitarlos a realizar un ejercicio que espero les ayude a ver más allá de las etiquetas que nos dividen. Es una visualización a ojos abiertos".

La curiosidad llenó el aire mientras Gedeón continuaba: "Vamos a formar parejas entre ustedes. Quiero que se sienten frente a frente, tocando sus rodillas con las rodillas de la persona frente a ustedes".

Esteban y Alex se encontraron como pareja, y pronto los demás asistentes comenzaron a buscarse mutuamente, sentándose en parejas alrededor del salón. Los murmullos y el ligero sonido de las sillas arrastrándose llenaron el auditorio mientras Gedeón observaba con paciencia.

"Esta será una visualización especial porque la realizaremos con los ojos abiertos, lo que podría distraerles. Por eso les pido que se concentren plenamente".

El auditorio, ahora lleno de parejas sentadas frente a frente, quedó sumido en un silencio expectante.

Gedeón miró a cada uno, asegurándose de que todos estuvieran listos. Luego, con voz suave pero clara, les dijo: "Ahora que estás frente a un ser humano igual que tú, quiero que pienses en lo que he dicho anteriormente. Toma una respiración profunda". Las respiraciones dentro del salón hicieron un susurro en el ambiente.

"Me vas a ayudar apoyando a que el ser humano frente a ti le saque el mejor provecho a esta visualización manteniendo el contacto visual tanto como puedas. Toma otra respiración. Déjalo salir lentamente". Gedeón puso una suave música que invitaba a la introspección.

"¿Qué tan cierto hay en aquello que he dicho sobre que somos iguales? ¿O será una completa falsedad?". Algunos de los asistentes mostraban una clara incomodidad por la situación de tener a alguien enfrente y con la mirada sostenida.

"Toma una última respiración y mantén el contacto visual", dijo Gedeón antes de empezar.

"Este ejercicio es un ejercicio de toma de conciencia. Muchas veces tendemos a pensar solo en nosotros mismos y olvidamos que hay otros cerca de nosotros,

olvidamos lo que los demás significan en nuestras vidas. Andamos por ahí pensando en lo que a mí me importa, en lo que a mí me duele, en lo que a mí me gusta, en mi historia, en lo que a mí me parece, creemos que somos la estrella de la película y que los demás solo son actores de reparto con menor importancia. Pensamos solo en nosotros mismos, yo y mis razones".

Los murmullos en el salón se desvanecieron por completo, y todos se concentraron en las palabras de Gedeón, sus ojos fijos en las personas frente a ellos.

"Frente a ti tienes un ser humano completo y perfecto, como lo eres tú. Con miedos, con amores, con ideas, con dudas, con deseos, con sentimientos y emociones. Mira su ternura o su dureza; es un ser humano que, así como tú, quiere algo en la vida, que, como tú, quiere ser feliz, alguien que, como tú, ha reído y ha llorado. Mira a los ojos de esta persona y observa su alma".

Las parejas empezaron a mirarse fijamente, algunas con sonrisas nerviosas, otras con una expresión seria y enfocada.

"Sólo mira sus ojos. No le quites la mirada. Apoya a tu compañero o compañera para que le saque el máximo provecho al ejercicio. Si de pronto ya no te miran, mira fijamente para que te devuelvan la mirada. Mantengan el contacto visual".

Gedeón hizo una pausa, permitiendo que sus palabras resonaran en el aire.

"Reconoce a ese ser humano frente a ti. Entra en conciencia de su existencia y mira su grandeza y su hermosura. Mira cómo sus ojos muestran lo que vive por dentro. Mira que, así como tú, él o ella también se pone máscaras, también tiene vergüenzas. También esta persona cree que no es suficiente, pero mira que también ha sido capaz de llegar hasta aquí, hasta este día de su vida. Mira cómo, a pesar de su pasado, lo duro o lo bello que haya sido, quiere hacer una transformación en su vida".

Alex, frente a Esteban, intentaba sostener la mirada, pero no pudo evitar una sonrisa nerviosa, lo que hizo que ambos rieran levemente.

"Piensa y examina el porqué de tu risa nerviosa. ¿Qué hace que evites el contacto visual? Si te sientes incómodo o incómoda por tener un ser humano en frente, también piensa en eso".

El silencio se prolongó, solo interrumpido por la respiración lenta y profunda de las personas que se miraban a los ojos.

"Ahora date el permiso de pensar que esta persona puede representar a las personas que están en tu vida. ¿Cuántas veces has olvidado su existencia por solo andar pensando en ti?".

Alex sintió un nudo en la garganta mientras miraba a Esteban. Recordó cuántas veces había estado absorto en su propio dolor sin considerar el de los demás, recordó principalmente a Laura.

"Mira cómo esta persona puede representar a tu pareja, a tus familiares, a tus compañeros de trabajo, a tus clientes, a tus jefes, a la gente de la calle. Todos somos seres humanos de carne y hueso".

Gedeón dejó que el silencio llenara la sala por un momento.

"Observa cómo cada vez es más fácil sostener la mirada. Siente cómo tarde tu corazón y piensa que así mismo tarde el suyo, al ritmo del universo".

Los ojos de Alex se llenaron de lágrimas mientras mantenía la mirada en Esteban.

"Mirando a este ser humano, piensa que desconoces los infiernos o glorias que puede estar pasando, y que, al igual que tú y yo, muchas veces llora en silencio y soledad porque siente que no puede confiar sus situaciones a nadie. Que, al igual que tú y yo, se siente o ha sentido solo alguna vez, y ha callado desde sus más grandes temores hasta sus hermosas victorias".

Gedeón hizo una pausa, permitiendo que cada persona absorbiera la intensidad de la experiencia.

"Ahora, viendo a esta persona frente a ti, recuerda a todas las personas que han tocado tu vida. Reconócelas y declara su existencia otorgándoles una leve sonrisa. Aunque esta sea fingida, inténtalo. Mira cómo esto hace la diferencia".

Alex esbozó una sonrisa hacia Esteban, quien respondió de la misma forma. Una calidez llenó el espacio entre ellos.

"La vida te da lo que tú le das. Cuántas veces hemos tenido que esperar que sea un cumpleaños, que sea una 'ocasión especial' para reconocer lo que esa persona significa para ti. Cuánto esa persona llena tu vida de júbilo. ¿Cuántas personas hay en tu vida a quien admiras?".

Algunas personas empezaron a sollozar, otras sonreían mientras sostenían la mirada.

"Cada uno tiene eso que lo hace especial e irrepetible, pero muchas veces cuando se trata de demostrar amor, dejamos para mañana, y quizás mañana sea tarde".

Gedeón levantó la vista hacia el techo del auditorio, como si buscara inspiración.

"En el mundo se anuncia con gran fuerza por todos lados que la vida es hoy, que solo hoy tenemos la oportunidad para hacer lo que queramos. Ayer es un recuerdo y mañana es incierto".

Una brisa fría se sintió, tal vez era el aire acondicionado envolviendo el auditorio.

"Así, en calma y con bellos pensamientos, reconoce a esta persona mirándola como cuando tú te ves al espejo en el mejor de tus días, cuando brillas con tu propia luz. Hazle saber que no está sola ni lo estará nunca más".

Alex notó los sentimientos encontrados de algunos en el salón.

"Reconoce a esta persona que está al frente, porque esa persona eres tú mismo".

Alex estrechó las manos de Esteban con firmeza, quien lo miró con una mezcla de gratitud y asombro.

"Mirando así a esta persona, escucha esta canción que es para ti".

Gedeón cambió a una suave melodía que comenzó a sonar en el auditorio, llenando el espacio con notas de amistad y empatía. La atmósfera se colmó de abrazos, sonrisas y lágrimas. Los participantes se abrazaban con fuerza, algunos llorando mientras otros sonreían ampliamente, todos comprendiendo el profundo significado del ejercicio.

Desde la tarima, Gedeón los observaba con una sonrisa serena. Sabía que el verdadero despertar de la conciencia no era un evento, sino un proceso continuo, y que Alex acababa de dar un paso más hacia esa comprensión colectiva. Finalmente, el grupo formó un gran círculo, abrazándose entre sí e incluyendo a Alex y a Gedeón.

La energía cálida y contagiosa llenaba el auditorio mientras las personas intercambiaban sonrisas, lágrimas y palabras de agradecimiento. El rector, Esteban, fue el primero en abrazar a Alex, su rostro iluminado con una sonrisa.

"Gracias, Gedeón. Esto ha sido revelador", dijo con voz ronca.

El vicerrector Rodrigo, lo siguió poco después con una palmada en la espalda. "¡Qué manera de recordarnos lo que realmente importa!".

La ronda era de abrazos y gratitud. Gedeón miró alrededor, captando el ánimo elevado del momento, y se dirigió los presentes.

"Quiero agradecerles a todos por compartir este momento", dijo con una voz cálida y firme que resonó en todo el auditorio. "La visualización no solo nos ha

permitido vernos a nosotros mismos a través de los ojos de otra persona, sino también reconocer la humanidad compartida que reside en cada uno de nosotros".

Todos lo escuchaban atentamente, algunos con lágrimas aún en sus ojos.

"La sociedad nos ha enseñado a vernos a través de etiquetas, títulos y roles que nos dividen y nos separan. Pero hoy, al mirarnos a los ojos, nos hemos dado cuenta de que compartimos la misma esencia".

Gedeón hizo una pausa, mirando a cada uno de los presentes.

"Hoy, con cada abrazo, hemos recordado que no estamos solos en este viaje. La humanidad que reside en cada uno de nosotros es nuestra fuerza más grande. Así que sigamos abrazando nuestras diferencias, celebrando nuestras similitudes y construyendo un mundo donde todos podamos prosperar".

Hubo murmullos de aprobación y asentimientos entre los presentes.

Gedeón se acercó a Alex, lo abrazó cálidamente y le agradeció por haber encontrado con él una vez más "Estoy agradecido por haberte encontrado en este viaje. Gracias por abrir tu mente y tu corazón a este camino de crecimiento y descubrimiento. Has recorrido un largo trecho desde que nos conocimos, y tu disposición para aprender, reflexionar y transformarte ha sido una fuente de inspiración para mí". Alex no supo qué decir, pero ese abrazo lo llenó de una inmensa sensación de paz.

"¡Gracias, Gedeón!", gritó alguien desde el fondo del auditorio.

El auditorio estalló en aplausos y vítores mientras el círculo se cerraba aún más, y los abrazos continuaron. Cuando finalmente el auditorio quedó en silencio, Gedeón se acercó al borde de la tarima y finalizó diciendo:

"Gracias a todos. Que la conciencia que hemos despertado hoy continúe creciendo en cada uno de nosotros".

El círculo comenzó a disolverse lentamente, y los asistentes se dirigieron a sus asientos.

"Es tu turno, Alex", dijo Gedeón con voz suave.

Alex lo miró sorprendido y Gedeón le entregó el micrófono. "La tarima es tuya".

"¿Qué voy a decir?", le susurró Alex a Gedeón.

Gedeón le respondió con tranquilidad: "Solo imagina que ya sabes lo que vas a decir, y lo sabrás. Visualízalo".

Alex se quedó inmóvil por un momento, con el micrófono en la mano, mientras las miradas expectantes de los asistentes se posaban sobre él. Respiró profundamente y se paró en el centro de la tarima. Miró a Gedeón, quien le dio ánimos con un gesto de aprobación.

"Bien..." comenzó Alex con voz temblorosa, pero con cada palabra, su tono se volvió más firme. "Hoy, Gedeón nos ha guiado hacia una comprensión más profunda de nosotros mismos, hacia el entendimiento de que, más allá de las etiquetas, compartimos una esencia común".

Alex observó al público con una expresión seria pero llena de entusiasmo. "Pero", añadió, "revisemos un aspecto importante con la siguiente historia que te voy a contar. Cuando la escuches, quiero que tomes el papel protagonista de esta". Alex se acomodó en la tarima, sosteniendo el micrófono con firmeza mientras una especie de inspiración lo embargaba, como si la historia viniera de una memoria pasada.

"¿Alguno de ustedes ha saltado alguna vez en paracaídas?" preguntó al público presente.

Las cabezas se sacudieron en negación, mientras una mezcla de curiosidad y expectativa llenaba el salón.

"Gedeón", continuó Alex, señalando a su amigo donde antes había estado sentado, "es el entrenador de salto, y voy yo de piloto". Un destello de algo que parecía haber experimentado en un ciclo vital anterior cruzó por su mente mientras hablaba.

"Esperabas un salto tándem, sin embargo, Gedeón te ha motivado a saltar solo y te ha convencido", dijo Alex con una sonrisa cómplice.

El público respondió con risas nerviosas mientras Alex se dirigía a ellos: "¿Cómo te experimentas emocionalmente?".

"¡Nervioso!", gritó alguien desde el fondo.

"¡Tenso!", dijo una voz más cerca.

"¡Ansioso!", añadió otro con una risa nerviosa.

Gedeón, observando desde su asiento, mostraba una sonrisa y un gesto de orgullo, escuchaba atentamente a Alex.

"Estás en la puerta de la avioneta, sujeto a los lados de la misma, a 10,000 pies de altura, mirando el vacío", continuó Alex, "y Gedeón te dice: 'Cuando cuente hasta tres, te voy a dar un ligero empujón, así que relájate'. Te relajas un poco, y Gedeón cuenta: 'Uno...' y te da un empujón tan fuerte que te envía un par de metros fuera del avión".

El público reía nerviosamente mientras imaginaba la escena.

"Caes experimentando miedo, pero recuerdas lo que te ha dicho Gedeón antes de saltar: que descendas tranquilo, que al llegar a los 5,000 pies oirás un 'beep' que te avisará que el momento de abrir el paracaídas ha llegado. Así que decides empezar a disfrutar la caída".

Alex, captaba la atención completa de la audiencia, pintó la imagen vívida de una caída libre.

"Han pasado cerca de 30 segundos, escuchas el 'beep', jalas del cordón azul para abrir el paracaídas y... ¿qué crees?".

El público se inclinó hacia adelante, completamente cautivado por el relato, mientras el frío del salón agregaba un realismo inusual a la historia.

"No se abre", dijo Alex, dejando que sus palabras resonaran en el auditorio.

"¿Cómo te experimentas en ese momento?" preguntó, mirando fijamente al público.

"¡Desesperado!" gritó alguien desde una esquina del salón.

"¡Muerto de miedo!" añadió otra persona.

"¡En pánico!" respondió una voz desde el centro.

El salón estaba lleno de murmullos y expresiones de nerviosismo mientras Alex mantenía la tensión de la historia.

"Sigues descendiendo rápidamente, sintiendo que el corazón en la garganta", continuó Alex, su voz envolviendo la sala. "Te recuerdas que Gedeón te advirtió que tienes un paracaídas de emergencia que puedes abrir a los 2,000 pies... pero no sabes si va a funcionar".

La audiencia escuchaba con atención, absorta en la historia mientras Alex los había cautivado por completo.

"Al llegar a los 2,000 pies, un nuevo beep acelerado te hace notar que el momento de soltar el paracaídas de emergencia ha llegado. Desesperado, jalas del cordón rojo... y tampoco se abre".

El grupo se mostró con caras de verdadero susto mientras participaban en la charla de Alex.

"En este momento tienes, a mi parecer, dos opciones..." murmullos nerviosos recorrieron el salón mientras los asistentes trataban de adivinar cuál sería la

elección correcta. Algunos respondían con confusión, otros con ideas erróneas fruto de su nerviosismo.

"La primera opción", continuó Alex, "es caer en la desesperación, intentar jalar cualquier cosa que parezca un cordón para buscar la forma de abrir el paracaídas. Pero luego entrarás en conciencia de que, sin importar lo que hagas, te estrellarás contra El pavimento. Empiezas a gritar desesperado, lanzando impropios contra mí, contra Gedeón, contra el mundo entero, hasta que te estrellas".

El público estaba en completo silencio, las respiraciones contenidas mientras Alex hacía una pausa dramática. Gedeón lo observaba desde su asiento con una sonrisa leve, disfrutando del poder que había descubierto en su amigo.

"La segunda opción", continuó Alex, "es caer en una desesperación momentánea, jalar todo lo que creas que puede abrir el paracaídas y, de la misma forma, caer en conciencia de que, sin importar lo que hagas, igual te vas a Morir y en ese momento, decides relajarte, echar las manos hacia atrás y disfrutar de lo que te queda de vida".

La intensidad de las palabras de Alex mantenía a todos en vilo. "Deleitar te con el viaje. Ver cómo el paisaje bajo tus pies se acerca rápidamente, cómo Las nubes pasan velocidades a tu alrededor, cómo el viento roza tu piel. Mientras disfrutas, acordarte de tus seres queridos, de la maravillosa vida que has tenido, y del espectáculo que te brindan tus últimos segundos de vida hasta llegar al suelo".

La voz de Alex resonaba en cada rincón del auditorio. "Entonces cierras los ojos, y con una sonrisa en el rostro, te preparas para lo inevitable. Caerás al pavimento y morirás".

El silencio que siguió a sus palabras era total. Los participantes estaban completamente cautivados, imaginando vívidamente el momento, sintiendo la adrenalina correr por sus venas. Sus rostros reflejaban la mezcla de emociones que Alex había evocado: miedo, tensión, asombro y, finalmente, una profunda reflexión sobre el valor de la vida.

El auditorio continuaba en silencio, expectante por lo que vendría después. Alex se dirigió hacia el borde de la tarima, miró a los asistentes y, con un tono serio y pausado, señaló a uno tras otro.

"Te vas a morir", le dijo a un hombre en primera fila. "Tú te vas a morir", añadió señalando a una mujer a su lado. "Tú también te vas a morir", repitió mientras su dedo recorría a cada persona en la sala.

Finalmente, señaló al rector y al vicerrector y les dijo: "Tú y tú se van a morir".

Luego, miró a Gedeón y con un tono solemne, añadió: "Y Gedeón y yo también nos vamos a morir".

La sala permaneció en completo silencio, las miradas clavadas en Alex mientras el continuaba, "Y no sabemos ni el día ni la hora. En esta analogía, lo que te separa de la muerte son pies de altura, en la vida real es tiempo. Y siempre tienes la oportunidad de elegir cómo deseas vivir el tiempo que te queda".

Un murmullo recorrió el auditorio, la tensión palpable mientras Alex caminaba por el borde de la tarima. "Puedes vivir amargado por lo que no tienes, insultando por lo que te falta o por lo injusta que crees que es la vida contigo, peleándote y creando diferencias con los demás seres humanos, incluso con aquellos que llamas familia o dices que amas".

Un susurro de aprobación se escucha desde el fondo. Alex lo ignoró y siguió adelante, su voz ganando fuerza.

"O puedes tomar la decisión de vivir en gratitud por cada cosa que tienes, amando a los demás y siendo amado en consecuencia, generando lazos de hermandad con todos y enfocándote en el valor de lo que tienes y en la motivación de lo que deseas".

Alex miró hacia los asistentes, notando la expresión absorta en los rostros de cada persona. Algunos inclinaban la cabeza reflexivamente, otros tenían los ojos entrecerrados, sumidos en un silencio pensativo.

"Sin importar lo que hagas, igual te vas a morir", repitió Alex con firmeza. "Pero tú decides si quieres vivir amargado o vivir feliz tus últimos momentos de vida".

La atmósfera estaba cargada de emoción, y Alex aprovechó el momento para añadir, con un tono lleno de convicción:

"Vive de tal manera que, cuando el momento de morir te llegue, te vayas satisfecho con lo que hiciste y agradecido por la oportunidad de haber amado y de haber recibido amor. Que, cuando te vayas, te vayas feliz por todo lo que lograste y que tu legado hable bien de ti a través de las generaciones en las que perdure tu recuerdo".

En ese momento, Alex notó que Gedeón, por primera vez desde que habían iniciado su viaje juntos, había abierto su tomo de 'Maestro' y estaba tomando notas con una expresión de seriedad y admiración. Alex sintió un calor en su pecho, un reconocimiento que jamás imaginó recibir de alguien a quien había llegado a admirar tanto.

La emoción en el auditorio era palpable. Algunos asistentes se limpiaban las lágrimas en silencio, mientras otros intercambiaban miradas cómplices, sonriendo con gratitud.

"Así que pregúntate", concluyó Alex, su voz resonando con fuerza. "¿Cómo quieres vivir tus últimos momentos? Porque al final, igual te vas a morir".

El silencio que siguió a su discurso fue roto solo por un aplauso solitario desde el fondo del auditorio. Poco a poco, el aplauso se expandió hasta convertirse en una ovación de pie. Los asistentes aplaudieron con entusiasmo, agradeciendo la honestidad y la inspiración que les había brindado Alex.

Gedeón se acercó a Alex, lo abrazó cálidamente y le susurró al oído: "Estoy orgulloso de ti".

Alex sintió que su corazón se llenaba de gratitud mientras devolvía el abrazo con fuerza. Sabía que ese momento había marcado un antes y un después en su vida.

Gedeón tomó el micrófono y, a modo de despedida, dijo con una sonrisa: "Es Alex Tesa y seguro lo volverán a ver, hermanos".

Un nuevo torrente de aplausos inundó el auditorio mientras Gedeón se retiraba de la tarima, seguido de Alex, quien se había ganado la admiración y el respeto de todos los presentes.

Al finalizar la charla, Gedeón no se negó a tomarse fotos con los asistentes, quienes se formaron en una larga fila para inmortalizar el momento con él y con Alex. Los abrazos y palabras de agradecimiento fluían con una calidez que llenó el auditorio de energía positiva.

Una vez que todos se retiraron, el rector se acercó a Gedeón, dándole un fuerte apretón de manos. "Gedeón, una vez más ha superado nuestras expectativas. Te felicito por tu charla y por haber traído a Alex".

Gedeón entusiasmado con satisfacción. "Gracias, Esteban. Estoy muy contento de haber compartido esta experiencia contigo y con toda la comunidad universitaria".

Rodrigo, el vicerrector, se unió a la conversación con una sonrisa amplia. "La charla de Alex fue increíble. Tiene un don para conectarse con las personas. Gracias por presentárnoslo".

"Es un honor ver a Alex florecer y encontrar su voz", respondió Gedeón. "Tiene mucho potencial y estoy seguro de que seguirá inspirando a muchos".

Después de las felicitaciones y despedidas, Gedeón y Alex se dirigieron caminando a la playa El Murciélagu, que quedaba a pocos minutos del campus. Los últimos rayos del atardecer pintaban de un color dorado el mar frente a sus ojos. La brisa marina acariciaba sus rostros mientras caminaban por la orilla, sintiendo el agua fresca rozando sus pies descalzos.

El horizonte se teñía de anaranjado, con una luna naciente que comenzaba a asomar en el cielo crepuscular.

Mientras caminaban, Gedeón rompió el silencio. "Tu charla fue magnífica, Alex. Me impresionó cómo lograste que todos se pusieran en la piel del paracaidista".

Gedeón asintió, pensativo. "Me impresionó especialmente cuando mencionaste eso de vivir de tal manera que, cuando el momento de morir te llegue, te vayas satisfecho con lo que hiciste y agradecido por la oportunidad de haber amado y recibido amor. Esa frase lo resume todo".

"Gracias, Gedeón. No habría sido posible sin tu apoyo y guía".

Gedeón lo miró con una expresión de satisfacción. "Me gustó especialmente cuando dijiste: 'Vive de tal manera que, cuando el momento de morir te llegue, te vayas satisfecho con lo que hiciste y agradecido por la oportunidad de haber amado y recibido amor'. Es para mí una verdad que muchos olvidan".

Alex sonriendo con humildad. "Solo intenté transmitir lo que he aprendido en estos días".

Alex continuó: "Tu dijiste: 'El verdadero despertar de la conciencia implica entender que todos somos mucho más parecidos de lo que creemos'. Esa frase dejó una impresión duradera en muchos, en especial en mí".

Ambos caminaron en silencio por un momento, escuchando el vaivén de las olas y sintiendo la arena bajo sus pies. Alex estaba feliz y agradecido por la oportunidad que había tenido.

Después de un rato, se dirigieron a su hotel, un elegante y moderno edificio dispuesto al pie de la playa. El vestíbulo era amplio y luminoso, decorado con plantas exóticas y esculturas modernas que reflejaban el estilo costero de la ciudad.

Gedeón se volvió hacia Alex mientras esperaban el ascensor. "Recuerda que mañana nos espera la entrevista en la radio de Chone".

"Lo sé", respondió Alex, asintiendo con entusiasmo. "Estoy deseando compartir lo que hemos aprendido".

Una vez en su habitación, Alex se sentó en el escritorio y tomó su libro 'Maestro'. Abrió la tapa y buscó una hoja al azar, con letras grandes, escribió una frase inspirada en la charla de Gedeón:

"La vida te da lo que tú le das, encárgate de darle todo el amor que quieras darle".

Dejó el bolígrafo sobre la mesa, se quitó los zapatos y se recostó en la cama. Cerró los ojos con una inmensa sensación de paz, feliz y en gratitud por el día que acababa de vivir. Sabía que su viaje estaba dando frutos y que el próximo capítulo sería aún más enriquecedor.

Capítulo 9 Libre albedrío

Aquella mañana, los primeros rayos del sol iluminaron suavemente las ventanas del moderno hotel donde Alex y Gedeón se hospedaban. Los reflejos dorados del amanecer pintaban el elegante salón y se proyectaban sobre las esculturas de metal pulido y las plantas exóticas que decoraban el lugar. El hotel, al pie de la playa, ofrecía una vista inigualable del océano y de la serena playa El Murciélago.

Alex, emocionado por el éxito de la charla del día anterior, se despertó temprano. Se dio una ducha rápida y se puso una camisa de lino clara, ideal para el clima cálido de Manta. Decidió pedir un desayuno contundente para celebrar el día: una tonga de costilla, un plato típico de Manabí.

Cuando llegó al restaurante, se encontró con un espacio elegante y luminoso. Grandes ventanales permitían que la luz del sol llenara el ambiente con tonos cálidos, mientras los muebles de madera oscura y las obras de arte moderno aportaban un toque cómodo. Las mesas estaban cubiertas con manteles blancos impecables, y la vista al mar añadía un aire relajante al lugar.

El restaurante ya estaba comenzando a llenarse cuando Alex tomó asiento en una mesa cerca de la ventana. Poco después, el mesero trajo su plato, colocando cuidadosamente la tonga de costilla frente a él. La costilla, jugosa y perfectamente cocinada, reposaba sobre una base de arroz y plátano verde bañado en salsa de maní, todo envuelto en una hoja de bijao.

Gedeón, quien aún no había bajado de su habitación, apareció en el vestíbulo del hotel poco después. Vestido con una camisa blanca y pantalones claros, caminó hacia el restaurante con su calma habitual. Al ver a Alex desde lejos, se acercó con una sonrisa y al notar la tonga en la mesa, no pudo evitar soltar una carcajada.

"¡Vaya elección de desayuno, Alex!" dijo, riendo. "Ese plato es casi del tamaño de una montaña."

Alex le devolvió la sonrisa mientras se acomodaba en la silla frente a él. "Después de la charla de ayer, pensé que necesitábamos un desayuno digno de campeones".

Gedeón tomó asiento y miró atentamente el plato, con una expresión entre diversión y asombro. "Espero que no planees que yo me coma uno de esos platos enteros", bromeó mientras llamaba al mesero para pedir un café.

"Lo compartiremos", dijo Alex entre risas mientras hacía una seña al mesero para pedir un plato adicional.

El mesero regresó con una taza de café negro para Gedeón y un plato. Alex repartió la tonga entre los platos y Gedeón probó el café, dejando que su aroma lo envolviera antes de tomar un sorbo. "El café de esta región siempre tiene un sabor tan suave y agradable", comentó, mirando a Alex con un brillo en los ojos.

"Sin embargo, no deja de sorprenderme tu elección de desayuno", continuó Gedeón, señalando la tonga de costilla. "Parece que te has contagiado del entusiasmo local".

Alex soltó una carcajada mientras cortaba una generosa porción de costilla y se la llevaba a la boca. "Me siento inspirado, Gedeón. Estos días de aprendizaje me han devuelto una nueva percepción de la vida y de la realidad".

"Lo noté", respondió Gedeón, mientras probablemente un trozo de costilla. "La forma en que representaste el gusto por vivir y elegir la dicha, hasta los últimos momentos, fue sublime".

Alex lo miró con una mezcla de gratitud y humildad. "Tu inspiración me ha guiado todo este tiempo, Gedeón. Aprende de ti que la vida se trata de elegir cómo experimentar cada momento".

Gedeón tomó un sorbo de café y luego añadió con tono abstraído: "A menudo, las personas se aferran a las cosas que les causan dolor. Sin embargo, es en la capacidad de soltar donde radica nuestra verdadera libertad".

Alex lo escuchaba mientras probaba otro bocado de costilla. "El asunto es que a veces tenemos miedo de soltar porque no sabemos qué hay más allá".

"Aunque sepas qué hay más allá...", dijo Gedeón con un suspiro nostálgico, "aunque lo sepas, es complicado dejar a los seres que conoces y a las personas que amas. Aún me cuestan las despedidas entre ciclos vitales. Pero si eliges vivir con gratitud", continuó Gedeón, "descubres que hay muchas cosas por las que estar agradecido aun cuando tu momento llegue".

Mientras hablaban, el restaurante se llenó poco a poco de otros huéspedes que desayunaban antes de salir a la playa o continuar sus viajes. Los murmullos de las conversaciones se mezclan con el sonido de los cubiertos y las risas, creando un ambiente acogedor.

Alex miró a Gedeón, captando el tono melancólico de sus palabras y con una sonrisa forzada dijo: "Eso suena como despedida. ¿Acaso estás despidiendo?", preguntó con una mezcla de curiosidad y gracia fingida.

Gedeón dejó su taza sobre la mesa y lo miró a los ojos. "No estoy listo para despedirme, Alex, pero sé que la muerte puede ser una maestra inesperada. Nos recuerda que el tiempo es valioso, y debemos aprovechar cada momento". Dio un largo sorbo a su café y continuó: "No sabemos el día ni la hora, Alex, tú lo dijiste ayer. Lo que sí sé es que quiero aprovechar cada instante posible para dejar un impacto positivo en la vida de las personas, esa es mi decisión".

Alex lo miraba con una expresión de comprensión mientras se daba otro bocado de su tonga. "Entonces, disfrutemos de este día juntos, Gedeón. Aún tenemos mucho que compartir".

Gedeón gritando y levantó su taza de café en un brindis improvisado. "Por elegir la dicha hasta los últimos momentos".

El desayuno continuó en un ambiente de camaradería, con ambos compartiendo risas y reflexiones profundas sobre la vida y la muerte. Sin embargo, Gedeón se mostraba inusualmente alterado, contrastando con su habitual seguridad y calma.

Después de un desayuno que dejó a ambos satisfechos, Alex y Gedeón se dirigieron al estacionamiento del hotel para iniciar su viaje a Chone. El sol iluminaba la moderna estructura del hotel bañando también la costa en tonos dorados. Gedeón tomó el volante mientras Alex, con su libro en mano, se acomodó en el asiento del copiloto.

El vehículo se deslizaba suavemente por la carretera mientras el paisaje cambiaba lentamente de la vista costera de Manta a las colinas y campos rurales de Manabí. Alex, que había notado la nostalgia y el nerviosismo de Gedeón durante el desayuno, pensaba en ello mientras observaba el paisaje.

"Gedeón" dijo Alex, rompiendo el silencio, "¿Crees que el control emocional existe? Siempre te he percibido como una persona calmada, serena para actuar".

Gedeón mantuvo la vista fija en la carretera, sin dejar de sonreír.

"Controlar las emociones es bastante complicado, Alex. ¿Te lo creería si fueras un gurú de esos que se retira a vivir en un áshram en la India?".

Alex se rió ante el comentario.

"Pero el ser humano no necesariamente controla las emociones" continuó Gedeón. "En el mejor de los casos, podría gestionarlas".

"¿A qué te refieres?" preguntó Alex, intrigado.

"Mira, es algo que he aprendido a lo largo de los ciclos vitales de los cuales tengo memoria. Si recuerdas, las emociones básicas son cuatro: alegría, tristeza, miedo e ira. Supongamos que estás entre dos emociones digamos opuestas, tristeza y alegría, y que hacia el centro de estas se encuentra el estado neutro o estado cero. Ahora, debes considerar que hay estados emocionales que se derivan de ellas".

El SUV avanzaba con suavidad por la carretera, rodeado de colinas verdes y campos de cultivo.

"El ser humano generalmente se encuentra en un estado emocional", continuó Gedeón. "Es decir, no estás en el cero absoluto, en la mitad exacta entre la alegría y la tristeza. Generalmente estás en un estado emocional que te acerca hacia uno de los lados. Sin embargo, mientras más cerca estés del cero o del estado neutral (por ejemplo, cuando realizas una meditación o estás altamente concentrado sin generar estrés), sin importar la situación que esté frente a ti, ves las infinitas posibilidades de acción que hay disponibles para manejar la situación".

"¿Y qué pasa cuando nos dejamos dominar por una emoción?" preguntó Alex, totalmente interesado.

"Imagina que valoras las emociones opuestas en una escala del 1 al 10, donde el cero sería un punto neutro. Mientras más te acercas a un extremo emocional, es decir, cerca del 10, ya sea totalmente triste o alegre, tu cerebro ve menos opciones de acción. Si permites que la tristeza profunda, o la depresión, te consuma, generalmente solo ves una opción de salida".

"Eliminararte de la ecuación" dijo Alex, con tono reflexivo.

Gedeón asintió. "De alguna forma, entiendes que la muerte es la única forma de manejar tu momento de dolor. Y si te vas al extremo opuesto, en felicidad absoluta, llámese euforia, tampoco es el mejor momento para tomar decisiones. Es probable que hagas promesas que no puedas cumplir o asumas riesgos innecesarios".

La carretera zigzagueaba entre colinas verdes, y el viento suave acariciaba el vehículo.

"Por lo tanto, lo recomendable es que, si una emoción empieza a dominarte, busques la forma de gestionarla para tomar las mejores decisiones posibles" continuó Gedeón.

"Pero ¿cómo podemos hacerlo?" preguntó Alex. "A veces las emociones nos superan".

"Hay varias formas" respondió Gedeón. "Una técnica sencilla y efectiva es la respiración consciente. Cuando te sientes abrumado, detente un momento y toma tres respiraciones profundas. Esto puede ayudarte a despejar tu mente y reducir la intensidad de la emoción".

Alex mostraba fervientemente su interés y escuchaba.

"Otra técnica" siguió Gedeón "es el 'reencuadre'. Cambia la forma en que percibes la situación que está generando la emoción. Pregúntate, '¿Hay una manera diferente de ver esto?'. Por ejemplo, si alguien te critica, en lugar de sentirte herido o enfadado, piensa en lo que puedes aprender de esa crítica".

El SUV se acercaba al redondel de Tosagua, la carretera estaba rodeada de plantaciones y sembríos que parecían infinitos.

"También es útil practicar la autocompasión" añadió Gedeón. "Cuando experimentes mal en algún momento de vida, en lugar de ser duro contigo mismo, habla como lo harías con un amigo. Recuerda que todos cometemos errores y enfrentamos dificultades".

"Gestionar las emociones es un desafío constante" dijo Gedeón, con una sonrisa melancólica, "pero si te esfuerzas en estar más cerca del estado neutro, podrás tomar decisiones más conscientes y verás las infinitas posibilidades que tienes frente a ti".

Mientras pasaban cerca del bello espectáculo visual que recreaba el humedal La Segua, Alex pensaba en la reciente conversación con Gedeón. El humedal extendía su manto de agua reflejando el cielo despejado y el verde circundante. Una bandada de aves sobrevolaba la superficie, formando patrones ondulantes que dibujaban sombras en el agua. La suave brisa que soplaba hacía que las plantas acuáticas se meciesen con un ritmo pausado, proporcionando un contraste entre la serenidad del paisaje y el dinamismo de las palabras dentro del SUV.

Alex observó este paisaje mientras abría en su libro 'Maestro', reflexionando sobre las palabras de Gedeón acerca de las emociones. El vehículo continuaba deslizándose suavemente por la carretera mientras Alex anotaba:

**"Gestionar tus emociones te permite ver las infinitas posibilidades de acción
ante cualquier situación de vida que experimentes".**

Siguiendo por el camino las primeras vistas de Chone se acentuaron delante, el primer lugar al que llegaron fue una extensión de la universidad en la que habían estado en Manta. El campus estaba rodeado de vegetación exuberante, y el aire fresco de la mañana se sentía agradable mientras Gedeón y Alex caminaban por una plaza adoquinada en dirección a un restaurante dentro del campus.

Al acercarse al restaurante, Gedeón se encontró con una escena que generó en Alex una admiración particular. Los profesores de la universidad se habían enterado de su visita y habían preparado un apoteósico recibimiento. Docentes y personal administrativo se habían reunido en la plaza, formando un gran grupo que vitoreaba y aplaudía con emoción.

"¡Gedeón, Gedeón!" coreaban, mientras extendían las manos para estrechar la suya o simplemente tocarlo. Algunos gritaban palabras de agradecimiento, otros le pedían fotos y consejos. Había una especie de disputa por acercarse a él, saludarlo y abrazarlo.

Gedeón, manteniendo su característica serenidad, sonreía con afecto mientras respondía a cada persona con un gesto cálido y palabras llenas de gratitud.

Un grupo de docentes se habían vestido de blanco y lo recibieron con una canción que hacía alusión a la familia, Gedeón se detuvo a escuchar mientras todos los presentes coreaban.

"Gracias por estar aquí, amigos", dijo a un grupo de profesores que se acercaban para abrazarlo.

"Es un placer compartir con ustedes, no me esperaba este recibimiento", añadió, estrechando las manos de dos docentes que lo veían con admiración en sus ojos.

"Cada uno de ustedes tiene el poder de inspirar a otros", le recordó a la decana que lo recibió con un abrazo y una marcada sonrisa.

La multitud estaba extasiada, y muchos luchaban por llegar hasta él. Los vitoreos y gritos de alegría llenaban el aire, creando una atmósfera de profunda devoción y admiración.

Alex, sorprendido por la magnitud del recibimiento, observaba todo con atención. La expresión de asombro en su rostro se mezclaba con una creciente admiración

hacia Gedeón, quien se mantenía sereno, humilde y cercano con cada persona que se le acercaba.

Finalmente, después de muchos abrazos, palabras de aliento y agradecimientos, Gedeón logró llegar al restaurante, donde los organizadores le habían reservado una mesa especial. Tomó asiento, respiró profundamente y se dirigió a Alex con una sonrisa:

"Es un privilegio el poder inspirar, Alex. Pero siempre debemos recordar que el verdadero camino lo forja cada individuo".

Víctor, el docente de la universidad que había invitado a Gedeón a la charla en la radio, ya estaba sentado en la mesa cuando llegaron. Llevaba una camisa de cuadros y gafas rectangulares que reflejaban la suave luz del restaurante.

"¡Vaya recibimiento!" exclamó Víctor con una sonrisa mientras se levantaba para saludar a Gedeón con un fuerte apretón de manos. "Las veces que has venido para acá ha marcado nuestras vidas, y la gente está agradecida por eso".

Gedeón le devolvió la sonrisa con calidez mientras tomaba asiento. Alex, aún impresionado por el recibimiento, se acomodó a su lado, observando las expresiones admiradas de los comensales en las otras mesas que ocasionalmente se giraban para mirar a Gedeón.

El restaurante tenía un ambiente acogedor, con mesas de madera oscura y manteles de lino blanco. Grandes ventanales dejaban pasar el sol y mostraban la bella plaza donde antes habían estado. El murmullo suave de las conversaciones se mezclaba con el tintineo de los cubiertos y el aroma a pescado fresco.

El mesero se acercó con una sonrisa y les ofreció un menú que incluía platos tradicionales como el bollo de pescado y el ceviche. Después de revisar las opciones, mientras que Víctor pidió un bollo, Alex y Gedeón pidieron ceviche de pescado.

"La entrevista en la radio se realizará a las 3:00 pm" explicó Víctor mientras tomaba un sorbo de su jugo de naranjilla. "Será en la estación de Radio Universo, una emisora local con alcance nacional gracias a las redes sociales. El programa se llama 'Voces de Manabí'. Te hemos dejado el espacio para que hables sobre el tema que prefieras".

"Me parece una excelente oportunidad para compartir ideas y reflexiones. ¿Habrá alguna sección para preguntas del público?" preguntó Gedeón con interés.

"Sí" respondió Víctor. "El programa tiene la posibilidad de manejar preguntas en vivo".

El mesero volvió con los platos, sirviendo una bandeja de bollo de pescado, y dos ceviches. Los aromas frescos y los colores vibrantes llenaron la mesa, creando un festín visual y olfativo.

"Siempre pensé que la gente de Chone es excepcionalmente cálida y acogedora" dijo Gedeón mientras probaba su ceviche. "Aquí se respira un aire de comunidad y respeto".

"Es cierto" asintió Víctor. "Pero también se debe a tu impacto, Gedeón. Las veces que has venido a Chone, tus charlas han dejado una marca indeleble en nuestras vidas. Aún recordamos la última vez que hablamos sobre el propósito y cómo encontrarlo. Mucha gente encontró claridad y se motivó para perseguir sus sueños".

Alex, sumido en sus pensamientos, escuchaba atentamente. Observaba a Gedeón interactuar con Víctor y no podía dejar de pensar en el impacto que su mentor había tenido en la vida de tantas personas. La admiración y la gratitud que vio en los rostros de los profesores y estudiantes durante el recibimiento aún resonaban en su mente. ¿Cuánto debía haber influido Gedeón para ganarse un reconocimiento tan profundo y sincero?

El almuerzo continuó con conversaciones amenas sobre el desarrollo de la región, la importancia de la educación y cómo las personas pueden encontrar un propósito más allá de sus circunstancias. Gedeón hablaba con serenidad y pasión, compartiendo historias y lecciones que dejaban a Víctor y Alex reflexionando.

"Estoy seguro de que la entrevista en la radio será un éxito" dijo Víctor con entusiasmo cuando terminaron el almuerzo. "La gente está ansiosa por escucharte".

Gedeón sonriendo con modestia mientras se levantaba de la mesa. "Lo importante es que todos nos vayamos con algo valioso para nuestras vidas".

Después de despedirse del personal del restaurante, el grupo se dirigió hacia el edificio de Radio Universo, donde los esperaban un técnico que los guiaría a través de la entrevista.

La estación estaba equipada con la más reciente tecnología y un estudio espacioso. El estudio, decorado con tonos cálidos y muebles contemporáneos, estaba equipado con un panel de control, micrófonos de alta calidad, auriculares y cámaras para la transmisión en vivo por redes sociales.

Víctor, el presentador principal, estaba acompañado por Ximena, una periodista de voz suave pero firme, que completaba el equipo de entrevistadores. Alex se acomodó en una esquina, con su libro en mano, listo para tomar notas mientras observaba a Gedeón emocionado.

Gedeón, con su característica camisa blanca y pantalones claros, se acomodó en el sillón del estudio, irradiando serenidad mientras ajustaba su micrófono. El estudio estaba decorado con muebles modernos y un gran ventanal que ofrecía una vista panorámica de la ciudad. Frente a él, Víctor y Ximena, sentados a una mesa redonda, observaban atentamente con sus auriculares puestos.

Víctor inició la entrevista con su tono amigable y entusiasta: "¡Bienvenidos, amigos de Radio Universo! Les recordamos que estamos transmitiendo en vivo por radio y por las principales redes sociales. Hoy tenemos el honor de contar con un invitado muy especial. Su mensaje ha inspirado a miles de personas en todo el país, y hoy estamos emocionados de escuchar sus ideas. Cabe recalcar que es un privilegio tenerlo aquí ya que este caballero rehúye de las entrevistas. Sin más preámbulos, presentamos a Gedeón Saza, quien nos hablará sobre la libertad y el significado de la vida".

Gedeón se acercó a su micrófono, y saludó con una sonrisa tranquila. "Gracias, Víctor por la invitación. Es un placer estar aquí y compartir este espacio con ustedes".

Víctor continuó con su introducción, "Gedeón, eres conocido por desafiar las creencias tradicionales y ofrecer perspectivas poco convencionales sobre la vida. Hoy nos gustaría escuchar esas ideas disruptivas y poco convencionales que has compartido a lo largo de tu trayectoria".

Gedeón comenzó con un tono calmado y reflexivo, "Hablemos hoy sobre la libertad de acción del ser, el libre albedrío. El libre albedrío es un concepto fascinante, Víctor. Durante siglos, filósofos, científicos y teólogos han debatido si realmente somos libres de tomar nuestras propias decisiones o si estamos predestinados a seguir un camino establecido. Mi posición es que cada persona tiene el poder de elegir cómo vivir su vida, sin importar las circunstancias".

Alex escuchaba con atención, sintiendo que la conversación comenzaba a ponerse interesante. Sin embargo, notaba que el tono de Gedeón subía emocionado, una pequeña la sensación de incomodidad en Alex se empezó a generar.

Gedeón continuó: "Estamos condicionados por nuestras experiencias, creencias y entorno, pero eso no significa que no tengamos opciones. De hecho, todos somos libres de hacer lo que queramos en todo momento. Las cosas pasan como deben pasar, cuando deben pasar, cómo tienen que pasar, y por qué tienen que pasar".

El tono de Gedeón comenzó a elevarse con pasión. "Cada acción tiene una razón de ser. La gente tiende a pensar que están atrapados en situaciones que no pueden controlar, pero yo les digo: ¡Todo es perfecto como es! Incluso las cosas que considerarías negativas están ahí para generarte aprendizajes".

Ximena, intrigada, lo interrumpió suavemente, "Gedeón, eso suena maravilloso, pero ¿cómo puede alguien sentirse libre si está atrapado en una situación difícil, como la pobreza o una enfermedad?".

Gedeón respondió con voz firme, "El desafío no es la situación en sí, sino cómo la percibimos y qué hacemos con ella. Si alguien está en una situación difícil, puede elegir hundirse en el dolor o usar esa experiencia para evolucionar".

Aunque no era lo más común en la radio varias llamadas entrantes empezaron a acumularse en el equipo.

La primera llamada entró a la cabina.

"Hola, soy Martín de Bahía. Quiero preguntarle a Gedeón, si todo es perfecto, ¿cómo explicas el sufrimiento de un niño que nace en una familia pobre y crece sin oportunidades?".

Gedeón, sin perder la compostura, respondió con firmeza: "Martín, entiendo tu punto de vista, pero permíteme decirte que todos manejamos situaciones de vida que podríamos considerar complicadas. No podemos controlar dónde nacemos, pero podemos elegir cómo reaccionar ante las circunstancias. Incluso un niño que nace en la pobreza puede aprender lecciones valiosas y desarrollar una fortaleza interior que otros no tienen".

Víctor intervino con una pregunta, "Pero, Gedeón, ¿cómo puede alguien en una situación tan desesperada encontrar esa fortaleza?".

Gedeón, elevando aún más su tono, respondió: "¡Todo está dentro de nosotros! Cada ser humano tiene el poder de cambiar su perspectiva y encontrar significado incluso en las circunstancias más oscuras. La vida nos da retos para que descubramos nuestro verdadero potencial. La pobreza, como cualquier otra experiencia, es una oportunidad para transformarnos".

Mientras Gedeón hablaba, la transmisión en vivo por redes sociales generaba un flujo constante de comentarios.

"¡Qué inspirador! Gedeón tiene toda la razón".

"Fácil hablar desde una posición privilegiada. No todos tienen las mismas oportunidades".

"No estoy seguro si todo es perfecto. ¿Qué hay de las tragedias?".

Alex, que hasta entonces había escuchado con atención, comenzó a experimentar nerviosismo. El tono de Gedeón se escuchaba algo agresivo y aunque podía decir otras palabras parecía que arbitrariamente había decidido confrontar a todos en esa entrevista, por un momento recordó el Cajas, cuando la multitud se reunió porque ayudó a Manuel a caminar. La misma sensación de querer de huir se le cruzó a la cabeza por un segundo, pero se obligó a seguir prestando atención.

La siguiente llamada entró rápidamente. Era Julia de Portoviejo.

"Hola, Gedeón. Me encanta tu mensaje, pero ¿cómo puedo dejar de sentirme atrapada en una relación tóxica? Siento que no tengo opciones".

Gedeón respondió con determinación, "Julia, lo primero que debes hacer es reconocer tu propio valor. Nadie tiene el derecho de hacerte sentir menos. Salir de una relación tóxica no siempre es fácil, pero recuerda que siempre tienes opciones. Pregúntate a ti misma: ¿Qué me detiene? ¿Es miedo al cambio o a lo desconocido? Libérate de esos miedos y toma la decisión de vivir para ti".

Alex observó cómo la expresión de Víctor y Ximena se tornaba seria. Gedeón había respondido con pasión, pero Alex sintió que el tono agresivo podría alienar a algunas personas. La incomodidad en el estudio era palpable, y el nerviosismo de Alex creció aún más.

Las llamadas recibidas durante la entrevista con Gedeón generaron una oleada de reacciones en las redes sociales, muchas de ellas críticas.

"Gedeón vive en una burbuja, ¿cómo puede decir que todo es perfecto?".

"¿Es en serio que cree que las personas en pobreza tienen las mismas oportunidades?".

"Suena muy bonita, pero no tiene ni idea de la realidad de la gente".

"Lo admiro, pero su postura es difícil de digerir".

Se leía entre los comentarios. Víctor, notando la controversia que comenzaba a generarse, trató de calmar la situación. "Les recuerdo que Gedeón Saza es un

respetado conferencista con algunos estudios y títulos nacionales y en el extranjero. Sin embargo, él prefiere no mencionarlo, simplemente prefiere que se refieran a él como Gedeón. Una muestra de su humildad y su valor como persona".

Ximena agregó, con una sonrisa amable pero cautelosa, "También recordamos a nuestros oyentes que Gedeón tiene una charla en Esmeraldas el día de mañana en el auditorio del Colegio Nueva Esperanza a las dos de la tarde. Es una gran oportunidad para escuchar más de su mensaje".

Víctor tomó una respiración profunda antes de hacer una pregunta que esperaba pudiera calmar un poco las aguas: "Gedeón, cuando hablas del libre albedrío, ¿también te refieres a que las personas están en libertad de tomar acciones que vayan contra la integridad de otros?", con esta pregunta Víctor que conocía a Gedeón desde hace algunos años esperaba una respuesta que apaciguara los ánimos.

El rostro de Gedeón se mantuvo imperturbable, pero su tono era firme y decidido. "Absolutamente. Estamos en libertad de hacer lo que queramos. De eso se trata la complejidad de la existencia. Cada persona tiene el poder de elegir, incluso si esas elecciones afectan a otros".

Alex sintió cómo la tensión en el estudio aumentaba. La mirada de Ximena reflejaba preocupación, y Víctor intentó mantener la compostura.

Gedeón continuó, "Friedrich Nietzsche lo llamó 'La Voluntad de Poder', donde cada individuo tiene la capacidad de forjar su propio destino. Somos responsables de nuestras acciones y decisiones, pero no podemos ignorar que todos tenemos la libertad de actuar según nuestra propia voluntad".

Víctor intentó matizar la conversación: "Pero, Gedeón, ¿no crees que algunas acciones deben ser limitadas para proteger el bien común?".

Gedeón lo miró con determinación, sin ceder en su postura. "Las reglas sociales están ahí para proporcionarnos una estructura, pero en última instancia, cada persona es libre de seguir su propio camino. Ralph Waldo Emerson escribió sobre 'la autosuficiencia' y cómo debemos confiar en nuestra intuición para actuar, incluso si va en contra de las normas establecidas. La libertad es compleja precisamente porque nos da el poder de tomar decisiones difíciles, pero siempre estamos en libertad.

Alex sintió cómo su nerviosismo crecía, el tono desafiante de Gedeón y su insistencia en la libertad absoluta lo hacían sentirse cada vez más incómodo. Ximena

se mordía el labio inferior, mostrando su incomodidad también, mientras Víctor se preparaba para manejar la próxima llamada.

Víctor señaló a su equipo para que atendieran la siguiente llamada, mientras intentaba suavizar el ambiente con una sonrisa. "Recuerden, amigos, que están escuchando a Gedeón Saza aquí en Radio Universo. Vamos a continuar con la siguiente llamada".

El ambiente en el estudio se tensaba con cada palabra de Gedeón, y Alex notaba cómo la postura de su mentor, aunque correcta en teoría, se tornaba cada vez más desafiante, incluso necia.

Víctor hizo una señal a su equipo para que atendieran la siguiente llamada. La voz al otro lado de la línea no se presentó y, en cambio, dijo con un tono altivo:

"Estoy cansado de vendedores de humo como tú, que le hacen creer a las personas que son libres de hacer lo que quieren. Si es así, ¿qué te parecería si tomo mi revólver y te doy dos tiros?".

Víctor hizo un gesto para cerrar la llamada, pero Gedeón levantó la mano, pidiéndole que dejara al interlocutor continuar.

"Eso te parecería perfecto, ¿no?", insistió la voz al otro lado de la línea.

Gedeón mantuvo su postura, elevando un poco su voz sin mostrarse necesariamente enojado, dijo: "Sería perfecto porque probablemente el hecho de que tú me dispares e incluso terminaras con mi vida, generaría un valor adicional en la historia que tal vez sea incomprensible en el momento en el que ocurrirá, pero aportará algo en el contexto general. No olvides que cada acto, incluso el más violento, puede tener un propósito superior".

Tomando aire y luego de un suspiro Gedeón continuo con su disertación:

"En los Evangelios, Jesús enseñó que debemos 'volver la otra mejilla', no por debilidad, sino porque esa respuesta puede tener un impacto transformador en el agresor. Friedrich Nietzsche escribió sobre la importancia del 'Eterno Retorno', donde cada experiencia, incluso La muerte, tiene un significado dentro del ciclo de la existencia. Cada acción que realizamos se repite, pero no en un sentido literal, sino como parte de un flujo cósmico que da significado a cada momento".

Las palabras de Gedeón resonaban como ecos profundos en la cabeza de Alex quien constantemente se preguntaba porque un ser evolucionado que era

consciente del poder del lenguaje y la manifestación escogía esas palabras en aquel momento.

"Søren Kierkegaard, el filósofo existencialista, hablaba sobre el 'Salto de Fe'. La verdadera libertad radica en que debemos tomar decisiones incluso sin garantías de un resultado favorable. Si tú decides disparar, estarás ejerciendo tu libertad, pero también asumiendo las consecuencias. Y si decide no hacerlo, estarás eligiendo una nueva posibilidad de evolución", continuaba Gedeón.

"Lo que yo digo es que eres libre de actuar, y cualquier cosa que elijas será perfecta como es, porque contribuirá al flujo de la existencia. Estamos en una danza cósmica donde cada paso, por pequeño que sea, importa. Incluso si eliges el camino de la violencia, estás eligiendo un camino que puede generar lecciones para los demás.

Sin embargo, también eres libre de elegir el camino de la paz, el camino que crea más posibilidades para ti y para el mundo. El punto no es controlar tu acción, sino ser consciente de ella".

Se escuchó un sonido seco cuando el interlocutor cerró la llamada. La atmósfera en el estudio era tensa. Ximena y Víctor intercambiaron miradas de preocupación mientras Alex, en una esquina, intentaba calmar sus nervios. Las redes sociales hervían con comentarios:

La cantidad de personas viendo en vivo el programa había llegado a cerca de 150 mil espectadores en cuestión de minutos de todo el país y los comentarios bullían a favor y en contra de lo que se exponía.

"¡Gedeón es un verdadero valiente! Lo que dice tiene sentido, aunque no sea fácil de entender".

"¿Cómo puede decir que estaría bien que lo maten? ¡Eso es una locura!".

"Este tipo no tiene idea de lo que dice. La libertad tiene límites".

"Ese tipo de la llamada tenía razón. No se puede dejar que vendan ideas sin fundamento".

"Gedeón es un charlatán que solo busca su propio beneficio".

"¡Increíble! ¿Quién quiere que le disparen y lo maten? ¡Está loco!".

"Gedeón tiene razón. Todo tiene un propósito, incluso la muerte".

"El tipo que llamó está loco. Amenazar con matar no es libertad".

"¿Quién en su sano juicio amenaza con un revólver a alguien en la radio?".

"Estoy de acuerdo con Gedeón. Debemos ser libres, pero también responsables".

Alex sintió cómo la tensión seguía creciendo. La respuesta firme de Gedeón generó aún más controversia, mientras los comentarios en redes se dividían y la atención en el estudio alcanzaba su punto máximo.

A pesar de su nerviosismo y con las manos temblorosas, Alex escribió una nota en su libro:

"La libertad auténtica conlleva aceptar el costo o recibir el beneficio de nuestras decisiones".

Víctor, con un tono nervioso, intentó calmar los ánimos, "Queridos amigos de Radio Universo, les recordamos que aquí siempre respetamos las opiniones y puntos de vista, incluso cuando no estamos de acuerdo. Les agradecemos su participación y los invitamos a seguir compartiendo sus reflexiones".

Ximena añadió, con una sonrisa forzada, "Queremos agradecer a nuestro invitado especial, Gedeón Saza, por acompañarnos hoy. Ha sido un honor tenerlo con nosotros". Y continuó, "Les recordamos que Gedeón dará una charla en Esmeraldas mañana a las 2 de la tarde, en el auditorio del Colegio Nueva Esperanza. Y están cordialmente invitados".

Víctor cerró el programa, "Les agradecemos por acompañarnos en esta sección del programa 'Voces de Manabí'. A continuación, nuestra sección de noticias luego de la pausa".

Víctor y Ximena sonrieron a las cámaras y agradecieron a Gedeón una vez más antes de despedirse para seguir con su programa. Gedeón se levantó con calma, sonriendo tranquilamente y estrechando la mano de Víctor y Ximena.

"Gracias por invitarme. Fue un placer estar aquí", dijo Gedeón mientras se dirigía hacia la salida.

Alex se apresuró a seguirlo mientras los comentarios continuaban acumulándose en las redes sociales y se escuchaba la voz de Víctor diciendo: "Vaya programa y vaya audiencia que hemos tenido hoy..." Ambos salieron del estudio y caminaron en silencio hacia la estancia que Víctor les había separado en Chone.

La caminata se dio en medio de un silencio incómodo. Alex continuaba nervioso, sin embargo, la aparente serenidad de Gedeón parecía indicar que no había ocurrido nada fuera de lo común en la radio. Alex seguía preguntándose cómo alguien que

gestionaba sus emociones se había permitido manejar la entrevista de radio como lo había hecho. Para romper el incómodo silencio, Alex le preguntó a Gedeón: “No sabía que tenías títulos académicos nacionales e internacionales”.

Gedeón lo miró con una sonrisa casi compasiva. “Pues no lo habías preguntado”, le observó. “Te he dicho en más de una ocasión que estamos en los diferentes ciclos vitales para aprender, y durante el tiempo que llevo en este ciclo vital me he dedicado a aprender sobre variados temas y lo he hecho en diferentes países”.

“Guau, qué interesante”, dijo Alex mientras pensaba para sí mismo que, a pesar de todo lo que había compartido con Gedeón, no lo terminaba de conocer por completo.

“Olvidas hacer cierto tipo de preguntas”, interrumpió Gedeón los pensamientos de Alex, “así como olvidaste preguntar el porqué de los sueños que diseñé para ti”.

Alex recordó el momento en el que él escogió preguntar sobre el libro y no sobre los sueños, y que luego lo había olvidado completamente. Esto le hizo experimentar algo de vergüenza por haber olvidado un asunto que, para Gedeón, parecía importante.

Finalmente, llegaron a la estancia “La Iguana”. El lugar se veía acogedor, las habitaciones en realidad eran departamentos completos adornados con aparatos antiguos como tocadiscos de vinilo, televisores antiguos, máquinas de coser overlock, entre otros trastos en perfecto estado. Los jardines eran una extensión grande de terreno que terminaba hacia un pequeño riachuelo rodeado de grandes árboles y algunas rocas decorativas.

Una vez dentro del departamento, el ambiente se llenó con el suave murmullo del ventilador del techo, y las cortinas se mecían con la brisa nocturna. Gedeón se dejó caer en un sillón y se giró hacia Alex con una expresión tranquila.

Alex, aún nervioso, mientras tomaba asiento en un sillón dijo: “Gedeón, ¿no te inquieta que...?”.

Gedeón lo interrumpió suavemente: “No, Alex. Todo estará bien”.

Alex, sintiendo un ligero alivio, se recostó en su sillón, y ambos quedaron en silencio, contemplando la tranquilidad de la noche.

Después de unos minutos, Alex rompió el silencio: “Cuando mencionaste algo sobre los ciclos vitales...”.

Gedeón lo miró con serenidad. “Sí, Álex. Cada vez que nos encontramos en estos ciclos vitales, nuestras almas están aquí para aprender. Cada ciclo es único, sin

embargo, nosotros tenemos una especie de patrón que se repite”. Lo miró a Alex con un suspiro profundo y añadió: “En cada ciclo vital en el que nos conocemos hay un suceso, del cual no he logrado entender su razón y parece que en este ciclo va a ocurrir nuevamente”.

Alex lo miró intrigado. “¿Qué patrón?”.

“Cuando un suceso se repite nos revela significados importantes de nuestro ser”, explicó Gedeón “Ayer tuve un sueño que me recordó que ese evento puede ocurrir pronto”.

“Y en este ciclo vital, ¿Cuál es ese evento?”, preguntó Alex, cada vez más curioso y recordando la oscuridad ominosa en sus sueños.

Gedeón se acomodó en el sillón y miró a Alex con una mezcla de ternura y seriedad. “En este ciclo, hemos estado aprendiendo sobre el libre albedrío y cómo nuestras decisiones afectan no solo nuestras vidas, sino también las vidas de los demás y que todo es perfecto como es, aquello que va a ocurrir ocurrirá y tendrá un significado perenne y relevante así nos neguemos a experimentarlo”.

Después de la última frase que Gedeón dijo, este se notaba algo turbado y añadió: “Voy a tomar aire fresco” y se retiró hacia los jardines de la estancia. Alex logró verlo por la ventana sentado en una roca, cerca del riachuelo.

Sumido en sus pensamientos tras la reciente conversación, Alex se quedó dormido en el sillón. De repente, un estruendo lo despertó. Rayos iluminaban el cielo y truenos retumbaban en el aire, llenando el jardín de luz. Alex se levantó, sorprendido, y su primera acción fue buscar a Gedeón.

Al mirar por la ventana, divisó a Gedeón en el jardín, aún sentado en la roca bajo el resplandor de los relámpagos. Sin pensarlo dos veces, Alex salió al jardín, acercándose algo asustado por los fuertes ruidos. El viento frío le calaba hasta los huesos y lo empujaba, pero siguió adelante.

Gedeón permanecía inmóvil, con los ojos cerrados y la cabeza gacha y no notó la presencia de Alex. A medida que Alex se acercaba, empezó a escuchar palabras sueltas de lo que decía Gedeón:

“¿Por qué debo pasar por esto nuevamente?... No comprendo aún su propósito... pero lo aceptaré con humildad...” gritaba Gedeón hacia algo o alguien que Alex no alcanzaba a divisar.

La voz de Gedeón se entrecortaba entre los truenos, y Alex se acercó aún más, deteniéndose detrás de un árbol para no ser visto. Observaba a su amigo, mientras el viento agitaba su cabello y las ramas de los árboles alrededor.

Gedeón permaneció en silencio unos minutos más, con la mirada fija en el suelo. Luego, respirando profundamente, alzó la vista al cielo y habló con voz temblorosa pero firme:

“Guía mis pasos... y si hubiera forma de cambiar lo que va a suceder...”

Alex no alcanzaba a escuchar con claridad lo que Gedeón decía y notó como este tomó aire y continuó:

“El dolor tiene un propósito en el ciclo de la existencia... pero todavía no he logrado aprender lo suficiente... el significado de...”

La tormenta rugía a su alrededor e impedía a Alex escuchar todas las palabras que Gedeón decía, sin embargo, Gedeón permanecía sentado como si nada ocurriera a su alrededor, su voz era apenas audible para Alex. “Ayúdame a comprender...” murmuró con un suspiro de resignación.

Al escuchar estas palabras, Alex, sintiendo un temor repentino, se retiró silenciosamente sin que Gedeón lo notara. Volvió a la estancia y desde la ventana notó cómo Gedeón terminaba su soliloquio. Se levantó de la roca y caminó hacia la habitación mientras la tormenta se calmaba lentamente, los truenos se desvanecían y el resplandor de los rayos se apagaba en la distancia.

Alex no comprendía exactamente qué estaba ocurriendo, pero algo asustado se encerró en su cuarto, sumido en sus pensamientos. La resignación y tristeza en las palabras de Gedeón lo dejaron perturbado. ¿Por qué había hablado de esa manera? ¿Cuál era el propósito del dolor al que se refería Gedeón? Recordaba los sueños que Gedeón había “diseñado” para él. “¿Quizás esos sueños eran alguna especie de premonición de lo que iba a ocurrir? ¿Qué significado tenía la sombra siniestra del primer sueño o los seres con los que luchaban en el segundo sueño?”.

Sentía que había algo más que no entendía. Todo el misterio en torno a Gedeón y su destino lo llenó de preguntas sin respuesta. Tratando de calmar su mente, se recostó en su cama. Poco a poco, se fue sumergiendo en un sueño inquieto, pensando en la extraña escena que acababa de presenciar y con una sensación de que algo terrible estaba por ocurrir.

Capítulo 10 Todo es perfecto como es

El amanecer en la estancia "La Iguana" trajo consigo un aire fresco que se filtraba por las cortinas, llenando la habitación de Alex con un suave resplandor. Se levantó temprano, aún con el peso de las emociones de la noche anterior, y se dirigió al pequeño restaurante de la estancia.

El restaurante era un espacio acogedor, impregnado de un encanto rústico y vintage. Las paredes estaban adornadas con antiguos utensilios de cocina que parecían haber servido durante generaciones: ollas, sartenes, moldes para pasteles y cucharones colgaban en orden perfecto, como si fueran parte de un museo culinario. En los estantes había botellas de vino, latas de galletas y frascos de especias, todos cuidadosamente dispuestos para dar la impresión de una cocina tradicional. Un par de mesas, cubiertas con manteles a cuadros, se encontraban ocupadas por dos parejas que charlaban suavemente mientras disfrutaban de sus desayunos.

Alex tomó asiento junto a la ventana, desde donde podía ver el riachuelo entre los árboles del jardín. Llamó al mesero y pidió dos bolones de masa mixta y dos cafés. Mientras esperaba su pedido, se perdió en sus pensamientos, recordando las palabras y los sonidos que había alcanzado a escuchar de Gedeón la noche anterior.

“¿Por qué debo pasar por esto nuevamente? ...”

Las palabras resonaban en su mente, acompañadas por los estruendos de la tormenta eléctrica. Alex había visto a Gedeón sentado en una roca, envuelto en una luz mística producida por los relámpagos, murmurando hacia el cielo, buscando respuestas en un lenguaje que sólo él parecía entender.

“El dolor tiene un propósito en el ciclo de la existencia... pero todavía no he logrado aprender lo suficiente...”

La imagen de Gedeón, fuerte y sereno desde que se conocieron y sobre todo durante la entrevista en la radio, ahora parecía profundamente humana, vulnerable incluso. Aquella incertidumbre en su voz, esa resignación con que hablaba sobre su destino, dejó a Alex inquieto. Las preguntas sin respuesta le producían un nudo en el estómago. ¿Qué podría significar ese “propósito”? ¿Por qué Gedeón hablaba del dolor?

“Ayúdame a comprender...”

Las palabras finales de Gedeón lo habían perturbado. ¿Comprender qué exactamente?

El mesero regresó con los bolones y los cafés, y Alex, sumido en sus pensamientos, apenas se dio cuenta. Sin ser consciente, empezó a comer. El sabor del plátano verde y el queso le reconfortaba, pero el vacío en su pecho persistía. Pensaba en las ideas que Gedeón había compartido sobre los ciclos vitales, sobre la interconexión de las almas y el propósito que cada uno debía cumplir. La sensación de que algo estaba por ocurrir se apoderaba de él.

Alex, perdido en esta comparación, se dio cuenta de que había terminado su desayuno. Se giró hacia la puerta del restaurante justo cuando Gedeón entraba, luciendo una expresión seria. El contraste con su serenidad habitual le sorprendió.

“Es momento de partir”, dijo Gedeón con un tono algo distinto al habitual.

Sin esperar respuesta, se dirigió hacia el auto. Alex lo siguió con paso apresurado, preguntándose qué estaba ocurriendo. La ausencia del desayuno compartido le dejó una sensación cómoda. Habían convertido esos momentos matutinos en su rutina de reflexión y planificación. Pero hoy, Gedeón no tenía intención de seguir esa tradición.

Alex subió al auto, miró a Gedeón y esperaba alguna explicación, pero él solo lo observó con una mirada lejana. El viaje hacia Esmeraldas comenzó en silencio, dejando a Alex con sus pensamientos y una creciente ansiedad.

El vehículo avanzaba dejando atrás la estancia "La Iguana". Gedeón mantenía la mirada fija en la carretera, con las manos firmemente asidas al volante. Alex, nervioso, jugaba con el bolígrafo rojo que Gedeón le había dado, mientras observaba de reojo el semblante distante de su compañero.

El viaje hacia Esmeraldas se desarrollaba con el ritmo constante del motor, el paisaje pasaba rápidamente junto a ellos, difuminando los colores verdes y marrones de las colinas, salpicados aquí y allá por cabañas rústicas que emergían entre la vegetación. Las nubes se desplazaban lentamente por el cielo, dando lugar a claros de luz que iluminaban las montañas a lo lejos.

Alex miró la carretera y luego el libro en blanco sobre sus piernas. Observó a Gedeón, sumido en su concentración. Con una respiración profunda, decidió tomar nota. Se inclinó sobre las páginas y escribió:

"La verdadera paz radica en reconocer que cada acontecimiento tiene un propósito, incluso si aún no logras comprenderlo".

Sus pensamientos iban desde el momento en que se sentó en la mesa de aquel café en Guayaquil, pasando por su viaje a Cuenca y Manuel, el viaje a Loja y Carlitos, el encuentro en Machala lleno de eventos que desafiaban la lógica, su retorno a Guayaquil para encontrarse consigo mismo, SanCán y el ave, Manta y su charla, Chone y la entrevista en la radio, la tormenta eléctrica y las palabras de Gedeón. Todo parecía fundirse en la mente de Alex, generando ansiedad por romper el silencio dentro del SUV.

Mientras se acercaban a Esmeraldas, la inquietud crecía, pero el silencio de Gedeón y su mirada distante lo desconcertaban. "Sé que hay algo que no me ha contado", pensaba Alex.

Cerró el libro y se sumió en sus pensamientos mientras el paisaje cambiaba bruscamente ante sus ojos. Colinas ondulantes, seguidas de pequeños poblados que surgían entre la maleza, el río Esmeraldas que se asomaba en ocasiones, parecía saludarlos desde lejos. La atmósfera era densa, como si el aire mismo estuviera cargado de anticipación.

Gedeón mantenía su vista perdida en la carretera, imperturbable. Alex, que no había dejado de recordar sus encuentros con él, pensaba en los ciclos vitales. Finalmente interrumpió el silencio:

"Gedeón, ¿desde cuándo desarrollaste conciencia de tus ciclos vitales anteriores?"

Habían pasado varias horas en silencio, y ya estaban bastante cerca de Esmeraldas, dejando atrás San Mateo. Gedeón no mostró ninguna sorpresa ante la pregunta; su tono fue cortante, casi indiferente.

"A los siete años, en este ciclo vital, empecé a generar pequeños rasgos de conciencia sobre mis ciclos vitales anteriores. Pero no fue hasta cuando estuve entre mis 15 y 17 años que prácticamente alcancé una conciencia total de ellos".

El tono de Gedeón hizo que Alex se sintiera incómodo. Miró a su compañero, tratando de encontrar en su expresión una pista de sus pensamientos, pero Gedeón mantenía la mirada fija en la carretera.

Alex buscó algo más que preguntar, pero las respuestas de Gedeón dejaron claro que no estaba dispuesto a compartir más detalles.

El paisaje costero de Esmeraldas se desplegaba ante ellos mientras el SUV avanzaba por la carretera, rodeada de edificios de concreto, palmeras y el brillante azul del océano Pacífico. El bullicio de la ciudad se hacía cada vez más presente. A lo lejos, el puerto y los barcos que navegaban cerca del horizonte comenzaban a perfilarse. Gedeón mantenía la mirada fija en la carretera, pero un leve cambio en su semblante indicaba que tenía algo en mente.

De repente, Gedeón se volvió hacia Alex y preguntó: "¿Recuerdas a Daniel, a María y a los alumnos de la Casa Abierta?".

Alex se sorprendió un poco, ya que nunca había hablado de ellos con Gedeón. "Sí, fueron alumnos míos cuando fui docente".

Gedeón asintió con una sonrisa. "Pues hoy Daniel es un gran analista financiero. Trabaja desarrollando proyectos de inversión. Como viste, María se está desenvolviendo como profesional en Naranjal. Y los chicos que formaron parte del proyecto de la Casa Abierta, Ana, Carlos y Jorge, emprendieron su propio negocio hace algunos años, y hoy tienen una empresa en marcha que emplea a cerca de 50 personas".

Alex escuchaba con atención, asombrado. "¿Por qué me dices esto?".

"No es por qué lo que importa", respondió Gedeón con tranquilidad, "sino el para qué. Por qué se enfoca en el pasado, para qué se proyecta en el futuro. Y la razón por la que te digo esto es para que entiendas que, aunque no sea solo por sus interacciones contigo que alcanzaron estos logros de vida, en la intrincada red de conexiones en que se entrelazan los hilos de las historias de vida, tú fuiste parte de ese presente que ellos hoy gozan".

Alex se quedó pensando en esas palabras. Recordó los momentos en que había trabajado con Daniel, María, Ana, Carlos y Jorge, tratando de guiarlos más allá de los obstáculos académicos y personales. Había sembrado semillas que ahora florecían, y las palabras de Gedeón le revelaban un impacto que no había comprendido del todo.

Gedeón continuó, su tono serio pero gentil: "Te digo esto para que entiendas que, de alguna forma, ya estabas en tu propio camino de desarrollo de conciencia y alcanzando un nuevo nivel. No era necesario que nos conociéramos para que

avanzarás. No dejes que mi imagen te distraiga; permite que mis palabras te inspiren. Tampoco es necesario que sigamos juntos para que tú sigas avanzando en tu camino de autodescubrimiento".

Las palabras de Gedeón parecían una despedida. Alex se quedó en silencio, procesando lo que acababa de escuchar. Miró por la ventana, observando el paisaje que pasaba rápidamente junto a ellos. La atmósfera se llenaba de una tensión palpable.

De repente, le llegó una idea, y sin pensarlo dos veces, Alex dijo: "Cuando hablamos por primera vez del libre albedrío, me dijiste que era como un río que va hacia el mar, pero que son nuestras decisiones las que pueden afectar el camino. Dijiste que siempre tenemos ese poder. ¿Podríamos decidir no ir a Esmeraldas? ¿Podríamos decidir cambiar nuestra historia?".

Gedeón lo observó con una seriedad poco usual y respondió: "Huir del destino no te hace más sabio".

Hizo una pausa, como para que Alex absorbiera sus palabras, luego continuó: "El destino está presente en muchas tradiciones filosóficas y religiosas. En el hinduismo, el karma establece un ciclo de causa y efecto que guía el curso de nuestras vidas, lo que está destinado para ti, aunque trates de evitarlo acontecerá".

Gedeón mantuvo la vista en la carretera mientras hablaba, sus palabras llenas de convicción. "El eterno retorno de Nietzsche sugiere que nuestras vidas se repiten infinitamente, y el estoicismo nos enseña a aceptar nuestro destino con serenidad. Aquello que ha de ocurrir, ocurrirá".

El paisaje urbano de Esmeraldas ya se había desplegado completamente. Gedeón continuó con su tono firme: "Si quieres irte, este es el momento".

En ese instante, Gedeón estacionó el SUV justo frente al Colegio Nueva Esperanza, donde se llevaría a cabo la charla. Miró a Alex con una expresión de comprensión y le dio una leve señal con la cabeza, dejándole la decisión en sus manos.

Alex miró el edificio del colegio, sintiendo la tensión entre su temor al destino y su deseo de cambiarlo. Finalmente, soltó un suspiro y asintió. "Pues sigamos juntos".

Gedeón le dio una palmada en el hombro y sonrió con suavidad. "Confía en el río, Alex. Siempre hay una razón para cada corriente. Lo que tiene que ser, será y lo que no... no será".

El SUV estacionado frente al Colegio Nueva Esperanza desprendía un leve ruido mientras se apagaba el motor. Alex tomó su libro 'Maestro' y el bolígrafo rojo y escribió una nota antes de bajar del vehículo:

"El destino no es una fuerza ineludible, sino una corriente que podemos navegar con sabiduría. Aceptar su curso no es resignarse, sino comprender que cada decisión nos guía hacia un propósito".

Gedeón se volvió hacia Alex y dijo con una sonrisa suave: "Esta es una de las charlas gratuitas de las que te hablé, las que dejan las mayores ganancias, aunque no sean económicas".

Ambos salieron del SUV y se dirigieron hacia la entrada del colegio, "Colegio Nueva Esperanza" decía un cartel desgastado que aún se mantenía firme sobre la pared central. El colegio, uno de los más importantes y antiguos de Esmeraldas, estaba rodeado de una verja de hierro forjado que lo separaba del bullicio de la ciudad. Su arquitectura, aunque moderna, tenía todavía ese toque longevo con sus columnas y arcos que enmarcaban la entrada principal. En el centro de los jardines, una estatua de Simón Bolívar se alzaba orgullosa, rodeada por estudiantes que charlaban en grupos.

El aroma salino del mar se mezclaba con el calor de la tarde, impregnando el aire de la ciudad. Había un humilde letrero a un lado de la verja que anunciaba la charla de Gedeón, escrito a mano sobre una cartulina con letras negras: "Charla gratuita: Gedeón Saza. Hoy a las 2 p.m."

Los recibió Raúl, un profesor del colegio que había estado a cargo de la organización del evento. Se acercó a Gedeón con una sonrisa cálida y un apretón de manos firme. "Es un honor tenerte aquí, Gedeón. Todos estamos muy emocionados por tu charla".

"El honor es mío, Raúl", respondió Gedeón con su tono tranquilo, "Gracias por organizar este evento".

Raúl saludó también a Alex con un apretón de manos, y luego los dirigió hacia el patio donde se llevaría a cabo la charla. El ambiente era animado, con estudiantes y profesores organizando sillas en hileras que formaban un semicírculo alrededor de una tarima improvisada al extremo de la cancha de fútbol. Los murmullos llenaban

el aire mientras más personas se iban uniendo, algunos con carteles hechos a mano que mostraban mensajes de agradecimiento hacia Gedeón.

A un costado, un grupo de profesores se acercó a saludar a Gedeón y a pedirle algunas recomendaciones. Le entregaron un micrófono, ajustaron los altavoces y le dieron indicaciones sobre el formato de la charla.

"Es una charla abierta al público", explicó Raúl, "Vendrán estudiantes, profesores y todos aquellos que deseen escuchar. Estamos encantados de tenerte aquí. Por cierto, lo de la radio fue inspirador".

Mientras los organizadores ajustaban los últimos detalles a pesar de que la hora de inicio ya se había pasado, Gedeón logró que Alex se sentara en la primera fila. Alex, a pesar de no haber almorzado, no sentía hambre. Observaba la cancha de fútbol, el letrero improvisado y el grupo creciente de personas que llegaba al patio, con una mezcla de emoción y ansiedad.

Gedeón subió a la tarima, tomando el micrófono con su calma habitual. Observó a la multitud, permitiendo que el silencio se instalara antes de comenzar a hablar. Su voz resonaba clara y serena por los altavoces.

"Queridos amigos, gracias por estar aquí hoy", comenzó Gedeón. "La charla de esta tarde tiene un tema sencillo pero profundo: 'La libertad de elegir'".

Alex, algo intranquilo, miró la hora en su celular. La charla había comenzado inusualmente tarde; eran las 2:40, y Gedeón recién empezaba a hablar.

Gedeón, de pie sobre la tarima improvisada, respiró hondo mientras observaba a la audiencia reunida. Estudiantes, profesores y curiosos llenaban las hileras de sillas frente a él. Había cierta emoción en el aire, pero Alex no podía ignorar el nerviosismo que se arremolinaba en su pecho.

Gedeón comenzó con una voz clara y serena: "Queridos amigos, gracias por estar aquí hoy. El tema de esta charla es 'La libertad de elegir'".

Hizo una pausa, mirando a su alrededor con una expresión pensativa, como si estuviera buscando las palabras adecuadas. La multitud guardó silencio, atenta.

"Imaginen que nuestra vida es un lienzo en blanco. Cada día tenemos la oportunidad de pintar en él, de llenarlo con colores, formas y texturas que representen nuestras experiencias, sueños y desafíos. Aunque no siempre podemos elegir los colores que nos dan o los pinceles para pintar, pero sí podemos decidir qué crear con lo que tenemos".

El público lo escuchaba con atención, y las palabras parecían resonar entre ellos como si fueran revelaciones. Gedeón se permitió una leve sonrisa antes de continuar.

"Podemos elegir pintar un paisaje lleno de esperanza, un retrato de valentía o un mosaico de resiliencia. La libertad de elegir es el mayor regalo que poseemos. Cada trazo, grande o pequeño, tiene un impacto en nuestra obra. Puede cambiar el tono del cuadro, la dirección de las pinceladas, podemos mantener la belleza que emerge de nuestra creatividad y disfrutar del resultado".

Alex observaba el rostro de Gedeón con atención, buscando alguna pista que calmara su creciente nerviosismo.

"La libertad de elegir no significa que sea sencillo o que tengamos el control total. Pero sí significa que, en cada momento, podemos decidir cómo queremos pintar nuestra vida. ¿Elegiremos el miedo o el amor? ¿Elegiremos la resignación o la perseverancia? ¿Continuar o detenernos? La vida nos ofrece muchos colores, y el resultado final puede no ser el que esperábamos, pero cada elección nos da la oportunidad para crecer y aprender".

Los presentes comenzaron a asentir, comprendiendo la metáfora de Gedeón. Incluso algunos profesores tomaban notas rápidas en sus libretas. El público presente cada vez se hacía más grande. Gedeón capturó ese entusiasmo y prosiguió.

"No permitamos nuestra paleta de colores determine nuestras circunstancias, limiten nuestra capacidad y nos limiten a pintar sin creatividad y gozo. Aceptemos lo que no podemos cambiar y elijamos nuestra respuesta con valentía. Así, cuando miremos hacia atrás, sabremos que cada trazo que dimos, cada capa que añadimos fue parte de una obra que elegimos conscientemente".

El público respondió con un murmullo de aprobación, mientras Gedeón hacía una última pausa. Alex, sin embargo, no podía dejar de sentir un nudo en el estómago. Había algo en el tono de Gedeón que lo perturbaba, algo que le decía que este discurso era más que una simple charla sobre la libertad.

Gedeón respiró profundamente, dirigiendo su mirada hacia el horizonte y cerró con una frase sencilla pero poderosa: "La verdadera libertad radica en comprender que el lienzo siempre será nuestro para pintar. Confíen en la obra, confíen en el pintor, ustedes mismos y elijan siempre crear con amor".

La multitud respondió con un aplauso que resonó en la cancha, pero Alex apenas podía sentir el sonido. Su corazón latía con fuerza mientras las palabras de Gedeón

reverberaban en su mente. Miró hacia la multitud, buscando algún rostro conocido, cuando regreso su vista a la tarima, todo lo que advirtió fue la sonrisa tranquila de Gedeón, que le devolvía la mirada desde el escenario.

“Ahora es el turno de hablar de mi compañero Alex” dijo Gedeón.

Alex se sorprendió, nuevamente no sabía que iba a tener un espacio en la charla, se permitió un suspiro mientras se preparaba para subir al escenario, intentando mantener la compostura, la sensación de tensión crecía en su interior. Se puso de pie y subió las pequeñas escalinatas, observando el tomo del libro Maestro en el bolsillo del saco de Gedeón. Tuvo un déjà vu, recordando la vez que había visto el libro en la charla en Guayaquil. Alex llevaba su propio tomo entre manos, estrujándolo un poco, pero por alguna razón observar el libro de Gedeón le transmitió paz.

Gedeón le pasó el micrófono y se dispuso a un costado. La mirada de Gedeón era una combinación de tranquilidad y orgullo, y con una sonrisa parecía haber restaurado su tranquilidad habitual, como si aquel discurso lo hubiera apaciguado. Esto le dio un atisbo de tranquilidad a Alex, mientras pensaba en lo que iba a decir, notó que alguien se acercaba a la tarima, pero no le dio mayor importancia, pensando que era alguien de los organizadores.

"Buenas tardes", dijo Alex.

Su saludo fue interrumpido por un grito: “¡Así que soy libre de dispararte si quiero!”.

Alex reconoció de inmediato la voz de la persona que llamó a la radio durante la entrevista. Un escalofrío recorrió su cuerpo.

Lo que ocurrió a continuación parecía sacado de una película que corría en cámara lenta. Alex regresó la vista hacia Gedeón, quien mostraba una calma particular. La luz del sol generaba una especie de aura a su alrededor.

“Si lo vas a hacer, hazlo de una vez”, dijo Gedeón con una calma absoluta.

El sonido de dos disparos resonó en el aire, seguido por el estruendo de gritos y sillas cayendo. Alex se quedó quieto, impávido, incapaz de creer lo que estaba ocurriendo. Vio a Gedeón tambalearse hacia un lado, y luego caer pesadamente al suelo.

El tirador se dio media vuelta, y el público, aterrorizado, formó una especie de calle por la que el desconocido armado se fue caminando como si no hubiera pasado nada, se dirigió hasta la puerta del colegio, donde se perdió de vista.

Alex se arrodilló al lado de Gedeón y notó que aún respiraba, si estaba vivo pensó todo era posible. Con manos temblorosas, tomó su cabeza y le dijo: "Mira cómo han dejado tu traje" intentando disminuir su tristeza y el impacto del momento con una broma.

Gedeón, con esfuerzo, sonriendo le dijo: "Voy a extrañar tu particular sentido del humor".

La escena alrededor era caótica. Los presentes corrieron hacia todas direcciones, buscando refugio, mientras otros quedaban paralizados por el miedo, incapaces de moverse. Los murmullos y gritos llenaban el aire, pero Alex apenas los oía. El cuerpo de Gedeón descansaba en sus brazos, el rojo brillante de la sangre manchaba su camisa blanca.

Las lágrimas comenzaron a llenar los ojos de Alex mientras mantenía la mirada fija en el rostro de Gedeón. El hombre que había compartido tantos aprendizajes había ofrecido una visión del mundo tan diferente, ahora estaba allí, tirado en el piso. Alex sintió un nudo en el estómago, como si todo su ser se desgarrara.

El sol se escondió detrás de una nube, proyectando sombras sobre la cancha.

La realidad comenzaba a abrirse paso entre la niebla del dolor mientras Alex se aferraba al cuerpo de Gedeón, su corazón retumbaba entre lágrimas y desconsuelo.

"Haz lo que hiciste con el ave en Sancán", imploró Alex con voz quebrada. "Puedes pensarlo, puedes curarte".

Gedeón, apenas consciente, buscó con esfuerzo el rostro de Alex, su mirada se tornó suave mientras intentaba hablar. Con palabras entrecortadas, dijo: "No es mi deseo. La muerte no es el final, es un cambio necesario en nuestro ciclo vital. Sanar este cuerpo no es parte de mi propósito ahora... no me voy a aferrar a esta vida".

Un temblor sacudió el aire mientras el cielo comenzaba a oscurecerse, y un rayo cayó en la distancia, como un presagio. Alex, sollozando, suplicaba: "¡Tienes que decidir! Puedes hacerlo distinto, ¡elige no morir! Manifiesta que llegarán los paramédicos en una ambulancia, que te llevarán al hospital y sanarán tus heridas".

Gedeón presionó las manos de Alex con sus últimas fuerzas, y lo miró profundamente a los ojos.

"Esto ocurre cada vez que nos encontramos", susurró Gedeón. "Hoy, pese a mis heridas, estoy feliz porque, de alguna manera, he aprendido de ti en esta vida lo que

probablemente requeriría aprender. Cada ciclo vital tiene un propósito, cada vida trae consigo su lección".

Hizo una pausa, su respiración se hizo más débil mientras miraba hacia el cielo. "El momento ha llegado".

Con un susurro final, exhaló su último aliento: "Todo está cumplido".

Automáticamente, una fuerte lluvia comenzó a azotar la ciudad, transformando la cancha de fútbol en un mar de barro. Los truenos resonaban como rugidos en la tormenta mientras el cuerpo de Gedeón descansaba en los brazos de Alex, ya sin vida.

El dolor de Alex se tornó incontrolable, abrazaba el cuerpo de Gedeón llorando, su corazón desgarrado en un torbellino de emociones que ni siquiera podía comprender. A su alrededor, la mayoría de los asistentes a la charla se habían retirado o se estaban retirando a toda carrera, excepto unos pocos curiosos que presenciaban la escena desde lejos.

El sonido de las gotas golpeando el suelo se mezclaba con los lamentos de Alex, formando una sinfonía melancólica bajo el cielo oscuro. La luz del sol apenas se filtraba a través de las nubes grises.

Cuando Alex volvió a abrir los ojos, percibió la presencia de varios seres rodeando el cuerpo de Gedeón, figuras etéreas que emanaban una luz tenue, casi como si la lluvia no los tocara. Algunas tenían formas humanas, mientras que otras parecían simples siluetas en el aire.

Hablaban en diferentes idiomas, despidiéndose y murmurando sobre el nivel de conciencia de Gedeón.

" Adieu, Gedeón. Tu lumière éclaire nos âmes".

(Adiós, Gedeón. Tu luz ilumina nuestras almas)

Otra voz añadió: " Rest in peace my friend. Your journey continues".

(Descansa en paz, amigo. Tu viaje continúa)

Una figura luminosa dijo: "Arrivederci, caro maestro. La tua saggezza continuerà a vivere".

(Adiós, querido maestro. Tu sabiduría seguirá viva)

Otra voz murmuró: "До свидання, Гедеон. Ми зустрінемося знова".

(Hasta pronto, Gedeón. Nos encontraremos de nuevo)

Finalmente, Alex escuchó una voz en chino mandarín que decía: "再见朋友 · 谢谢你这一生的所有教诲. 你相信的红线必将让我们在来生相遇".

(Hasta pronto, amigo. Gracias por todas las enseñanzas de este ciclo vital. El hilo rojo de la vida en el que tú crees seguramente hará que nos encontremos en un próximo ciclo)

Alex entendió las palabras en otro idioma como si las hubieran dicho en español, además reconoció en las palabras en chino la voz de la persona que había llamado a Gedeón días atrás, que sonaba como un eco lejano que ahora se desvanecía en la niebla de la tormenta.

Uno a uno, los seres luminosos se despidieron de Gedeón, inclinando sus cabezas en señal de respeto, y se desvanecieron como brumas en el aire. Alex, abrazando el cuerpo inerte de Gedeón, lloraba desconsoladamente mientras el viento y la lluvia azotaban su rostro.

Las sirenas de la policía comenzaron a escucharse a lo lejos, un eco distante que resonaba entre la lluvia y el viento. Los pocos presentes que quedaban en la cancha no habían percibido lo que Alex había visto: los seres etéreos que rodearon el cuerpo de Gedeón. Ahora, entre llantos y sollozos, Alex alzaba la mirada, sintiéndose perdido en un mar de dolor y confusión.

Las lágrimas se mezclaban con la lluvia en su rostro mientras sus brazos seguían aferrados al cuerpo de Gedeón. El mundo alrededor se tornaba borroso y distante, como si el mismo tiempo se hubiera detenido. En medio de la neblina, los destellos de las luces de los autos policiales empezaron a reflejarse en los charcos de agua, creando parpadeos de luz azul y roja sobre la cancha.

Fue entonces cuando algo captó la atención de Alex. Entre las tablas de la tarima y las gotas de lluvia, divisó un objeto familiar tirado junto al cuerpo de Gedeón. El libro "Maestro" de Gedeón, descansaba sobre el tablado, abierto en una página salpicada de sangre. Temblando, Alex lo recogió con manos temblorosas.

Mientras lo sostenía, notó que este libro estaba escrito con tinta verde, el agua corría por la página, pero aún se podía distinguir la última nota que Gedeón había escrito, fechada con el día de la charla en Manta y adornada con una pequeña carita feliz.

"Recuerda siempre que lo que realmente importa es lo que eliges crear y disfrutar de ello sin esconderte". ☺

Alex leyó las palabras, sintiendo cómo el peso de su significado se asentaba en su corazón. Las lágrimas comenzaron a caer sobre las páginas mientras apretaba el libro contra su pecho. "¿Cómo pudiste estar tan sereno incluso en tu despedida?" murmuró, su voz apenas un susurro.

El sonido de las sirenas era cada vez más fuerte, pero Alex apenas lo notaba. El eco de las últimas palabras de Gedeón resonaba en su mente, mezclado con los recuerdos de las charlas en Guayaquil, Cuenca, Loja, Manta y Chone. Cada fragmento de memoria formaba una espiral de emociones.

Guardó el libro con cuidado en el bolsillo interior de su chaqueta junto al suyo, pensando en el valor de la última enseñanza de Gedeón. Lentamente se incorporó, observando el cuerpo inerte de su amigo, rodeado de agua. Apretando los libros en su bolsillo, cerró los ojos y dejó que la lluvia lavara las lágrimas de su rostro.

"Todo está cumplido", susurró Alex, mirando hacia el cielo. Un último rayo iluminó la ciudad, y la tormenta continuó rugiendo con fuerza.

Los policías finalmente llegaron, cruzaron la cancha embarrada y apartaron a Alex del cuerpo de Gedeón. Él se resistía, negándose a alejarse de su amigo. Sólo cuando en un tirón sintió el peso de los libros "Maestro" en su bolsillo, se alejó, sabiendo que las últimas palabras de Gedeón lo acompañarían siempre.

Los días que parecieron sacados de un cuento sin sentido. Para el sepelio de Gedeón asistieron pocas personas: algunos familiares, algunos amigos y algunas de las personas que Alex había conocido en el camino. Todo sucedió muy rápido, sin mayor coherencia para Alex. Había dejado de escribir en su libro 'Maestro' y estaba sumido en una profunda pena. No terminaba de entender lo que estaba ocurriendo. Se guardó en su departamento en Guayaquil. Los libros 'Maestro' descansaban encima de su pequeña biblioteca, como una reliquia que no quería tocar más. Los recuerdos de los últimos días con Gedeón bombardeaban su mente mientras intentaba encontrar una explicación real a lo que había ocurrido, su muerte había pasado desapercibida, como si no hubiera mayor significado en la misma.

Al tercer día, mientras meditaba en estos asuntos, Alex se quedó dormido. El sueño que tuvo recreaba fielmente la cafetería donde había conocido a Gedeón. Sin

embargo, esta vez la cafetería estaba completamente vacía. En la mesa central había dos tazas de café. Instintivamente, Alex se acercó, se sentó y degustó el café. Cuando tomó el primer sorbo cerró sus ojos, el fuerte sabor ácido y amargo lo llenó de una quietud que no había experimentado antes. Todo a su alrededor desapareció, excepto la mesa y la silla enfrente suyo.

Antes de que abriera los ojos, escuchó una voz.

"Veo que te gusta el café sin azúcar tanto como a mí".

Alex abrió los ojos y se encontró con grandes pestañas que enmarcaban unos ojos profundos y unas cejas espesas: la figura de Gedeón. Un perfecto semblante, con la misma vestimenta de aquel fatídico día, pero totalmente limpio, aunque se podía observar los agujeros que las balas habían hecho.

"Pero... hace tres días moriste", dijo.

Gedeón soltó una carcajada, tomando un trago de su café para poder contener la risa.

"Siempre has sido una de las personas de más rápido aprendizaje y con el mejor humor que conozco. No te apenes por mi partida de este mundo. Hay más vidas y más mundos. Probablemente nos volvamos a encontrar en otras condiciones, y espero que la próxima vez el desenlace de nuestra historia sea distinto".

Gedeón pasó su mano frente a ellos, y el entorno de la cafetería se desvaneció, dejando a Alex y Gedeón de pie sobre la tarima del patio del colegio.

El sonido de la lluvia se mezclaba con murmullos apagados mientras la luz grisácea del cielo proyectaba sombras inquietas a su alrededor. Gedeón señaló la multitud, como si estuvieran presenciando un espectáculo invisible. Las personas frente a ellos se desvanecieron uno a uno.

"¿Lo ves, Alex? Este patio lleno de sillas vacías representa más que mi muerte".

Alex observaba a su alrededor, confundido.

"¿Qué quieres decir con eso, Gedeón?".

"Significa que los miedos, las penas y las pérdidas llenan nuestras vidas como fantasmas invisibles que ocupan sillas en nuestro corazón. Pero la verdadera pregunta es: ¿Dejamos que esos fantasmas tomen el control, o decidimos seguir adelante y llenar las sillas con amor, alegría y propósito?".

Alex miró a Gedeón, aún perplejo. "¿Y qué hago con el dolor que siento ahora?".

"Úsalo para inspirarte, Alex", dijo Gedeón con una sonrisa cálida. "Fuiste tú quien dijo que, sin importar el dolor, podemos usarlo para hundirnos o como trampolín para ser una mejor versión. Eres excelente aprendiendo, pero eres una gran fuente de aprendizaje. Enfócate en eso, vive. Que mi muerte no se trata solo de mi final en este ciclo vital, sino una oportunidad para reflexionar, aprender y elegir crear algo hermoso en esta vida".

El viento soplaba suavemente, y la lluvia continuaba cayendo sobre la tarima, pero Alex no sentía frío ni incomodidad. En cambio, la voz de Gedeón parecía envolverlo con una calidez reconfortante.

"No te inquietes por mí, Alex. Nos volveremos a encontrar, y estoy seguro de que el desenlace será distinto".

Con un gesto, Gedeón detuvo la lluvia y le dijo: "No es lo que te ocurre, sino lo que haces con lo que te ocurre lo que marca una diferencia", y sonriendo, "Nunca se trató de mí, sino de ti, y en cada ser humano es lo mismo. Se trata de cada uno. Cuando entiendes eso, te das cuenta de que también se trata de los demás, creciendo juntos, pero cada uno a su propio ritmo. Somos uno en diversidad, y somos varios en el mismo ser".

La figura de Gedeón comenzó a desvanecerse con cada palabra, dejando solo una sonrisa como eco en la neblina.

"Recuerda siempre: el lienzo sigue siendo tuyo".

Alex extendió la mano, tratando de aferrarse a esa figura que se desvanecía, pero no encontró nada. La tarima también desapareció, dejando a Alex en la mesa central de la cafetería. Frente a él, una única taza de café humeante.

Se despertó en su departamento en Guayaquil, con las primeras luces del alba asomando a través de la ventana. En su pecho aún sentía la calidez de las palabras de Gedeón. A su lado, en la mesa, su tomo del libro Maestro descansaban abierto en una página en blanco con una carita feliz dibujada en verde.

Alex tomó su bolígrafo rojo y escribió:

😊 "Todo principio es un fin y todo fin es un inicio".

"La muerte es el inicio del legado que dejamos para la posteridad".

Alex se permitió una sonrisa, recordando el sueño, y su pena comenzó a transformarse en algo más: una resolución para compartir lo que había aprendido

en este viaje llamado vida. Sabía que la presencia de Gedeón seguiría acompañándolo, no como un recuerdo doloroso, sino como una fuente de inspiración eterna.

Con energías renovadas, Alex decidió que buscaría el aprendizaje eterno en todo lo que lo rodeaba y que, a su vez, sería fuente de aprendizaje. Sin embargo, se dijo a sí mismo que lo haría de forma distinta y que no deseaba correr el mismo destino que Gedeón en este ciclo vital. Tomó un bolígrafo negro y escribió en la portada de su libro 'Maestro' "Despertar del" y se dispuso a escribir en la primera página:

"Imagina conocer a un ser con un nivel de conciencia diferente al tuyo, que te muestre perspectivas distintas de la realidad y te haga cuestionar todo lo que crees saber..."

Epílogo

El tiempo había pasado rápido desde aquel día en el patio del colegio Nueva Esperanza. Habían transcurrido un poco más de nueve meses, y Alex había publicado su libro hace tres meses, convirtiéndose en uno de los más vendidos y emblemáticos del momento. Sin embargo, Alex rechazaba las entrevistas en televisión o radio, prefiriendo mantener un perfil bajo. Había retomado la cercanía con su familia, desarrollando una relación más estrecha con sus padres y hermanos.

Durante tres meses, Alex se había dedicado de lleno a escribir su libro, trabajando día y noche. Este proceso no solo le había servido como herramienta para manejar su dolor, sino que también se había convertido en su trampolín para volverse una mejor versión.

Al cuarto mes después de la partida de Gedeón, Alex recibió una llamada del rector de la Universidad de Manta, quien lo invitó a retomar la docencia. Decidiendo mudarse a la ciudad costera, Alex aceptó el trabajo, ya que la enseñanza era parte de su vocación. Desde la partida de Gedeón, Alex había experimentado la extraña sensación de que, sin importar quién muera, aunque en su momento pueda parecer algo relevante, todo sigue su ciclo habitual de manera simple, como si nada hubiera pasado, y con el tiempo, incluso las figuras más impactantes se vuelven solo una estadística fría que poco a poco va quedando en el olvido.

En Manta, Alex se había destacado por su forma sencilla y dinámica de explicar conceptos teóricos de administración y marketing, utilizando metáforas de la vida y el constante cuestionamiento de lo que dictaban los libros, los gurús de la teoría y, por supuesto, de lo que él mismo decía. Sus charlas en la universidad eran muy apreciadas, no solo por su contenido, sino también por su accesibilidad y la facilidad con que invitaba a la conversación, incluso entre aquellos que no lo conocían bien.

Rumores habían empezado a circular sobre su presunta capacidad de aliviar dolores físicos simplemente a través de la conversación, agregando un aura de misticismo a su figura. A pesar de su creciente fama, Alex evitaba el reconocimiento público y anhelaba volver a soñar con Gedeón, aunque cada vez se esforzaba menos en ello, aceptando que tal vez algunos encuentros estaban destinados a permanecer en el mundo de la vigilia.

Sin embargo, seguía resonando en su mente una voz que había escuchado el fatídico día de la muerte de Gedeón, una frase que no podía olvidar:

"再见朋友 · 谢谢你这一生的所有教诲. 你相信的红线必将让我们在来生相遇".

(Hasta pronto, amigo. Gracias por todas las enseñanzas de este ciclo vital. El hilo rojo de la vida en el que tú crees seguramente hará que nos encontremos en un próximo ciclo).

Aquella voz, reconocida de la llamada que Gedeón recibiera en el coche, le recordaba que la conexión entre Gedeón y su interlocutor trascendía la vida y la muerte.

Un día, casi sin notarlo, se encontró en una agencia de viajes revisando destinos para distanciarse un poco y descansar. Casi sin dudarlo, encontró un destino exótico que nunca había visitado antes pero que le causaba curiosidad. Este impulso lo llevó a reflexionar sobre la naturaleza del viaje, no solo como un desplazamiento físico sino como una búsqueda continua de entendimiento y crecimiento personal.

En una conversación con el agente de viajes, Alex expresó su filosofía: "Cada destino es una página en blanco, una oportunidad para redescubrirnos y conectar con aspectos de nosotros que la rutina diaria nos obliga a ignorar. Viajar es, en cierto modo, como despertar una y otra vez a nuevas realidades". El dependiente de la agencia no entendió lo que Alex decía y su mayor esmero era vender el boleto.

Así, con un boleto en mano y una mezcla de anticipación y melancolía, Alex se preparaba para seguir explorando, sabiendo que cada paso que daba era parte de un trazo en un lienzo mucho más grande que él mismo estaba pintando, guiado por las enseñanzas de su amigo y las experiencias que cada nuevo día le brindaba.

Su departamento en Manta reflejaba un espíritu de tranquilidad y orden que resonaba profundamente con el estado mental de Alex. Cada objeto estaba cuidadosamente colocado, desde la fruta fresca y la comida sana en la nevera hasta el dormitorio, impecablemente arreglado, donde cada almohada y cobija se alineaba perfectamente.

En una esquina del salón principal, había dispuesto un pequeño escritorio que había sido su santuario durante los intensos meses de escritura de su libro. Frente a él, colgaba una pizarra de tiza líquida donde aún se podían ver las anotaciones meticulosamente escritas que describían la línea de tiempo de su libro. Estas

palabras, aunque antiguas, todavía se sentían vibrantes y llenas de significado, como un mapa que había guiado su viaje literario.

A su derecha, una pequeña biblioteca albergaba una colección de libros meticulosamente ordenados. Entre ellos, varios tomos sobre espiritualidad, filosofía y psicología estaban abiertos sobre el escritorio, como si acabaran de ser consultados. La luz matutina que se filtraba a través de la ventana bañaba estos textos, dándoles un halo de importancia.

Su laptop, abierta y activa sobre el escritorio, mostraba varias ventanas de cursos en línea sobre desarrollo personal, coaching y programación neurolingüística. Estas páginas eran testimonio del continuo deseo de Alex por crecer y expandir su entendimiento del mundo y de sí mismo.

Esa mañana particular, mientras tomaba un café caliente, Alex divagaba sobre el destino de su próximo viaje. El vapor del café ascendía en espirales, mezclándose con sus pensamientos sobre el futuro y lo desconocido. Sobre el escritorio, un pasaje a Pekín destacaba entre papeles y notas. Este viaje, programado para salir en cuatro meses, no era solo una escapada; era una peregrinación en busca de respuestas y de esa voz que resonaba en su mente desde aquel día fatídico.

Alex sentía una mezcla de anticipación y determinación. Aunque no sabía quién era la persona detrás de esa voz ni dónde exactamente la encontraría, tenía fe y la certeza de que su viaje sería revelador y que hallaría a este ser evolucionado. Estaba decidido a aprender todo lo que pudiera de este misterioso individuo, para elevar su nivel de conciencia, para aumentar su comprensión de lo que lo rodeaba, para ver aquello que como ser promedio no veía, para trascender sus propias barreras mentales y para despertar su maestro interior.

Mientras reflexionaba, su mirada ocasionalmente se desviaba hacia el horizonte visible desde su ventana, donde el cielo se unía con el mar en un abrazo infinito. Aquí, en este lugar de calma y orden, Alex se sentía listo para lo que viniera, sabiendo que cada paso que daba era un paso hacia una mayor iluminación y comprensión, no solo de sí mismo sino del intrincado tejido de la vida misma.

El autor

Teófilo Sánchez, conocido por sus amigos como "Teo", cuenta con más de 12 años de experiencia en la enseñanza universitaria, especializándose en áreas como administración, calidad de procesos y emprendimiento. Durante los últimos 9 años, ha enfocado su carrera en la formación y desarrollo personal a través de entrenamientos basados en Coaching Ontológico y PNL, apoyando a miles de personas a alcanzar sus metas y superar limitaciones personales.

Ha dictado charlas motivacionales y de superación personal en diversos colegios, universidades, empresas e instituciones públicas y privadas del país, contribuyendo al crecimiento integral de estudiantes y profesionales. Este libro, su primera obra publicada, es una manifestación de su pasión por el desarrollo humano y su dedicación a inspirar a otros a través de la educación y el autoconocimiento.

Prohibida su reproducción total o parcial sin la autorización de sus autores o la Universidad
Laica Eloy Alfaro de Manabí

Dirección de Investigación, Publicaciones y Servicios Bibliográficos

2024



Uleam
UNIVERSIDAD LAICA
ELOY ALFARO DE MANABÍ

2024

ISBN: 978-9942-7234-9-9



9789942723499

PROHIBIDA SU VENTA